



89

A-36-5<sup>a</sup>

6799

A-36-5<sup>a</sup>

EL SACRISTAN  
DE  
SAN TORCUATO

EPISODIO

DE LA GUERRA DE SUCESION

POR

ANTONIO BARRERAS.



MADRID: 1880.  
IMPRESA DE P. ABIENZO,  
calle de San Andrés, 20 y Paz, 6.

# SAN TORCUATO

DE LA GUERRA DE SUCESION

---

El autor se reserva todos  
los derechos.

---



IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD  
DE LA PLATA

# EL SACRISTAN DE SAN TORCUATO

EPISODIO

DE LA GUERRA DE SUCESION

POR

ANTONIO BARRERAS.

## I.

UN HÚSAR DE BUEN CABALLO.

La fértil campiña de la Alcarria veía aparecer en el brumoso horizonte el sol de uno de los primeros días de Diciembre de 1710, despues de una noche glacial en que la escarcha habia cubierto la llanura como una sábana de nieve.

En semejantes circunstancias, un observador que asomado á la linterna de la torre del pueblo de Trijueque tendiese la vista por el valle, se habria seguramente admirado al creer divisar campos sembrados de amapolas. Tal aspecto al menos presentaban ciertas manchas rojizas que se extendian en la direccion del Sud-Oeste.

La ilusion, sin embargo, no se hubiera sostenido mucho tiempo. Poca atencion era suficiente para adquirir la evidencia de que aquellas manchas estaban dotadas de un ondulante movimiento progresivo.

De repente resonó en el espacio el eco lejano de una prolongada nota estridente. Desde entonces todos los proteos de grana permanecieron inmóviles.

La niebla matinal comenzaba á disiparse bajo la influencia de los rayos solares. Ya no habia posibilidad de

equivocarse: las manchas rojas eran numerosas masas de tropas de vestuario encarnado, en su mayor parte, que llevaban en las cucardas de los sombreros la cifra de la reina Ana, y en el escudo de las banderas y estandartes el timbre del leopardo y el unicornio.

En el camino de Guadalajara se estendian largas hileras de piezas y de carros de artillería, y buen número de escuadrones de caballería. En los lados del arrecife descansaban los batallones de infantería, escalonados en columnas de marcha.

Conviene explicar la causa de este descanso. A la cabeza de la artillería habia un grupo de ginetes de diversos uniformes, en los cuales más que el acero brillaban el oro y la pedrería. Un hombre de cincuenta años, de mirada clara y penetrante, y que en las insignias y bordados revelaba la elevada gerarquía militar que le revestía, acababa de leer atentamente un pliego que le habia sido entregado cinco minutos antes por un oficial de uniforme alemán, cuyo caballo jadeante arrojaba sudor por todos los poros.

El jefe, volviéndose despues hacía el más próximo ginete, dijo alargándole el papel:

—Servfos ver, sir Derby, lo que me escribe el conde Guido.

El interpelado, que desempeñaba el cargo de mayor general, tomó el pliego, y leyó detenidamente en voz baja, de modo que solo pudiera oírle el personaje que le hacía la confidencia:

«Milord:

»Ocupo con fuerzas suficientes la importante posicion estratégica de Trillo y la ribera del Tajo. El general Wetzel domina los pasos de Jadraque y Bujaralo. Sé por vuestro último parte que cumpliendo mis instrucciones no dejareis de cubrir el camino de Madrid en vuestro avance desde Torija; pero no conozco exactamente el lugar en que se encuentra lord Hamilton, y es necesario que vos que debéis saberlo le hagais entender que es de la más alta importancia que mañana cierre con su division la ruta de Masegoso. Si como espero de su actividad y de vuestro celo, realiza á tiempo el movimiento, el duque de Vendome es nuestro; porque solo le queda esa salida para no verse envuelto antes de cuarenta y ocho horas por tropas tres veces superiores en número á las suyas. Ignoro, porque tengo noticias contradictorias, si el duque de Anjou se halla con el cuerpo de ejército de Aguilar ó con el de Valdecañas; pero tanto en uno como en otro caso, las disposiciones que adopte para salvar al generalísimo deberán ser tardías. Si la Providencia nos ayuda, porque nosotros nos ayudemos, la primera nueva que Felipe recibirá de Vendome será que ha rendido las armas.

STAREMBERG.»

—¿Qué decís de esto, sir Derby?— pronunció el general despues de un momento.

—Me atrevo á decir,—contestó el mayor devolviendo el escrito á su je-

fe,—que el plan del conde está perfectamente meditado.

—Y podeis añadir que es perfectamente realizable.

—En efecto, milord; la suerte de Vendome no puede ser dudosa si se le impide llegar á Cifuentes, único punto por donde le será dado ponerse en comunicacion con el marqués de Valdecañas. ¡Gran mision le está reservada á lord Hamilton, y gran influencia en el curso ulterior de la guerra!

—Ahora solo se trata de hacerle saber esa mision.

El general extrajo de su cartera un lapicero de marca indeleble; y despues de escribir media docena de líneas en el mismo pliego de Staremberg, firmó *Stanhope*.

A continuacion gritó, dirigiéndose al Estado Mayor:

—¡Coronel Keene, un húsar de buen caballo!

El coronel se encaminó hácia la escolta, y un instante despues volvió acompañado de un sargento de húsares, soberbio moceton de treinta años, que se cuadró delante del general haciendo el saludo militar.

Stanhope miró al sargento de piés á cabeza; el examinado poseia complexion robusta, ojos de lince un tanto hundidos, y un tanto ceñudos, y espaciosa frente un si es no es fruncida, en que á la vez que la astucia, parecia reflejarse el valor de un carácter resuelto y la energía de una digna altivez personal. Del exámen del ginete pasó el general al del caballo: la viva cabeza de éste, los dilatados pechos y la acerada musculatura de las piernas no podian descontentar á nadie.

—¿Cómo os llamais?—preguntó al sargento.

—William Smith,—contestó el húsar.

—Está muy bien:—repuso Stan-

hope—os llamais como todos los hijos del reino-unido, y eso me prueba que sois un inglés de pura raza. Vais á ser portador de una órden importante del generalísimo para lord Hamilton: la confío á vuestro honor militar. No sería imposible que en la campaña que teneis que recorrer encontráseis algun destacamento de la caballería de Vallejo. Si vuestro caballo no tiene más piés que los de los españoles ¿sabéis cuál es entonces vuestro deber?

—Descuidad, milord, —respondió el sargento,—mi gaxnate daría paso al pliego con más facilidad que á un tasajo de Cumberland.

—¿Conoceis bien la direccion de Brihuega?

—Sin duda alguna: línea recta á Levante.

Y uniendo la accion á las palabras, William estendió el brazo hácia el punto cardinal que indicaba.

Stanhope, que nada tuvo que rectificar, repuso:

—Perfectamente: el término de vuestra carrera está en esa villa; porque en ella ó sus inmediaciones encontrareis al general Hamilton.

Un momento despues pasaba el pliego de la mano del lord á la del sargento. Este abrió su porta-pliegos, se-pultó el parte en el fondo, pasó por las hebillas las correas de la tapa, y esperó la órden final.

—¡En marcha!—dijo Stanhope.

William volvió á saludar, torció las riendas, sacó al trote el caballo por entre el Estado Mayor y la escolta, y cuando estuvo en campo abierto, levantó el galope con tan soberbia regularidad, que hacia seguramente honor á la eleccion del coronel Keene.

Durante la carrera oyó el sargento las notas de atencion en el clarín del cuartel general, y pocos minutos despues tres compases de marcha.

La division Stanhope continuaba,

en efecto, su interrumpido movimiento en direccion á Trijueque.

Cuando William hubo perdido de vista á sus compañeros de armas, y con ellos desapareció la idea de proteccion que no podian menos de inspirarle, por una lógica evolucion del espíritu, comenzó á pensar en el enemigo. No dejaba de haber motivo. El coronel de dragones, D. José Vallejo, era uno de esos guerrilleros que solo aparecen aquende el Pirineo, y que siempre son un motivo de preocupacion para el adversario que se encuentra en la zona que recorren. Aislado meses antes en las inmediaciones de Madrid, con un puñado de caballos, sin más apoyo que el del génio de la extrategia, ni más recursos que los que le proporcionaba una audacia sin limites, llegó á ser el terror del ejército aliado. En diez leguas en torno de la capital de la monarquía no habia correo, guarnicion ó convoy que estuvieran seguros con Vallejo. Su cualidad característica parecia ser el don de ubicuidad.

El filo de la espada del terrible coronel siempre heria más de un punto á la vez.

El húsar, por lo tanto, apreciaba la observacion del general Stanhope en todo su valor: y como para el digno sargento no tenia nada de satisfactorio comenzar su desayuno con un autógrafo del conde de Staremberg, se propuso que no le remordiera la conciencia de haber omitido para evitarlo la adopcion de precaucion alguna.

Ante todo, disminuyó la velocidad del caballo poniéndole al trote largo. Cuando en un momento dado se puede necesitar de toda la energía de un corcel, es necesario reservar sus fuerzas. Los penetrantes ojos de William escudriñaban el horizonte en todas direcciones, sin desdeñar por eso los campos próximos y los objetos inme-

diatos. El vestuario de la caballería de Vallejo era gris, y este es un color endemoniado en la campiña, sobre todo en el mes de Diciembre. El sargento huía de los árboles, de las cercas y de las cañadas; procuraba siempre caminar por las elevaciones del terreno. Es verdad que de este modo corría más el riesgo de ser visto; pero ese peligro era para él inferior al de ser sorprendido.

Los arbustos, las tapias, las peñas, los pliegues de la ruta podían ocultar algunas de esas langostas que todo lo invadían en las provincias de Madrid, Cuenca y Guadalajara.

Afortunadamente, durante una hora aquellos grises insectos solo se hicieron notar por su ausencia; y como William en su expedición evitaba los lugares, caseríos, cortijos y tinados que pudieran ofrecerle encuentros con gentes del país, lo absoluto del aislamiento llevó naturalmente las ideas del sargento á la tierra natal, embellecida por la distancia, más cara por el deseo, y poe-tizada por los vapores del ensueño.

Entre las brumas de la blanca Alhion quedaba una jóven nítida como un cisne, rubia como un rayo del sol de las regiones polares, y esbelta, no como las palmeras que el húsar había visto en Elche, sino como las que había oído decir que se mecen en las nubes del Magreb al arrullo de las brisas tropicales: la deliciosa Mary, digna de un príncipe, y que sin embargo se avenía á contentarse con William, aceptando su mano en cuanto recibiera el despacho de alférez.

Quizá en aquel momento corría el sargento en pós de ese despacho. Acaso el parte que conducía en el porta-pliegos podría convertirse en el anhelado nombramiento para este ó aquel regimiento... ¡Quién sabe si sería el acta de matrimonio firmada por el pastor de la parroquia de Mary!

Si tal sucediese, lord Stanhope era digno de tres hurras, ni más ni menos que su graciosa majestad la reina Ana y el coronel Keene, digno de tres abrazos, ni menos ni más que la misma madre de Mary.

Cuando semejante pensamiento asaltó el cabiladero de William, fulminó éste en torno una mirada en que retaba á todos los dragones juntos del duque de Anjou y de su abuelo Luis XIV. ¡Quién es capaz de robar la dicha á un amante que sueña!

El sol se había elevado en el horizonte, denunciando el trascurso del tiempo; y como, por otra parte, el estómago del inglés, malavenido con largas abstinencias, comenzaba á dirigirle exigentes llamamientos, William, sin acortar el trote de su caballo, sujetó la brida en el borren, sacó del morral de lona un pedazo de pan y el correspondiente condumio, y después de haber dispensado la cesión de una buena parte al órgano apelativo, limpió el exófago con una abundante rociada de aguardiente.

Acababa de espectorar el húsar esa inarticulada interjección gutural, semi-expiración, semi-rugido, que sigue á la absorción de las bebidas alcohólicas, cuando le hirió las pupilas un lejano relámpago. Para los ojos de un soldado, aquel relámpago no necesitaba explicación: era producido por los rayos del sol reflejados por un arma bruñida.

¿Serían los dragones que respondían al reto? Hé aquí una cuestión que era preciso esclarecer.

A un cuarto de legua del punto donde brilló el reflejo, se elevaba en la atmósfera el humo de los hogares de una importante población de más de mil casas. No podía dudarse que aquella villa era Brihuega.

Los cercados y la vegetación que siempre anuncian los lugares populo-

sos, impedían á William distinguir la fuerza armada que originó el destello; pero como Brihuega estaba ocupada por la division que guiaba el general Hamilton, era racional suponer que aquella fuerza perteneciera al ejército aliado.

De todos modos, Brihuega era á la sazón tan territorio inglés como Gibraltar; y si los audaces caballos de Vallejo osaran acercarse tanto á los dominios británicos, todo era cuestion de alguna delantera y de un buen galope para librar de aquella plaga el pliego de Stanhope.

A consecuencia de esterazonamiento, William preparó su caballo, oprimió ligeramente sus lomos con los muslos, y se dirigió en línea recta hácia la villa.

El campo parecia estrecharse. El camino, que más directamente conducía á la poblacion, se deslizaba entre dos paredes de cuatro pies de altura, formadas con cantos apilados, en las cuales suplían la argamasa las entrelazadas ramas del espino y de la madre-selva. Cada vez se intrincaba más la ruta. Por todas partes surgian bosquecillos, corrales, colmenares y casillas. Aquello era un verdadero laberinto de cercas y matorrales lo más apropósito del mundo para escuchar la voz de ¡alto! de una boca invisible y oír silbar una bala.

Urgía, por lo tanto, salir del peligroso dédalo de acotadas heredades, en que á cada momento temblaba William por la seguridad de su orden del general, despacho de alférez, acta matrimonial ó lo que quiera que fuese.

La voz y las piernas del inglés animaban al caballo, y como por dicha el camino era bueno, el noble bruto parecia devorar el espacio.

Por fin apareció delante del sargento una vasta llanura que en toda su extension podia recorrer la vista sin obs-

táculo. William refrenó su caballo, que se encabritó ligeramente.

En el fondo del llano, al lado de un cobertizo, un grupo como de treinta soldados rodeaba una hoguera, alimentada con la espléndida profusion que siempre emplea quién no tiene que pagar la leña que gasta. El húsar examinó el uniforme, y lanzó un grito de alegría. Habia reconocido el equipo del regimiento de caballería ligera de Argyle. Estaba entre compatriotas; aquel puesto era sin duda la gran guardia del regimiento.

William se encaminó hácia sus compañeros de armas; contestó el *quien vive* del centinela, único soldado que estaba á caballo á cien pasos de la hoguera; y preguntó en voz alta por el jefe del peloton.

Un sargento se destacó del grupo.

—¿Qué deseais, camarada?— preguntó.

—Quisiera, dijo William,—que me indicáseis el sitio donde podré hallar á lord Hamilton. Se trata de entregarle un parte del general Stanhope.

—Seguid la cañada de la izquierda: á su salida divisareis la puerta de la villa: dirijíos á la ermita de no sé qué santo católico, situada extramuros á un tiro de fusil de la puerta, y allí encontrareis el cuartel general.

—Gracias, compañero:— pronunció el húsar.

Y haciendo al ligero un franco saludo, partió al gran galope en la direccion indicada.

Diez minutos despues veía William flotar el guion del cuartel general de la division Hamilton sobre la torrecilla de un pequeño santuario inmediato á la plaza.

## II.

### DOS CARRERAS DE BAQUETAS

Lord Hamilton, uno de los generales de mejor reputacion militar del rei-

no unido, solo acuartelaba dentro de la villa de Brihuega la tercera parte de las fuerzas que dirigía. El resto de la division vivaqueaba en las inmediaciones de la poblacion al abrigo de ligeras obras de campaña, en puntos perfectamente elegidos. Peligrosa hubiera sido otra conducta en presencia del enemigo.

Para dar ejemplo, Hamilton habia querido participar de los sufrimientos de los soldados en la cruda estacion en que les imponia la vida de campamento; y como hemos dicho, estableció el cuartel general en una aislada ermita extramuros. Aquel modesto albergue, de estrecho espacio, abierto á la intemperie, sin otros muebles y utensilios que los destinados al culto del santo patron, no era seguramente para excitar la envidia ni siquiera de los piquetes que pasaban la noche en la inmediata trinchera de Enrique VIII.

El general, en el instante en que le ofrecemos á la atencion del lector, estaba en la sacristía del santuario, salon, dormitorio y comedor á la vez, ocupado en examinar una carta geográfica que dirigía con una mano, y en fumar un cigarro antillano que sacudia con la otra. Era lord Hamilton un hombre de cuarenta años de edad, de elevada estatura, y facciones un tanto afeminadas, que en su conjunto, sin embargo, ofrecian cierta rigidez repulsiva á primera vista. En el corte de las piezas del uniforme que vestía; en la excesiva pulcritud de todo el equipo; en la afectacion con que se peinaba la patilla, retorcia el bigote y rizaba el cabello; y en la atmósfera perfumada en que siempre envolvía la atildada persona, se revelaba el hombre de pretensiones. Sus buenas fortunas amorosas pasaban, en efecto, por innumerables. Verdadero Lovelace londonense, no habia renun-

ciado todavia al celibato, en parte por la libertad inherente al estado, y en parte por el atractivo que éste tiene para todas las misses, para muchas vindas casaderas y para algunas casadas que no se avienen á sufrir rivalidades, siquiera sean conyugales.

Por lo demás, el apuesto lord, lo mismo en la sociedad civil que en la militar, era un perfecto gentleman honrado por todas las bocas, seguido por todos los ojos y envidiado por todos los corazones. Acaso las bellas cualidades del general, fueran el único motivo de la consideracion que se le dispensaba; pero tampoco sería imposible que otra circunstancia contribuyera al prestigio que por donde quiera le seguía; la comun conviccion de que no era hombre Hamilton á quien impunemente se pudiera inferir la ofensa más leve. Es sabido, que no hay nada que tanto realce en el mundo las deferencias que siempre se conceden al valor personal, como la destreza en el manejo de las armas; y del general se referian dos hechos notorios. Una mañana, en Winsor, por puro capricho, puso quince veces seguidas el boton del florete en el mismo ojal del justillo de Sutton, maestro de armas de los Reales guardias, que pasaba por el primer tirador de Lóndres; y una tarde, en Hyde-Park, por simple apuesta, cortó en la hoja de la espada, á catorce pasos de distancia, las cuatro balas de las pistolas de dos cañones que por accidente llevaba.

No parecia de todo punto injustificado el aprecio con que aquellas armas eran miradas, siendo evidente que, tanto la espada como las pistolas, estaban siempre á la disposicion de los iguales y de los subordinados del general.

De buen grado continuaríamos bosquejando el perfil del noble lord

mientras él estudiaba el mapa, á no haber aparecido de repente en el dintel de la puerta otro personaje.

El recién llegado ostentaba las insignias de brigadier del ejército portugués, y era un individuo que tenía diez años más que el general y dos pies ménos de estatura; pero en cambio ganaba en latitud lo que en longitud perdía. El aspecto del lusitano era grave, quizá, demasiado; y, sin embargo, su fisonomía no podía eximirse de cierto no sé qué grotesco. Por otra parte, aunque la solidez de la persona era evidente, en sus movimientos parecia existir algo de incierto. En descargo de nuestra conciencia de historiadores, y sin que esto sea tratar de explicar lo inexplicable, haremos constar el hecho de que el brigadier habia almorzado un cuarto de hora ántes.

—Malas noticias, milord,—pronunció adelantándose.

Hamilton levantó la cabeza con expresion interrogativa.

—Noticias detestables,—repitió el portugués.

Después de algunos segundos de silencio en que el inglés esperó en vano la explicacion de las palabras de su interlocutor, articuló con un aire en que se vislumbraba cierta ironía indolente:

—¿De qué se trata, pues, don Folgueira?

—Ante todo, milord, permitid que deshaga un error importante.

El general se inclinó ligeramente.

—Mi apelativo no es el que habeis tenido á bien emplear. Yo me llamo don Juan Lorenzo Gonzalo Folgueira Silva de Vasconcellos y Madureira.

—Celebro mucho, señor brigadier, que lleveis un nombre tan sonoro, y que le lleveis tan dignamente. Vuestros infaustas nuevas en fin...

—¡Ah!—suspirió el portugués;—la

sonrosada aurora y el dulce crepúsculo vespertino... la rosa y su entreabierto boton.... la incomparable Amanda y su angelical hija Elvira, ya no están en Brihuega.

Hamilton, que habia fruncido el ceño un momento, dejó recobrar al semblante la habitual impasibilidad.

—Me tranquilizais, brigadier,—dijo indolentemente;—hubo un instante en que creí que os referiais á algun suceso adverso de la guerra.

—¡Suceso adverso!—exclamó Folgueira casi indignado;—¡Bah! milord, eso no es de temer.

—¿Lo creeis así?...

—Fundadamente; el conde de Staremberg es un gran capitán; y con ejecutores de sus instrucciones como vos, y con soldados como los que tengo la honra de mandar, todo por precision tiene que marchar por buen camino.

—Sin embargo, no hace muchos dias se afirmaba en la corte que el rey Carlos III permanecería en Madrid hasta la primavera y hoy se encamina á Cataluña...

—¡Diplomacia!

—No hace muchas semanas que vuestra brigada guarnecía la villa del oso y el madroño y hoy acampa en Brihuega...

—¡Estrategia!

—No hace muchos meses que no existía el núcleo de un regimiento enemigo á veinte leguas de nosotros y hoy nos encontramos en presencia de tres cuerpos de ejército.

—¡Táctica!

—¡Hum! brigadier... pudiera suceder que la fortuna no hubiera vuelto definitivamente la espalda al duque de Anjou.

—La fé transporta los montes y suprime los mares; y mi fé es absoluta en la estrella del ejército aliado. Pero... ¡pardiez, milord!... diríase que

no amais á Elvira al ver la facilidad con que distraeis de ella vuestro pensamiento.

—Mi deber es ocuparme más de la suerte de nuestras banderas, que llevan en sus pliegues el honor de nuestras naciones.

—Todo eso está perfectamente; pero un poeta de esta tierra dijo el siglo pasado que

Quando el amor no es locura,  
no es amor.

Y me parece que hemos convenido en que vos estais enamorado de Elvira, y yo lo estoy de Amanda.

—Pero esa convencion, señor brigadier, tuvo lugar durante la cena.

—A decir la verdad, milord, esa es la hora en que la necesidad de amar se hace sentir en mí con más energía; pero no puede ejercer una influencia absolutamente decisiva en el más vivo de los sentimientos humanos.

Folgueira dió una vuelta por la sacristía, para lo cual no tuvo que emplear más que dos segundos; y animándose con una puñada que asentó en el atril del breviario, exclamó:

—¡Metralla de falconete!... ¡Un general de vuestra ciencia y de vuestra experiencia, que dispone de ocho batallones, entre los cuales se cuentan dos regimientos de la mejor infantería del mundo, la infantería portuguesa; que manda cuatro escuadrones de la caballería más ligera de Europa, la caballería inglesa, y que tiene dos baterías de la artillería más potente que opera en España, la artillería holandesa, no debiera haber omitido la precaucion de consignar cuatro hombres y un cabo á la puerta de esas damas para impedir que hiciesen caprichosas correrías!...

— Señor brigadier, — pronunció Hamilton pausadamente, con la vista extraviada, como si el pensamiento hubiera emigrado á otras regiones:—

los soldados que nuestros gobiernos nos han confiado, no están al servicio de nuestras pasiones; eso es asunto de nuestros lacayos.

Y mientras Folgueira, á quien esta digna respuesta no podia ofrecer observacion, se acercaba á la ventana atraido por algo extraordinario que en el campo ocurría, Hamilton levantó una cortina de indiana y pasó á la capilladonde estaban los caballos y los efectos de campaña que le pertenecian.

—¡Dick!—articuló en alta voz.

Un jóven, que vestía traje medio civil, medio militar, se adelantó hácia el general.

—Héme aquí, milord,—contestó.

Hamilton, bajando el diapason, repuso:

—¿Has recogido el parte diario de los acuerdos del ayuntamiento en casa del presbítero concejal, Don Pascual Merendon?

—Vuestra gracia me tiene señalada para ello la hora de la una de la tarde, y no es todavía.

—¿Qué observastes ayer de extraordinario en la habitacion del presbítero cuando desempeñaste la misma comision?

—Nada, señor.

—¿No vistes movimiento en los muebles... maletas... trajes?...

—Nada ví que se parezca á eso.

—¿Qué hizo miss Elvira cuando la entregaste el ramo de violetas?

—Le tomó...

—Recuerda bien.

—Le tomó... eso es... con la mano izquierda, y le aplicó en seguida á la nariz.

—¿Qué expresion ofrecian las facciones de la jóven?

—¡Ah!... el semblante de miss Elvira parecía decir: hé aquí unas violetas que huelen muy bien...

Hamilton volvió á un lado la cabeza con impaciencia.

—Dick, añadió,—hoy no tienes que llevar violetas; pero lo que vas á hacer á toda costa, es averiguar con prudencia el paradero de miss Elvira y de su madre. Si me traes informes precisos, puedes contar con algunas guineas; pero si de nada me sirves en esta ocasion ó cometes una torpeza, en el momento en que pisemos el suelo inglés, buscaré un ayuda de cámara más útil.

Y Hamilton volvió á la sacristía precisamente en ocasion en que Folgueira daba majestuosas voces de mando desde la ventana, empinándose en la punta de las botas, y á tiempo en que un edecan abría la puerta.

—¡Qué ocurre!—preguntó el lord con acento breve.

—Un emisario del general Stanhope,—contestó el ayudante.

—Está bien; hacédle entrar.

Algunos segundos despues penetró en la estancia el sargento William con el aliento entrecortado todavía; pero con el rostro radiante por la importancia del papel que en la escena del mundo representaba á la sazón.

Hamilton, prescindiendo del hombre, dirigió una media mirada al uniforme y al grado.

—Segun me han dicho,—pronunció,—perteneceis á la division de Stanhope.

El húsar contestó:

—Formó parte de la escolta del general; el cual encareciéndome sobremanera la importancia de la mision que me confiaba, me ha entregado el pliego que voy á tener la honra de poner en manos de vuestra gracia.

El general adelantó el brazo, y el sargento, elevando su porta-pliegos en los dos tiempos que prescribía la instruccion académica, soltó las hebillas, abrió la cartera y sepultó la mano en su fondo.

Difícil sería describir la espresion

que ofreció la fisonomía de William. La estupefaccion no excluía el espanto, ni la desolacion la ira. La epidermis del húsar pasó del color rojo al violado; del violado al verde, y del verde al blanco mate. Si la energía de la voluntad humana pudiera abrir la tierra, el pobre soldado hubiera cavado una sima de cien estadios para arrojarse en ella de cabeza.

—Y bien... ese pliego...—articuló friamente lord Hamilton, que por primera vez fijaba la atencion en el sargento.

William estalló al fin, gritando como si solo hablase para sí:

—Ese pliego aquí estaba... pero los tunantes de los contratistas que el ministerio de la Guerra busca para surtir de efectos al ejército inglés cosen con basura... ¡Si siquiera fuese la de las tripas de semejantes canallas!... ¡Ombligo del papa!... ¡Un descosido de cuatro dedos!... Ahora que le pregunten á Dios, por señas, en qué surco del camino de Torija está el parte panza arriba... ¡Maldita sea hasta la primera leche que mamó el hijo de mi padre!

Y William descargó tal patada en el pavimento, que resonaron los pocos vidrios de la ventana, que no estaban rotos, y se estremeció toda la sacristía.

Hamilton se volvió con la mayor calma hácia Folgueira, y le dijo:

—Señor brigadier, servíos adoptar las disposiciones convenientes para que se administren á este bigardo dos carreras de baquetas, con el fin de que en lo sucesivo se acostumbre á mirar si está descosido el porta-pliegos, cuando los jefes le confían un parte.

Estas palabras, cayendo sobre el sargento como una ducha de agua fria, le volvieron en sí.

—¡Ah!... perdonad, milord...—

balbucoó:—el coronel Keene podría informaros de mi celo... Esta desgracia imprevista...

El general no le contestó. En cuanto á Folgueira, se había apresurado á salir de la estancia.

El altivo William creyó que acaso había ido demasiado léjos en sus expresiones de disculpã, y no añadió una sola palabra. Cuando el ayudante con un ademán imperioso le mostró la puerta, se lanzó por ella como un toro.

Resonó un redoble de tambor.

En el primer reducto de la trinchera tomaba las armas la compañía portuguesa que le guarnecía, correspondiente al regimiento de Oporto.

William en su carrera militar no había sufrido corrección alguna. Era en valor, en celo y en disciplina el modelo del escuadron. ¡Qué mucho que la indignacion y la vergüenza dieran incertidumbre á los pasos del húsar cuando se acercó al reducto, seguido por el ayudante de campo del general! ¡Y darse en espectáculo á extranjeros para aquella ignominia!...

¡Y ser castigado por manos portuguesas!...

El capitán de la compañía, que acababa de recibir instrucciones del brigadier Folgueira, hizo formar en dos hileras á los soldados, provistos de las baquetas de hierro de los fusiles.

El ayudante colocó á William á la cabeza de la compañía entre ambas filas.

—Soltad el cinturón,—pronunció.

El húsar obedeció y entregó la espada al soldado mas próximo.

—Desembarazaos de vuestra pelliza;—repuso el oficial.

William se quitó la prenda que le indicaban, y la arrojó furioso al suelo.

—Fuera el jubón;—réplicó el ayudante.

El jubón siguió la misma suerte que

la pelliza. Las atléticas formas del sargento solo quedaban abrigadas por la camisa.

En aquél instante de prueba, William lanzó una torva mirada delante de sí. La compañía contaba con cien plazas. El inglés tenia por consiguiénte cincuenta verdugos á la izquierda, y otros tantos á la derecha.

—¡Oído al parche!—gritó el capitán desenvainando la espada.

Los demás oficiales le imitaron.

Un instante despues los dos tambores de la compañía batieron paso doble.

William, con la vista extraviada, se impulsó hácia adelante recibiendo una tempestad de hierro. Hubiera podido abreviar el tormento emprendiendo una rápida carrera; pero el demonio del orgullo le inspiró la idea de probar á aquellos lusitanos el desprecio que sus golpes le merecian.

Los portugueses, por su parte, asentaban la mano con toda conciencia acaso porque la punición recaía en carne extranjera.

Quando William llegó al extremo de la doble hilera, el sudor le bañaba el rostro, la sangre le teñía la camisa y las fuerzas le abandonaban... Era preciso, sin embargo, volver al punto de partida... El húsar dilató sus pulmones con una profunda inspiración, recogió los músculos, y como no encontraba en torno el semblante de un amigo ó de un camarada, que le prestase al menos el apoyo consolador de la simpatía, elevó los ojos al cielo, y emprendió de nuevo la vía dolorosa.

El huracán de golpes arreciaba... las baquetas centelleaban al sol como dardos de fuego... Solo faltaban algunos pasos á William para ver terminado su martirio, cuando experimentó una conmoción suprema en el cerebro; un dolor insoportable despues; y por fin un total desvanecimiento.

El húsar cayó en tierra como una masa inerte.

A una órden del ayudante dos soldados unieron horizontalmente sus fusiles: sentaron á William sobre ellos y sosteniéndole otro hombre por la espalda, fué trasladado al cuerpo de guardia de la puerta de Brihuega.

Cuando lord Hamilton, desde la ventana de la Ermita, vió transportar á William sin movimiento, cubierto de sangre, pálido como un cadáver, dijo al brigadier Folgueira:

—¡Como!... ¿Hasta ese punto han apretado?...

—¡Ah, milord!...—contestó con énfasis el brigadier:—los portugueses tenemos el brazo fuerte.

Hamilton se separó indolentemente de la ventana, pronunciando:—Quizá no merezca menos ese bergante. Su parte hubiera podido ser de verdadera importancia... Cierto es que tengo instrucciones directas del conde de Staremberg; pero viejas de tres días... En estas circunstancias los acontecimientos pueden precipitarse... Decididamente si en lo que falta de tarde y en la noche no recibo nuevo aviso, mañana me pondré en contacto con Stanhope, y enviaré un emisario al generalísimo, participándole mis movimientos.

Un cuarto de hora despues, William exhaló un gemido, estiró una pierna, y abrió un ojo. En los vagos recuerdos del sargento, embrollados como el hilo de una madeja acariciada por las uñas de un gato, empezaba á hacerse la luz. Se hallaba solo, estendido sobre un ancho banco, en un cuarto reducido y poco claro.

La atmósfera que respiraba estaba impregnada de un fuerte olor de vinagre salada. Una prolongadísima inspiracion de aquella atmósfera acabó de volverle el conocimiento.

El húsarse incorporó sobre un codo,

y llevó la mano á la parte del rostro donde sentía una rígida presion. Un paño húmedo le cubría la region anatómica comprendida entre los ojos y la boca.

Asaltado William de un funesto presentimiento, puso los piés en el suelo, se desembarazó del apósito, extendió los brazos para encontrar el apoyo de las paredes, y tropezando en todos los objetos, se acercó á la ventana. Allí tomó la bandolera, y en su bruñida chapa de laton se miró el semblante como en un espejo.

William espantado lanzó un rugido salvaje. Habia desaparecido la punta de la nariz... Una infernal baqueta, cual si fuera una navaja de afeitar, habia rebanado como cosa de un dedo del tegumento externo.

—¡Maldicion!...—aulló:—¡Desfigurado! ¡Para siempre desfigurado!... ¡Mary ya no me amará!...

Y extendiendo los puños convulsivamente apretados como jamás los apretó boxeador alguno, añadió con siniestra expresion:

—¡Ah... lord Hamilton!... ¡os juro por la cruz de Westminster, que vais á pagar cara vuestra hazaña!...

### III.

#### LOS DRAGONES DE VALLEJO.

Á dos leguas cortas de Brihuega, en el fértil valle de Fuentes, se elevaba una severa construccion que, á pesar de que distaba mucho de hallarse terminada, en sus detalles y conjunto revelaba una vasta abadía.

Era, en efecto, un santuario erigido á la Reina del cielo por la reina regente de España María Luisa de Saboya, en accion de súplica para que la poderosa proteccion de la Madona librase al rey Felipe de las balas austriacas que diariamente oía silbar en las márgenes del Pó, ya que

el animoso príncipe por su parte, se cuidaba tan poco de que esos proyectiles existiesen.

Desgraciadamente la guerra, que no tardó en trasladarse al territorio mismo de la península ibérica, vino á interrumpir los trabajos del templo, y á llenar de consternacion á los venerables padres que abrigaban la esperanza de habitarle, y que no anhelaban otra cosa que elevar al Altísimo, desde aquel tranquilo retiro, la antífona *pro rege nostro*.

Como la campiña era amena, se hallaba poblada de alquerías, industrias agrícolas, y quintas de recreo de las clases acomodadas de Alcalá, Brihuega y Guadalajara.

No lejos de una de estas casas, en un espeso bosquecillo de chaparros y coníferas, situado en el fondo de un soto acotado, se paseaba un individuo del sexo masculino, si bien con más ligereza que la que de ordinario se emplea en un paseo. A veces, en efecto, hubiera podido creerse que aquel hombre era una ardilla que saltaba en el chaparral de rama en rama.

Y al decir hombre, no sabemos si hemos hablado con alguna hipérbole, porque el sér á quien nos referimos, apenas tendria diez y ocho años. Era, pues, un adolescente, que si el lector no lo lleva á mal, vamos á describir.

El rostro moreno y fino del nuevo personaje, tenia la viveza del niño, la petulancia del escolar y la burlona sonrisa del madrileño. En los ojos de azabache que poseía, brillaba esa llama juvenil que podríamos llamar concupiscencia de la vida; y en la frente que los coronaba, tan tersa como movable, se reflejaba el volcan de ilusiones que bajo ella hervía. Vestía modesto traje negro, cubierto por un largo manto del mismo color, y llevaba en la cabeza el tricornio de forma clásica española que usaban los semi-

naristas, entre los cuales no se había introducido la moda de los apuntes de candil, que con la nueva dinastía vino del otro lado del Pirineo.

Era efectivamente nuestro adolescente uno de los estudiantes de sagradas letras en el Seminario conciliar de Sigüenza, á quiénes el estampido del cañon dispersó por las inmediaciones como una bandada de chorlitos.

Pero como la juventud ha inventado el optimismo, la sangre que se vertía en España, no pudo hacer que se frunciera el ceño del estudiante. Bella es la paz, y admirable el fomento de las artes y ciencias que á la sombra de tan envidiable don prosperan; pero una lucha titánica en que siete grandes potencias jugaban en el vasto tablero de los campos de Castilla al noble juego de las armas, era tambien un espectáculo magnífico. La guerra, además, poseía otro mérito; era ocasion de vacaciones...

El jóven estudiante, como todas las naturalezas nerviosas y de organizacion privilegiada, tenia en los monólogos la costumbre de pensar en alta voz. Para ciertas imaginaciones suele ser esto una necesidad. El pensamiento podrá ser la brida de la palabra; pero la palabra es el freno del pensamiento.

Escuchemos, pues, el soliloquio del seminarista, y sabremos el curso y forma de las ideas que le asaltaban.

—Vamos, perezoso Salvador, vuelve al ángulo del pinar, y dirige otra vez una mirada á la ventana de la quinta de la Faisanera. Aunque tus ojos están cansados por la asidua lectura del *Flos sanctorum*, me parece que todavia han de poder servirte para ver si está colgada en la escarpia de la persiana, la blanca enseña que guia tus pensamientos, como guia los ejércitos del gran rey y de su nieto el rey animoso...

Salvador, puesto que así se había llamado él mismo, y es de suponer que no ignorase el nombre que llevaba, llegó al sitio que designó, y ocultándose tras el grueso tronco de un árbol, asestó los ojos á la ventana.

—Nada...—continuó;—por lo visto el reverendo don Pascual está utilizando los servicios de la incomparable Elvira. Acaso la bronquitis crónica... ¡El mes de Diciembre es tan frío!... Quizá el reumatismo crónico... ¡El valle de Fuentes es tan húmedo!... Tal vez la gastritis crónica... ¡La carne de los cerdos de le Alcarria es tan crasa!... Quién sabe si las tres dolencias... ¡Un cambio de residencia es tan perturbador para un organismo sedentario!...

—Paciencia, Salvador; cuando en el aula del doctor Cascarillas oías una de sus elocuentes disertaciones latinas con citas en griego que explicaban el texto, y notas en hebreo rabínico que ilustraban las citas, ¡oh!... entónces considerabas como el *sum-mum* de la felicidad un paseo al sol por la campiña... ¡Atrévete á quejarte hoy que en la plenitud de la libertad disfrutas las delicias de ese paseo, y abrigas la fundada esperanza de verle coronado, no por una mirada ó una palabra del serafín que disputa tus pensamientos al ángel de las escuelas, sino por una cosa que vale más, porque es más permanente; por un papel que la reina de las manos llenó de sabrosísimas patas de mosca, y plegó en mil dobleces!... Es decir, algunos más de aquellos en que han plegado este...

Y el estudiante se bajó á recoger un pliego que yacía en medio de la senda que iba á cruzar.

—¿A quién vá dirigido?... ¡A lord Hamilton!... ¡Oh! Desgraciadamente este nombre no te es desconocido, Salvador... Y como pica vivamente

tu curiosidad, por no decir que exalta tu interés, y el pliego está abierto, bien puedes sin remordimiento enterarte del contenido.

El seminarista se enteró, en efecto, y echó atrás su tricornio de un capirotozo para pasarse con más facilidad la mano por la frente.

—Hum.. murmuró;—hé aquí unos garabatos que pagaría con un tesoro el duque de Vendome, si fueren auténticos... ¿Y porqué no han de serlo?... ¿Quien puede entretenerse en escribir tales cosas?... ¡Qué sarcástica es la fortuna, Salvador! Te pone en la mano un escrito de capital importancia para el que le firma, para el que le conducía, para el que había de recibirle y para aquel á quien se refiere; y lo mismo te afecta á tí el tal documento que afectaría al dogo de la tia Marta... Despacio, buen Zurita... Tú eres, ó debes ser, un español leal y un cristiano católico... Es evidente que un cuerpo de ejército de su majestad católica y de su majestad cristianísima se halla comprometido... Tu deber es salvarle, ya que el acaso te ha deparado el medio... ¡Pardiez! seminarista; estás hablando como un pagano. Quizá es la Providencia quien en esta ocasion te ha reservado el papel del pastor misterioso que condujo á la victoria por los desfiladeros de Sierra Morena á Alfonso VIII de Castilla, á Pedro IV de Aragon y á Sancho el fuerte de Navarra... ¡Vamos, Salvador! ocúpate de algo sério en el mundo por primera vez en tu vida... Es cierto que desconoces el sitio donde el duque de Vendome se encuentra; pero sabes la manera de hacer que llegue á su poder el parte... Antes de entrar en el soto vistes en la llanura un destacamento de caballería española... Si entónces evitastes su encuentro, ya no estás en el mismo caso...

¡Adelante! y que el Dios de Sabaot salve á la España.

El seminarista guardó el pliego en el bolsillo del pecho del justillo, se terció el manteo y con paso firme y redoblado ganó la zanja de deslinde del soto.

Desde allí dirigió á la llanada una mirada escudriñadora. No quedó burlada la esperanza del jóven.

En el fondo del valle se alineaba en batalla una imponente fuerza de caballería, á cada momento aumentada por numerosos grupos de ginetes que acudian en todas direcciones.

Aquella concentracion, que acaso indicaba una próxima partida, puso alas en los pies de Salvador para correr hácia los soldados.

La fuerza vestía uniforme gris con vueltas de grana; y el armamento que usaba consistía en espada de tirantes con vaina de hierro, carabina larga y bayoneta.

Salvador se encontraba en presencia del regimiento de los terribles dragones de Vallejo, y de su heroico coronel, el cual revistaba rápidamente sus cuatro nutridos escuadrones, que en conjunto ofrecían una masa de quinientos caballos.

El estudiante se encaminó en línea recta al coronel.

Era don José Vallejo un hombre que se encontraba en todo el vigor de la edad viril, de acentuadas facciones que llevaban el sello de la energía militar, y de mirada de águila, que destellaba inteligencia.

Vallejo pertenecía al número de esos privilegiados seres que lo ven todo al mismo tiempo; las cosas de más enorme volúmen, y las de más cortas dimensiones; las de alta importancia, y las de insignificante aspecto; el planeta y el átomo. Así fué, que en medio de la preocupacion que debía inspirarle la concentracion del

regimiento, no dejó de observar al imberbe mancebo que hácia él corría, y le salió al encuentro sin afectacion, haciendo describir al caballo un arco de círculo.

—Sirvase dispensarme un momento de atencion el señor coronel...—gritó Salvador jadeante.

—¿De qué se trata?—dijo el jefe refrenando su caballo.

—De un asunto del mayor interés.

—¿Para quién?

—¡Para España y para el rey!—contestó el seminarista sin vacilar ni un solo instante.

—Hable usted, pues.

—Tenga á bien vuestra señoría pasar la vista por este escrito.

El coronel tomó el pliego que Salvador le alargaba, y leyó desde la primera hasta la última palabra con atencion creciente.

—¿Cómo ha llegado este papel á las manos de usted?—dijo despues, fijando en el escolar una mirada penetrante.

—Del modo más sencillo; acabo de encontrarle en una de las sendas del soto próximo, mientras me paseaba estudiando un lugar teológico.

—¿Quiere usted decirme su nombre?...—pronunció con aire distraído Vallejo como si su pensamiento se hallara hondamente preocupado.

—Salvador Zurita, para servir á vuestra señoría.

—La profesion de usted...

—Cursante de humanidades y teología en el Seminario de Sigüenza.

Hubo un intervalo quizá excesivo de silencio, en que el coronel pareció continuar madurando sus ideas. Por fin repuso:

—El señor Zurita acaba de prestar al rey don Felipe un servicio importante; y como en el celo que para ello ha desplegado se revela el más acendrado patriotismo, voy á dirigir un

ruego á usted, depositando en su lealtad al mismo tiempo, una confianza sin límites.

—Escucho á vuestra señoría.

—Vá usted á hacerse cargo otra vez de este pliego.

—¡Yo, señor coronel!—exclamó Salvador seriamente alarmado.

—Usted en persona; y con arreglo á las instrucciones que voy á darle, le pondrá en las manos del general duque de Vendome.

El camino que tomaba el asunto estaba á cien leguas del pensamiento del estudiante de Sigüenza.

—Perdone el señor coronel,—balbuceó;—pero me parece... ¡cáspita!... creo vislumbrar... que el papel que me destina se asemeja mucho al de un espía.

Vallejo era hombre que sabía distinguir de personas. Las palabras de Salvador solo le arrancaron esta mesurada respuesta:

—El papel que reservo á usted en el drama que presencia la España, es el que usted mismo ha elegido, señor Zurita; el del súbdito más leal, desinteresado y animoso de su majestad católica y el de salvador de su cuerpo de ejército más importante.

—¡Música celestial!—pensó el seminarista.

—Sírvasse usted escucharme,—continuó Vallejo;—poco tiempo ántes de encontrarle, había recibido una orden apremiante del conde de Aguilar, á cuyo ejército pertenezco, para que me reuna á él sin perder un momento. Apenas desaparezcan de estos contornos mis dragones, la comarca entera queda en poder del enemigo. No menciono los riesgos que correría aquel de mis soldados á quien yo hiciera portador del parte... Todos ellos están acostumbrados á dar diariamente la vida por su rey sin murmurar una que a... Pero el contenido de ese pliego

vale más que la vida de un hombre... Acaso lleva entre las líneas la suerte de una nación entera... Es necesario, por lo tanto, que una persona á quien no venda el uniforme, que sea conocida en el país, que no pueda inspirar sospecha alguna, se encargue de la conduccion del despacho... Y usted, señor Zurita, reúne todas las circunstancias de esa persona.

—Pero, señor coronel... yo tengo mis ocupaciones...—replicó el contumaz adolescente.

—¿Mas importantes que el servicio del Rey?...—preguntó Vallejo friamente.

—Yo tengo falta de salud...—continuó Salvador haciendo una transición mímica dolorosa.

—La solemnidad de la misión prestará fuerzas al cuerpo.

—Vuestra señoría vá á hacer que el servicio que creía prestar á mi nación se convierta en un verdadero castigo para mí...

Vallejo no dió todavía la más ligera muestra de impaciencia.

—Está bien,—añadió, despues de un momento.—Aun me queda un segundo partido que proponer á usted, ya que tanta aversion le inspira el primero.

—¡Oh!... sí, sí...—exclamó radiante Salvador;—opto por el segundo partido...

—¿Sin conocerle?

—¡Qué diablo!... lo cierto es que no puede ser peor que el primero.

—Entonces, señor seminarista, prestará usted su traje á uno de mis dragones...

—Perfectamente;—pronunció Salvador alborozado:—cuando decia á vuestra señoría que no habría dificultades...

—Y ese soldado privará á usted del honor de completar la obra gloriosa que había comenzado.

—Me resigno, á la privación.

Vallejo volvió la cabeza hácia el regimiento, pareciendo detener algun tanto la mirada en un adolescente que le servía de corneta de órdenes.

Aquel corto espacio de tiempo fué suficiente á la viva imaginacion de Salvador para que principiara á ofrecérsele el asunto bajo otro punto de vista.

—Un instante, señor coronel...— articuló timidamente.

—¿Qué hay, pues!...—dijo Vallejo.

—¿Meserá lícito preguntar á vuestra señoría si tiene á mano algun vestido que ofrecerme en reemplazo del que voy á ceder á uno de tan bizarros soldados?...

—¿Sin duda!

—¿Ah... muy bien!...

—Tengo á mano el vestuario de aquel de mis bizarros soldados que vá á endosarse el traje de usted.

Salvador se rascó una oreja.

—Pero me parece haber oido decir á vuestra señoría que en el momento en que sus dragones se alejaron de aquí, toda la comarca era del enemigo...

—Y no rectifico.

—De modo que el uniforme de dragon vá á ser para mí satánicamente comprometedor, en vista de que no podré despojarme de él, y dejarle oculto entre la maleza por dos fuertes razones.

—La primera...

—Que en el mes de Diciembre nadie se queda impúnemente en despojado con la simple camisa, en la hipótesis de que no sea necesaria tambien la mia para completar el disfraz del dragon de vuestra señoría, y en el supuesto de que ese dragon tenga camisa. ¡He oido hablar tanto de la estrechez del Real Erario!

—A fé mia,—contestó Vallejo en tono casi confidencial:—No me atreve-

ría á tranquilizar á usted rotundamente acerca de ese punto... La segunda...

—Que con una camisa por todo vestido... es de advertir señor coronel, que yo no gasto calzoncillos... con una simple camisa... ó si tampoco existe, con el traje paradisiaco, nadie puede presentarse en parte alguna á pedir por amor de Dios modestas prendas con que cubrir las carnes, sobre todo si las personas á quienes se acude pertenecen al otro sexo... En el Seminario de Sigüenza se nos recomienda el pudor como la primera de las virtudes.

—Por fortuna, señor seminarista, tenemos un medio de evitar todos esos inconvenientes.

—¿De veras?

—Hé aquí el medio: monta usted en el caballo del soldado que vá á sustituirle, y sigue usted al regimiento.

—¿Yo!...—exclamó Salvador dando un salto atrás.

—Debo asegurar á usted que una vez en las filas de mis dragones, puede desafiar á todos los alemanes, ingleses, holandeses, portugueses y palatinos, que infestan nuestro pais. No abandonarán en el peligro al señor Zurita sus quinientos camaradas.

—¿Yo, que jamas me he visto sobre un caballo!...

—En el mismo caso estaba yo, antes de haber montado por vez primera.

—¿Y si se tratase de cargar!...

—Cargaría usted con mis dragones. No habia de deshonrar su glorioso uniforme.

—¿Y si se tratase de hacer fuego!...

—Le haria usted como ellos.

—¿Misericordia!—balbucoé Salvador consternado:—En mi vida he tocado un arma de fuego... Si fuese bastante osado para atreverme á disparar una carabina estoy persuadido de que el tiro me salta por la culata.

—¡Resolucion!

—¡Pero... mi coronel!

—Perfectamente: veo que ya empieza usted á adoptar el lenguaje militar. ¡Abajo el manto!

Salvador en el colmo de la desesperacion, gritó semifrenético:

—¡Estoy decidido!

—Al fin...

—¡Sí!... Opto... por el primero de los dos medios que vuestra señoría me ha propuesto.

—Bueno es que opte usted por alguno de ellos; porque confieso que ya estaba agotada mi inventiva.

—Espero las instrucciones, de vuestra señoría, —replicó Salvador, con el aire del hombre que está resuelto á tirarse de cabeza al río.

—Fáciles son de ejecutar. ¿Conoce usted la cruz del Robledal?

—Conozco toda la comarca. Se encuentra esa cruz á un cuarto de legua de este sitio en la bifurcacion de los caminos de Ledanca y Gojollar.

—Exactamente... Pues bien; á las cuatro de la tarde debe llegar á esa bifurcacion la vanguardia del duque de Vendome por el camino de Ledanca.

El coronel sacó un magnífico reloj de oro guarnecido de diamantes; consultó la esfera y repuso:

—Puede usted disponer de más de tres horas y media, puesto que son las doce y veinticinco minutos; pero á las cuatro en punto se hallará sin falta en la cruz del Robledal el señor Zurita y entregará su pliego al duque de Vendome.

El estudiante respiró con fuerza. La comision empezaba á parecerle menos insoportable de lo que habia temido.

El coronel prosiguió:

—No proveeré á usted de escrito alguno de mi mano: de ese modo si un azar siniestro le hace tropezar con

los aliados, todavía puede quedarle una esperanza de salvacion, alegando que vá á llevar el pliego á lord Hamilton; pero diga usted de mi parte al señor duque, que en este momento corro á incorporarme al conde de Aguilar, cumpliendo sus órdenes; y que confie en que, tanto el conde como el rey á quien con él supongo, sabrán dentro de pocas horas la difícil situacion en que está á punto de encontrarse.

—No dude vuestra señoría que sus palabras serán textualmente repetidas... El doctor Cascarillas ha ejercitado mi memoria.

—El duque de Vendome, señor Zurita, apreciará en todo lo que vale el servicio que vá usted á prestarle; pero si él le olvidase, yo refrescaría su recuerdo.

El seminarista se encogió de hombros. No podia exigírsele menos vivacidad para expresar la poca estimacion en que tenia la gratitud del duque y el recuerdo del coronel.

—Ahora, amigo mio, —añadió Vallejo, —que Dios vele por usted, y que salve la España.

Y despues de devolver el pliego á Salvador, le ofreció la mano.

El adolescente, á pesar de su ligera condicion, no pudo menos de experimentar cierta emocion al estrechar la diestra del célebre guerrillero.

Vallejo se volvió hácia sus soldados, pronunció algunas voces de mando, que transmitieron los jefes de escuadron, y aquella masa de caballos se movió simultáneamente sin toque alguno de clarines.

Salvador se apresuró á dejar libre el terreno al tifon de centáuros que se desencadenaba en el valle, y le vió alejarse por la llanura en direccion á La Olmeda, entre ígneos reflejos, rugidos metálicos y sonoros relinchos.

Cuando el seminarista se encontró

solo, giró sobre sus talones; y con un paso que hubiera envidiado el andarin de Sigüenza, encargado del correo, se encaminó á la Cruz del Robledal. Apenas hubo llegado, se orientó un instante, dirigió en torno una mirada escrutadora, y bien seguro de que por nadie era observado, se acercó á un roble conocido, y en una profunda hendidura de su corteza sepultó el asendereado parte de Staremberg.

Despues se alejó sacudiendo los dedos, como si hubiera soltado lumbré.

—¡Cáspita! —murmuró:— ¿A qué conducía conservar sobre mí por espacio de tres horas tan peligroso objeto?... Me parece que ahora están más claras mis ideas... mis pulmones más dilatados... más ágiles mis piernas... Comprobemos...

Y por un recto atajo, aquel pájaro sin alas, volvió á caer sobre los colmenares y viñedos que circuián la quinta de la Faisanera.

El primer cuidado del jóven consistió en mirar la cuarta ventana del piso principal. Pendiente de la persiana, se balanceaba blandamente al soplo del viento un pañuelo blanco, que fué saludado por Salvador con un ¡hurra! de entusiasmo.

Para el seminarista habian dejado de existir Staremberg, Stanhope, Hamilton, Vallejo, Vendome, España, Alemania, Borbones y Austriacos.

#### IV.

##### LA QUINTA DE LA FAISANERA.

Conveniente es dar á conocer las personas que habitaban la Faisanera, cuando se acercó á sus muros el seminarista de Sigüenza.

Los moradores sedentarios eran el hortelano Juan Fernandez y su mujer

Josefa Perez; y los huéspedes accidentales, el presbítero don Pascual Merendon, su ama de gobierno, doña Amanda y la jóven hija de ésta, doña Elvira

Si en nuestros propósitos entrase referir la historia de los dos primeros individuos, solo podriamos decir que eran unos séres que absorbían cada día una respetable cantidad de alimentos, y que la digerían perfectamente, con la regularidad de un organismo automático, sin duda para que Juan pudiera empuñar el azadon durante doce horas, y Josefa manejar, por el mismo tiempo, la rueca y los utensilios de la cocina.

En cuanto á don Pascual, preciso es convenir en que era un personaje verdaderamente importante, no solo en la quinta de la Faisanera, sino en toda la jurisdiccion de Brihuega.

Tres eran los factores de esta importancia. El primero, la pingüe herencia que el presbítero recibió de su padre; el segundo, el sagrado carácter que le revestía; y el tercero, la vasta ciencia que se aseguraba habia adquirido en la universidad complutense.

Los ejercicios de la oposicion que hizo al curato de Santa María, primera parroquia de Brihuega, fueron sorprendentes. La disertacion que presentó al tribunal de censura sobre el origen de los cultos orientales, estaba escrita en la primitiva lengua semítica. Aquel prodigio filológico obtuvo un éxito completo: los contrincantes renunciaron al derecho de hacerle objeciones, y los jueces, acogiendo el trabajo con majestuosas muestras de aprobacion, especialmente en los períodos en que esforzaba la voz el opositor, votaron unánimes en su favor.

La modesta posicion del cura de Brihuega, parecia, sin embargo, in-

ferior á los merecimientos de aquella lumbrera de la Iglesia; y siempre que en la catedral de Sigüenza vacaba un beneficio, una canongía ó una dignidad de oficio, el buen Merendon era asediado por todos sus amigos, con el fin de que pretendiera la prebenda.

El digno presbítero contestaba invariablemente:

—Obispo no puedo, canónigo no quiero, párroco me quedo.

La parroquia, en efecto, habia colmado, al parecer, todas las aspiraciones del buen cura.

Durante veintitres años, que transcurrieron con la serenidad de las aguas del manso Tajuña, don Pascual no manifestó el menor deseo de abandonar á sus queridos feligreses.

Segun expuso en el seno de las más íntimas amistades, toda la ambicion que le trabajaba el ánimo consistía en que el Omnipotente le concediera vida suficiente para terminar las seis obras teológicas que le ocupaban, y en que la celestial patrona de la primera parroquia hiciera prosperar bastante los bienes de la fortuna que administraba, para fundar un hospital y un hospicio ampliamente dotados. La humildad, sin embargo, no permitía al doctor aceptar la gloria que de ambos actos pudiera resultarle, y por lo tanto, ni las obras se publicarían, ni las fundaciones se llevarían á efecto hasta que el Altísimo tuviera á bien llamarle á sí.

Como estas aspiraciones de ultratumba solamente fueron confiadas bajo condicion del más absoluto secreto, creemos ocioso añadir que eran notorias en toda la villa.

Por lo demás, el trabajo de la *cura animarum* nunca debió ser insoportable para don Pascual, porque lo mismo á las veinticinco primaveras en que obtuvo la colacion, que á los

cuarenta y ocho otoños en que le ponemos en escena, á pesar del aspecto fresco y rollizo que el tegumento externo parecia ofrecer á los ojos del observador, las dolencias á que habia aludido Salvador, hicieron que se viera obligado el digno presbítero á descargar en los hombros de un coadjutor el peso de la cátedra del Espíritu Santo, del tribunal de la penitencia y del oficio divino, en las largas solemnidades.

Doña Amanda Caracuel, más ó menos viuda, segun pública voz, de un capitan de caballos, tenia á la sazón treinta y seis años; pero los ojos vivos y brillantes como Canopo y Arcturo, la boca de clavel, poco mayor que una cereza, los menudos dientes, blancos y limpios como el marfil, y el cutis terso y trasparente como la hoja de la rosa, hubieran podido darla derecho para quitarse dos lustros, á no tener siempre al lado el testigo acusador de Elvira.

Por otra parte, la gracia que acentuaba las espresivas facciones de la hermosa viuda, dotaba su persona de un atractivo irresistible.

Inútil nos parece decir que con los encantos que Amanda debia á la Providencia, inspiró muchas serias pasiones en los diez y ocho años que llevaba al frente de la administracion doméstica de don Pascual; pero como el digno párroco, á la vez que jefe del domicilio era director espiritual de la bella viuda, disputó su alma á las seducciones de Satanás con la perseverante fé de un apóstol; y en cuantas ocasiones la vió tropezar en la senda del mundo, acudió á sostenerla con mano vigorosa, y volvió á encaminarla por la vía del cielo.

Sabido es que el celo de los séres á quienes el Omnipotente dispensa la vocacion de catequizador, es superior al celo de un amante.

Con respecto á la jóven Elvira, que acababa de cumplir diez y siete años, diremos únicamente que era la poesía de la belleza de Amanda.

Si el inmortal Urbino hubiera conocido á Elvira, no eligiera seguramente á la Fornarina para modelo de las vírgenes que nos hace admirar, y éstas perdieran ese vago matiz humano que en sus facciones dejan entrever.

Siempre ha sido difícil para un hombre guardar una mujer bonita; pero velar por dos, empieza á ser abrumador. Es cierto que la excelente conducta de Amanda, que solo anhelaba dejarse enseñar, y la angelical pureza de Elvira, que únicamente pedía que la hicieran aprender, facilitaban mucho la árdua tarea de don Pascual; pero no por eso dejaban de exigir el ejercicio constante de la vista de Argos, de la prudencia de Ulises, y de la penetración de Edipo.

Durante un largo espacio de tiempo, Brihuega parecida á una cartuja, y el presbiterio del doctor Merendon semejante á una celda, permitieron al buen párroco disfrutar una calma relativa. Más ¡ay! la calma es precursora de la tormenta. Estalló la guerra: España pareció conmoverse en sus cimientos, y Brihuega galvanizada se dejó arrebatarse del huracán de actividad febril que se desencadenaba desde Versalles, sin duda porque *ya no había Pirineos*.

Las noticias se sucedían; las alarmas se multiplicaban; los correos desempedaban las calles haciendo crujir los látigos; cuerpos de tropas cruzaban la villa con las extrepitosas bandas militares al frente. ¿Qué medio de reclusión y recogimiento puede haber en semejantes circunstancias?

Se vivía en las ventanas y balcones; se comunicaba con los vecinos; se

cambiaban miradas, sonrisas, señas; á propósito de explicación del bando de la esquina ó del pregon de la plaza, se hablaba con los transeúntes; en fin, se hacía todo lo que puede desesperar á un director espiritual.

Así es que el venerable doctor estaba verdaderamente desesperado. La agitación moral era más antagónica para el organismo que debía á la naturaleza, que la agitación física; y las emociones que veía experimentar á las personas que le rodeaban, le eran tan antipáticas como si las experimentase él mismo.

En aquella situación de contrariedades, zozobras y desvelos, llegó á la Alcarriá un rumor siniestro como el hatido de las alas del cuervo: la infausta nueva de la desastrosa batalla de Zaragoza, á consecuencia de la cual marchaba sobre Madrid el archiduque Carlos á la cabeza del ejército del terrible Staremberg.

Según el parte de este general, el ejército del duque de Anjou perdió en tan aciaga jornada 5.000 muertos, 2.500 heridos, 33 piezas de artillería y 86 banderas y estandartes.

Era posible que en cifras tan crueles, hubiera exageración; pero, de todos modos, las tropas españolas se habían fraccionado en dispersas columnas; el camino de la capital de la monarquía estaba abierto al ejército aliado; y el pánico se propagaba de Aragón á Castilla como un torrente embravecido.

Na tardó Brihuega en verse invadida por una nube de soldados azules, soldados verdes, soldados amarillos, soldados rojos; es decir, por soldados en cuyos uniformes parecían reflejarse todos los colores que tomaba el atribulado rostro del buen presbítero. Unos juraban en alemán; otros maldecían en holandés; estos renegaban en portugués; aquellos blasfemaban en inglés.

Brihuega había llegado á ser una verdadera sucursal del infierno.

Faltaba, sin embargo, á don Pascual recibir el último golpe.

Inmiscuirse en la alta política del Estado siempre había sido para el modesto párroco un vicio vituperable; pero ocuparse en la baja gestión de los asuntos municipales, era peor que eso: era el más nauseabundo de los excesos.

Pues bien; á las veinticuatro horas de la entrada de los aliados, el Ayuntamiento de Brihuega era destituido, y don Pascual Merendon recibía el nombramiento de concejal en nombre de su majestad el rey don Carlos III.

La desolación del respetable presbítero no conoció límites. En vano representó, suplicó, imploró. El general inglés que gobernaba la provincia estuvo implacable; el rey había hablado: era preciso obedecer.

Para colmo de desdicha, apenas los demás concejales supieron que en el seno de la corporación municipal existía el preclaro doctor complutense, queriendo darle una prueba de la deferencia que su ciencia y virtud les merecían, le votaron unánimes para la presidencia.

Desde aquel momento, el desventurado don Pascual pudo muy bien creer que vivía en la calle. La casa en que habitaba estaba allanada de día y noche por personas de toda clase y condición. Hasta los altos jefes militares, que por la importancia de los empleos que desempeñaban, podían tener derecho para llamarle cuando una urgente cuestión de subsistencias exigía una entrevista, se avenían á ir en persona á visitarle, y prolongaban extraordinariamente las visitas. ¡Y si al menos únicamente las hubieran hecho cuando él se hallaba en su domicilio!... Pero las circunstancias reclamaban la

celebración de frecuentes concejos; y no había ocasión en que al regresar presuroso al hogar doméstico, el venerable párroco, no se encontrase en su gabinete con algún par de atusados bigotes aguardándole sin impaciencia.

La situación iba siendo insostenible. Hasta las almas más débiles acaban por fulminar un destello de energía cuando los tormentos que se les imponen exceden los límites de la resistencia humana.

Don Pascual era un Isaac de mansedumbre y un Job de paciencia. La evangélica abnegación del sacerdocio que ejercía, llegó hasta el punto de permitirle resignarse en cierto modo á las asiduidades de lord Hamilton cerca de la jóven Elvira. Después de todo, no era imposible que aquel tesoro de virtudes cristianas fuese el instrumento elegido por el cielo para convertir al catolicismo al disidente inglés, y llegase un día en que arrastrase carroza por las orillas del Támesis con el título de lady Hamilton.

Pero lo que el digno párroco no se sintió con fuerzas para soportar, fué la diabólica pertinacia con que el brigadier portugués don Juan Folgueira puso los ojos radiantes de inmodesto apetito en la perla de las ovejas del rebaño que la Providencia le había confiado: en la piadosa Amanda, á la cual sus mismas virtudes de docilidad y candidez, podían exponer en un momento dado á una grave caída.

Había sonado la hora del heroísmo. Una noche se forró el presbítero de bayeta y de pieles; envolvió en sendos mantos á las dos codiciadas alhajas; dió un brazo á cada una y se lanzó fuera de Brihuega por un extrañado portillo puesto al cuidado de los agentes del municipio, á los cuales sin separar un pliegue del embozo mostró un pase en regla.

El objeto de don Pascual estaba conseguido. Huía de aquella villa, en otro tiempo terrenal paraíso, y ahora nefanda Sodoma, sin dejar otra huella del paso, según la frase bíblica, que la que deja el ave en el aire, el pez en el agua y el varón en la hembra.

A cincuenta pasos del muro esperaba á los fugitivos una tartana tirada por dos soberbias mulas que conducía Juan Fernandez, hortelano de una de las numerosas fincas rústicas que poseía don Pascual; y aquel vehículo depositó tres horas después en la quinta de la Faisanera la persona y penates de su propietario.

Tomada una ligera colación en la cocina, al amor de un abundante fuego, se recogieron los tres viajeros; y por primera vez, después de un interminable siglo de ansiedades, pudo el presbítero roncar á pierna suelta con la paz en el alma y la calma en el cuerpo.

Con el fin de no disolver un grano de acibar en el néctar embriagador de aquella noche libertadora, don Pascual resolvió aplazar hasta el día siguiente la meditación acerca de si sería necesario poner más tierra por medio, ó convendría esperar en el oculto asilo de la Faisanera el curso ulterior de los acontecimientos. Así fué que desde las primeras horas de la mañana, el doctor empezó á equilibrar en su ánimo el pró y el contra de la permanencia en la quinta. Pero la resolución no era una cualidad habitual en el excelente párroco; el excesivo uso que de ella hizo en el día anterior había completamente agotado la cantidad de que parecía ser susceptible; y llegó la hora del desayuno, y después la del almuerzo, sin que don Pascual hubiera fijado sus ideas sobre el particular.

Por fortuna no urgía la adopción

de un acuerdo definitivo. El hecho mismo de la duda equivalía á una decisión, por cuanto ocasionaba la residencia en la Faisanera, y esto era uno de los extremos del dilema. ¡Es tan grato, por otra parte, disfrutar los placeres de la calma, después de haber arrostrado los furiosos de la tormenta!...

El buen presbítero había almorzado algo fuerte: el exceso era disculpable, después de tantos días de falta de apetito. Un paseo higiénico al sol en el centro de un hermoso día de Diciembre, no podía menos de convenirle. Además, no sería cosa superflua practicar un ligero reconocimiento en las inmediaciones.

Don Pascual se endosó su amplio balandran, se subió hasta la nariz la enorme corbata, se encasquetó el sombrero hasta los ojos, empuñó la gruesa caña de roten, y salió majestuosamente á la campiña.

¡Qué agradable es respirar á plenos pulmones el aire libre de los campos para aquel á quien sus deberes aprisionan en los estrechos límites de una población insana!

El doctor, rejuvenecido por la dicha, fué insensiblemente aumentando la velocidad de la marcha, y acabó por tomar un pintoresco trote, canturreando á su compás un villancico de la próxima Pascua.

Llevaba media hora de satisfactoria inspección por los alrededores, cuando al volver el ángulo de un cobertizo de ganados, creyó distinguir una forma negra que se deslizaba á lo largo del seto que circundaba la quinta.

El sagrado cántico espiró en los labios del presbítero; su paso se detuvo como el de un caballo vigorosamente refrenado; y el bastón permaneció suspendido en el aire como la mano del perro que muestra una pieza venatoria.

Poco á poco la punta del roten fué descendiendo hasta el suelo; don Pascual encorvó su espina dorsal; y ni más ni menos que si fuera un vulgar agente de policía, se dirigió por una senda cubierta de espinos hácia un matorral próximo á la Faisanera, perfectamente situado para distinguir á cualquiera que llegase por el lado del seto.

No fué larga la espectacion del doctor. Un jóven de tricornio al través y manteo terciado, pareció desprenderse de los abrojos del seto como una gacela, y se encaminó rápidamente á la quinta. Don Pascual pudo por primera vez acordarse de que estaba en Diciembre, porque sintió un frio glacial hasta en la médula de los huesos.

¿Habrá salido de Scyla para caer en Caribdis?... ¿Que iba á hacer en la Faisanera aquel jóven, cuyo rostro no le era desconocido?

La direccion de la mirada del adolescente dió la respuesta á don Pascual. Aquella mirada se fijaba con un arrobamiento inefable en una de las ventanas, que tenia entornadas las persianas hasta el punto de no ser posible al párroco distinguir la cabeza que detrás de las hojas se ocultaba.

Pudo ver otra cosa, sin embargo. Por el espacio triangular comprendido entre el marco de la ventana y las hojas de la persiana, descendía lentamente un plegado papel atado al extremo de un hilo. El mancebo, por su parte, habia sacado del bolsillo otro billete, y se preparaba, al parecer, á colocarle en lugar de aquel que esperaba con ese semblante de beatitud con que los predestinados reciben los dones que bajan del cielo.

Apenas faltaría media vara para que la mano del jóven pudiera alcanzar la misiva, cuando don Pascual espermentó una imperiosa necesidad

de estornudar; y léjos de procurar sustraerse á ella, merced á ese sencillo medio empleado por los cazadores de espera, que consiste en frotar vivamente el lábio superior contra la mandíbula, dejó que el deseo nasal obtuviera plena satisfaccion.

En el valle de Fuentes resonó el estampido de un estornudo hercúleo, inaudito, fenomenal, que fué repetido por los lejanos ecos de la comarca; espantó los gorriones de los zarzales próximos, hizo ladrar el perro en el zaguan, y puso en fuga todas las gallinas del corral.

## V.

### UN CONSEJERO DE EXPERIENCIA Y VIRTUD.

—¡Misericordia divina!—exclamó la quejumbrosa voz de don Pascual:— ¡Mi catarro crónico vuelve á tomar la forma aguda!... Y se hará capilar... Oh, sí... se hará capilar, y sofocante... ¡Ah! infernal campaña de Brihuega... ¿Será posible que no encuentre en tu seno un lugar donde pueda impunemente respirar tus brisas?

El papel que descendía de la ventana habia vuelto á ascender con una rapidez vertiginosa, y la persiana quedó herméticamente cerrada.

En cuanto al billete del adolescente, desapareció en sus dedos como si le hubiera escamoteado el más hábil juglar.

El párroco, que se adelantaba apresurado hácia Salvador, alzó la vista y dijo:

—¡Que ve!... ¡El señor bachiller Zurita en la Faisanera!... Porque creo que no me equivoco... estoy en presencia del mismo señor bachiller Zurita...

Salvador, que no sabia á qué santo encomendar tamañas tribulaciones, se inclinó ligeramente.

—¿Y qué es ello?...—prosiguió don

Pascual:—¿Algun encargo de la tía mi señora Marta?... Pero pase adelante el señor bachiller: el estado de mi salud no me permite permanecer expuesto al aire libre... Adelante... adelante...

Y abriendo de par en par la puerta, ofreció el paso al estudiante con la mas espléndida cortesía.

El seminarista entró automáticamente, despues de haber correspondido á la amabilidad del párroco, con lo que él quiso que fuera una sonrisa, y no pudo ser otra cosa que una mueca.

—Ante todo,—repuso el propietario,—permítame el señor bachiller que disponga que su cabalgadura sea conducida á la cuadra.

—No es necesario:—articuló Salvador.—He venido á pié...

—*¡Pedibus ambulando!*—pronunció admirado el doctor:—¡ah piernas de los diez y ocho años!... ¡Qué envidia me inspirais!

Despues atravesó un recibimiento, subió dos tramos de una escalera, y penetró en un gabinete, en cuya chimenea ardian algunos leños.

Allí se quitó el sombrero y el balandran, atizó el fuego con las tenazas, y mostrando un sillón á Salvador, mientras él se acomodaba en otro, prosiguió:

—Graves deben ser las circunstancias cuando la señora Marta deja á su sobrino las llaves de los campos en los calamitosos tiempos que atravesamos.

—El sobrino de la señora Marta ya no es un niño:—balbuceó Salvador.

—¡Pardiez!—pensó don Pascual;—mucho me temo que sea cierto.

La actitud de Salvador parecia desmentir sus últimas palabras; porque las habia pronunciado con los ojos fijos en el suelo, no como un estudiante de Cánones, sino como un doctrino.

El párroco aprovechó el humilde aspecto de su interlocutor para pasear detenidamente por su rostro la más escuádrñadora de las miradas.

Despues de este reconocimiento, exclamó de repente como el general que muestra al enemigo una batería oculta:

—Pero... ¡válgame mi patron san Pascual Bailon!... ¡Sabe vuestra merced que acaba de asaltarme un pensamiento que puede ser fecundo en consecuencias?...

—Fecundos son todos los pensamientos del sábio;—murmuró Salvador.

—Por razones poderosas, mi partida de Brihuega ha sido un secreto para todo el mundo...

—La prudencia de vuestra reverencia es proverbial,—añadió el jóven para llenar las pausas que el presbítero hacia.

—Y como, á pesar de esa circunstancia el señor bachiller ha podido á las pocas horas venir á sitiarme en mi castillo...

—No discuto la mayor ó menor propiedad del verbo sitiar en consideracion á que ha salido de los labios de vuestra reverencia,—dijo Salvador temblando.

—Preciso es que el señor bachiller tenga confidencias dentro de la plaza,—concluyó rotundamente el párroco.

El seminarista hubiera dado diez años de su vida por haber aceptado el uniforme de dragon que poco tiempo ántes le ofreció el coronel Vallejo, aunque en aquel momento tuviese que estar matando ingleses.

—Juro á vuestra reverencia...—articuló.

—¡Desgraciado! ¡Así observa su merced los santos mandamientos!

—Protesto á vuestra paternidad....

—¡Infeliz! ¡El señor bachiller em-

plea la palabra inventada por el soberbio Lutero!

—Que la justicia del Todopoderoso me anonade, si...

—¡Desventurado! ¡Osará el teólogo llegar hasta la blasfemia!

Salvador levantó los ojos á la altura de la cabeza del párroco, y por primera vez sostuvo su mirada. Era indudable que el ángel malo del adolescente habia conseguido inclinar sus rebeldes instintos á dar por terminada la paciencia.

—Suplico á vuestra reverencia,—dijo,—que me permita dirigirlé dos docenas de palabras, sin verme confundido por otra interrupcion, por más elocuencia y oportunidad que esta entrañe. No sería digno de las ventajas que dan al señor don Pascual su ciencia, posicion y carácter, si persistiera en abrumar, bajo el peso de esa triple superioridad, á un pobre joven que, á falta de mejores prendas, tiene al menos un corazón leal y una intención recta.

El párroco, en cuyo semblante parecía reflejarse un no sé qué de satisfactorio por la excitacion á que veía llegar al bachiller, accediendo á su súplica, resistió por esta vez á la cohezon interruptora.

El seminarista continuó:

—He seguido... espontáneamente... á vuestra reverencia, porque la Faisanera tiene para mí la irresistible fuerza de atraccion que el iman produce sobre el hierro... que la tierra posee sobre los cuerpos abandonados á sí mismos... que la llama ejerce sobre la falena...

—¡Hem!...—gruñó don Pascual,—todo ese exordio será muy pintoresco; pero nada me explica en buen romance... porque no imagino que la intención del señor Zurita sea decirme que su merced es un hombre metalizado... todos al menos lo ignorábamos

hasta ahora... ó que es un cuerpo abandonado á sí mismo... por más que en ello pudiera haber exactitud, á juzgar por la libertad en que la señora Marta le deja... ó que es, en fin, un insecto... esto sería denigrante...

Salvador se atarazó los labios con los dientes.

—Seguramente que no era esa mi intención,—replicó:—mi propósito consistia en asegurar á vuestra reverencia, que el pensamiento de mis días y el sueño de mis noches estarán constatemente en el lugar que sirva de morada á la señorita Elvira, para honrarla, bendecirla y glorificarla; hasta que llegue el momento en que me sea lícito obtener de vuestra reverencia el permiso de añadir al homenaje de mis pensamientos y de mis sueños, el ofrecimiento de mi mano.

Hecha esta solemne declaracion, el estudiante se cruzó de brazos con un aire que parecia decir:

—¡Ahora que se desplome el firmamento!

Don Pascual se habia limitado á entornar un ojo. Salvador, que veía sin mirar, buscó infructuosamente entre todos sus recuerdos escolares, lo que puede significar en un presbitero el acto de entornar un ojo. Entretanto, lo indudable era que el firmamento no se desplomaba.

—¡Bravamente aprende teología el señor bachiller!—pronunció pausadamente el párroco, con voz mas sonora que indignada.

—La nocion del Sumo Hacedor no excluye en el corazón de la criatura los dulces sentimientos que la naturaleza le inspira en el planeta que transitoriamente habita:—contestó sentenciosamente el seminarista, acaso sin tener él mismo plena conciencia de lo que declamaba.

—¿Conque su merced renuncia á los estudios de su carrera?

—No puedo asegurar á vuestra reverencia que lo considero consecuencia inmediata.

—¿El señor bachiller al menos desiste de recibir las sagradas órdenes?

—Ya lo vé vuestra reverencia.

—¿Su merced no retrocede ante la idea de dar tan capital disgusto á la señora Marta?...

—Mi buena tia no puede querer que el cumplimiento de sus deseos labre mi eterna desdicha... Por el contrario, estoy seguro de que secundará mis ruegos cerca de vuestra reverencia para que me sea otorgado el inapreciable don á que aspiro.

El doctor arqueó extraordinariamente las cejas, y repuso:

—Me parece que el señor bachiller se ha permitido por dos veces inmiscuirse en un asunto á que soy completamente extraño.

—¡Extraño vuestra reverencia!...

—De todo punto... Mi reverencia no tiene vínculo alguno con Elvira... A la madre de esa señorita es á quien su merced debe dirigir su pretension.

—Sin embargo...

—¡No hay objecion que válga!... Y como las confianzas de su merced no me han sido hechas en el tribunal de la penitencia, y están pesando sobre mi conciencia, voy á desembarazarme inmediatamente de ese gravámen.

Don Pascual se levantó, abrió una puertecilla lateral, cruzó un corto pasadizo, y dijo en alta voz:

—Señora doña Amanda, señorita Elvira, sirvânse venir vuestras mercedes: tengo que hacerles una presentacion.

Un instante despues volvió al gabinete el digno párroco, y en pós de él penetraron las bellisimas madre é hija.

El doctor se apresuró á colocarse de manera que la luz de la venta-

na solo le iluminase el dorso, y en cambio se reflejara perfectamente en el rostro de las damas que le seguian, y en la figura del jóven escolar.

El único sentimiento que don Pascual pudo leer en la tranquila fisonomía de Amanda, fué el de la curiosidad, acaso un poco viva por ser femenino. En cuanto al semblante de Elvira, rojo como una guinda, revelaba el aturdimiento más supino.

Don Pascual respiró con cierto desahogo.

—O yo no entiendo una jota,—pensó,—en punto á expresion de los músculos zigomáticos humanos, ó ese perillan ha hablado con el corazon en la mano, al menos por esta vez.

Las damas tomaron asiento frente á Salvador, que en pié y cabizbajo, escasamente se atrevía á tener ojos para mirar la punta de los diminutos piés del incomparable sér que idolatraba.

El párroco dió dos vueltas por el gabinete con aire de preocupacion.

Salvador, sin embargo, comprendia que la situacion no podia prolongarse sin menoscabo de la propia dignidad. Diez y ocho años son muy susceptibles. Así fué que, aunque sentía embrolladas las ideas y balbucientes los lábios, no tardó en apostrofar en los siguientes términos al doctor, por si acaso entraba en sus ideas, abandonarle al ridiculo en presencia de Elvira, cosa que él se sentía incapaz de consentir ni al presbítero ni al papa:

—Hénos aquí, señor don Pascual, me parece que vuestra reverencia ha ofrecido una presentacion á estas señoras, y lo prometido es deuda...

—En efecto,—pronunció el párroco.—Está vuestra merced, mi señora doña Amanda, delante del jóven bachiller Salvador Zurita, que disfruta beca gratuita de la provision del reve-

rendo obispo de Sigüenza para hacer estudios en el Seminario conciliar de la Diócesis; el cual seminarista ha venido, al parecer, siguiendo desde Brihuega á vuestra merced, con el objeto de pedirle la mano de su hija.

Amanda, á cincuenta leguas de aquel *ex abrupto*, dió un salto en el sillón. Elvira se cubrió el rostro con el pañuelo, sin temor sin duda á que el gabinete se quedase á oscuras, porque aun le alumbraba la esplendente belleza de la madre que debía al cielo.

En cuanto á don Pascual, como si diera por terminada su mision, se arrellanó en el sitial, y comenzó á hojear el *in folio* que estaba en un atril sobre la mesa.

—Pero mi venerable señor don Pascual,—exclamó Amanda cuando hubo vuelto en sí:—yo no estaba en manera alguna preparada para una manifestacion tan grave como la que vuestra reverencia acaba de hacerme... Antes de aventurar una respuesta, necesito meditacion, recogimiento... Necesito una cosa quizá más importante que esas... los prudentes consejos de una persona de reconocidas experiencia y virtud...

Una fina sonrisa plegó los trémulos labios de Salvador.

El párroco contestó con un tono que no estaba exento de cierto mal humor.

—Si supone vuestra merced que en mí concurren las circunstancias de esa persona, estoy dispuesto á ilustrarla con mi opinion.

—Pues bien, mi señor don Pascual,—replicó Amanda:—si vuestra reverencia se encontrase en este momento en mi caso ¿qué decision adoptaría?...

El presbítero sacó su enorme caja de rapé, la dió dos golpes, sepultó en el fondo el pulgar y el índice de la

mano izquierda, y despues de haber aspirado por entrambas ventanas de la nariz el polvo extraido, contestó con acentuada lentitud:

—Si yo tuviera la felicidad de ser la madre de la jóven Elvira, diría al señor bachiller, poco más ó menos, lo siguiente: mi hija, señor Zurita, no posee absolutamente bienes de fortuna... El único patrimonio con que cuenta consiste en una cristiana educacion y en alguna belleza...

—Eso es, señor bachiller,—pronunció Amanda:—mi Elvira no posee más bienes que una ejemplar educacion y un rostro agraciado...

—En cuanto á vuestra merced,—prosiguió el doctor,— parece cosa averiguada que es tan pobre como ella... ni siquiera sigue la carrera á expensas propias... todo el porvenir que puede entrever no pasa de esperanzas...

—Precisamente,—añadió Amanda:—el señor bachiller no es más rico que mi hija... hasta la carrera que ha emprendido es costeadá por otro... la fortuna que disfruta consiste en esperanzas...

—Por todo lo cual, señor seminarista,—continuó el párroco:—considero muy conveniente para Elvira y para vuestra merced, que aplace la reproduccion de su matrimonial pretension hasta el dia en que á la oferta de la mano pueda agregar la de una posicion aceptable... En esa ocasion nos ocuparemos sériamente del asunto...

— ¡ Admirable ! — dijo Amanda, siempre pendiente de los labios del doctor:—por lo tanto, señor escolar, el interés de ambos exige que no produzca la peticion hasta el momento en que pueda apoyarla en una posicion conveniente... En ese dia examinaremos el asunto con seriedad...

Los ojos de Salvador aparecian tan

brillantes, que cualquiera hubiese dicho que estaban húmedos.

—¿Me será permitido...—articuló: —podré atreverme á preguntar al señor consejero lo que debo entender por una posicion aceptable?...

—Ya lo oye mi señora doña Amanda,—dijo don Pascual.

—Y bien...—insinuó el ama de gobierno, consultándole con la vista.

—Yo consideraría una posicion aceptable,—respondió el doctor,—cualquier profesion, cualquier industria, cualquier empleo que proporcionara medios decorosos de subsistencia...

—Por ejemplo...—insistió Salvador.

—¡Una buena sacristía!

—¡Perfectamente!—repitió Amanda, siempre apegada á las cosas sagradas;—una buena sacristía...

—No es por cierto exagerada la ambicion de los curadores de la hermosa Elvira,—dijo el seminarista con amarga expresion.

—Así es, en efecto,—contestó don Pascual:—ahora considérese sin pasion vuestra merced, cuando doña Amanda, á pesar de la modestia de sus pretensiones, se vé obligada á no otorgarle la mano de Elvira... Por lo demás, esa modestia no será un obstáculo para que el señor bachiller sea bien recibido, si el dia en que reanude esta plática viste el hábito de Santiago, y es consultor lego del Tribunal de la Suprema.

—Seguramente que no será obstáculo,—repuso Amanda:—vuestra merced puede aceptar sin escrúpulo el hábito de la Orden ó la toga del Tribunal.

Y el párroco exhaló un profundo suspiro, se puso en pié, y pronunció en tono magistral:

—Ahora que el señor bachiller conoce la decision de la señora doña

Amanda, séame lícito hacerle los honores de esta choza, acompañándole hasta la puerta.

Al recibir este último golpe, Salvador se envolvió en su manteo, tan dignamente como César en su clámide al caer al pié de la estatua de Pompeyo; dirigió á Elvira una intensa mirada, en que habia tanta pasion como amargura; pasó por delante de Amanda, inclinándose profundamente, y tomó el camino que el doctor le indicaba.

Cuando estuvieron en el recibimiento del piso bajo, el estudiante se volvió hácia el doctor, y le dirigió estas palabras:

—Con que... ¿nada más que una sacristía?...

—Pero de pingüe renta:—contestó lacónicamente el presbitero.

—¿Satisfaría á vuestra paternidad... la sacristía de San Torcuato?...—repuso Salvador con punzante ironía.

No debió el nombre sonar mal en los oidos del párroco, porque no le inspiró objecion alguna.

La puerta estaba abierta: el seminarista se lanzó al campo.

Don Pascual estendió entonces el brazo hácia el adolescente, y le santiguó con tres dedos, diciendo en alta voz:

—*¡Pax Domini sit semper tecum!*...

Salvador se volvió repentinamente y contestó:

—*¡Et cum spiritu tuo!*...

La flecha de aquel partho no podia herir de un modo más evangélico.

Despues que don Pascual hubo cerrado la puerta, murmuró de mal talante:

—Hé aquí un incidente que ha venido á resolver el problema de mis indecisiones... La Faisanera ya no es para mí un asilo ignorado... Es preciso continuar la Odisea...

## LA CRUZ DEL ROBLEDAL.

Salvador se alejaba en línea recta de la Faisanera, sin otro objeto que el de salir cuanto ántes de los límites de un lugar de donde tan indignamente había sido despedido. Creemos inútil advertir que el seminarista no hacía extensivo el último adverbio á la salutación final del párroco de Brihuega. Pero cuando perdió de vista la quinta, y por consiguiente se encontró en un punto donde él tampoco podía ser divisado desde ella, las ideas del seminarista se refrescaron; su paso dejó de ser automático para cruzar surcos y saltar zanjas, y los ojos comenzaron á designarle veredas.

Después de todo, ¿qué desdicha le había acaecido? la de haber sido cogido *in fraganti*; cosa que tenía en la conciencia que un día ú otro no podía menos de suceder. La negativa de la mano de Elvira tampoco era un hecho que debiera haberle sorprendido; largo tiempo hacía que contaba con ese desaire, si las circunstancias le ponían en el caso de abordar la cuestión, como en mal hora acababa de ocurrir. Pues si todo esto era cierto, y no podía dejar de serlo, á menos que la lógica fuese una palabra vana, ¿dónde existía un racional motivo de desesperación?

La única, la verdadera desgracia irreparable que pudiera sucederle, hubiera consistido en perder el corazón de Elvira; pero afortunadamente, con respecto á este importante punto, estaba tan tranquilo como una hora ántes.

Bajo la influencia consoladora y hasta risueña de este pensamiento, siempre capital para un amante, Salvador se volvió hácia el sitio que ocupaba la invisible Faisanera, y la di-

rigió, con destino exclusivo á don Pascual Merendon, un signo digital, poco respetuoso, pero muy usado entre los escolares del Seminario de Sigüenza.

Después de este ligero, si bien censurable desahogo, Salvador se vió repentinamente asaltado por una idea de orden distinto. Recordó la misión que le estaba confiada en la Cruz del Robledal.

Aunque el bachiller no poseía el magnífico reloj que había visto al coronel Vallejo, ni siquiera el calderómetro del bedel del seminario que daba la hora de salida desde la puerta de las aulas, tenía, sin embargo, el instinto de la exacta medición del tiempo por la altura del sol sobre el horizonte. Según el cómputo correspondiente al semicírculo aparente que el astro rey recorre en el mes de Diciembre, en aquel momento debían ser las tres de la tarde.

El tiempo no apremiaba todavía, atendida la corta distancia que mediaba entre la Faisanera y la Cruz del Robledal; pero de todos modos, era prudente irse acercando á este último lugar, prefiriendo al camino del valle las alturas de los viñedos que dominan la ruta de Ledanca, en consideración á que, según el coronel Vallejo, ese era el punto por donde debía llegar el duque de Vendome.

Los sucesos justificaron la prevision del adolescente. A los diez minutos de marcha por la loma más elevada del terreno, distinguió un lejano cuerpo de caballería, precedido á quinientos pasos por una estensa línea de ginetes emparejados, que parecían dirigirse al Robledal.

No podía haber duda: aquellas fuerzas pertenecían al ejército de Vendome.

El seminarista fué progresivamente acelerando el paso, y no tardó en llegar al bosquecillo de la Cruz. El pri-

mer cuidado del jóven consistió en correr hácia el roble depositario del pliego.

De repente, asaltó á Salvador una idea que le hizo estremecer.

—¡Cáspita! — murmuró:— ¡tendría que ver, que ahora no estuviese aquí el parte!...

Y sepultó la mano presuroso en la hendidura del tronco. Por fortuna el papel, hartó, sin duda, de ser manoseado en su breve pero azarosa carrera, descansaba allí tranquilamente.

El jóven le trasladó á su bolsillo del pecho, y se adelantó algunos pasos hasta llegar al borde del camino.

Poco tiempo despues resonó en el bosquecillo de un extremo á otro el trote de los caballos, el crugido de las armas y el eco de las voces.

El seminarista se encontró delante de dos ginetes que llevaban terciada en el borren de la silla la carabina preparada.

—¡Hola, paisano!...—gritó uno de ellos:— ¿hay austriacos en la campiña?...

—De eso voy á hablar á vuestro general, buenos mozos, — contestó Salvador— ¿tardará mucho en llegar aquí?...

—Lo que tarde la gente que pisa hormigas:—contestó el otro soldado.

Y ambos pasaron de largo.

A los tres minutos el camino estaba inundado por un ondulante aluvion de caballos, cabeceando los unos, relinchando los otros, y encabritándose los más enardecidos cuando el freno les impedia cambiar el trote en galope.

Salvador sufrió más de una interpelacion familiar de los soldados á propósito del tricornio ó del manteo; pero el ruido y la infernal confusion que reinaban á la sazón, le auxiliaron bien que mal, para no escuchar los

apóstrofes, y sacar ilesa en lo posible la seminarista dignidad.

—Por numeroso que sea un cuerpo de caballería,—pensaba el bachiller,—al fin tiene que acabar de desfilar.

La caballería pasó, en efecto, y el Robledal, un momento ántes tan animado por el delirio de la belicosa fiebre humana, recobró la apacible calma, y oyó de nuevo los trinos de la alondra.

No tardó, sin embargo, en escucharse cierto vago rumor, semejante al que las olas producen al romperse en una lejana costa. Salvador se dirigió á una eminencia próxima, saltó sobre una roca que la coronaba, y tendió la vista por la llanura.

Dos compactas masas de infantería; una por cada lado del camino, se adelantaban hácia el Robledal. Ambos cuerpos llevaban uniforme blanco; pero el que avanzaba por la izquierda de la carretera, usaba vueltas azules, y el que marchaba por la derecha las gastaba negras.

El cuerpo de las vueltas azules era francés: el regimiento de Navarra. El cuerpo de las vueltas negras era español: el regimiento de Africa.

Por lo demas, la divisa militar de ambos regimientos era la misma. La escarapela española, que era roja, habia cedido la mitad de su círculo á la cucarda francesa, que era blanca; y ésta hizo igual honor á la española.

Por el arrecife que separaba á los españoles de los franceses, caminaba lentamente un numeroso grupo de ginetes, entre los cuales no dudó Salvador que se encontraría el duque de Vendome, segun su costumbre á la cabeza de la gente que pisaba hormigas, como habia dicho el soldado de caballería.

El bachiller Zurita se adelantó resueltamente hácia el peloton, creyen-

do que no podía menos de ser la cosa más fácil del mundo reconocer al general en jefe de un ejército; pero á medida que avanzaba iba modificando en ese punto las ideas.

Prescindiendo de que en el mes de Diciembre, á la caída de la tarde, procuran abrigarse lo mismo los jefes que los soldados, y los jefes más especialmente, cubriendo sus iusignias en todo ó en parte, habia en aquel grupo de caballeros tantos oficiales generales de briosos caballos ricamente enjaezados, de bandas y bordados tan magníficos, de cabezas tan distinguidas y de aire tan avezado al mando, que Salvador, despues de vacilar algunos instantes, renunció á dar un paso más sin obtener una indicación precisa.

Como se hallaba á la derecha del camino, esto es, en la direccion que seguian los compatriotas, se acercó á uno de los oficiales de la primera compañía del regimiento de Africa, y le dijo:

—¿Tiene á bien indicarme el señor oficial, quién de esos jefes es el duque de Vendome, en el supuesto que vaya entre ellos?

—En ese grupo se encuentra, en efecto, el generalísimo,—contestó el oficial:—pero desde este sitio no es posible verle. El duque monta un alazan tostado, con cabos negros, y lleva capa azul con cuello de maría.

El jóven dió las gracias al oficial, y en cuatro saltos ganó el terreno suficiente para distinguir á todos los ginetes que caminaban al frente del peloton.

Como los datos del oficial fueron tan precisos, no tardó el bachiller en encontrar al personaje que buscaba.

Luis de Borbon, duque de Vendome, encargado por el jefe de su egregia familia de reemplazar en España al ilustre vencedor de Almansa, tenia

un semblante digno del apellido que llevaba, á pesar de su inmenso peso; por más que no le abrumase tanto como la tremenda responsabilidad que arrostraba ante los hombres que dirigia y ante la historia que le esperaba.

Apenas Salvador se hubo fijado bien en la persona del generalísimo, sacó el pliego, le levantó en alto, calculó la distancia, y se lanzó á la cabeza del alazan, gritando:

—¡Parte importante, señor duque!...

Vendome refrenó su caballo con la mano izquierda, y extendió la derecha hácia el estudiante.

El movimiento del duque libró á Salvador de ser atropellado; porque los ginetes que seguian al primero tuvieron por necesidad que detenerse.. El resuelto seminarista pudo, pues, acabar de acercarse al general sin graves tropezones, y repuso:

—El coronel Vallejo me ha encargado entregar á vuecencia este escrito.

El duque tomó el pliego, y ante todo, examinó la firma. La que encontró el francés estaba tan lejos de su pensamiento, y era para él de autenticidad tan notoria, que no pudo reprimir un movimiento de sorpresa por todos advertido.

El ser entero de Vendome se concentró en la lectura de las líneas de Staremborg; y como si esto fuera poco, todavía atormentaba la mente para tratar de descifrar lo que entre las líneas habia escrito el pensamiento del astuto alemán.

—¿Ha sido interceptado este pliego por el coronel Vallejo?—preguntó.

—No, señor duque,—contestó Salvador;—ese despacho ha sido encontrado por mí en el camino de Torija y llevado al coronel, el cual al honrarme con esta mision, ha añadido

que pusiese en conocimiento de vucencia que á las doce y media partía á incorporarse con el conde de Aguilar, cumpliendo las instrucciones de éste; y, que vucencia podia confiar en que, tanto el conde como el rey á quien con él suponía, sabrían dentro de pocas horas la difícil situacion en que no era imposible que vucencia se encontrase.

El seminarista meditó un momento y repuso para sí:

—Me parece que he cumplido mi palabra al coronel Vallejo. *Mutandis, mutanda* no hubiera repetido sus frases un loro con más exactitud.

El de Vendome, que habia escuchado atentamente al estudiante, pronunció con acento rápido:

—Habeis merecido bien de la Francia y de la España, señor de...

—Zurita:—se apresuró á contestar el adolescente:—Salvador Zurita, muy humilde servidor de vucencia.

—¿Tiene el señor Zurita otra alguna cosa que exponerme?...

—Ninguna, señor duque.

—Perfectamente;—murmuró el generalísimo.

Y sin añadir una palabra, torció la brida de su corcel, ganó el espacio libre del camino y partió al gran galope por el mismo trayecto que acababa de recorrer.

El estado mayor estupefacto, pareció vacilar. Algunos oficiales y parte de la escolta espolearon en pús del duque. Los demás continuaron inmóviles en medio del camino, clavando las curiosas miradas en el rapaz que de aquel modo habia venido á perturbar la marcha, y á inspirar al general tan singular retroceso y tan muda distraccion.

Salvador, á quien la persistente atencion de que era objeto, no deleitaba en manera alguna, se volvió afectando el aire más natural del mundo,

aprovechó el espacio comprendido entre dos batallones, y se dirigió de nuevo hácia la Cruz, en cuyo pedestal de granito tomó asiento tranquilamente para presenciar el desfile de las tropas, que no se habia interrumpido un momento.

Entre los últimos batallones de infantería caminaban cuatro piezas de artillería volante, y cerraba la marcha el regimiento de caballería de la Reina, al cual reservaba el destino la carga más brillante y decisiva de la guerra de sucesion.

Luego que Salvador hubo visto pasar el último soldado, tornó los ojos á sí mismo y se preguntó si no era cosa de que comenzara á pensar en los asuntos propios, ya que por tanto tiempo se habia ocupado en los ajenos.

Antes, sin embargo, de que tuviera tiempo para emitir la respuesta afirmativa, que sin duda iba á darse, resonaron en el espacio, por la parte de Ledanca, algunas notas de corneta.

Como si todos los ecos de la campiña hubieran respondido, otras veinte cornetas reprodujeron aquellas notas en diferentes puntos del horizonte.

Salvador vió detenerse sucesivamente en el sitio á que habian llegado, todas las fuerzas que acababan de atravesar el Robledal.

El alto fué general en la llanura por espacio de algunos minutos.

De repente aparecieron en las llanuras de Ledanca vários ginetes que, avanzando á rienda suelta, se dispersaron en todas direcciones. Algunos de ellos pasaron por delante del seminarista con la velocidad del relámpago.

Las apartadas lomas de donde aquellos ginetes procedian comenzaban á cubrirse de compactas masas más numerosas que las que habian atravesado el Robledal. La direccion que se-

guian, en vez de ser de Norte á Sur como la de las fuerzas que ántes acaudillaba el duque de Vendome, se inclinaba visiblemente al Este.

No tardó Salvador en ver moverse en el mismo sentido todos los regimientos, cuyo desfile había presenciado.

El cambio de frente era general, y el impulso para la nueva dirección estaba dado.

—Hé aquí el importante personaje, —exclamó Salvador,—que acaba de cambiar el oleaje de ese tempestuoso mar de cabezas humanas, ni más ni ménos que si hubiese pronunciado el famoso *Quos ego* del dios inmortal que rige el imperio de Anfitrite. Envanécete ¡oh, bachiller Zurita!... esas formidables nubes de hombres en cuyo seno se forja el rayo y se fulmina la destrucción, quizá van á deberte la existencia... Y tú, tan poderoso para disponer de la suerte de los hombres que llevan en sus filas los destinos de dos grandes naciones, ¡maldita ironía de los Hados! no eres dueño de conferirte una miserable sacristía para obtener la realización de tus más bellas esperanzas...

Como se echa de ver por esta amarga conclusión, Salvador se asemejaba á todos los desgraciados, en los cuales sea el que quiera el camino que los pensamientos tomen, siempre vuelven al punto de partida de la desdicha que los aqueja.

Las cabezas de columna de las nuevas tropas se iban acercando al Robledal en línea oblicua; pero el cercano camino de Ledanca estaba totalmente abandonado. La artillería seguía una senda de herradura, abierta quinientos pasos más arriba, que progresivamente se alejaba con dirección á Abanades y al alto curso del Tajuña.

Sin embargo, un cuerpo de caballería, que caminaba al paso, pareció

acentuar la inclinación hácia el bosquecillo; y Salvador, que le contemplaba fijamente, creyó observar que algunos de los ginetes dirigían á la Cruz del Robledal objetos brillantes, que lo mismo podían ser armas de fuego que anteojos de campaña.

Dos caballeros se destacaron de repente de aquel numeroso escuadrón, y al galope de los corceles se encaminaron en línea recta al bosquecillo.

Uno de los ginetes se detuvo al llegar al camino de Ledanca; pero el otro continuó avanzado con los ojos fijos en Salvador.

Cuando el seminarista no pudo dudar que á él era á quien se dirigía el caballero, dejó el asiento de granito, y se adelantó cortesmente al encuentro del ginete.

El recién llegado era un apuesto jóven que parecía no pasar de veinticinco años. El cumplido capote militar que le cubría, no dejaba ver prenda alguna del traje; pero en el rico fieltro galoneado de oro, en las finísimas botas de charol, en las culatas de marfil de las pistolas guarnecidas de plata que asomaban por el arzon, y más que todo, en el fogoso bridon que montaba, tipo de la raza cordobesa más pura, y que no admitía comparación con cuantos caballos Salvador había visto en su vida, comprendió éste que se hallaba en presencia de lo que se llama un hidalgo de buena casa.

El apuesto ginete saludó al seminarista con un movimiento de cabeza y una franca sonrisa. Salvador correspondió al saludo levantando el tricornio, y volviendo á cuadrarse en la frente.

—¿Es al señor de Zurita á quien tengo el placer de dirigirme?—preguntó el jóven caballero.

—En efecto,—contestó el escolar.—Salvador Zurita es la persona que

tiene la honra de ofrecer sus respetos á vuestra señoría.

—Acabo de saber por el señor duque de Vendome,—añadió el ginete,—el inapreciable servicio que habeis prestado á las armas españolas, y no he querido pasar por delante de vos sin hacer vuestro conocimiento, y expresaros la gratitud que nuestra patria os debe.

—Vuestra señoría hace demasiado honor á mi celo por la causa de la nacion y del rey don Felipe,—respondió Salvador inclinándose.

—¿Será una indiscrecion de parte mia preguntar al señor Zurita en cuál de los pueblos inmediatos tiene su residencia?

—Estoy domiciliado en la villa de Brihuega, pero sigo mis estudios en el seminario de Sigüenza.

—Espero que no ha de ser esta la última ocasion en que tenga la satisfaccion de hablar al señor seminarista...

—Son muchas las bondades de vuestra señoría.

—¿Os ha hecho el duque de Vendome algun ofrecimiento?

—El señor duque ha pagado de la manera que yo más estimo, el casual servicio que me ha cabido el honor de dispensarle... Me ha favorecido con palabras tan alhagüañas como las de vuestra señoría.

—Escuchad, señor de Zurita,—dijo despues de un instante el caballero, dando á su rostro la más graciosa de las expresiones;—voy á hacer os una pequeña confidencia á la cual quisiera que correspondiérais con otra. Mi posicion me permite disfrutar algun favor en la Córte... ¿Teneis por vuestra parte algun deseo que anheláseis ver realizado?... Habladme con entera franqueza... Todo mi valimiento está á vuestro servicio...

En los lábios de Salvador se dibujó una imperceptible y amarga sonrisa.

—¡Un deseo!—murmuró.—¡Ah!... ¡Quien no los tiene!...

—Pues bien... decidme...

—Un deseo vehemente... irresistible... supremo...—añadió el bachiller como hablando consigo mismo con la vista fija en la direccion de la Faisanera.

—Animo, pues...

—Mi deseo consiste en obtener la sacristía de San Torcuato.

El caballero contestó tranquilamente:

—Puedo aseguraros, señor Zurita, que sereis nombrado sacristan de San Torcuato.

Salvador clavó los ojos en su interlocutor con tan irónica expresion que el caballero pronunció sonriendo:

—Diríase que el señor seminarista no abriga una fé ciega en el favor que he tenido la presuncion de atribuirme.

—No es el valimiento de vuestra señoría lo que yo pongo en duda,—contestó Salvador con su aire de fina ambigüedad:—lo que siempre me ha inspirado desconfianza es mi negra fortuna...

—No puede ser mala la fortuna de quien ha servido á su rey con tanta lealtad.

—¿Me será lícito conocer el nombre de la persona á quien debo tan inmerecidas atenciones?

—Llamadme el señor de Molina,—respondió el caballero, preparandose á salir;—y os ruego que siempre que en los azares de la vida necesiteis el apoyo de un amigo, recordeis ese nombre. El sér que le lleva os queda demasiado obligado para que podais temer importunarle.

Y el jóven ginete, saludando afablemente á Salvador con la cabeza y con la mano, torció las riendas, y ejerció con los muslos una ligera presion en los flancos del troton.

El seminarista se inclinó, volviendo á quitarse el tricornio, y vió alejarse rápidamente al de Molina, en union con su compañero, hasta incorporarse de nuevo al escuadron en que sin duda militaban.

## VII.

### LA ODISEA DE UN DOCTOR.

Al dia siguiente de los sucesos que acabamos de narrar, se echaba de ver una animacion inusitada en la quinta de la Faisanera.

El respetable don Pascual se rasuraba apresuradamente la barba delante de un pequeño espejo colgado en la ventana del gabinete que prefería, rogando por todos los santos de la corte celestial que no le distrajesen ni mucho menos le tropezasen, á Amanda y á Elvira, que se ocupaban en encerrar con premura en tres maletines de reducidas dimensiones los objetos de uso mas indispensable.

Todo hablaba de un viaje próximo. El doctor solia tardar en decidirse; pero cuando por un acaso excepcional llegaba á adoptar una resolucion, esta era siempre irrevocable. Uno de los aforismos que más comunmente formulaban los lábios de don Pascual era el siguiente:

—Contraórdenes pocas y si puede ser ninguna.

Las puntas de la barba, que accidentaban el venerable rostro del doctor, quedaron por fin depositadas en el blanco lienzo del navajero, y las maletas fueron henchidas y cerradas. El término feliz de aquella operacion bien merecía el suspiro de satisfaccion que don Pascual exhaló, repetido como un eco por el turgente pecho de Amanda, verdadero modelo en punto á estética plástica, y por el seno virginal de Elvira, menos artísticamente formado todavía; pero lle-

no ya sin embargo de las más seductoras promesas.

El doctor asomó la cabeza por la puerta de la escalera y gritó:

—¡Pepa!

Poco tiempo despues se presentó la hortelana limpiándose los ojos con el delantal, que á juzgar por su equivocada pulcritud, no sabemos si los ensuciaría más que los limpiaba.

—Vamos, ménos sensiblería,—dijo don Pascual:—me parece que nuestra partida no es bastante motivo para esas lacrimosas emociones,.. ¿Ha preparado el frugal refrigerio que se le encargó...? Sirvanosle en el acto.

—¡Ah, señor!...—sollozó la hortelana descorriendo la cortina con que cubría el desolado rostro:—¡nada hay preparado!...

Esta contestacion dejó estupefacto al doctor.

—¡Cómo!...—exclamó;—¿qué es lo que dice la buena mujer?... ¡Nada hay preparado!... Ahora veo que no era injustificado el lloriqueo... Amanda... Amanda... será necesario que vuestra merced con sus propias manos se ocupe en la confeccion de esa ligera colacion. Se ha lucido la hacendosa Pepa. Nunca presumí que mis formales encargos la merecieran tanta indiferencia... ¿En qué ha podido invertir el tiempo?

—¡Señor... en atender á mi hombre...

—¡Su hombre!...

—No sabe vuestra reverencia hasta qué punto se ha descompuesto...

—¡Descompuesto!... ¿Qué gerigonza es esa?... ¿Quiere por ventura decir que el buen Juan está indispuerto?

—Mucho señor; pero mucho:—contestó la hortelana hecha un Tajuña de lágrimas.

—¿Qué tiene, pues?...

—Oh, señor... tiene esparabanos... y otros excesos...

—¡Qué horror! .. pero... ¿según eso no va á poder conducir la tartana hasta Grajanajos?

—Ni siquiera hasta el arroyo del Lagarto.

—¡Misericordia divina!... este contratiempo nos faltaba... ¡Uf!...

Y el doctor, en el colmo de la desesperación, se arrancó el bonete, y lo mismo se hubiera arrancado la bota complutense á tenerla puesta.

Elvira se acercó como una mariposa, diciéndole con su voz angelical:

—Un poco de resignación don Pascual... Dios proveerá á todo, si así nos conviene. Que no se una á esas contrariedades la desdicha de que vuestra reverencia enferme también... Es cosa que le ha sucedido más de una vez después de un acceso de impaciencia.

—Tienes razón, niña,—exclamó el doctor, desplomándose sobre un sillón; —tienes razón... La voz del cielo habla por tu boca, á pesar de las sugerencias con que el mal espíritu procura extraviarte. Me calmaré... ¡Que sería de vosotros, pobres palomas inofensivas, si os faltase mi apoyo en estos días de amargura, en que la ira del señor parece haber desencadenado el huracán de sus tremendas justicias sobre la Alcarria!

—¡Oh!... sí...

—Es seguro que me calmaré... Estoy decidido á calmarme, porque es cosa que á todos nos conviene. Pero no por eso deja de ser embarazosa mi situación... Me ratifico en ello... muy embarazosa... ¡Pepa!

—Señor...

—Es indispensable que yo hable á su hombre, si es que lo permiten esos otros excesos que me ha indicado.

—Su reverencia puede hacerlo.

—Andando.

El párroco se levantó, y salió precedido de la hortelana.

Juan Fernandez ocupaba un lecho de tablas en una de las habitaciones del piso bajo.

Cuando don Pascual introdujo la nariz en aquel cuarto, se apresuró á oprimirla con el pulgar y el índice, acaso por que el olor desagradable, peculiar á las alcobas de los enfermos, estaba algo más acentuado que de ordinario.

A la cabecera del lecho se hallaba un campesino revolviendo con una cuchara de bojel brebaje que contenía un tazón de colosales dimensiones.

—¿Qué es eso, señor Juan?... ¿Cómo nos encontramos?...—preguntó el doctor, ganguendo desde la puerta.

El hortelano contestó con voz dolorida:

—Aquí, vamos, señor, con llevando, con las fuerzas que Dios nos dá, las miserias de la vida.

—¿Este buen hombre es médico?—repuso don Pascual.

—¡Quiá!... no señor; soy albeitar, —respondió el aludido.

—Por eso le hemos llamado,—dijo Pepa por encima del hombro del doctor.

—Así es;—añadió el hortelano entre dos quejidos,—los albeitares aciertan y curan las enfermedades de las bestias, que no hablan; con mucha más razón curarán los males de las personas que pueden decirles dónde les duele.

—Si el señor Juan lo entiende de ese modo...—articuló el párroco sin soltar un momento su nariz.

—¡Ea!—dijo el campesino:—un par de buenos tragos, y está tomada la medicina.

—¿Qué dá el albeitar á su cliente?—preguntó don Pascual.

—Un astringente poderoso: sulfato de alúmina y potasa.

El enfermo tomó con ambas manos el tazón, y después de apurar su

contenido con la fé del más ciego creyente, hizo un gesto de todos los demonios.

Don Pascual, que habia esperado aquel momento, replicó con acento tan dolorido como el del paciente:

—Una vez que al señor Juan, por los altos juicios de Dios, no le es dado guiar hoy mi tartana, ¿puede decirme si conoce entre los convecinos algun sujeto de plena confianza para que le sustituya en tan delicado cometido?

—Hem... hé ahí una cosa en que yo no habia pensado,—murmuró el enfermo:—las levas militares, y el temor de la guerra han aventado á todos los hombres útiles de la comarca.

—Sin embargo, yo no puedo permanecer en la Faisanera,—y el doctor añadió para sí:—ni en este sitio.

—Es un conflicto,—gimió Juan.

—De suma trascendencia para mí,—repuso don Pascual moviendo impaciente la cabeza.

Hubo un instante de silencio.

—¿Se trata de ir muy léjos?—dijo de repente el albeitar con esa brusca, pero cordial franqueza de los rústicos.

—Únicamente hasta Grajanejos,—repuso don Pascual,—en ese punto no faltarán conductores.

—¡Bah!... la travesía no es larga. Si conviene, aquí está el albeitar Daniel García para prestar ese servicio de buena voluntad.

Un relámpago de alegría brilló en la mirada del doctor. Sin embargo, su paternidad no conocia al hombre á quien iba á entregarse á discrecion. El presbítero amortiguó el fulgor de los ojos, y añadió con cierta vacilacion, dirigiéndose al doliente:

—Ya lo oye el buen Juan. ¿Tiene motivos para confiar al señor García el desempeño de la comision que le estaba reservada?

¿Qué enfermo se atreve á manifestar desconfianza de su médico en pre-

sencia del mismo! Juan respondió sin titubear un momento.

—¡Oh!... el señor García es el mejor albeitar de la provincia... Puede ponerse en sus manos vuestra reverencia sin escrúpulo. La ciencia y el crédito de nuestro paisano, son notorios.

Aunque la lógica del pensamiento y la construccion de la frase no parecieron á don Pascual de primer órden, era evidente que se hallaba en una crítica situacion, y que el pujante de aquel albeitar podia convertirse para él en un áncora de salvacion. Asíóse, pues, al áncora, y pronunció resueltamente:

—Aceptado, señor García, aceptado con reconocimiento.

Un prolongado gemido del paciente anunció la proximidad de uno de los accesos. Al digno presbítero le faltó tiempo para alejarse diez pasos de la puerta de la alcoba, y abrir al aire atmosférico las ventanas de las fosas nasales.

Después subió al piso principal, y dijo al ama de gobierno, que ayudada por Elvira, se ocupaba en cubrir la mesa:

—Todo estaba perdido; pero la Providencia, siempre atenta á las necesidades del que en ella confia, nos ha deparado medios de salvacion. *Gratias hagamus Domino Deo nostro.*

—*Amen*,—contestó Amanda, poniendo delante del sillón del doctor una humeante tortilla.

El presbítero la cruzó con el cuchillo, pronunciando el *benedicite*, y la distribuyó en los platos.

A la tortilla sucedieron algunas lonjas de jamon en dulce, queso, miel y frutas secas. El párroco comió de todo; pero su preocupacion era tan seria, que á los diez minutos se puso en pié y se asomó á la ventana.

Daniel García acababa de engan-

char las dos mulas á la tartana; y probaba la tralla del látigo con la destreza de un postillon. Aquella demostracion, que pareció de buen augurio al doctor, animó su semblante.

—Vamos, señoras,—dijo, cubriéndose con la clásica teja,—el vehículo nos espera... esos maletines... buena Pepa... y despues cuide á su hombre.

No tardaron los tres viajeros en estar á la puerta de la Faisanera.

—Ya sabe elseñor Garcia,—indicó don Pascual,—camino recto de Grajanajos, y á buen paso, con tal de que no comprometa nuestra seguridad... Esta antes que todo.

—Pierda el temor vuestra reverencia. Conozco la ruta y sé el modo de tratar á las bestias.

El equipaje fué acomodado en lugar conveniente; los viajeros se instalaron en la tartana, y el improvisado conductor tomó asiento en el pescante.

Una interjeccion y un latigazo dieron la señal de la partida; las mulas se pusieron en movimiento y la inercia fué vencida.

Cuando don Pascual se vió alejar de la quinta por la vigorosa traccion de los dos excelentes cuadrúpedos híbridos, cruzó las manos sobre el vientre, entornó los ojos y se dijo:

—Ahora que el rapazuelo bachiller publique en Brihuega que el doctor Merendon ha trasplantado las flores de su jardin al colmenar de la Faisanera.

Y mecido por este alhagüeno pensamiento, tanto al ménos como por los vaivenes del carruaje de violin, el párroco comenzó á madurar sus proyectos ulteriores, para poder llegar con una tranquilidad relativa al anhelado día, en que el triunfo feliz del rey Carlos III, ó la fausta victoria del rey Felipe V, concluyeran con la irrupcion de bárbaros extranjeros que

á la sazón devastaba la Península, con tanto peligro para la hacienda de los españoles como para la virtud de las españolas.

El carruaje no era cómodo ni mucho ménos que eso. Distaba bastante de las sillas de posta, que el nieto de Luis XIV acababa de establecer con una organizacion y material idénticos á los franceses, nosabemos si porque le pareciesen preferibles á los españoles, ó por que lo fuesen realmente; pero era para don Pascual tan satisfactoria la idea de que, merced á aquel vehículo, iba á verse libre de ingleses, portugueses y estudiantés, que toleraba sin gran esfuerzo las caricias un tanto bruscas que el asiento y el respaldo le prodigaban á porfía. Cada sacudimiento de la tartana era un nuevo paso de terreno interpuesto entre su reverencia y los que tan encarnizadamente pretendian perturbarle la paz del alma.

Por otra parte, el buen doctor viajaba al lado de dos mujeres de una belleza deslumbradora; y por más pureza que haya en los pensamientos de un hombre, y por más desinterés que exista en sus afecciones, siempre es ménos desagradable encontrarse entre dos bonitas hijas de Eva, que entre dos monas de Mequinez.

El doctor amenizaba el árido camino con sus anécdotas, curiosas las unas, instructivas las otras, morales todas; Elvira le entretenia con sus preguntas llenas de adorable candor, y Amanda le embellecia con sus plácidas sonrisas.

Se habian alejado los viajeros próximamente dos leguas de la quinta de la Faisanera, cuando un alto impensado y una extraña trepidacion fueron á sustraerles á las abstracciones del diálogo familiar que sostenian.

El párroco se apresuró á sacar la cabeza por la ventana del pescante,

y vió que una de las mulas se agitaba convulsivamente, en tanto que el conductor, que había saltado en tierra, procuraba al parecer calmarla.

—¿Qué ocurre, señor García?— preguntó el doctor.

—¡Cáspita!... un contratiempo,— contestó el interpelado.

—¿Qué tiene ese animal?

—¡Hem!... Un accidente que pudiera ser grave...

—¡Cómo grave!—exclamó don Pascual palideciendo.

Las palabras de García obtuvieron una justificación inmediata. La mula vaciló desalentada y acabó por dar con su enorme corpulencia en tierra, revolcándose en la escarcha.

—¡Dios de Israel!—añadió compungido el presbítero.

—¡Truenos y rayos!—juró el conductor.

—¿Pero el señor García, que es albeitar, no conoce el mal de esa bestia?

—Seguramente que le conozco...

—Y bien. ¿Qué es ello?...

—Una retención mingitoria...

—¡Basta!—interrumpió don Pascual, olvidando que sus compañeras de viaje no sabían latín.

—¿Y cuenta el señor albeitar con algun medio para remediarlo?—repuso un instante despues.

—Aquí carecemos de todo auxilio.

—¡Qué desolacion! ¡Ah, viaje malaventurado!—pronunció el doctor retorciendo su balandran.

—A fé mia... no contaba yo con esto...—murmuró García.

—¿Qué hacemos en esta situacion, señor albeitar?...

—A la verdad, no creo que pueda hacerse más que una cosa.

—Veamos.

—Desuncir la mula...

—Muy bien...

—Procurar llegar con la otra á

cualquiera de las próximas alquerías...

—Muy mal...

—Resignarse á permanecer en ella...

—Mucho peor...

—Volver con adecuados medios de trasporte para conducir el animal, prodigarle todos los cuidados que la ciencia aconseja, y cuando se haya restablecido continuar nuestro camino.

—¡Detestable!

—No es imposible que lo sea; pero no me ocurre otro arbitrio,—contestó García con algo de mal humor.

El doctor pateaba en la tartana á pesar de las suplicantes miradas de Amanda y Elvira.

—Escuche el señor García,—dijo de repente:—cree su merced que con la mula que nos queda podremos llegar á Grajanejos, aunque sea con menos velocidad?

—La lanza de la tartana no se presta á ese sistema...

—Pero haciendo uso su merced de toda su habilidad, y nosotros de toda nuestra paciencia ¿hay esperanza de que arribemos á ese pueblo?

—No puedo responder...

—¿Existe siquiera posibilidad de intentarlo?

—Oh... en cuanto á eso...

—Pues manos á la obra... Suelte el señor García á ese animal... y adelante.

—¡Abandonar definitivamente una bestia tan soberbia!—exclamó el albeitar escandalizado.

—Me parece que esa bestia no ha costado el dinero al señor García.

—No importa: el propósito de vuestra reverencia es una inhumanidad.

—Creo, señor albeitar, que las mulas no forman parte de la humanidad.

—Ah... por lo visto el señor don Pascual desprecia todos los animales

que no pertenecen á la misma raza que él.

—Yo no desprecionada; pero acepto los sucesos adversos como pruebas que la Divina Providencia se sirve imponerme. No perdamos tiempo, señor García. ¡En marcha! \*

El albeitar exhaló un suspiro, desenganchó de mala gana la mula caída; tomó del cabezon á la otra, y dando un vigoroso empuje, volvió á poner en movimiento la tartana.

Despues de observar por algun tiempo la nueva traccion, en la cual el albeitar desempeñaba en cierto modo las funciones de la mula abandonada, don Pascual empezó á tranquilizarse.

—Es posible, mi señora doña Amanda,—dijo,—que nos sea dado terminar el primer trayecto de nuestro viaje, de un modo menos deplorable del que he temido. Confiamos en las inagotables bondades del Todopoderoso.

El carruaje parecia avanzar con regularidad. La misma lentitud de la marcha podia ser una garantía contra nuevos accidentes. *Qui va piano, va sano*, dice un adagio toscano. A los diez minutos la serenidad habia vuelto á todos los rostros y la calma á todos los espíritus.

Pero estaba escrito en el libro de los destinos que el buen doctor habia de marcar con piedra negra el dia de aquel viaje.

Un crugido terrible resonó súbitamente, y la tartana se inclinó bruscamente hasta formarsu piso con el horizonte un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Amanda y Elvira dieron un grito, y se arrojaron en brazos la una de la otra. Don Pascual se santiguó murmurando:

—¡Que Dios me haya perdonado!...

Por fortuna el vehículo quedó sin movimiento. Era indudable que la

mula y fraccion que le arrastraban, se habian detenido en el momento del accidente.

Aunque el doctor habia empezado por recomendarse el alma, no tardó en comprender que la tartana no acababa de descender al fondo del sepulcro, y entonces comenzó á exhalar los ayes mas furibundos que pueden producir los pulmones de un cuitado.

El albeitar, atraido por tan dolorosos gritos, abrió la portezuela de la tartana, cogió por la cintura á Elvira y la puso en pié sobre el camino; extrajo despues á Amanda del mismo modo, y por fin prestó auxilio á don Pascual, si bien con menos facilidad.

Cuando García vió en tierra al presbítero sobre sus sólidas piernas, le preguntó:

—¿Dónde está el daño, señor don Pascual?

El doctor se tentó todo el cuerpo, y contestó:

—¡Daño!... He podido hacerme más de uno... pero por la misericordia del Altísimo me parece que no me he hecho ninguno... ¿Y vuestra merced, Amanda?... ¿Y tú Elvira?...

—No hay novedad,—dijo la madre,

—Ni otra cosa que el pequeño susto,—añadió la hija.

Tranquilizado, respecto á las personas, don Pascual, se ocupó de las cosas.

—¿En qué ha consistido el nuevo contratiempo?—preguntó, tendiendo en torno una mirada.

—En la ruptura del eje de una rueda,—respondió García,—era evidente que habia de suceder algo... El arrastre transversal... ¡Hum!... la falta de equilibrio... ¡Hem!... vuestra reverencia hubiera hecho bien en haber seguido mi consejo.

—¿Y ese eje no tiene compostura?

—Para un carretero provisto de her-

ramientas no puede menos de tenerla.

—¿De modo que por esta vez queda definitivamente interrumpido nuestro viaje?...

—Definitivamente.

El doctor crispó ambos puños.

—Virtudes de la fortaleza y de la templanza,—exclamó,—venid en mi auxilio...

Amanda y Elvira, como si hubieran sido las llamadas, acudieron á los lados de don Pascual, procurando calmarle.

—Sí... sí... —repuso,—reflexionemos con sangre fría... Cuanto más peligrosa sea la senda que nuestros piés recorren, debemós mirarla con ojos más serenos... Ayúdenos el señor García; le admitimos en nuestro consejo.

—¡Pardiez! mi opinion no ha cambiado,—dijo el albeitar,—¿Vé vuestra reverencia aquella casa blanca, rodeada de árboles, que parece distar un cuarto de legua?

—Perfectamente.

—Es la venta de la Morondanga...

—¡Que nombre tan mal sonante!

—Con él se la conoce en el país. Pues bien, encaminémonos á esa venta: es un simple paseo para las señoras. En ella encontrarán vuestras mercedes cómodo hospedaje, y yo entretanto podré ocuparme en hacer que compongan la tartana, y aun en recoger la pobre bestia abandonada, que no ha quedado muy atrás.

El plan del albeitar era tan racional, que don Pascual no aventuró la menor objecion.

—Resignacion, señoras mías,—pronunció, volviendose hácia las damas, que tantas tribulaciones le costaban:—aceptemos la vía dolorosa que el dedo del Omnipotente nos indica como una expiacion por nuestras flaquezas, y dirijámonos á la venta... ¿de la qué?...

—De la Morondanga.

—¡Puff!... repito que es un nombre de pésimo gusto.

Acto continuo la mula fue desenganchada; sobre sus lomos colocó García las maletas, las mantas de viaje y los demás objetos manuales que contenia la tartana; y los cuatro viandantes emprendieron la marcha por la angosta senda que separaba dos heredades.

Ni el terreno era accidentado, ni el frio demasiado intenso, de manera que la travesía no fué muy penosa para los viajeros.

Media hora despues llegaron á la venta, siendo recibidos por un mastin, que puso afectuosamente las manos en el estómago de García, restregó la cabeza en las faldas de las damas, y enseñó los dientes á don Pascual.

El ventero se apresuró á acudir al llamamiento del albeitar, y el buen doctor, despues de referirle sumariamente las calamidades con que habia sido probado en aquel nefasto día, le rogó con instancia que le proporcionase el alhojamiento más confortable de la casa, y que secundase con la mayor actividad el celo de García, con el fin de que la tartana y la mula volvieran á estar utilizables todo lo más pronto que fuera posible.

Dió el ventero su palabra á don Pascual de obrar en todo conforme á sus deseos; y para comenzar á satisfacerlos condujo al reverendo y á sus dos compañeras á un gabinete del piso principal, provisto de dos alcobas espaciosas y de una rasgada ventana que daba al corral.

Don Pascual tendió una hojeada por la habitacion, y aunque no quedó enamorado de sus muebles, le hizo aceptarla un objeto que encontró en uno de los ángulos. Aquel objeto era una estufa apagada á la sazón; perollena de sarmientos que solo esperaban una chispa para producir un incendio.

A la primera indicacion del doctor, la chispa fué aplicada.

—¿Desea por ahora alguna otra cosa vuestra reverencia?—preguntó el ventero.

—Unasolamente, señor... ¿El nombre de su merced?...

—Nicolas Orduña, alias el de la Morondanga.

—Tiene su merced un alias repulivo.

—Vuestra reverencia quiere hablar de mi mujer; ella es la Morondanga.

—Ah... muy bien; que lo sea por muchos años; pero de todos modos, valdria más que fuera otra cosa cualquiera. Decia, pues, á su merced que agradecería que me hiciera subir una cafetera de agua hirviendo, un colador y tazas.

—Vá á ser servido vuestra reverencia.

Apenas maese Nicolás salió de la habitacion, y entretanto que las señoras hacian su tocado en la alcoba que les fué destinada, don Pascual sacó de un cestillo de mimbre un bote de excelente café de Moka, un paquete de azúcar refinado, blanco como el ampo de la nieve, y un tarro de rom de las Antillas, y colocó los tres objetos sobre un velador inmediato á la estufa.

Cuando uno de los domésticos de la posada hubo llevado la cafetera pedida, el doctor calculó con precision la cantidad de agua que contenia, examinó y halló satisfactorio su grado de calor, y precipitó en ella la dosis de café que correspondia.

Durante los cinco minutos sacramentales de la infusion, don Pascual acercó sillas á la estufa, llamó á las damas, y tomó asiento sin escrúpulo en el lugar de preferencia. A todo señor, todo honor.

No tardaron en acudir Amanda y

Elvira, y el café humeó en las tazas.

Reanimados el espíritu y el cuerpo del buen doctor con el doble calor de la estufa, y de una de las bebidas que gustaba con más delicia, pronunció retirando la taza de los lábios:

—Grandes han sido, amadas mias, las tribulaciones con que el Todopoderoso nos ha afligido en este dia de fatal memoria; pero acatemos la mano que nos ha herido, porque sus golpes han podido ser más duros todavía. Ofrézcase á nuestras almas como ejemplo, el grande apóstol de la paciencia; el incomparable Job. Despues de haber disfrutado de todos los bienes de este mundo, se vió reducido al extremo de no tener otra cosa que un pedazo de teja para raer el púsque le manaba de las úlceras; y sin embargo, la única queja que tan angustiosa situacion le inspiró fueron estas sublimes palabras:—«El Señor me lo dió; el Señor me lo quitó; sea su nombre bendito.»

Y don Pascual volvió á acercar la taza á la boca.

## VIII.

### LOS DOS SABUESOS.

A lo largo del camino vecinal de Valdenoches á Tórtola, se extendia una division del ejército aliado, compuesta en la mayor parte de infantería y artillería.

Los batallones tenian sus fusiles en pabellones, y las baterías desenganchadas sus bestias; pero no obstante aquel aspecto sedentario, la falta absoluta de tiendas, de barracas y obras de campaña, demostraba que la division hacia un alto más ó ménos transitorio en la marcha que habia emprendido.

Todos los cuerpos, en efecto, acababan de recibir la órden de preparar los ranchos. Y como esta dispo-

sición siempre es bien recibida por la tropa, era de ver la solicitud con que aquella plaga de hormigas de todos colores se habia esparcido por la campiña, tomando el combustible que más á mano encontraba, sin cuidarse mucho ni poco de que éste fuera medio cerezo ó un manzano entero, que en los meses de Julio y Setiembre se hubieran visto cubiertos de rojos y amarillos frutos, ofreciendo á su dueño la recompensa de los afanes del cultivo.

Los mil hogares del soldado, sobre todo, si ese soldado es extranjero, son con frecuencia el caballo de Atila para los campos; pero ¡cuántas veces tambien el pobre militar los abona con su cuerpo!

En el llano de una era, inmediato á un pobre caserío, habia echado pié á tierra el personal del cuartel general. En el centro de aquel grupo distinguido, descollaba la elevada y elegante figura de lord Hamilton, departiendo con los oficiales generales, y algunos jefes de cuerpo de la division, con esa urbanidad británica, que está tan lejos de la familiaridad como de la altanería. El general, en el trato con sus subordinados, sabia como nadie amenizar las órdenes del jefe con las cordialidades del camarada, y templar las expansiones del amigo con la reserva del superior.

El frio era glacial. Los portugueses hacian temblar la tierra, golpeándola con los piés para evitar su enfriamiento; los ingleses, aunque omitian comprometer su dignidad con extravagantes movimientos, se abrigaban cuidadosamente; en cuanto á los holandeses, atizaban sus pipas, recibiendo al parecer las caricias del aquilon de adviento con la misma indiferencia que si se tratase de las brisas de la canícula.

Los habitantes del caserío habian

acudido á la era donde contestaban á las preguntas que les dirigian los oficiales, especialmente los ingleses; y, merced á la jerga corriente, compuesta de cinco ó seis idiomas en que predominaba el castellano, todo el mundo se entendia sin la menor dificultad. Las únicas palabras de que los ingleses prescindian en el nuevo dialecto eran las francesas; pero esto no servia de obstáculo para que pudieran emplearse en un diálogo con ellos, porque las comprendian perfectamente.

Entré las gentes del país que se apiñaban en aquel sitio, los oficiales dirigian con preferencia la palabra á un jóven estudiante, de cabeza fina y ojos brillantes, el cual contestándolo todo, recorriéndolo todo, y mezclándose en todo sin llegar al límite de la impertinencia, no perdía de vista un momento el camino de Tórtola.

La mirada de aquel jóven fué más fija todavía cuando en lo alto de la ruta apareció un ginete avanzando al gran trote.

El viajero, que era un mozo rubio como un inglés, sonrosado como un escocés y blanco como un irlandés, echó pié á tierra al llegar frente á la era, entregó á un ordenanza la brida del corcel que montaba y se fué acercando á los oficiales.

La persona que el recién llegado buscaba era evidentemente el general; pero en aquel momento conversaba lord Hamilton con un coronel de híglanders, y el viajero esperó sin impaciencia que la plática concluyese. Cuando esto tuvo lugar, se adelantó algunos pasos por la direccion que entónces seguian los ojos del lord.

—¡Ah!... ¿Por fin estás aquí, buena pieza?...—dijo Hamilton á media voz.

—He tardado, en efecto, más de lo que esperaba,—contestó Dick;—pero

en cambio traigo á vuestra gracia buenas nuevas.

—Está bien; haz que me dispongan almuerzo en cualquiera de esas casas; me hablarás mientras me sirves.

Y volvió la espalda al ayuda de cámara.

Dick se dirigió á la casa de ménos humilde apariencia, y penetró en la cocina, preguntando á voces por la patrona. Dos segundos despues entró tambien el estudiante de los ojos brillantes; pero éste, en vez de encaminarse al laboratorio culinario, hizo una conversion hácia el establo y entabló un diálogo familiar con la moza que estaba dando sal á las vacas.

La conversacion no fué larga. El estudiante, en quien el lector habrá reconocido al bachiller Zurita, abrió una puertecilla, subió treinta empinados escalones, y se encontró en una vasta estancia aguardillada, comprensiva del área entera de la casa, y que en aquel domicilio, como en todos los lugares de la comarca, era, con el nombre de cámara, el depósito de los frutos, de los aperos de labranza, de la leña y de la paja.

El primer cuidado de Salvador fué cerrar la puerta y correr el cerrojo interior. Despues, con el movimiento que le era peculiar cuando tenia que meditar alguna cosa, se echó atrás el tricornio de un capirotazo, se puso el índice en la frente, y comenzó á medir espacios y calcular distancias, como si fuera un maestro de obras encargado de utilizar la extension de la cámara con nuevas construcciones.

Trascurridos algunos minutos, el bachiller pareció haber resuelto su problema. Entónces sacó del bolsillo una navaja manchega, de gruesa hoja, bien templada y aguda punta, y con ella deshizo la argamasa de cal y

arena en que estaba incrustado uno de los ladrillos del pavimento.

La operacion terminó en breve tiempo; el ladrillo fué levantado con poco esfuerzo, y bajo él apareció el cañizo que mediaba entre las vigas.

El seminarista aplicó el oído al cañizo, y oyó un próximo ruido de platos, que le resonó en el timpano como hubiera podido hacerlo el eco suavísimo de un coro de ángeles. Pero la ambicion humana es insaciable. Salvador, que ya estaba en aptitud de oír como una liebre, quiso ver tambien como un lince. No existia para ello la menor dificultad: todo era cuestion de ciertas precauciones.

La punta de la navaja obró entre dos cañas á manera de barrena: y aprovechando el estudiante un intervalo de silencio, que parecía demostrar que el aposento inferior habia quedado solo, terminó la perforacion del piso, abriendo un agujero del diámetro de un real de plata.

El bachiller se apresuró á aplicar su ojo derecho á aquel pequeño intersticio, precisamente en el instante en que Dick volvía á entrar en la habitacion con dos botellas en una mano y dos copas en la otra.

La incógnita estaba despejada. Salvador se levantó con el rostro radiante; extendió cuidadosamente el manteo sobre el pavimento, se acostó encima como en un lecho de plumazon, colocó la cabeza de manera que la sien se apoyara en el sombrero, y el oído correspondiera con exactitud al agujero del cañizo, cerró los ojos con un ademan lleno de beatitud, y al parecer se dispuso á dormir con la mayor tranquilidad del mundo.

Dick, entretanto, cubria la mesa con la rica argentería que encerraba el estuche de viaje del general. Por desgracia, aquellos preciosos platos cincelados, aquellas tazas de inaprecia-

bles esmaltes, y aquellos fruteros de deslumbradora filigrana, no estaban en armonía con los modestos manjares que contenían.

Hamilton, sin embargo, pertenecía al número de los seres que prefieren dos huevos fritos de gallina, servidos en un plato de oro, á un faisán con trufas, presentado en una cazuela de barro.

Cuando el servicio estuvo preparado, el ayuda de cámara se asomó á la ventana para esperar al general; y apenas le vió dirigirse al caserío, corrió á la puerta para guiarle hasta el comedor.

El lord desabrochó su abrigo militar, tomó asiento al lado de la mesa, empezó á manejar el cuchillo y el tenedor, y dijo al ayuda de cámara:

—Me parece que te has permitido asegurar que me traías buenas noticias.

—Así es, milord,—contestó Dick.

—¿Y cómo entiendes eso?

—Como debe entenderlo un servidor leal: diciendo á milord que las personas que me encargó buscar han sido encontradas.

—Todo eso pudiera no ser mucho,—repuso el general con la mayor calma.

—Cuando milord lo dice...

—Supongamos que has encontrado á esas personas, corriendo la posta por el camino de Guadalajara; que las has saludado, deseándolas un próspero viaje; y que vienes á contármelo.

—¡Oh! las circunstancias han diferido bastante de la suposición de milord.

—Pues precisamente el conocimiento de esas circunstancias es lo que estoy esperando.

—Ante todo, milord, debo hacer á vuestra gracia una manifestación,—dijo el camarero bajando los ojos con cierta timidez.

—Hazla en buen hora.

—Para conseguir el satisfactorio resultado que se ha obtenido, me ha sido preciso abusar algún tanto del crédito de milord.

Hamilton suspiró.

Dick,—repuso,—estoy temiendo que me hayas arruinado.

—Bah... los aldeanos españoles son interesados, pero incapaces de arruinar á un lord inglés.

—Al caso.

—Por una serie de pequeñas investigaciones, y de gratificaciones menos pequeñas, que para vuestra gracia carecen de interés, conseguí averiguar que el honorable don Pascual y las dos damas que con él habitaban, habían trasladado su residencia á una casa de campo de la propiedad del pastor, conocida con el nombre de la Faisanera.

—Está bien.

—Todo parecía indicar que don Pascual iba á descansar tranquilamente en aquel ignorado asilo de las fatigas del cargo concejil, cuando á los dos días de la llegada supe que acababa de dar las órdenes convenientes para continuar la expedición con rumbo desconocido.

—Adelante.

—Mi proyecto de regreso á Brihuega era imposible... Perder de vista al buen pastor en aquella situación, hubiera equivalido á perderlo todo... Había necesidad absoluta de impedir el viaje ó dirigirle... ¿No le parece lo mismo á vuestra gracia?...

—No trates de cubrir la responsabilidad de tus actos con mi opinión. Prosigue.

—Después de meditar detenidamente el asunto, opté por el segundo extremo. La dirección del camino de don Pascual tenía una ventaja indiscutible...

—¿Cuál?

—La de poder acercarle al trayec-

to que había de recorrer la división de milord...

El general no hizo el menor signo de asentimiento.

—La fortuna,—prosiguió Dick,—me deparó en un paisano del valle de Fuentes el instrumento necesario para la ejecución de mi proyecto. Es verdad que el tal aldeano era demasiado apegado á los bustos de oro de la reina Ana. Fué preciso pagar la inversión de un tiempo, que él llamaba precioso... fué necesario pagarle el cargo que iba á abrumarle la conciencia... y, hasta fué inevitable pagarle que aceptase, como bueno, el juramento que un inglés empeñaba, de que en el compromiso que contraía no se trataba de hacer el menor daño á las respetables personas del pastor y de las damas que le acompañaban. Hecho este triple sacrificio por mi parte...

—Dí más bien por la mía.

—Cuando vuestra gracia lo asegura...

—Continúa.

—El contrato quedó cerrado, y solo se trató de ponerle en ejecución... El resultado ha llenado todas mis esperanzas.

—Veamos.

—El aldeano, que es un hombre inapreciable, ha sabido conducir el asunto de tal manera, que sin compromiso suyo ni de nadie, ha impedido á don Pascual llegar á Grajanejos para proseguir desde allí la ruta hácia el Oeste, ¡quién sabe hasta dónde! y le ha depositado en una posada del camino de Tórtola á Torija, con el carruaje roto, con una mula inutilizada, y en la imposibilidad de continuar el viaje por lo menos en veinticuatro horas. ¿Merecen mis afanes el beneplácito de vuestra gracia?

Hamilton sacó del bolsillo una carta forrada de seda, desplegó algunos

doblecés, y examinó con atención la zona correspondiente á las demarcaciones que Dick había enumerado.

—¿Cómo se llama la posada donde se hospeda don Pascual?—preguntó.

El ayuda de cámara requirió su libro de apuntaciones, y leyó esta palabra:

—La Morondanga.

—¿Cuánto dista de Tórtola?

—Media legua próximamente.

—¿Has encontrado en tu regreso al brigadier Folgueira?

—No he visto al brigadier; pero he cruzado el terreno en que maniobraban los escuadrones que manda.

—¿Qué posiciones ocupaban?

—La dehesa de Tórtola.

—Está bien. Cuando hayas recojido el servicio, montas de nuevo á caballo.

—Perfectamente.

—Vuelves á esa dehesa.

—Cuestion de hora y media.

—Buscas al brigadier.

—No me será difícil.

—Le determinas con exactitud la posición topográfica de la venta, y le revelas las personas que en ella se hospedan.

—Dicho y hecho.

—En cuanto á instrucciones. . . Puedes aventurar con el brigadier los siguientes consejos de parte mía.

—Soy todo oídos.

—El día está desapacible. El brigadier haría bien en sustraerse á las inclemencias atmosféricas, adelantándose con algunos caballos hasta la venta, y estableciéndose en ella. Nadie guarda mejor una alhaja que el que espera perderla.

—Indudable.

—Por razones que no carecen de importancia, considero muy conveniente que el brigadier no provoque por su parte en todo el día entrevista alguna con don Pascual y sus com-

pañeras de viaje. La mision del señor Folgueira debe limitarse á evitar que las tres anguilas se le deslicen por entre los dedos.

—Repetiré las frases de milord.

—Segun las órdenes del conde de Staremberg, debo esperar sus nuevas instrucciones hasta las cinco en este sitio; pero el brigadier puede estar seguro de que, á no mediar un suceso imprevisto, esta noche, ántes de las diez, me habré reunido con él en la... ¿cómo has dicho?...

—En la Morondanga, —volvió á leer Dick.

—Y habré podido comunicarle el plan que he concebido, y que confio ha de secundar poderosamente la realizacion de las esperanzas que acaricia. ¿Has comprendido?

—Punto por punto.

—Estoy echando de ver una cosa, Dick.

—¿Puedo conocerla, milord?'

—Nos interesa á entrambos. Aprovechando mi distraccion con tu charla, me has dado un almuerzo detestable.

—Bien sabe vuestra gracia que no ha sido preparado por mi mano... Hé encontrado desprovista la recámara... Calentaré las orejas á Thom.

Hamilton se levantó, y examinó la campiña desde la ventana. Cuanto pudo observar era satisfactoriamente natural: la bulliciosa actividad de los soldados que no están en filas, y los centenares de humeantes hogueras en que se cocian los ranchos.

Despues salió de la habitacion, y volvió á dirigirse á la era.

Dick, por su parte, apénas desapareció su señor, regaló al estómago un sendo trago de las dos botellas, limpió la vajilla, la encerró en su estuche, y corrió á depositarle en las manos de Thom, llamándole con un silbido, ni más ni ménos que si fuera un can.

Con dos minutos de anticipacion habia bajado de la cámara Salvador Zurita, restregándose los ojos, como el hombre que acaba de despertar de un sueño profundo, y necesita despavilar los sentidos para ocuparse en cosas importantes.

## IX

### EN LA BOCA DEL LOBO.

Escasamente haria dos horas que habia pasado el sol por el meridiano de la venta de la Morondanga, cuando en el más próximo recodo de una senda de travesía del camino de Torija, se presentaron cuatro batidores hendiendo el viento al galope.

A cuarenta pasos detrás de ellos se dejaron ver otros dos caballeros, y por fin, á más distancia todavía apareció un peloton compuesto de diez y seis ginetes. Todos aquellos individuos, excepto los dos del centro, vestian el uniforme verde del regimiento de caballería ligera de Coimbra.

Los batidores desembocaron como un rayo en la esplanada que se extendia delante de la puerta de la posada, y un momento despues llegaron los jefes de la fuerza.

—¡Ayudante Feito!...—dijo el uno.

—¡Mi brigadier, señor Folgueira...—contestó el otro.

—Disponed que echen pié á tierra los soldados.

Y ejecutando Folgueira por su parte el mismo movimiento que ordenaba, se dirigió á la venta, en cuya puerta halló al posadero con la montera en la mano y á dos domésticos, que se habian alineado para hacerle los honores que no puede ménos de merecer en toda hospedería un jefe militar que en tiempo de guerra llega acompañado de buena escolta.

El brigadier penetró en el portalon haciendo resonar las espuelas todo lo

posible, y empinándose el bigote hasta los ojos.

—Me parece que estoy en la venta de la Morondanga,—pronunció fijando la mirada en las cosas, más bien que en las personas.

—Vuestra señoría la honra, en efecto, con su presencia,—respondió maese Nicolás.

—¿Hospedais mucha gente en ella?

—A todos los tráganates de la comarca, y á la mayor parte de los viajeros... Mi establecimiento está tan acreditado, y són tan detestables las posadas de Torija y de Tórtola que...

—No es eso lo que os pregunto.

—¡Ah!... muy bien: vuestra señoría quería saber...

—Los huéspedes que teneis en este momento.

—Eso es diferente: en la actualidad doy alojamiento á cinco personas.

—¿Quiénes són?

—Un honrado traficante en mieles, piso bajo, núm. 3; un boticario de Movicejo, piso principal, núm. 2; y un respetable sacerdote, acompañado de dos señoras, igual piso, núm. 4.

El brigadier se acarició la barba. Seguramente se decía en aquel instante:

—Y finca ó punto.

Después manifestó intencion de pasar al recibimiento inmediato, y maese Nicolás se apresuró á franquearle la puerta de par en par. La nueva estancia era un espacioso rectángulo que servía de salón de descanso para los viajeros. Tres de los lados tenían grandes puertas: en el fondo del cuarto aparecía el primer tramo de una escalera.

—¿A dónde conducen esos escalones?—preguntó el portugués.

—A las habitaciones del piso principal. ¿Desea vuestra señoría visitarlas?... Le serviré de guía... Si vuestra señoría piensa instalarse en algu-

na de ellas, puede elegir la que más le convenga, aunque sea de las que están ocupadas... Yo dispondré que el huésped se traslade á otra... Nadie es preferible á vuestra señoría.

—No trato de incomodar á vuestros viajeros.

—Vuestra señoría es demasiado bueno.

—¿Tiene el piso principal alguna otra escalera que le ponga en comunicacion con el bajo?

—Absolutamente ninguna.

—Perfectamente... ¿Cuántas puertas practicables al campo tiene la venta?

—La que ha dado entrada á vuestra señoría...—respondió tímidamente maese Nicolás.

El diálogo tomaba un giro poco satisfactorio. A la imaginacion del posadero acababa de aparecerse su pobre venta hecha una jaula de aspilleras, un caos de barricadas, y un laberinto de trincheras.

Por dicha, las primeras palabras del brigadier no continuaron por la misma pendiente peligrosa.

—Está bien,—pronunció:—haced que me sirvan en este mismo sitio un par de botellas del vino más viejo que haya en vuestra bodega.

—Vuestra señoría va á ser servido en el acto:

—Disponed también que se suministre á cada uno de mis soldados una copa de aguardiente de Chinchon.

—Así voy á hacerlo.

—Pero legítimo de Chinchon; ¡cuidado con ella!

—Aseguro á vuestra señoría...

—Os advierto que mis hombres son excelentes mosquitos; y que si les dais gato por liebre, como hizo ayer uno de vuestro gremio, son capaces de despellejaros.

—¡Qué horror!

El portugués salió del recibimiento

con aire marcial, cruzó el portalon, y se dirigió al punto de la esplanada donde estaba la escolta.

—¡Ayudante Feito!—exclamó.

—¡Mi brigadier!—respondió el oficial.

—Vais á colocar cuatro centinelas en los cuatro puntos cardinales, á veinte pasos de la venta.

—Muy bien.

—Hé aquí la consigna: Impedir el paso y hacer regresar á la posada á un eclesiástico y dos damas, bien se presenten á pié, bien á caballo, bien en carruaje.

—¿Esa es toda la instruccion?

—Toda la del soldado. La vuestra consiste en volver á la venta para ayudarme á desocupar dos botellas.

—Es más agradable,—contestó el ayudante haciendo el saludo militar.

—¡Sargento Copeiro!—gritó el brigadier.

El apelado se adelantó inmediatamente.

—Ordenad á vuestros soldados,—añadió Folgueira,—que lleven los caballos á la cuadra de la posada, y autorizados para que se calienten en la cocina. Despues volved á buscarme.

Comunicadas estas disposiciones, el brigadier regresó al recibimiento de la venta. A la sazón estaba abandonado; pero no tuvo tiempo para aburrirse en la soledad. Maese Nicolás en persona vino á colocar sobre la mesa dos botellas y dos vasos, diciendo al portugués:

—Espero que vuestra señoría no ha de quedar descontento. Una de las botellas contiene Cariñena dulce, y está lacrada, como canta el rótulo, en el año de gracia de 1700; la otra encierra Montilla superior, y si bien su fecha es incierta, pudiera consistir en que se pierde en la oscuridad de los tiempos.

—Hé ahí una cosa, que lustro más,

lustro ménos, ha de poner en claro mi paladar,—contestó Folgueira.

—No dudo un instante de la competencia de vuestra señoría:

—Obrais cuerdamente; tengo hechas mis pruebas.

—Eso se conoce á tiro de arcabuz.

—¿Desea vuestra señoría que extraiga los taponos?

—Así que llegue mi ayudante.

Como si la última palabra del brigadier hubiera sido una evocacion, el oficial Feito apareció en el dintel de la puerta. Un instante despues penetraba tambien el sargento Copeiro.

Folgueira se dirigió al último, y le dijo en voz baja:

—¿Observa el señor sargento el pié de esa escalera?

—Observado, mi brigadier,—contestó Copeiro con dos dedos en la vuelta del sombrero conforme á la Ordenanza.

—Pues vá á continuar observándole hasta nueva órden, cualquiera que sea el número de horas que trascurren.

—Enterado, mi brigadier.

—Si bajasen por esa escalera, en el tiempo que dure la faccion, un eclesiástico más ó ménos feo, y dos damas reconocidamente bonitas, el señor sargento les rogará, con la mayor cortesía, que vuelvan á recogerse en el cuarto que habitan, y hará que inmediatamente se ponga el hecho en mi conocimiento.

—Con la mayor cortesía...—murmuró Copeiro.

—Esa es la frase.

—Está bien, mi brigadier; pero... ¿qué conducta debo seguir si el eclesiástico y las señoras, animados por esa misma cortesía rehusan acceder á mi ruego?

—Echareis un juramento enérgico. Puedo aseguraros que será suficiente esa insinuacion para que al punto retrocedan escandalizados.

—Entonces asunto concluído; porque aseguro á mi brigadier, que mi juramento hará estremecerse las estrellas.

—No lo pongo en duda; conozco la reputacion que habeis sabido conquistaros en el regimiento. Ahora sentaos donde os cuadre y pedid la bebida que mejor os parezca.

—Obligado, mi brigadier.

Folgueira se acercó á la mesa que le estaba destinada, y tomó asiento, invitando al oficial á que le imitara. El Cariñena escanciado por maese Nicolás esmaltó el fondo de los vasos.

Las ventanas de la nariz del brigadier se dilataron con delicia. En realidad, el aroma del mosto aragonés prometía maravillas.

Despues de mantener el vaso algunos segundos á la altura de los ojos, y de examinar la transparencia del líquido, Folgueira le llevó á los labios, entornó los párpados y le saboreó lentamente.

—Diez años...—murmuró;—no os han falsificado la marca... boca aceptable... olor llamativo... suficiente alcohol...

El portugués volvió á colocar el vaso sobre la mesa y añadió:

—Convenid, sin embargo, señor posadero, en que todos los vinos de vuestro campo de Cariñena, no pueden competir con la ambrosia de nuestros viñedos de Oporto. ¡Ah!... ¡Oporto!... ¡Birrr!...

—¡Ah!... ¡Oporto!... ¡Burrr!...—repetió el ayudante.

—No seré yo quien contradiga la respetable opinion de vuestras señorías,—contestó maese Nicolás;—á Dios gracias, no soy aragonés.

—Prohemos el Montilla,—repuso Folgueira.

El ventero hizo saltar el tapon, acercó dos nuevos vasos y vertió en ellos un par de dedos del dorado licor.

Folgueira le aspiró, contempló y absorbió con la misma conciencia que habia empleado para el Cariñena.

—Cosecha de 1690,—articuló;—no rebajo un dia... Suavidad... Fortaleza...

El nuevo vaso descansó á su vez sobre la mesa.

—No obstante, señor posadero,—continuó el portugués,—hacedme la concesion de que todos vuestros vinos de Andalucía tienen que ceder la primacia á nuestros néctares de Madeira. ¡Oh!... ¡Madeira!... ¡Birrr!...

—¡Oh!... ¡Madeira!...! Burrr!—añadió el subalterno.

—Cuanto en este punto afirmen vuestras señorías, es para mí artículo de fé,—contestó maese Nicolás;—por fortuna tampoco soy andaluz.

Los dos portugueses exhibieron sus pipas, y el alcarreño se apresuró á correr á la cocina para que les llevaran la correspondiente chufleta de hojalata colmada de chispeantes áscuas.

En breve apareció la mesa envuelta en una nube de humo, verdadero nimbo en que se mecian con fruicion las cabezas de los dos caballeros, bajo la vaporosa influencia de los vinos españoles, siquiera fuesen ménos excelentes que los portugueses.

Una voz fresca, intensa y metálica como el eco de un clarin, hizo resonar extramuros la última estrofa de la cancion titulada *La hermosa austriaca*; y como si el final del cántico coincidiera con el postrer paso del camino, apareció en el dintel de la puerta un jóven estudiante con el manteo terciado, y por todo equipaje un pequeño lío pendiente de la punta de la vara que llevaba al hombro.

—¡Que la paz de Dios sea en la venta de maese Nicolás!...—dijo alegremente al penetrar en el recibimiento.

El posadero le salió al encuentro.

—¡Cómo!—exclamó,—el señor bachiller Zurita batiendo la campaña... ¿Es por ventura que se reanuda el curso en Sigüenza?

—*Male dixisti*: por ahora no se reanuda otro curso que el de mis buenas fortunas.

—¡Ah!... ¿Tenemos motivos de satisfacción?... Reciba entonces su merced mi cordial enhorabuena.

—Recibida con alma y vida, si viene acompañada de un tasajo y de una jarra de aquel tinto que me entonó el estómago en mi última visita.

—De todo habrá para el señor bachiller.

—Puedo asegurar á maese Nicolás, que en esta ocasion lo necesito más que entonces. ¡Cáspita!... ¿Quién es el ganso que ha dicho que el miedo entorpece el movimiento de los pies?

—A fé mia que no lo sé.

—Lo siento, señor ventero; porque encargaría á su merced que le diese un mentís solemne, citándole mi ejemplo. Palabra de honor, que en mi vida he tenido más miedo que en este dia, y palabra de honor que jamás he encontrado en mis piernas energía semejante para devorar el terreno con más vertiginosa rapidez. ¡Ah! bravas tibias: vuestro propietario os felicita.

—¿Segun eso, el señor bachiller Zurita ha sabido sustraerse á algun peligro?

—¡Pardiez! yo no sé si hay alguno en ser atrapado por los infernales dragones del endemoniado Vallejo.

Folgueira aplicó el oido.

—¿Han perseguido á vuestra merced?—exclamó el posadero

—Con una saña indefinible,—añadió Salvador:—por fortuna esos centauros tienen ménos fino el olfato que ligeras las pezuñas; y despues de mil vueltas laberínticas por cercas, matorrales y cañadas, conseguí hacerles perder mi pista... ¡Considere ahora,

maese Nicolás, si al adquirir este con vencimiento no habré tenido un motivo de alegría, y si esa alegría no se habrá convertido en alborozo al divisar en las inmediaciones de la venta el simpático uniforme portugués!

—¡Señor bachiller!—pronunció la sonora voz del brigadier Folgueira.

—¡Mi general!—contestó Salvador, acercándose inmediatamente á la mesa de los lusitanos.

—¿Puedo permitirme dirigiros algunas preguntas, siquiera sea en gracia de la tranquilidad que nuestro uniforme parece haberos inspirado?

—Espero las órdenes de vuestra señoría.

—¿Estais bien seguro de que los ginetes que os han dado caza eran los dragones de Vallejo?

—Tan seguro como de que aquel honrado sargento pertenece al regimiento de caballos ligeros de Coimbra.

—¿Conociais su vestuario?...

—¡Bah!... como el mio... Color de panza de burro, con vivos de sangre de toro.

—¿Dónde habeis encontrado á los dragones?

—En el camino de Taracena.

—¿A qué distancia de este sitio?...

—A tres cuartos de legua próximamente.

El brigadier y su ayudante cambiaron una mirada.

—¡Sehan atrevido á introducirse en las líneas del ejército aliado!—exclamó Folgueira sin poder ocultar el escándalo que aquella osadía le inspiraba.

—¡Hasta ese punto están poseidos del demonio de la soberbia!—añadió el jóven seminarista.

—Decid más bien, señor bachiller, que hasta ese extremo están abandonados de la mano de Dios,—replicó Folgueira con acento potente.—¿Cuánta gente sería?...

—La que yo he tropezado no pasaría de una compañía; pero á larga distancia, en la direccion del Sudoeste, distinguí fuerzas más numerosas.

—Decididamente esos desventurados dragones quieren ser destruidos: —dijo Folgueira frunciendo el entrecejo como solo sabe fruncirle un portugués.

—¡Triturados!... —añadió Feito.

—¡Pulverizados!...

—¡Volatilizados!...

Después de reducidos el pobre Vallejo y sus dragones al estado aeriforme, parecia que ya no era cosa de ocuparse de ellos. Folgueira, sin embargo, meditó un momento y repuso con más templanza:

—De todos modos, ayudante Feito, el deber militar nos impone la adopción de algunas precauciones.

—En efecto, la prudencia es la segunda obligación del soldado.

—Ordenad que no se quite arreo alguno á vuestros ochenta y ocho piés de caballo.

—Se ordenará.

—Cuidad de que, no solo estén cargados todos los mosquetes, sino tambien todas las pistolas.

—Cuidaré de ello.

—Y disponed que, á la primera señal de alarma, se replieguen los centinelas al interior de la venta.

—Se dispondrá.

—En el caso de ser atacados, atrancaremos las puertas, cortaremos los corredores y sostendremos el fuego hasta perder el último hombre. Mal han de ir las cosas para que, al eco de las detonaciones, no nos lleguen auxilios de Tórtola.

—Eso es lo probable.

Hubo un instante en que todo pareció ponerse en movimiento en el salon de descanso de la venta.

El brigadier cambió el cruzado de

sus cortas, pero robustas piernas, el tabaco de la pipa y el vaso del vino: el ayudante se puso en pié, limpiándose el bigote con el dorso de la mano derecha y colgando con la izquierda en el gancho del cinturon el enorme chafarote: el sargento hizo chocar su copa con la botella, brindando por la buena suerte del peloton que dirigia en el combate eventual de que acababa de oír hablar; el seminarista recogió su lío para encaminarse á la cocina, y el posadero fué á encender dos candelillas delante de un cuadro de San Antonio, para que el diablo se llevase á todos los dragones de Vallejo, si antes no preferia llevarse á todos los caballos ligeros de Coimbra.

La actividad producida en el piso bajo de la venta por la llegada de los portugueses, el eco de las voces vigorizadas por el calor del aguardiente, y el relincho de los caballos, enardecidos por el olor del establo, no parecian haber ejercido influencia alguna sobre los huéspedes del piso principal.

Y era que el buen don Pascual, repantigado en un sillón al lado de la estufa, dormia tranquilamente el profundo sueño de los bienaventurados, con las manos cruzadas sobre el vientre y la cabeza reclinada en un hombro.

Algo de insólito, sin embargo, debió turbar el apacible bienestar del doctor, porque su cabeza fué á buscar el hombro opuesto. Tampoco en la nueva posición pudo encontrar la tranquilidad apetecida. Hubiérase dicho que un mal génio enemigo del reposo humano, se habia propuesto á toda costa sustraerle á las delicias de Morfeo.

En esta ocasion aquel mal génio se habia revestido de las formas de uno de los seres más seductores de la Alcarria. Se trataba de Elvira, que por

dos veces habia acercado la punta del pañuelo de mano á la parte interna de la nariz del presbítero.

Don Pascual entreabrió un ojo con visibles muestras de descontento, y encontró á Amanda y á Elvira arrodilladas á derecha é izquierda, con el aliento entrecortado y el sobresalto en el rostro.

—¿Qué ocurre?... ¿Qué teneis?...— murmuró el doctor luchando con el sueño.

—¡Oh... señor don Pascual!...— balbuceó Amanda:—hay soldados extranjeros en la venta.

—Soldados portugueses...—añadió Elvira.

El doctor se incorporó apoyándose en los brazos del sillón, más despierto ya que la liebre que acaba de oír el ladrado de un podenco.

—¡Extranjeros!... ¡Portugueses!...— exclamó:—¿qué están diciendo?... ¿Soy víctima de una pesadilla?...

Y dirigiéndose á Amanda, repuso:

—¿Vuestra merced ha visto á esos hombres?

—Desde la ventana:—contestó la viuda, bajando modestamente sus celestiales ojos.

—¿Y en qué han podido conocer sus mercedes que eran portugueses?

—En que uno de ellos se ha permitido la profanidad de jurar por la *Mai de Deos*.

—Además,—repuso Elvira,—entre los dos oficiales que acaban de recorrer el corral examinando sus bardas, habia uno que nos es bien conocido.

—¿Quién era, pues?

—El brigadier Folgueira.

—¡Folgueira!...—articuló el doctor todo trémulo;— ¡ese fiero sicambro... Pero lo que me refieren no puede menos de ser una alucinación... Dios aprieta, pero no ahoga; y no habrá querido imponer á mis culpas un castigo superior á mis fuerzas... ¿Estás

segura, Elvira?... ¿Era, en efecto, el brigadier?...

—No puedo dudarlo... Mi madre además le ha reconocido.

—¡Reconocido!...

Y el doctor fulminó una mirada á Amanda, que estaba más atribulada que una Magdalena.

—¡Dios de Israel!...—exclamó, elevando los ojos al cielo:—¡Y hemos huido de Brihuega arrojando mil peligros y devorando mil zozobras!... ¡Y hemos apurado el amargo cáliz de las penalidades morales y físicas en dos viajes emprendidos por en medio de nuestros enemigos, en lo más crudo del invierno!... ¡Y hemos perdido una mula de cuatrocientos ducados!... ¡Y hasta hemos volcado... para venir á caer, despues de todo, en la boca del lobo!...

Aunque en el sillón no estaba inmóvil, ni mucho menos que eso, don Pascual necesitaba dar más espacio á la agitacion febril que le sobrecitaba, y comenzó á recorrer la habitacion de arriba á abajo.

—Era de temer...—pronunció, como hablando consigo mismo;—no podia menos de sucedernos alguna cosa desagradable en una venta que lleva el nombre nauseabundo de la Morondanga.

En uno de los paseos se acercó el doctor á la ventana, y por un intersticio de la cortina se atrevió á dirigir una mirada al fondo del corral. Nada debió observar que le pareciera peligroso, por cuanto levantó la falleba, y entreabrió las hojas de la vidriera. No contento con este rasgo de audacia, todavía sacó la punta de la nariz y el extremo de los lábios, pronunciando, con las debidas precauciones, el siguiente monosílabo:

—Chist... chist...

La persona á quien se dirigía era Nicolás Orduña, que se ocupaba en

elegir, con la mayor conciencia, el capon más gordo del gallinero, cumpliendo una instruccion del brigadier Folgueira.

El ventero levantó la cabeza, y pudo entrever al doctor, que con un dedo en la boca y verdaderamente cariacontecido, le estaba haciendo toda suerte de signos misteriosos.

Por fortuna, entre aquella monserga de señales, maese Nicolás vió repetido con insistencia un movimiento de mano que parecía decirle que subiera; y contestando con un ademán afirmativo, abandonó el corral, con el capon cogido por las patas, el cual ponía el cacareo en el cielo.

El doctor volvió á cerrar la ventana, sin que produjera el menor ruido, y esperó la llegada del ventero con la impaciencia febril del condenado que vá á escuchar la lectura de su sentencia. Tres minutos despues maese Nicolás apareció en la puerta de la habitacion, cerrándola detrás de sí á un nuevo apremiante signo del presbítero.

—Venga acá, maese Nicolás,—pronunció don Pascual con las manos unidas:—venga acá, y sírvase referirme los terribles acontecimientos que han tenido lugar en la posada.

—Paso... paso... señor presbítero,—contestó el ventero:—hasta ahora nada ha acaecido que merezca la calificación de terrible, y espero que tampoco pueda aplicarse en adelante, merced á la poderosa intercesion de San Antonio, bajo cuya proteccion está mi casa.

—Es posible que su merced tenga razon, refiriéndose á su persona; pero tratándose de la mía, la cosa varía de aspecto.. Procedamos con método... ¿Maese Nicolás, tiene en su venta al brigadier portugués Folgueira?...

—Creo, en efecto, que ese es el apellido que lleva el respetable oficial

superior que se ha detenido en mi posada.

Don Pascual titubeó un instante y repuso temblando:

—Imagino... supongo... presumo... que no habrá ido vuestra merced á decirle que tambien nosotros nos alojamos en la venta.

—Perdone vuestra reverencia; pero el señor brigadier quiso saber las personas que aquí se hospedaban, y no pude menos de decirle que eran un traficante, un boticario, un eclesiástico y dos señoras.

—¡Desventurado!... y le ha revelado mi nombre su merced?...—exclamó don Pascual, no sabiendo en rigor si le abandonaban las fuerzas, ó si, por el contrario, le acudían las suficientes para satisfacer el pasajero deseo de retorcer el pescuezo del ventero.

—Ante todo,—contestó maese Nicolás,—debo hacer constar que el señor brigadier no me ha preguntado el nombre de vuestra reverencia... Y por otra parte, no era posible que yo le revelase, en atención á que no tengo la honra de conocerle.

—¡Ah!... el señor ventero ignoraba...

—De todo punto.

—Nada le habia dicho mi guía...

—¡El guía de vuestra reverencia!... ¡Que no me proteja mi bienaventurado paduano, si he vuelto á ver á tal perillan desde que delante de vuestra reverencia dió las convenientes instrucciones á mis gañanes para que fuesen á recoger la tartana y la mula abandonadas!...

Al doctor complutense le pareció que le volvía el alma al cuerpo.

—Segun eso...—murmuró aferrándose á esta última esperanza:—Folgueira podria desconocer... ¡Escuche el buen maese Nicolás!...

—No hago otra cosa.

—¿Le manifestó deseos el brigadier

de adquirir noticias acerca de los huéspedes de la venta?... ¿Parecía buscar alguna persona?... ¿Le preocupaba algo semejante á una persecucion enconada?...

—En manera alguna. Las preocupaciones del señor brigadier tenían todos los visos de ser exclusivamente militares.

—Maese Nicolás, si fuese cierto lo que dice su merced, habria sacado un ánima del Purgatorio.

—Mucho me complacería esa buena obra.

—¿Tiene vuestra merced algun motivo para temer que la estancia de los portugueses en la venta sea de larga duracion?

—Ninguno á fé mia.

—¿Y para esperar que sea corta?

—Para eso pudiera tener alguno.

—Veamos.

—Durante los últimos dias se han aglomerado en la Alcarria tantas fuerzas de uno y otro bando, que sus jefes solo pueden evitar desventajosos encuentros parciales, merced á incessantes marchas y contramarchas... Con la llegada de los portugueses ha coincidido la noticia de la proximidad de caballería española... No es de creer que los rocines del Alentejo cailienten mucho tiempo mis establos.

—Maese Nicolás: vuestra merced no está hablando en esta ocasion como un ventero.

—¿Pues cómo puedo expresarme?...

—Está hablando como un libro.

—¡Bah!...

—Por razones que no son del caso, señor Orduña, tengo un interés capital en que, ya que el brigadier Folgueira parece ignorar hasta ahora que somos vecinos, no llegue á saberlo nunca.

—Muy bien.

—Me parece inútil decir á vuestra merced, que no hemos de ser noso-

tros los que ejecutemos acto alguno que pueda denunciar nuestra presencia. El umbral de esa puerta es tan infranqueable para estos tres reclusos como si le abonase el voto de clausura más severo.

—Así lo creo.

—Nada valdria, sin embargo, nuestra prudencia, si vuestra merced no cooperase por su parte á la inviolabilidad de nuestro retrainiento.

—Aseguro á vuestra reverencia que...

—Y yo conjuro á su merced, por el venerando patron de su venta... y yo le suplico por todos los santos del Paraíso, que no nos abandone en la crisis tremenda en que nos encontramos... que haga borrar nuestra huella... olvidar nuestra existencia... que nos sustraiga, en fin, á la licencia lusitana...

—Vuestra reverencia, no obstante, debe comprender que si los portugueses se empeñasen en penetrar en este cuarto, no estaría en mi mano impedirlo.

—Yo solo exijo lo que es exigible, maese Nicolás; pero si tuviéramos la fortuna de que el brigadier Folgueira y sus soldados se ausentasen de la venta sin haber llegado á satisfacer esa indiscreta curiosidad, puede estar seguro vuestra merced de que mi reconocimiento sería eterno, y de que empezaría á manifestarse con el donativo de algunas onzas de oro peruanas.

La mirada de maese Nicolás se animó, como si ya estuviese contemplando el brillo de las monedas ofrecidas.

—¡Bien sabe el cielo.—contestó inclinándose,—que si vuestra reverencia no llega á honrarme con ese reconocimiento, no habrá sido por culpa mia!

Dos minutos despues el ventero se retiraba repitiendo protestas; el doc-

tor se quedaba reiterando ofrecimientos, y la puerta se cerraba simultáneamente por fuera y por dentro.

## X.

## LA ALARMA.

Por espacio de tres horas la estancia ocupada por el párroco de Brihuega y sus dos compañeras de viaje, se asemejó á la habitacion de un enfermo. Se pisaba quedo; se hablaba bajo; y no se removía mueble alguno sin adoptar toda clase de precauciones para evitar que produjese el menor ruido.

Aunque lo que vamos á decir lleve el sello de la inverosimilitud, tratándose de tres personas entre las cuales había dos mujeres bellas, es lo cierto que la única aspiracion de los reclusos parecía consistir en ser olvidados del resto del mundo.

Hasta la caída de la tarde nada había hecho temer afortunadamente que la realizacion de aquel misantrópico deseo se viese comprometida. Los rumores de la parte exterior llegaban apagados por la distancia. Difícil se hacía creer que el piso bajo de la venta estuviese ocupado por una veintena de ginetes lusitanos; porque si todos los soldados son alborotadores en general, los portugueses lo son de un modo especial.

En cuanto al piso principal, desde que maese Nicolás se alejó, no había devuelto el eco de una pisada.

El áncora de la esperanza comenzaba á arraigarse profundamente en el corazón de don Pascual. Después de todo, no era imposible que el porvenir correspondiese al pasado. Que trascurriesen todavía algunas horas con la misma tranquilidad, y acaso aquellos hijos del bandolero Viriato fueran á llevar á otra parte la deprecacion y el espanto.

Bajo la influencia de esta grata ilusion, el buen doctor, después de haber aplicado un momento el oído á la puerta, y de haber dirigido una mirada por la ventana, se acercó á las damas diciendo:

—Ni un ruido amenazador... ni una persona sospechosa... Valor, hermanas mías... Confíemos en que tal vez mañana nos será dado glorificar al Señor en accion de gracias con el magnífico cántico del *Te Deum laudamus*...

—*Tibi Domine confitemur*...— pronunció una voz dentro de la habitacion.

Amanda y Elvira se abrazaron aterradas, ahogando un grito.

Don Pascual hizo la señal de la cruz mirando á todos lados.

—*Vade retro, Satan!*— murmuró.

Pero Satanás por lo visto tenía el oído tan corto como largas las uñas; porque, en vez de alejarse, empezó á arañar en la puerta.

—Mi señor don Pascual,—articuló el mismo acento que había pronunciado las tres palabras latinas;— sírvase vuestra reverencia abrir la puerta.

Aquella voz, que el doctor creía no desconocer, penetraba seguramente en la estancia por el hueco de la cerradura.

—El cerrojo... el cerrojo...— insistió la voz;— se trata de un asunto de la mayor importancia para vuestra reverencia...

El castillo de naipes del incógnito con que soñaba don Pascual había venido á tierra de un soplo. Al otro lado de aquella tabla de pino existía un sér que todo lo sabía. No podía, por lo tanto, conducir á nada la indecision.

El doctor abrió la puerta pensando en Daniel García.

Pero, en vez de la persona imaginada, se encontró con otra que le hizo dar tres pasos atrás en el colmo de la estupefaccion.

Don Pascual estaba en presencia de Salvador.

—¡Desgraciado!—exclamó.—¡Aun en pos de mis huellas!... ¡todavía ejerciendo la accion del ángel malo en la leyenda de mi martirio!... ¿Qué es lo que el hachiller quiere de mí?...

El seminarista volvió á cerrar la puerta contestando sin titubear:

—Quiero poner á la disposicion de vuestra reverencia, para auxiliarle en el duro trance en que se mira, todos los recursos que pueden encerrar una adhesion sincera y un espíritu vigoroso.

—Diga más bien que viene á comprometer las únicas probabilidades de salvacion que quedaban para nosotros.

—¡Error!

—No estoy en el caso de dar cuenta á su merced de mis esperanzas y de mis propósitos.

—Quizá haga bien su reverencia en no perder ese tiempo; porque conozco las unas y los otros.

A ser ménos graves las circunstancias, don Pascual hubiera seguramente confundido tanta avilantez, fulminando sobre el hachiller alguno de los más grandilocuentes apóstrofes clásicos que registra la historia. A la sazón se contentó con encogerse de hombros con desden.

—Puedo ofrecer la prueba á vuestra reverencia,—añadió Salvador.

—¡Quizá!

—El señor don Pascual confía en que el brigadier Folgueira no llegue á sospechar quiénes son las personas que se hospedan en esta habitacion...

—Y bien...

—Y el señor don Pascual proyecta continuar tranquilamente su camino, apenas se haya llevado al brigadier portugués la tempestad de la guerra, envuelto en una de sus trombas.

—¡Hum!...—murmuró el doctor con ménos firmeza.

—¡Doble equivocacion!

—¿Qué entiende por eso el hachiller?

—Entiendo que el brigadier Folgueira sabe perfectamente que vuestra reverencia y estas señoras se alojan en la venta...

—¡Qué es lo que dice!...—articuló don Pascual desplomándose exánime sobre una silla.

—Y afirmo que el portugués no se alejará de la posada sin haber hecho conocer personalmente á vuestra reverencia, parte al ménos de los propósitos que abriga,—continuó Salvador, revolviendo sin piedad la sonda en la herida.

—¡Pero mi Dios!...—sollozó el doctor todo atribulado;—esta despiadada criatura es el negro cuervo anunciador de la tormenta...

—Mejor pudiera decir vuestra reverencia que soy el alcion precursor de la bonanza.

—¡Por dónde ha podido averiguar semejantes cosas!...

—Consagrando todo mi sér á inquirirlas.

—No es posible estar hasta ese punto en los secretos de mis más encarnizados enemigos sin haberse aliado con ellos para repartirse mis despojos.

Salvador dirigió á Elvira una mirada de amargura.

—Y sin embargo,—dijo con un acento no ménos acerbo que la mirada,—he expuesto mi vida por ayudarle á salvar las dos perlas del joyel que custodia... y la estoy comprometiendo en este instante... y quizá la perderé de buen grado más tarde...

El doctor miró á su vez al bachiller á través de las largas pestañas.

—¿El señor seminarista,—pronunció,—posee todavía las tres virtudes teologales?...

—Tengo una cosa mejor que eso.

—¡Observe su merced lo que dice, —exclamó don Pascual con escándalo.

—No doy á mis palabras más alcance que el del accidente de nuestra desdicha.

—¿Qué es lo que tiene su merced?

—Un plan.

—¡Una combinacion que nos sus- traiga á los proyectos de Folgueira!... —repitió el presbítero con cierta incredulidad.

—Un verdadero plan de evasion con todos sus detalles.

—¡Hem!...

—Evasion que deberá realizarse ántes de las diez de la noche, porque á esa hora estará en la venta lord Hamilton, y si encuentra en ella todavía á vuestra reverencia, puedo asegurarle, bajo la fé de mi honrada palabra, que todo se habrá perdido.

—¡El filisteo se une al amalecita!... —murmuró don Pascual estremeciéndose.

—Esperemos que la ayuda de Dios nos permita triunfar de esa alianza proterva.

Don Pascual se encontraba sin fondo en los piés y con el agua en los ojos. Ó habia llegado la ocasion de asirse á un hierro candente, ó esa ocasion no existe.

—¿El señor Zurita considera su pensamiento de probable buen éxito? —articuló tímidamente.

—Le juzgo de seguro resultado, con tal de que no falte la energia á estas señoras en un momento dado.

—¡Ah! por le visto vá á ser preciso un instante de verdadero heroismo...

—Únicamente de valor.

—¡Para forzar una puerta!...

—Hay que prescindir de las puertas; todas las que vuestra reverencia pudiera utilizar se hallan perfectamente custodiadas.

—¡Buen Dios!... ¡y qué otro medio existe para salir de las casas!—excla-

mó candorosamente don Pascual no atreviéndose á mirar la ventana.

—Es necesario,—continuó Salvador,—que desde el punto en que cierre la noche estén estas señoras preparadas para emprender la fuga al primer aviso de mi parte.

—Pero la manera... la manera...

El seminarista condujo á don Pascual al alfeizar de la ventana y repuso:

—¿Vé vuestra reverencia aquella larga escalera tendida en el suelo junto á las bardas del corral?

—Sin duda que la veo.

—Pues bien; cuando el momento crítico haya llegado, esa escalera estará colocada debajo de esta ventana y sostenida por dos brazos vigorosos.

—¡Cómo!... ¡Y será preciso confiarse á ella!...—replicó el doctor aterrado.

—Con ánimo sereno.

—¿Pero no considera su merced que lo ménos tiene treinta peldaños?... ¡Estas señoras se tendrán que ver treinta veces suspendidas sobre el abismo!... ¡Habrán de experimentar en treinta ocasiones el vértigo de la muerte!...

—No es ese el mejor medio de prestarlas atrevimiento.

—¡Desventurado de mí!—gimió don Pascual;—¿por ventura le tengo yo mismo?

Salvador se volvió con impaciencia hácia la hija de Amanda.

—Señorita Elvira;—preguntó:—¿se atreverá usted á descender por aquella escalera?

—¡Oh, sí!... mil veces, si...—contestó la jóven sin vacilar.

—Señora doña Amanda,—prosiguió el estudiante:—¿faltará á usted valor para practicar la misma bajada?

—Yo seguiría á mi hija hasta el fondo de un precipicio;—respondió la viuda con firmeza.

El seminarista se cruzó de brazos delante del presbítero.

—Como verá el señor doctor,—dijo,—estas damas consideran el descenso al patio mucho menos peligroso de lo que temia su reverencia.

—¡Hum!... estas damas siempre han tenido inclinacion á lo romancesco... Además, poseen un vigor en los nervios y en los músculos, que á mí me falta. Mi organizacion física está arruinada por los padecimientos de tres enfermedades graves...

—Me parece, sin embargo, que la indecision puede contribuir á que las agrave todavía el brigadier Folveira,—repuso el seminarista.

Esta reflexion volvió á don Pascual á la realidad de la situacion, y tuvo un instante de arrojó.

—Hay que cerrar los ojos,—pronunció:—si hubiere necesidad bajaré, no solo al corral, sino hasta el infierno... ¡Perdóneme Dios!... tambien bajó Nuestro Señor Jesucristo.

—La misma escalera,—añadió Salvador,—nos servirá para subir á las bardas de enfrente...

—¡Ah! todavía...

—Es natural: el corral no podía ser el término de nuestro viaje... Y una escala de cuerda que penderá por la parte exterior de la tapia nos pondrá fuera de la venta.

—Pero, ¿y entónces, señor seminarista?... ¡Imagina su merced que tres séres débiles, cuyas fuerzas se habrán agotado con las emociones y la violenta gimnasia acrobática á que han estado sometidos, serán capaces de emprender á pié una fuga penosa?...

—La fuga no tendrá lugar á pié.

—¡Su merced cuenta con carruaje!...

—Cuento con la tartana de vuestra reverencia, que ya está preventivamente situada extramuros de la posada.

—¡Mi tartana!...—articuló don Pas-

qual, tornando de la esperanza á la consternacion.

—¡Vuestra reverencia la menosprecia!...

—El señor Zurita ignora que esa mal aventurada tartana tiene roto el eje de una rueda.

—No hay semejante cosa. El espigon del cubo habia sido extraido y sacada la rueda... Eso era todo.

—De manera...

—Que no ha podido ofrecer la menor dificultad volver á poner el vehiculo en perfecto estado de servicio.

—Eso me sorprende... ¡Pero nunca tendremos más que una mula!...

—Tambien es errónea tal creencia.

—¡Cómo!... ¿La mula de la indisposicion retentiva?...

—Se halla completamente restablecida, y devorando en el pesebre la cebada de los caballos portugueses.

—Eso hace más que sorprenderme: me deja estupefacto.

—No sería tanta la admiracion de vuestra reverencia, si supiera que el conductor de su tartana era un tunante.

El doctor elevó las dos manos al cielo, como si quisiera cogerle con ellas.

—Dentro de una hora, ambas béstias estarán enganchadas al carruaje,—añadió Salvador.

—¿Y esa será la ocasion elegida para?...

—Por desgracia no está en mi mano la eleccion del momento de obrar. Este depende de una eventualidad favorable que habré de coger al vuelo... Por eso es de la mayor importancia que vuestra reverencia y estas señoras estén incesantemente con el ojo avizor.

—¿Pero cómo podremos conocer?...

—Una china que dará en los cristales de esta ventana, será la señal. Entónces, nada de vacilaciones.

—¡Ay!... suspiró don Pascual.

El seminarista repuso:

—¿Puedo retirarme á proseguir madurando con fé mis proyectos, en la seguridad de que ha de secundarlos la inquebrantable decision de vuestra reverencia y de sus compañeras de viaje?

—Sí... sí...—contestaron á la vez Amanda y Elvira.

—Parta el señor Zurita,—pronunció el doctor;—parta su merced, y que el cielo le ilumine el espíritu y vigorice nuestro ánimo.

—Una observacion me falta que hacer,—añadió Salvador;—cualesquiera que sean las circunstancias en que la venta parezca hallarse en los momentos de la fuga, que no decaiga la resolucion de ustedes. Precisamente en el trastorno, en la confusion y en el peligro, estriba la probabilidad de la evasion.

El doctor volvió á suspirar más profundamente todavía.

Salvador, con la mano en el pestillo de la puerta, dijo con entereza al presbitero:

—Señor don Pascual: *¡Sursam corda!*...

—Sí...—murmuró el digno párroco;—esa tendrá que ser en esta noche de angustia mi consigna.

Las palabras, sin embargo, no parecían estar en armonía con los hechos. El animoso estudiante habia desaparecido; Amanda y Elvira revolaban en su alcoba con agitacion febril los objetos del reducido equipaje que aportaban; el tiempo trascurría, y don Pascual, á pesar de todo, absorto en el sopor del pánico, no daba otras señales de existencia que amargos ayes, espasmos crueles y miradas lacrimosas, dirigidas al techo de la habitacion.

La noche entretanto comenzaba á cerrar, anticipada y oscura como de-seaça Salvador; fria y lluviosa como

temía el doctor complutense; y terriblemente huracanada como no la apeteceia el brigadier Folgueira; porque el viento soplabá del Nord-Este, y por precision tenia que llevarse los ruidos que pudieran provenir del terreno recorrido por la caballería española.

Aunque para el portugués la proximidad del enemigo no fuera un motivo de sério peligro, atendida la corta distancia que le separaba de la brigada que mandaba, y la certidumbre que tenia de qué no habia de hacerse esperar mucho tiempo la llegada de lord Hamilton al frente del resto de la division; y aunque, por otra parte, no le preocupase tampoco el pensamiento de que los viajeros del piso principal se propusieran aprovechar la oscuridad de la noche para intentar una escapatoria, no quiso, sin embargo, omitir el aumento de precauciones que la vigilancia nocturna aconsejaba para atender á ambos objetos.

Al efecto hizo doblar los cuatro centinelas que velaban en la parte exterior de la venta, encargando al ayudante Feito que no se separase del zaguan para acudir á cualquier accidente que ocurriera, y decidió instalarse por su parte en el mismo piso principal, en una sala próxima al cuarto que ocupaba don Pascual, y por la cual hubieran tenido que pasar precisamente los viajeros en el caso de abandonar sus habitaciones.

En la indicada sala fué cubierta la mesa para la comida del brigadier, á las seis de la tarde, hora en que hacia cuarenta minutos que las más densas tinieblas cubrian la campiña.

A la primera insinuacion de maese Nicolás, que como algunas horas antes no quiso ceder á nadie el honor de servir á tan importante huésped, Folgueira entró en el comedor con su acostumbrada majestad.

Para el brigadier portugués, la comida era un acto de la mayor solemnidad, siempre que el servicio y las vicisitudes de la campaña lo permitían. Así fué que, ántes de sentarse á la mesa, dirigió una severa mirada á los objetos que contenía, poco dispuesto á tolerar la falta más leve.

Con arreglo á la moda moscovita que la colosal reputacion de las excentricidades de Pedro el Grande, comenzaba á introducir en el resto de Europa, el centro de la mesa estaba ocupado por los postres, compuestos de un frutero colmado de naranjas, granadas, peras y manzanas, de una fuente de ensalada de apio, de dos tarros de miel y arrope, y de un queso fresco. La bodega se hallaba dignamente representada por cuatro botellas. El brigadier no se ocupó de dos de ellas, porque vió que eran idénticas á las que habia apurado al llegar á la venta, y se limitó á examinar las restantes. La primera contenía mosto pardillo de la tierra, y la segunda aguardiente de Chinchon. Los entremeses consistían en pimientos y pepinillos en vinagre, en rábanos y en aceitunas.

—Vuestra mesa, maese Nicolás,—dijo el brigadier al ventero, que acababa de presentarse con una humeante sopera en las manos;—vuestra mesa dista mucho de valer lo que la mía en mi palacio de Setubal; pero á la guerra, como en la guerra. De vos depende que me parezca al menos aceptable.

Y Folgueira tomó asiento, acomodando la espada entre las piernas, y colgándose del cuello la servilleta á guisa de babero.

—Voy á tener la honra de servir á vuestra señoría,—pronunció el posadero,—una verdadera sopa castellana.

—¿Y que entendeis por eso?

—Una sopa de pan y yerbas finas con tropezones de huevos duros, y con los menudillos del capon que vuestra señoría ha manifestado deseos de comer.

—Procurad no tropezar en esos tropezones y colmad perfectamente el plato.

Maese Nicolás siguió de todo punto la instruccion del brigadier, y le puso delante la mitad del contenido de la sopera.

Folgueira se engulló de primera intencion media docena de cucharadas, y dijo sentenciosamente:

—El gigote puede comerse; pero es inconcebible que estos castellanos no lleguen á alcanzar, en punto á sopas, el grado de perfeccion á que se ha ascendido en el Algarbe y en el Alentejo.

—Cada pais tiene sus tradiciones culinarias, señor brigadier; y sin que yo pretenda hacer el elogio de las castellanas, es mi opinion que los artistas del manjar deben irse con piés de plomo al tratarse de perfeccionamientos, si los platos han de conservar su carácter primitivo.

—Tenga á bien, maese Nicolás, servirme una copa de su pardillo. No me pesará conocer el zumo de los racimos de las cepas de la Alcarria.

El posadero escanció el líquido, y Folgueira le apuró de un trago.

—Este vino,—repuso,—podrá ser un excelente tónico para los estómagos de los alcarreños... el cielo siempre pródigo dá á cada pueblo lo que necesita... mas para que un portugués comenzase á creer que habia bebido alguna cosa, tendria precision de agotar un tonel. ¡Qué diferencia entre ese pardillo y el de los viñedos de la vega de Santarem!...

A la sopera habia sustituido una profunda fuente.

—Hé nos, pues, en presencia de la

española olla podrida,—dijo el brigadier picando con el cuchillo en los platos de todos los entremeses.

—Así es la verdad, señor brigadier,—contestó el ventero:—¿quiere vuestra señoría manifestarme qué clases de vianda he de servirle?

—Referidme los desperdicios que habeis escondido entre las legumbres.

—Hay excelente vaca, y jamon excelentísimo: no falta chorizo de Garrovillas, morcilla de Don Benito, y longaniza de Badajoz: y por fin, vuestra señoría tiene rabo, orejas y pies de cerdo de la tierra...

El plato estuvo á punto de escaparse de las trémulas manos de maese Nicolás cuando reflexionó acerca de las estúpidas palabras que acababa de proferir. Por fortuna, ó el brigadier no era hombre de equívocos, ó hizo justicia al posadero aceptando las frases en su recto sentido.

—Nada de exclusivismos, maese Nicolás,—dijo Folgueira:—ponedme de todos esos condumios una respetable cantidad próximamente igual en peso y en medida.

Algunos segundos despues, el robusto portugués tenia delante un plato colmado de embutidos y de crasos tasajos para la digestion de los cuales bien necesitaba la botella de aguardiente de que le habia provisto la sabiduría de maese Nicolás.

Cuando las tres cuartas partes de aquella montaña de carne se hubieron trasladado al epigástrico del brigadier, éste las roció con otra copa del pardillo, y exclamó:

—Todas las menudencias que me habeis servido no son lo que puede llamarse despreciables; pero os afirmo, bajo mi palabra de honor, que las cederia en conjunto de buen grado por una sola lonja de jamon de uno de los puercos de Braganza... ¡Birrr!... ¡puerco de Braganza!...

—Protesto á vuestra señoría, contestó maese Nicolás;—que los puercos de Braganza siempre han sido para mí objeto de la más profunda veneracion.

—El señor posadero obra en ese punto con perfecta cordura.

—¿Vá á repetir vuestra señoría, ó puedo traerle el capon?

—Traed el capon. Además de que la continencia es un deber moral, la higiene proscribte los excesos. ¿Habeis atendido mis especiales recomendaciones con respecto á ese pájaro?

—He procurado seguir las al pié de la letra.

—¿Es el más gordo de vuestro gallinero?

—Y el más alto, y el más largo.

—¿Habeis incurrido en el error tan frecuente en España de asarle en vasija de barro en el hogar ó en el horno?

—Librárame el cielo de contravenir de esa manera á una de las sábias indicaciones de vuestra señoría. El capon está tostado en el asador, sin que le haya faltado un solo momento la cantidad de manteca necesaria. Dos de mis hombres no se han ocupado en otra cosa que en prodigar al ave todo género de cuidados... Un manjar destinado á vuestra señoría bien merecía semejante solicitud.

—Véngame á ver entonces.

El sorberbio animal no tardó en ostentar delante de Folgueira las doradas pechugas.

El portugués examinó el contorno del ave con inteligente mirada, y dijo medianamente satisfecho:

—Las dimensiones de vuestros capones, maese Nicolás, no hacen honor á la raza gallinácea española. Cualquiera diría que estoy en presencia de una polla. ¡Decididamente para comer un capon en Castilla es necesario pedir un pavo!...—¡Si el señor

ventero conociera los capones de Evora!

—Los conozco mucho de reputación,—contestó cortesmente maese Nicolás, el cual, en efecto, no habia oido hablar de ellos en toda la tarde.

—La fama de sus virtudes nunca equivaldrá á la realidad.

—¿Debo trinchar el ave á vuestra señoría?

—No, señor posadero: es un trabajo que acostumbro tomarme yo mismo, cuando el tamaño del pájaro, como en este caso sucede, hace esperar una total deglucion. Podeis, entre tanto, escanciarne una copade Carifiña ó de Montilla, ó de entrambos enjuagues.

Y empuñando el brigadier con brio el cuchillo y el tenedor, comenzó á repartir tajos á roso y veloso sobre el cuerpo del animal, con la misma bizarría que si hubiera estado en el centro de un grupo de infantería española.

—Me parece que he visto ápio sobre la mesa, pronunció.

—En efecto, señor brigadier;—se apresuró á contestar maese Nicolás:—jamás me hubiese atrevido á presentar un asado á vuestra señoría, sin servirle al mismo tiempo una excelente ensalada.

—Acérquela, pues, el señor ventero. —¿He de aderezarla?

—No, por vida mia. Esa es otra de las cosas que me place hacer por mi propia mano.

—Aquí están las vinagreras.

Folgueira puso en la ensalada la cantidad de aceite y de vinagre que le pareció conveniente; y despues de esta primera operacion tendió por la mesa una ojeada escrutadora que vino á concluir en un severo fruncimiento de cejas.

—Pero estoy echando de ver una falta grave, señor ventero,—pronunció con solemnidad.

—¡Una falta!...

—Ese es el nombre. ¿Dónde están la sal y la pimienta?... ¿Por ventura se comen en Castilla sin sal las ensaladas? En rigor, la cosa no me admiraría en alto grado, por más que arguyera bien poco en favor del sentido comun de los españoles y de la filosofía de su idioma, que despues de todo no es otra cosa que un portugués mal hablado.

—¿Cómo!... ¿No están los saleros en el lugar correspondiente de las vinagreras?

—Ni poco, ni mucho.

—Vuestra señoría tenía razon. Es, en efecto, una falta grave, que expiará el responsable con una severa re-prension.

—Os quedais corto. Hacedle administrar cincuenta palos, ó entregadle al efecto al brazo de mi justicia militar.

—Voy á buscar en persona los saleros,—dijo maese Nicolás, lanzándose fuera del comedor.

El digno ventero descendió al piso bajo, penetró en la cocina, se acercó al aparador y buscó los tarros de las especias en el sitio donde debian hallarse.

Investigacion infructuosa; los objetos en cuestion habian desaparecido.

—¡Cáspita!—murmuró confuso maese Nicolás;—¿dónde pueden encontrarse esos utensilios no estando en las vinagreras ni en el aparador?... ¡Hum!... ¡Y el brigadier portugués que espera... y que parece tener tan poca paciencia!...

El honrado Orduña siguió en sus pesquisas el curso ordinario. Empezó por buscar los tarros en los lugares donde debian hallarse, continuó persiguiéndolos en todas partes, hasta en aquellas en que más inverosímil era el encuentro, y acabó por perder la cabeza, revolver la venta y darse á los diablos.

Entre tanto ocurría un suceso ex-

traño en el comedor del piso principal.

Pocos segundos despues de haber salido maese Nicolás, se presentó un jóven de mandil blanco.

—¡He aquí las especias!...—dijo, ofreciendo á Folgueira un salero en cada mano.

El portugués, absorto en la contemplacion de la ensalada y del capon, se dispuso á introducir la punta del cuchillo en el receptáculo donde vió la sal; pero ántes de que tuviera tiempo de ejecutarlo, todo el contenido del salero, impulsado por la mano infernal que le sostenia, se elevó como una nube de polvo, y fué á depositarse en gran parte en el ojo izquierdo del brigadier, precisamente en el momento en que se le alojaba en el derecho, por el mismo procedimiento, una considerable porcion de la pimienta que encerraba el otro salero.

Folgueira se hizo atrás bufando como un gato montés, jurando como un pagano, gritando como un energúmeno.

Se habia puesto en pié y empuñaba la espada; pero estaba completamente ciego. Era preciso capitular en cierto modo.

—¡Hombre ó demonio!... ¡Cualquiera que tú seas!...—exclamó;—solo tienes un medio de evitar que yo te degüelle... ¡traeme una palanca de agua fresca!...

Salvador, porque no era otro el autor del atentado, se apresuró á salir de la habitacion, derribando al paso en el suelo la botella de agua que habia sobre la mesa; idea que acaso pudo sugerirle la peticion del brigadier.

Cuando estuvo fuera de la estancia cerró la puerta, guardándose la llave en el bolsillo; y como fué reproduciendo la misma operacion en cuantas salas y corredores iba atravesando, resultó que al llegar al piso bajo llevaba ocho llaves en las faltrique-

ras, y habia interpuesto ocho sólidos obstáculos entre el eco de los bramidos de dolor de Folgueira y las orejas de los soldados que le escoltaban.

El individuo más interesado en impedir la fuga de los viajeros, y el único que poseia todos los hilos de la trama, quedaba perfectamente inutilizado.

El estudiante cruzó con la mayor calma el recibimiento inferior por delante del sargento Copeiro, que, amodorrado en la atmósfera del humo de la pipa, apenas entreabrió un ojo al sentirle llegar; se internó en el pasadizo que conducia á las cuadras; atravesó la habitacion contigua ocupada por diez ó doce portugueses que se apiñaban con interés en torno de una mesa donde saltaban los dados, y desapareció por la puerta que comunicaba con las leñeras y la bodega.

El solitario cuarto donde Salvador acababa de entrar estaba lleno de efectos de los soldados. El seminarista tomó al acaso uno de los mosquetes y prosiguió avanzando. El término de aquella escursion fué el dormitorio de los gañanes de la venta, el cual recibia ventilacion y luces por la parte del corral.

Salvador abrió la ventana, montó con heroismo el mosquete, dirigió la boca del cañon á las negras nubes que empujaba el Nordeste, se apoyó la culata en el hombro, volvió á otro lado la cabeza, cerró con fuerza los ojos y tiró del gatillo...

Una detonacion formidable, como siempre es aquella que primero interrumpe el silencio de la noche, aunque la sigan otras mil, resonó en el espacio repetida por todos los ecos de la campiña.

Cuando hubo cesado el movimiento del aire producido por el disparo, Salvador hizo una profunda inspiracion; y con todo el vigor que le per-

mitieron los pulmones, gritó sacando la cabeza por la ventana:

—¡Los dragones de Vallejo!...

Acto continuo se descolgó al corral con la agilidad de un gato, se desembarazó de todas las llaves que llevaba, las envolvió en el mandil y dió con el lio en el fondo del pozo.

Un instante despues, los tres viajeros que sumidos en la oscuridad más completa, escuchaban palpitantes al lado de la ventana, oyeron chocar en los cristales la piedra convenida.

Elvira se apresuró á abrir las hojas de la vidriera, sacó la mano y encontró los dos brazos de la escalera.

Inmediatamente acercó una silla al alféizar, saltó sobre el asiento, se colgó al cuello el maletín para tener las manos libres, sacó los menudos piés fuera de la ventana y desapareció en la oscuridad.

Don Pascual se quedó estupefacto al contemplar la resolucíon de las muchachas del día.

Amanda, animada por el ejemplo de su hija, acto continuo se confió también á la escalera; pero al colocar la planta en el primer travesaño, no pudo ménos de decir al presbítero con voz balbuciente:

—Mi señor don Pascual; tenga á bien vuestra reverencia echarme su bendicíon.

El doctor accedió al deseo con toda la uncíon de que fué susceptible.

Había llegado para don Pascual el momento supremo de realizar el trasbordo de la propia persona; pero ¡cuán débiles son las fuerzas humanas para resistir la perversa influencia del ángel malo! El reverendo echó de ver con espanto, que aquella crítica situacíon fué cabalmente la que eligieron las piernas para agitarse á impulso de una convulsíon nerviosa, la que escogió el corazón para suspender sus latidos y la que prefi-

rió el cerebro para interrumpir el curso de las ideas.

El síncope era inminente, y el pobre doctor no tenía á la mano para combatirle ni el más pequeño frasco de alcali volátil.

Afortunadamente, la estentórea voz de Folgueira hizo resonar á diez pasos de distancia uno de esos salvajes alaridos que no tienen escritura en ninguna lengua conocida; y aquel rugido, produjo en don Pascual el efecto del más enérgico reactivo.

El espanto del peligro cierto, dominó al terror del riesgo eventual y el doctor se montó sobre el marco de la ventana.

La pierna derecha del presbítero se agitó maquinalmente en el espacio hasta encontrar un peldaño de la escalera. Comprobada una y otra vez la solidez del apoyo, el doctor comenzó pausadamente el descenso, murmurando:

—*¡Domine, in manus tuas encomendo spiritum meum!*

Apenas don Pascual pisó el corral, donde era esperado con la mayor impaciencia, Salvador levantó la escalera con el vigor que presta la fiebre, y corrió á colocarla en el extremo opuesto de la cerca.

En el instante en que estuvo sólidamente sujeta á la pared por la mano del estudiante, Elvira se avalanzó á los travesaños y Amanda siguió á su hija.

—¡Adelante, don Pascual, adelante!—pronunció Salvador al oído del doctor, el cual desde que no escuchaba la voz del brigadier sentía decrecer las fuerzas por momentos.

Al fin, empinado el presbítero por los brazos del bachiller, dió principio á la ascensíon, y como el trayecto era corto, no tardó en encontrarse sobre la pared. El último descenso se verificó con ménos dificultades de las que temía, merced á la solícitud con

que Amanda y Elvira mantuvieron tirantes las cuerdas de la escala.

Por lo que hace á Salvador, puede decirse que apenas se valió de ella para descender de lo alto de las bardas, despues de haber sacudido un puntapié á la escalera á quien tanto debian.

¡Ingratitud humana!

—¡Por aquí!—exclamó el estudiante, emprendiendo una marcha rápida con direccion á la próxima alameda.

Amanda y Elvira asieron los dos brazos del doctor, y procuraron seguir de cerca al jóven para no perderle de vista en aquella noche de oscuridad sin ejemplo.

Cuando los fugitivos llegaron á los primeros árboles, Salvador procuró penetrar con su mirada en las densas tinieblas que envolvian una noria inmediata. En aquel punto velaban media hora ántes dos centinelas; y si el mosquetazo y el grito de alarma que le siguió no los hubieran hecho replegarse, era el momento crítico de escuchar el terrible.—¡Quien vive!

Por dicha, solo tuvo ocasion el estudiante para felicitarle por la perfeccion del plan que concibió. La noria estaba completamente abandonada.

Los cuatro viajeros atravesaron la espesura con toda la ligereza á que las piernas de don Pascual se prestaron, y se detuvieron al llegar al camino de Tórtola.

En el tronco del postrer olmo se hallaban atadas las riendas de las mulas de la tartana. En el breve espacio de tiempo, invertido por Salvador en deshacer el nudo, don Pascual abrió la portezuela de su vehículo, y se instaló en el interior con las dos damas.

Una vez cerciorado de este hecho el seminarista saltó sobre el pescante, y la tartana rodó con velocidad por el camino, en la direccion de Torija.

## XI.

### EL CAMINO DE ÉLITA.

Durante los primeros minutos, la velocidad de la tartana fué vertiginosa. El mismo don Pascual no se atrevía á aventurar observacion alguna que pudiera tender á modificar el impetu peligroso de las mulas: ¡tal era el temor que le inspiraba el pensamiento de verse perseguido por el terrible brigadier portugués á la cabeza de sus sayones!

La noche, sin embargo, era lóbrega como la boca del lobo; el camino malo de suyo, como todos los de la Alcarria, estaba encharcado y resbaladizo; las caballerías y su conductor avanzaban tan ciegos como hubiera podido hacerlo á la sazón el desventurado Folgueira; el encuentro de una zanja, de un tronco, de una piedra en aquellas circunstancias, equivalia á un vuelco seguro; Salvador hubo, pues, de comprender, quela prudencia aconsejaba moderar la carrera. Por otra parte, nada parecia justificar la desconsoladora idea de que los caballos ligeros de Coimbra se hubieran lanzado en pús de la tartana. Del lado de la venta no llegaba rumor alguno sospechoso.

El impreviado auriga empezó á contener á las mulas, y bien pronto su insólito galope se convirtió en el trote habitual.

Entónces Salvador, poniéndose en comunicacion con los viajeros por el ventanillo abierto en la parte delantera de la tartana, pronunció estas palabras:

—Mi señor don Pascual: ¿tiene á bien vuestra reverencia ilustrarme acerca de algunos puntos relativos á nuestro itinerario?

—Con mil amores, señor bachiller:—contestó el doctor.

—¿Siente vuestra reverencia particular preferencia por alguno de los lugares á donde podemos dirigirnos?

—Ante todo, ¿sabe el señor Zurita á qué poblacion conduce el camino que seguimos?

—Directamente á Torija.

—Torija... Pues á fé que no encuentro inconveniente en que vayamos á ese pueblo, ya que nos ha abierto delante su ruta la divina Providencia. No me faltan allí relaciones.

Como Salvador no respondió, don Pascual repuso despues de un momento:

—¿Por ventura se ofrecen á vuestra merced observaciones respecto á la localidad indicada?

—Una sola.

—Veamos.

—La division de lord Hamilton de la cual forma parte la brigada de don Juan Folgueira, está tambien en marcha para Torija.

—¡Ah!... ¡chápiro!...

—Nuestra permanencia en Torija, por lo tanto, solo podria ser de breves instantes; añadiéndose á ese inconveniente el peligro de caminar en la misma direccion que los enemigos de vuestra reverencia, los cuales, por desgracia, van á serlo tambien míos desde esta noche.

—Es asunto completamente abandonado. ¿Por qué otras vias nos será dado continuar nuestra peregrinacion?

—A media legua de este sitio, hallaremos una encrucijada. El ramal de la izquierda se encamina á Guadalajara.

—Mucha distancia nos separa de esa ciudad...

—La senda de la derecha se dirige á Hita.

—Ese lugar está más próximo...

—En Hita, segun mis noticias, pernoctan hoy las tropas del conde de Mahoni

—¡Ah!... perfectamente.

—Vuestra reverencia experimenta inclinacion hácia los soldados del conde de Mahoni...

—No me atrevo á negar que en las presentes circunstancias, los regimientos del rey don Felipe me parecen la mejor garantía contra la persecucion y los proyectos que en nuestro daño pudieran intentar los ingleses y los portugueses en nefando contubernio. Es cosa decidida que nos encaminaremos á Hita... ¿no es verdad?...

—¿Vuestra reverencia quiere saber mi parecer?...

—Seguramente.

—Pues bien; por mi parte confieso que no tengo aficion á ningun cuerpo armado. En tiempo de guerra, considero tan enemigo al que viste uniforme blanco como al que le viste rojo; al nacional como al extranjero; al soldado regular como al guerrillero.

—Segun eso...

—Optaría por la ruta de Guadalajara, que, si bien es la más larga es la que parece más segura; y desde esa capital me encaminaria inmediatamente á Madrid, único sitio donde consideraria que podia disfrutar de completa tranquilidad.

El doctor meditó algun tiempo.

—La continuacion del viaje hasta Madrid,—dijo,—es una idea que merece benévola acogida... Examinaremos las ventajas y los inconvenientes... Pero, por lo pronto, juzgo inuestionable la necesidad de dirigirnos á Hita. Las extraordinarias emociones de este día de prueba han agotado mis fuerzas... Estas señoras, por más que procuren ocultarlo, se encuentran exánimes... Apenas hemos probado un bocado desde las primeras horas de la mañana... Mis piés se van quedando yertos de una manera alarmante, y no considero que los de do-

ña Amanda y los de Elvira sean más indiferentes que los míos á los rigores de noche tan cruel... La lumbre nos es de todo punto precisa en el plazo más breve que sea posible... A Hita, señor bachiller, á Hita...

Salvador no podía resistir á la clase de argumentos á que había apelado el doctor.

—Dentro de poco tiempo marcharemos por el camino que vuestra reverencia elige;—contestó sencillamente.

—Por lo demás,—añadió don Pascual;—confiémonos á la misericordia divina para conjurar los peligros que el encuentro con las tropas españolas pudiera hacernos correr. De más terrible trance acaba de sacarnos ilesos Aquel que es la bondad infinita.

No se había equivocado el estudiante en la apreciación de las distancias. La tartana no tardó en llegar á la anunciada bifurcación de los caminos; y apenas hubo adquirido el bachiller la certidumbre de que no incurria en error, abandonó la dirección de Torija por la de Hita.

Pero en el nuevo rumbo que los viajeros habían adoptado, las dificultades de su marcha aumentaban. La ruta se accidentaba; y los obstáculos del terreno, abultados por las tinieblas á los ojos de las caballerías y á la imaginación del conductor, eran motivo de frecuentes detenciones, cada una de las cuales espantaba á don Pascual, tanto por el riesgo que podía anunciar como por el tiempo que hacia perder.

Por otra parte, las nubes que hasta entonces se habían limitado á humedecer la tierra con las menudas gotas de una entre lluvia y niebla, parecieron sentir la necesidad de más abundante desahogo; y como es sabido que cuando Dios reparte sus bendiciones sobre el suelo lo hace sin tasa, repartió en aquella ocasión el líquido fructi-

ficador con tal exceso, que el camino comenzó á ponerse intransitable, y las mulas se permitieron manifestar su aversión á continuar tirando de la tartana.

Salvador, que desde la salida de la venta no se había ocupado del manto, recordó entonces que se hallaba liado en el asiento del pescante, y se envolvió filosóficamente en los pliegues del tradicional abrigo escolar, murmurando por toda queja:

—Hé aquí, según Quevedo, una de las más infalibles señales de agua; si bien á mi entender debió posponerla á aquella otra más infalible y deplorable todavía, que consiste en no tener para vino.

Desde entonces el estudiante principió una lucha á brazo partido con las mulas, en la cual cada triunfo del bipedo ocasionaba nuevas protestas de los cuadrúpedos.

El bachiller y el doctor estaban viendo con terror llegar el momento de la primera derrota; porque sabían que, tanto los animales racionales como los irracionales, solo obedecen al látigo hasta que adquieren la certidumbre de que tienen la suficiente fuerza para romperle.

Los viajeros del interior de la tartana, especialmente las damas, se con dolían de las fatigas de su animoso guía; pero el mal era irremediable; fueran los que quisiesen los rigores atmosféricos, Salvador no podía abandonar su puesto un momento sin que la vida de todos peligrara. Las entrecortadas palabras de simpatía que llegaban á los oídos del seminarista, le pagaban con usura todas las penalidades.

Por espacio de dos horas las cataratas del cielo se vertieron concienzudamente sobre la tierra. Aunque el doctor no sentía por los textos clásicos la predilección que por los bibli-

cos, no pudo dejar de recordar el *nocte pluit tota* del cisne de Mántua para estremecerse ante la idea que esas tres frases expresaban.

Durante aquellos eternos ciento veinte minutos, escasamente adelantó la tartana tres cuartos de legua.

Por dicha, la lluvia fué cediendo; y como era la causa principal de la cobardía de las mulas, sobre todo cuando iba acompañada de granizo, la marcha del carruaje se aceleró algun tanto.

El estudiante se quitó el manteo y le retorció como una lavandera. No sería exagerado decir que la cantidad de protóxido de hidrógeno que se desprendió del tejido de lana, pasaría de dos azumbres bien medidas.

—¡Horror!...—exclamó don Pascual sacando la cabeza por el ventanillo al oír el ruido de agua que caía sobre los charcos del camino:—¡y yo que esperaba que el turbion hubiese terminado!...

—Tranquilícese vuestra reverencia,—contestó Salvador;—por esta vez la lluvia solo procede de mi ropa.

—¡Buen Dios!...—murmuró Amanda.

Elvira nada dijo; pero se enjugó una lágrima.

—El cielo sabrá dispensar al señor bachiller la recompensa que más le convenga,—replicó sentenciosamente don Pascual.

El estudiante estaba ya recompensado. Se encontraba al lado de Elvira, y acababa de prestarla un servicio.

—¿Presume el señor Zurita,—añadió el doctor;—que nos separe todavía mucha distancia de la aldea de Hita?

—Observo un hecho que me hace colegir la proximidad de ese pueblo,—respondió Salvador.

—¿En qué consiste?

—En cierta claridad en la dirección donde Hita debe hallarse, y que

no se deja ver en ningún otro punto del horizonte. Ese resplandor solo puede provenir de los vivaques del ejército español.

—¡Ah!... ¡que el Altísimo nos permita pronto acogernos al amparo de las filas de ese valiente ejército!

—En buen hora lo diga vuestra reverencia.

La vaga vislumbre que Salvador había entrevisto, acentuaba cada vez más el rojizo matiz de la densa bruma que saturaba la atmósfera. Era evidente que el pueblo se encontraba en el declive del terreno que los viajeros recorrían.

El seminarista apeló á la ligereza de las mulas, y éstas respondieron al llamamiento con más vigor del que podía esperarse. Quizá el instinto decía á los animales que se acercaba el término de las fatigas de la noche.

La tartana empezaba á avanzar por entre zarzales y bardas: deshojados árboles aparecían en las márgenes del camino, y negros cobertizos solían dibujar sus formas pseudo-arquitectónicas en la niebla.

De repente, el vehículo experimentó una sacudida; y ántes de que Salvador tuviera tiempo de darse cuenta del suceso, se encontró enfrente de un fantasma blanco que le apoyaba en el pecho la siniestra boca del cañon de un fusil, al mismo tiempo que pronunciaba esta palabra:

—¡Alto!...

Otros tres fantasmas, surgidos no se sabe de donde, rodeaban también la tartana. Uno de ellos sujetaba las mulas por el cabezon; y los restantes introducían los fusiles por la portezuela del carruaje con el consiguiente espanto de los viajeros.

—¡Cuidado con las armas!—dijo Salvador;—nadie hay aquí que oponga la menor resistencia á los soldados del rey don Felipe.

El que parecía mandar la escuadra substituyó el fusil con la cabeza en lo interior de la tartana; y despues de un ligero reconocimiento, pronunció en tono brusco dirigiéndose á don Pascual:

—¡El pase de usted!

—¡Mi pase!—baluceó asombrado el doctor.

—Lo dicho: yo no hablo en griego.

—¿Pase de quién?...

—¡Mil demonios!... del jefe que le haya autorizado para llegar hasta aquí.

—Pero si á mí no me ha autorizado nadie...—contestó don Pascual con una candidez beatífica.

Los ojos del militar brillaron en la oscuridad como los de un animal de la raza felina.

—¡Cómo!—exclamó:—¿carecía usted de la autorizacion necesaria, y sin embargo ha burlado los escuchas y las avanzadas de la primera línea, é intentaba forzar el pasode la segunda? ¡Truenos y rayos!...

Salvador, que aunque siempre fijo en su pescante no perdía una palabra de cuanto se decia en el extremo opuesto de la tartana, pronunció en alta voz:

—Perdone vuestra merced: nosotros no hemos tratado de burlar nada. Ignorábamos que existiera esa primera línea; y si ha habido falta en cruzarla sin pase, la falta podrá estar en quien, por descuido, no se ha presentado á exigirle, pero no en los viajeros que desconocian que ese documento fuera indispensable.

El interlocutor de don Pascual irguió la cabeza.

—¡Cabo Botija!—gritó.

—¡Presente, mi sargento!—contestó el que habia dado el alto á Salvador.

—¿Quién es el títere que por ahí se permite denostar la vigilancia de los veteranos del regimiento de Asturias?

—Es el guía de la tartana, mi sargento.

—Pues bien: aplíquele usted una buena correccion si vuelve á incurrir en la misma inconveniencia.

—¿Así como un chichon?

—O como dos chichones.

—Pero señor sargento...—articuló don Pascual con acento trémulo:—ruego á vuestra merced que considere...

—Yo no considero otra cosa que mi consigna. Encuentro á usted indocumentado, transitando insidiosamente por entre los rondines de las avanzadas; no sé si es un espia de las tropas del Archiduque; y voy á hacerle conducir á la comandancia del puesto.

—¡Un espía!—exclamó el doctor petrificado:—permita el señor sargento que me indigne la hipótesis... Observe su merced mi carácter...

—Para mí, ni es una garantía, ni una recomendacion: en Cataluña un cura me descerrajó un trabucazo.

—Me parece que le tendrias merecido:—pensó Salvador, que no olvidaba la buena voluntad que el sargento le habia manifestado.

—Cabo Botija;—gritó el objeto de la puntería del cura trahucaire:—tome usted dos hombres, y conduzca á la presencia del capitan Fajardo á estos indocumentados de ambos sexos.

Y cerrando con violencia la portezuela de la tartana dió dos pasos atrás.

El vehículo se puso poco despues en movimiento, guiado por el soldado que habia asido la cabezada de las mulas.

A la distancia de medio tiro de mosquete, existia un cobertizo de ganado, donde á la lumbre de una hoguera, se calentaban varios soldados. Una casilla contigua á este local, tambien provista de abundante ramaje en combustion, ofrecia albergue á dos jóvenes oficiales. Ambos dormitaban

al amor del fuego en sendos bancos de pino, únicos muebles que había en toda la habitación.

—¡Mi capitán!—gritó una voz desde la puerta de la estancia.

—¡Quién es!...—contestó el ménos jóven de los dos oficiales, restregándose los ojos.

—El cabo Botija.

—¿Y á qué viene ese buena pieza?

—A presentarle por mandato del sargento Parrondo un reverendo sin papeles que hemos apresado en nuestras líneas.

—¡Hem!... ¿y qué diablos quieres que haga yo con tu reverendo?...—murmuró el capitán con visibles muestras de mal humor.

El cabo Botija puso en contacto con las enormes orejas los extremos de la no menos enorme boca, merced á una sonrisa estúpida, y respondió:

—A fé mia, que no sé una palabra de eso.

El oficial se esperezó en todos sentidos, bostezó, emitiendo una verdadera *floritura*, cogió dos puntos al cinturón, y preguntó:

—¿Dónde tienes al reverendo?...

—Embanastado en la tartana donde le hemos capturado.

—¿Llueve en este momento?

—No me atrevería á decir que no, mi capitán.

Fajardo hizo un mohín, y repuso:

—Pues mira: que tu reverendo se desembanaste, y que se tome la molestia de venir él mismo á este sitio.

—Así se hará, mi capitán.

El cabo se cuadró, dió el golpe de honor en el fusil, giró sobre los talones y desapareció.

El capitán empujó con la punta de la bota, hácia el hogar, los sarmientos dispersos, y á fuerza de mirar la llama, comenzó á perder la vista de nuevo. El sueño en la juventud, sobre

todo despues de un día de fatiga, tiene derechos imprescriptibles.

A poco que Botija se hubiera hecho aguardar, los anteriores esperezos del capitán eran tiempo perdido.

Antes, sin embargo, que los párpados de Fajardo se cerrasen por completo, dejóse oír en el cobertizo rumor de pisadas, de voces y de armas; y fueron sucesivamente apareciendo en el umbral de la puerta don Pascual, sus compañeras, Salvador y el cabo Botija.

El capitán, que de mala gana volvió la cabeza, se encontró sorprendido por la presencia de dos damas, y agradablemente extasiado al contemplar su extraordinaria belleza.

Inmediatamente se puso en pié, y dirigió al cabo una mirada severa.

—Cabo Botija:—pronunció;—eres un asno.

—Mi capitán me lo tiene dicho varias veces;—contestó el cabo sin manifestar la menor extrañeza, por razón sin duda de la costumbre de que hablaba.

—¿Por qué no me has hecho observar que acompañaban á su reverencia dos señoras?

—¡Bah!... porque mi capitán no me lo ha preguntado.

Fajardo reprimió un movimiento de impaciencia, y añadió inclinándose delante de las damas:

—Ruego á vuestras mercedes, señoras mías, que se sirvan dispensarme la molestia inconsciente que las he ocasionado, obligándolas á abandonar el carruaje.

Y cediendo el banco á Amanda, dijo al otro oficial:

—Despierta, Luis: necesita tu asiento esta señorita.

Pero como Luis no se despertaba, Fajardo le levantó de una oreja, con la más repentina estupefacción del levantado; y Elvira pudo sentarse al

lado de su madre á corta distancia de la animadora llama del hogar.

Volviéndose Fajardo entonces hácia don Pascual, repuso:

—Parece que vuestra reverencia ha sido encontrado sin pase en nuestras líneas.

—Así es la verdad,—respondió el doctor;—pero puedo asegurar á vuestra señoría...

—Merced únicamente.

—Pero puedo asegurar á vuestra merced, que no sólo desconocia la necesidad de ese documento, sino que ni sé en rigor por qué razon se me ha exigido, ni de qué persona he debido solicitarle.

—Voy á tener el honor de manifestarlo á vuestra reverencia: el general conde de Mahoni ha dispuesto que desde el toque de retreta quede severamente prohibido en nuestras posiciones todo tránsito de entrada ó de salida, á ménos que el transeunte exhiba salvo-conducto de autoridad militar competente, que le faculte para la excursion.

—Todo eso lo encuentro perfectamente ordenado para el individuo que salga de Hita donde existen jefes tan entendidos y prudentes como el señor conde de Mahoni, y oficiales tan corteses como vuestra merced, ó para el que trate de entrar procedente de algun punto ocupado por fuerzas españolas... Pero imagínese vuestra merced que yo viniese de un lugar dominado por tropas enemigas...

—En ese caso debia esperar vuestra reverencia al nuevo dia para penetrar en nuestras líneas.

—Y así lo hiciera con la más absoluta sumision, si alguien se hubiese querido tomar el trabajo de indicarme que no podia continuar mi camino...

—La observacion de vuestra reverencia es perfectamente racional, y será motivo para que yo exija maña-

na á quien corresponda la responsabilidad de esa falta de vigilancia.

—Pero, entre tanto, sobre mi recaen sus funestas consecuencias.

—Abrigo la esperanza de que los perjuicios que á vuestra reverencia se hayan irrogado, no adquieran serias proporciones.

—¡Ah!.. vuestra merced será tan bueno que...

—La estrecha religion en que milito,—se apresuró á interrumpir el capitan Fajardo;—no me permite resolver este asunto. Tengo que aceptar el hecho en la forma que llega hasta mí, y someterlo á la decision del Mayor general.

—Y vuestra merced presume...

—Que la infraccion del bando tiene poca importancia, atendidas las especiales circunstancias de vuestra reverencia, y que el general Centurion no impedirá que vuestra reverencia continúe su viaje ó permanezca en Hita, si esto se propone.

—¡Veamos, pues, al general Centurion!..—suspiró con cierta resignacion don Pascual, á quien los modales de Fajardo hacian tolerable el trato con los oficiales españoles.

—Para sustraer á vuestra reverencia y sus bellas compañeras de viaje á las franquezas un tanto bruscas de nuestros bravos soldados,—añadió el capitan,—voy á encargár á mi primo, el alférez Alberola, que los acompañe hasta el cuartel general.

Fajardo se volvió hácia su compañero y añadió:

—¿Has acabado de abrir los ojos, Luis?... ¿Te has penetrado bien del asunto de que se trata?

—¡Cáspita! no es difícil, primo;—contestó el interpelado.

En cuanto á la parte de interpelacion relativa á la apertura de los ojos, el alférez Alberola, para probar sin duda el hecho afirmativo, no dejaba

un momento de fijarlos en las dos viajeras, ni siquiera para pestañear.

—Pues bien;—prosiguió el capitán:—presta á su reverencia la proteccion de tu escolta hasta la residencia del general Centurion..

—Con alma y vida, primo mio.

—Cuando estas damas determinen, pueden volver á su carruaje.

Amanda y Elvira se pusieron en pié.

Fajardo las acompañó hasta la puerta, y salió despues de ellas. Los soldados, que sentados en sus mochilas circuián la hoguera del cobertizo, se levantaron al ver á los oficiales, y los centinelas terciaron las armas.

—¿Dónde está la tartana del reverendo?—dijo Fajardo al cabo.

—En el recodo del camino;—contestó Botija.

—¡Cernícalo!.. haz que la traigan inmediatamente á la puerta del cobertizo.

Botija desempeñó su comision, enviando cuatro gritos con el porta-voz de las manos, y el vehículo no se hizo esperar.

El capitán abrió la portezuela, y ofreció la mano á Amanda para subir al estribo. El alférez hizo otro tanto con Elvira. En cuanto á don Pascual subió como Dios le dió á entender.

Al volverse el doctor para cerrar su carruaje, se encontró con que Alberola, que le pisaba los talones, se habia introducido detrás de él. Preciso era hacerle lugar. Don Pascual meditó algunos segundos mientras afectaba ocuparse en acomodar el amplio traje que vestía, y acabó por colocarse enfrente de Amanda, cediendo al oficial el asiento opuesto al de Elvira.

Por lo que hace relacion á Salvador, tornó á su pescante con el ceño fruncido. Si la introduccion del jóven alférez en la tartana habia sido una con-

trariedad para el doctor, para el bacheliller fué una desesperacion.

—¡Ah!..—gruñó entre dientes:—si yo supiera que al volcar no iba á haber más descalabrado que el oficial, ¡vive Dios, qué vuelco más solemne!..

## XII.

### DE HERODES Á PILATOS.

La tartana habia vuelto á emprender su movimiento, escoltada por el imprescindible cabo Botija y los dos hombres que le subordinó el sargento Parrondo. Pero como por esta vez las riendas de las mulas solo estaban en manos de Salvador, el vehículo caminaba con una velocidad triplicada.

Al activar el paso de las bestias el bilioso estudiante, se procuraba dos satisfacciones: la primera ver correr á los soldados sobre el lodo, siempre á punto de romperse el bautismo; la segunda acortar el espacio de tiempo en que el alférez pudiera estar frente á frente de Elvira, asediándola con la más importuna de las atenciones.

Porque Salvador no dudaba un momento que los ojos de basilisco, del jóven oficial, estaban ejerciendo su maléfica influencia fascinadora sobre la mirada de paloma de la tierna Elvira; que las rodillas del mónstruo bigotudo habian experimentado el contacto eléctrico de las tibias del ángel de los amores ideales; que acaso los piés del hediondo hipopótamo se habian atrevido á tropezar con los de la gacela sin mancilla... ¡Aquella infernal tartana era tan estrecha!

Nadie hace aplicacion más frecuente que un amante del conocido adagio castellano *piensa mal y acertará*; y por desgracia para la humana debilidad, nadie tampoco se equivoca menos veces.

Esto podria explicar que en los ce-

los, el primer factor sea el amor propio, y el segundo la desconfianza en la firmeza ajena.

Por dicha para Botija y sus dos hombres, la distancia que mediaba entre el cobertizo y las primeras casas de la población no era considerable; con respecto al alférez, no nos atreveríamos á decir otro tanto.

Hita era á la sazón un lugar que no llegaba á doscientos vecinos; las calles y sus construcciones, nada bellas á la verdad, de día, parecían detestables de noche; pero para los cuatro viajeros podía equivaler á la tierra de promisión, porque representaba el abrigo, el descanso y la esperanza de verse libres del peso de injustas prevenciones.

Aunque al llegar al pueblo la tartana eran las doce de la noche, todas las puertas estaban abiertas, todas las ventanas aparecían iluminadas, y en todas las casas resonaban voces y carcajadas.

En algunas viviendas hasta se oía el eco de las canciones, el rasgueo de las guitarras y el crugido de las castañuelas.

No podía haber duda alguna de que Hita no se hallaba ocupada por regimientos holandeses, ingleses ó alemanes. Únicamente á los soldados españoles puede ocurrirles descansar bailando.

Con arreglo á las instrucciones del cabo, Salvador condujo el carruaje á la plaza, y le detuvo delante de la casa del ayuntamiento.

La mayor parte del espacio de aquella localidad estaba ocupada por el parque móvil, y por las acémilas de su servicio. En el soportal del edificio del Concejo se cobijaban numerosos soldados envueltos en sus mantas, durmiendo los unos, canturreando los otros aires de todas las provincias, fumando los más.

A Salvador le faltó tiempo para saltar en tierra, correr á la trasera de la tartana, y abrir la portezuela.

El primero que descendió fué el alférez, el cual permaneció al estribo para ofrecer la mano á Elvira y después á Amanda.

Cuando don Pascual hubo puesto el pié en la plaza, se acercó al seminarista, y le dijo en voz baja:

—Suplico al señor Zurita que no abandone la tartana en esta baraunda; alguna posada ha de encontrar donde las mulas no carezcan del preciso sustento; considere que mañana habremos de apelar de nuevo á las fuerzas de esos pobres animales para proseguir nuestro camino.

—Cumpliré los encargos de vuestra reverencia:—contestó Salvador maquinalmente; porque su pensamiento y su mirada estaban fijos en el alférez Alberola, que acababa de hacer aceptar su brazo á Elvira, y que esperaba, con la mayor calma, la llegada del doctor.

Este y Amanda se reunieron á los dos jóvenes, y los cuatro se encaminaron al zaguan del caseron municipal.

La puerta se hallaba custodiada por dos granaderos, que hicieron el saludo militar al alférez, y no pusieron el menor inconveniente al paso de los viajeros que le acompañaban.

Alberola tomó la dirección de la escalera, subió al piso principal, y se introdujo en un recibimiento, convertido á la sazón en cuerpo de guardia.

Alberola dejó un instante el brazo de Elvira, y se acercó á dos oficiales uno de los cuales llevaba la insignia de ayudante de campo.

—Perdone el señor capitán,—le dijo el alférez:—¿podré ver un momento al general Centurion?

El ayudante paseó la mirada del alférez á las tres personas que le seguían, y contestó:

—El general se halla ocupado en un trabajo urgente que le pide el conde de Mahoni; pero presumo que habrá de terminarle en breve tiempo, y al paso al ménos, podrá usted encontrar ocasion para hablarle.

—¿Ha de cruzar esta habitacion el general?

—No por cierto: la que atravesará es la inmediata. Por otra parte, este no es sitio conveniente para que esperen las señoras que acompañan al señor alférez. Sírvase usted pasar á la estancia contigua.

El edecan abrió una puerta lateral, y Alberola y los tres viajeros ingresaron en una vasta sala toda llena de bancos y de mesas.

La explicacion de esta circunstancia no podia ser más sencilla; aquel local era la escuela pública del lugar.

En el extremo opuesto de aquella larga cámara habia dos hombres que vestian el traje del país, sentados junto á una mesa colmada de papeles, y alumbrada por un velon de cobre de colosales dimensiones. El uno de ellos escribia al dictado del otro, y ninguno de los dos pareció ocuparse en la entrada de los viajeros.

El alférez y el ayudante ofrecieron un banco á las damas, y don Pascual se arrellanó en la mismísima poltrona del maestro, jamás honrada hasta entónces por el peso de una borla del claustro complutense.

Mientras los dos oficiales cambiaban con las damas esas frases frívolas que nada dicen, pero que sirven de ocasion para que pueda recogerse una graciosa sonrisa ó una rápida mirada, terminada en una pudorosa y encantadora caída de párpados, don Pascual, á duras penas, transigiendo con su menguada suerte, se preguntaba qué se habian hecho el cómodo presbiterio de Brihuega, la alegre llama de su bien alimentada chimenea, la

jícara de chocolate rodeada de sabrosos bizcochos de diferentes clases, y las piadosas cuanto amenas lecturas de la monumental compilacion del padre Rivadeneyra, que terminaban las más plácidas de las veladas.

—Señor,—pensaba el digno doctor, —yo no soy maldiciente, soy caritativo, consagro diariamente dos horas á la oracion, no hago daño á nadie, observo con puntualidad todos los preceptos de nuestra santa madre la Iglesia... Debo, por lo tanto, esperar que las amargas pruebas con que habeis tenido á bien afligirme no serán de larga duracion...

Don Pascual detuvo aquí el curso de sus ideas.

Acababa de recordar que los fariseos tenian tambien las mismas cualidades que se estaba permitiendo alegar, y sin embargo, no encontraron gracia á los ojos del Altísimo; porque les faltaba la virtud que él apreciaba más que todas: la humildad.

Otra cosa pudo además contribuir á que los pensamientos del doctor tomasen distinto rumbo.

Habia sido abierta una puertecilla, practicada en un rincon de la escuela, y avanzaba un militar corpulento con una cartera de piel debajo del brazo.

—Hé aquí al general:—pronunció el ayudante.

El alférez Alberola se adelantó al encuentro del mayor general, se puso á su izquierda, y al mismo tiempo que le acompañaba, le manifestó sumariamente el objeto de aquel abordaje.

El general habia ido acortando el paso, pero contrariado de un modo visible; porque los pliegues que le contraian el entrecejo y los lábios, revelaban que consideraba una verdadera importunidad la incumbencia con que en aquel momento se le entretenia.

—¡Señor alcalde!—dijo en alta voz.

El hombre que dictaba en la mesa, volvió la cabeza.

—Aquí hay un capellan,—prosiguió el general,—que ha sido habido en vuestras posiciones, indocumentado al parecer. Le someto á vuestra jurisdiccion; resolved el caso en justicia.

Y sin añadir una palabra, abrió la puerta principal y desapareció por ella.

La delegacion de atribuciones que la autoridad militar acababa de hacer en la civil, no era para don Pascual un acontecimiento infausto. Los procedimientos y las penas del tribunal que habia de entender en el asunto, le inspiraban ménos temor que los que la ordenanza pudiera establecer.

Así fué que se acercó á la mesa donde estaba el alcalde, con cierta confianza.

El presidente de la corporacion municipal, dirigió la luz del velon hácia el punto por donde el doctor se adelantaba, con el fin de conocer al sugeto que iba á juzgar.

Era el alcalde de Hita un hombre de cuarenta años, de cara cuadrada, mofletuda y exenta de barbas. En los ojos frios y de incierta mirada, no se revelaba seguramente una considerable dosis de resolucion; pero en los labios gruesos, siempre predisuestos á una benevolente sonrisa, se adivinaba uno de esos caracteres que por egoismo más que por fraternidad, quisieran estar bien con todo el mundo.

Este importante personaje, llevaba el nombre, respetable en el lugar, de Lesmes Perogordo.

Ast que se hubo enterado del perfil del recién llegado, volvió la silla hácia él, y se dispuso á recibirle con la dignidad conveniente.

—Por las palabras del señor general,—dijo el doctor,—habrá podido

penetrarse vuestra merced del hecho en que consiste mi falta.

—En efecto,—contestó Perogordo;—si no he entendido mal, el señor capellan viaja sin pasaporte.

—Sin salvo-conducto militar puede decir vuestra merced; porque en cuanto á pasaportes, en mi mano estaba proveerme de todos cuantos tuviese á bien.

—¿Eh?... á ver... ¿me será permitido conocer la explicacion de esas extrañas palabras?

—La explicacion es sencilla. Como vuestra merced, tengo el honor de ser alcalde de una poblacion de la Alcarria.

—¡Ah!...—murmuró Perogordo inclinando la cabeza:—pero observo que vuestra reverencia no ha tomado asiento, y sin embargo, el banco próximo le estaba invitando...

Don Pascual agradeció á su colega la indicacion con una sonrisa, y se sentó en el mueble aludido.

—¿En qué lugar dirige vuestra reverencia la gestion de los intereses municipales?—añadió Perogordo.

—En Brihuega:—repuso don Pascual.

—¿Cómo!... ¿en la propia villa de Brihuega?

—Si vuestra merced no lo lleva á mal.

—¿Sería vuestra reverencia por acaso don Pascual Merendon?

—Echo de ver con satisfaccion que vuestra merced no desconoce mi nombre.

El alcalde de Hita se rascó una oreja, y murmuró:

—¡Hum!... eso es grave.

—No veo la gravedad que pueda haber en el hecho de que yo me llame como mi padre.

—La gravedad no está precisamente en ese hecho.

—¿En dónde pues?

—En la circunstancia de que vuestra reverencia ha sido nombrado para la alcaldía, por el gobierno intruso del archiduque.

El doctor no pudo reprimir un intenso estremecimiento. Columbraba en el horizonte una nueva nube de tempestad.

—Permitame vuestra merced, —pronunció,—que someta á su ilustrado criterio una ligera observacion. La vara de alcalde fué puesta en mi diestra por la libérrima y unánime eleccion de los dignos miembros del municipio.

—Pero esos dignos miembros, ¿á quién debieron sus poderes?...

Don Pascual no encontró respuesta por lo pronto. Perogordo prosiguió:

—La autoridad de vuestra reverencia adolece de un vicio original.

—Pero...

—Y cuando al sospechoso carácter con que esa autoridad reviste á vuestra reverencia, se reúne la extraña coincidencia de haberse introducido de una manera, en cierto grado furtiva, en las posiciones del ejército español... ¡Hem!... ¡Hem!... el asunto es muy grave...

—¡Dios de bondad!—exclamó don Pascual temblando;—vuestra merced elige para mirar las cosas el más deplorable punto de vista... Es imposible que le germinen en el cerebro tan diabólicos pensamientos sin que esté miserablemente prevenido contra mí... No recuerdo haber hecho ningún beneficio á vuestra merced... La animosidad es por lo tanto inexplicable...

—No existe la animosidad que vuestra reverencia supone.

—¿A qué puedo entonces atribuir?...

—Únicamente hago constar dos hechos.

—De absurda relacion.

—No diré que no.

—Y dirá vuestra merced perfectamente.

—Pero de todos modos, no será ciertamente don Lesmes Perogordo quien acepte la responsabilidad de resolver un caso tan espinoso... Se inhibirá en su conocimiento...

—¡Ah!... ¿Vuestra merced me remitirá de nuevo al general Centurion?

—Iré más léjos todavía; consultaré al mismo conde de Mahoni.

Don Pascual dejó caer los brazos con desaliento. Estaba escrito que las tribulaciones en aquella noche cruel no habian de tener término.

El alcalde cuchicheó algunos segundos al oído de su compañero de mesa, se puso en pié despues, y se encaminó á la misma puerta por donde habia salido el general.

Por espacio de cinco minutos el buen doctor permaneció en una soporífera inmovilidad, absorto en la contemplacion de la nueva lúgubre perspectiva que le ofrecia el horizonte. Comenzaba á creer que hubiera obrado cuerdamente aceptando la direccion que Salvador Zurita le propuso.

Fuese por la razón de que el reverendo presbítero necesitase el consuelo que el alma experimenta depositando sus dolores en un seno amigo, fuese por algun otro motivo, es el caso que dirigió los ojos al extremo de la sala donde estaban Amanda y Elvira.

Las dos damas se encontraban en aquel momento más que nunca asediadas por las atenciones, las preguntas y los cumplimientos del ayudante y del alférez. A juzgar por la distancia á que estos señores aparecian establecidos, hubiérase dicho que acababan de abrir su tercera paralela.

Don Pascual se levantó indignado. Cuando sus labios gustaban la amargura de la hiel y del vinagre, le parecia insolente que existieran seres

capaces de atreverse á tratar de entretener agradablemente á las damas que debian compartir con él, que compartian sin duda tanto infortunio.

Buscaba algun apóstrofe que suficientemente expresara el desagrado de que se hallaba poseido, cuando la puerta volvió á abrirse y Perogordo dijo desde el dintel:

—Adelante, señor de Merendon; el señor conde de Mahoni quiere ver á vuestra reverencia.

El doctor titubeó un momento; pero acabó por pronunciar con acento severo:

—Doña Amanda... Elvira, tengan á bien seguirme vuestras mercedes.

Las damas se pusieron en pié y penetraron con don Pascual en la estancia contigua.

La nueva habitacion era la sala destinada á las sesiones del Concejo. La oscuridad estaba á punto de parecer completa, porque todo el alumbrado consistia en un velon idéntico al de la escuela, y el salon ostentaba considerables dimensiones.

En la cabecera de la pieza habia una mesa, junto á la cual se hallaban sentados tres oficiales superiores. En uno de ellos reconoció el doctor al general Centurion. Un cuarto personaje se paseaba con cierta agitacion, haciendo resonar el entarimado del piso con los tacones de las botas, armados de sendos acicates.

No conocia don Pascual al conde de Mahoni, pero le adivinó instintivamente en aquel individuo, merced á su duro continente, largos bigotes, y febril actividad; conjunto de circunstancias conformes en un todo con la reputacion del general y con la idea que de él se habia formado el doctor.

En efecto, el militar de los paseos era el conde de Mahoni, general el más infatigable y el más bravo de todo el ejército español, en el cual, no

faltaban ciertamente jefes de alta graduacion que reunieran ambas cualidades.

El conde se detuvo un instante, y dijo bruscamente á don Pascual:

—Estoy enterado del asunto de usted, señor capellan.

—Celebro mucho que vuestra excelencia me haya distinguido con su atencion,—pronunció modestamente don Pascual.

—No será porque tenga usted motivo para felicitarle.

—Espero, sin embargo, que vuestra excelencia hará justicia á la rectitud de mis intenciones.

—¿Qué ha venido usted á buscar á Hita?

—Amparo contra los desafueros de las tropas extranjeras.

—Lo ha hecho usted algo tarde. Hace un mes que bajo su administracion está Brihuega surtiendo al enemigo de todo género de vituallas.

—¿Qué medios de resistencia podia emplear!... ¡triste de mí!...

—Nunca dejan de aconsejarlos la lealtad y el patriotismo.

—Pero en mis especiales circunstancias...

—Fueran las que quisiesen, debió quedar á usted un recurso...

El doctor levantó la cabeza con aire interrogador.

—El del martirio;—concluyó el general.

Don Pascual volvió á bajar la frente verdaderamente pulverizado. Su reverencia estaba de buena fé persuadido de que desde los primeros siglos de la Iglesia, se hallaba abandonado el recurso heróico que el conde indicaba.

—Puedo asegurar á vuestra excelencia,—balbuceó maquinalmente,—que mi fidelidad al rey don Felipe...

—La fé sin obras, señor capellan, es una fé muerta.

—Pero como vé vuestra excelencia; he aprovechado la primera ocasión, que el Omnipotente me ha deparado, para sustraerme con notorio riesgo de mi vida á las violencias de los sicarios del archiduque.

—Eso es lo que decidirá el consejo de guerra á que usted habrá de verse sometido.

—¡Dios de misericordia!—exclamó don Pascual aterrado;—¡yo sometido á un consejo de guerra!...

—Es cosa resuelta.

—¡Resolución bárbara... mil veces bárbara!...—repitió el doctor elevando sus manos al cielo en demanda de apelacion.

—Señor alcalde,—gritó el general emprendiendo de nuevo su paseo.

Perogordo, que se habia mantenido á cierta distancia durante el breve diálogo anterior, acudió inmediatamente.

—¿Qué me ordena el señor conde?—pronunció.

—Disponga usted que se facilite local seguro al capellan, para su arresto en la casa consistorial. Hago á usted responsable de la persona del llamado alcalde de Brihuega.

—Tenga vuestra excelencia en cuenta que me acompañan dos señoras,—añadió don Pascual.

—Mi providencia no las comprende,—contestó Mahoni;—esas damas quedan en absoluta libertad.

—Usarán de ella para no separarse un instante de mí,—repuso vivamente el doctor.

—Eso es cosa suya,—dijo el conde con breve y rotunda frase.

Y acercándose á la mesa volvió á tomar asiento al lado del general Centurion.

El alcalde de Hita hizo una seña á don Pascual, y sé dirigió á la puerta situada enfrente de la que les habia dado ingreso. El doctor y sus compañeras le siguieron.

Después de atravesar una serie de pasadizos iluminados por la vela de sebo que un alguacil llevaba en la mano, Perogordo se detuvo delante de una maciza puertecilla de encina. El alguacil la abrió de un puntapié, y los cinco individuos penetraron en un departamento compuesto de dos pequeñas habitaciones.

—Esta vá á ser la mansion de vuestra reverencia,—dijo el alcalde.

—No es cómoda en verdad,—gruñó don Pascual tendiendo en torno una mirada.

Todo el mueblaje consistia, en efecto, en cuatro banquillos y un velador de pino.

—Es, sin embargo, la única que puedo ofrecer á vuestra reverencia,—respondió el alcalde.

—¿Nos será permitido obtener lumbré y algun alimento con que sostener nuestras agotadas fuerzas?

—Vuestra reverencia obtendrá todo cuanto desee... con tal de que lo pague á toca teja.

—Nada trato de mendigar,—replicó el doctor con altivez.

—En ese caso, puede vuestra reverencia dirigirse al alguacil Corchado; es un sugeto inteligente que le proveerá de lo que necesite.

Perogordo dió media vuelta y salió de la habitacion.

—Por lo pronto,—dijo don Pascual al alguacil;—ya sabe el señor Corchado lo que necesito; un buen braseiro, y provisiones entre las cuales no falte algun plato caliente.

Con arreglo á la condicion del alcalde, don Pascual extrajo de su bolsa una doblilla de ochenta reales vellon, y la puso en la mano del alguacil.

Corchado examinó la moneda de oro, y contestó dejando sobre el velador la palmatoria de barro.

—Cuente vuestra reverencia con

que dentro de un cuarto de hora será tratado como un príncipe.

—Otro encargo tengo que hacer al señor alguacil.

—Platique vuestra reverencia.

—Quisiera que tuviese á bien pedir nuestras maletas á la persona que ha conducido mi tartana.

—Vuestra reverencia será servido.

Corchado abandonó la estancia, la puerta giró sobre sus goznes, y don Pascual pudo escuchar los siniestros crugidos de la llave y del cerrojo, cada uno de los cuales le arrancó un doloroso suspiro de lo más profundo de las entrañas.

Salvador, entre tanto, habia guiado á la posada el carruaje del doctor, y provisto á las mulas de abundante ración de paja y de cebada.

Desembarazado el estudiante de esta primera atención, se encaminó á la cocina, no libre por cierto de soldados y de acemileros; y codeando al uno, pasando por debajo del brazo del otro, y bromeando con todos, logró instalarse en el lugar preferente del hogar, y colocar las húmedas ropas de manera que recibiesen en perfecta plenitud el calor de la llama de los sarmientos.

Un cuarto de hora despues, aquel manteo que parecia haber salido de un rio, aquel empinado tricornio que por sus candiles vertió cataratas de lluvia, y las prendas todas del traje, estaban tan enjutos, tiesos y calientes, como si jamás hubiesen entablado relaciones con el agua.

Comenzaba el seminarista á meditar acerca del orden de sus actos en el tiempo que faltaba de noche, cuando creyó escuchar el nombre de don Pascual en la puerta de la cocina.

Inmediatamente se dirigió al punto indicado, y se enteró de que un hombre, en efecto, se estaba informando de un doméstico de la posada acerca

del conductor de la tartana del capellan Merendon.

—Por mí pregunta usarced:—dijo Zurita al interrogador, que no era otro que Corchado.

—¡Ah!... tanto mejor;—contestó el alguacil.

—¿Qué tiene que decirme?

—Que el señor capellan pide á vuestra merced las maletas que dejó en la tartana.

—Se las llevaremos en el acto.

—Por lo que hace á vuestra merced, es inútil que se tome ese trabajo. El capellan está incomunicado por orden del señor alcalde.

—¡Incomunicado!—exclamó Salvador.

—Esa es la palabra;—contestó Corchado.

—¿Quién es usarced?

—Un alguacil del Concejo.

—Está bien: voy á entregarle las maletas; pero confio en que me facilite en el acto una entrevista con el alcalde.

—Imposible.

—¡Cómo imposible!...

—El señor alcalde acaba de retirarse á descansar, prévia la vénia del general conde de Mahoni.

—¡Reniego de su descanso!—murmuró Salvador.

—Hasta mañana habrá vuestra merced de tener paciencia;—repuso el alguacil.

—Harto lo veo: ¿quién es ese señor alcalde?

—Don Lesmes Perogordo.

Salvador meditó un momento, y se dió una palmada en la frente. El sujeto que habia oido nombrar el estudiante debia estar obligado á su familia.

El mismo bachiller conocia personalmente á Perogordo. Al dia siguiente se entenderian.

El jóven se acercó al punto del por-

talon donde estaba la tartana, y volvió con los maletines y las mantas de viaje.

—Hé aquí el equipaje de su reverencia y de las señoras que le acompañan;—pronunció.

Corchado se hizo cargo de los objetos, y se despidió del estudiante.

Por aquella noche habían terminado los quehaceres, ya que no las preocupaciones de Salvador.

El seminarista subió á la tartana, se acomodó lo mejor que pudo en su interior, y formuló esta modesta aspiración:

—¡Qué feliz sería yo si pudiera dormir cuatro horas!...

### XIII.

#### DE POTENCIA Á POTENCIA.

Salvador no durmió cuatro horas, sino cinco y veinte minutos. Tan cierto es que la Providencia suele dar más de lo que se la pide.

A las seis y media de la mañana, hora en que apenas se vislumbraba en el horizonte oriental el primer pálido matiz de la alborada, el seminarista sacudió la cabeza, despertado por los ecos de la alegre diana que en distintos puntos batían todas las bandas militares, y los tambores, cornetas y clarines de la division del conde de Mahoni.

El bachiller salió de la tartana, y acabó de despejar los sentidos sumergiendo el rostro y el cuero cabelludo en un caldero de agua limpia y fresca. Merced á esta higiénica ablucion, pudo recibir sin peligro la glacial brisa matutina, que un momento despues respiró en la calle.

Desde luego echó de ver Salvador, que el movimiento que por todas partes observaba, excedía al que en un campamento ocasiona el ordinario toque de diana.

Los oficiales afectos al cuartel general se cruzaban á caballo en distintas direcciones; los numerosos soldados que transitaban, llevaban su mochila á la espalda, y la manta en bandolera; y los acemileros, requerian sus látigos y ajustaban las cargas de las bestias.

Parecia evidente que la division iba á ponerse en marcha.

Salvador se encaminó á la plaza, y allí adquirió la comprobacion del hecho; el tren habia desaparecido, y un batallon de granaderos atravesaba el coso en columna cerrada. Tras de aquel cuerpo desfilaron otros.

La única fuerza que hasta entonces no se habia movido en la plaza, era la escolta del general; pero no podia caber duda de que los individuos que la componian, solo esperaban una señal para saltar sobre el lomo de los rocines.

Aquella señal pareció ser el primer rayo de sol que hirió el tejado de la casa consistorial.

En efecto, en el mismo instante aparecieron en el intercolumnio del soportal algunos oficiales, que fueron recogiendo las bridas de sus caballos.

El conde de Mahoni fué el primero que se encontró en la silla. Dos segundos despues todos le habian imitado.

La cabalgata tomó al gran trote la misma direccion que llevaba la infantería.

Cuando se apagó en la inmediata calle el eco del sonoro tropel de la calallería, hubiérase dicho que la plaza era la de un pueblo desierto. Nada quedaba en ella; ni curiosos, ni ruidos.

La transicion fué tan violenta, tan elocuentemente hablaba al alma de los misterios de la vida y de la muerte, que Salvador, cuyo espiritualismo sentimental no conocia límites, resolvió volver á la posada para tomar una

torta de manteca y una copa de aguar-diente, con el fin de que no le cogie-ran en ayunas los sucesos que pudie-ran sobrevenir.

Por otra parte, la visita al alcalde en los momentos de salir el sol, no es-taba exenta de cierta descortesía, por más que las circunstancias excep-cionales, en que el lugar se encontra-ba, pudiesen atenuarla algún tanto.

El estudiante satisfizo, pues, en el meson, la prosáica exigencia del es-tómago, estiró y cepilló la ropa para presentarse con el debido decoro an-te la primera autoridad local, y re-tornó á la casa del Concejo sin impa-ciente precipitacion.

Sin encontrar á nadie que le opu-siera el menor inconveniente, el ba-chiller penetró en el zaguan, cruzó el recibimiento, subió al piso principal, y se introdujo sin ceremonia en la sala de honor. Era la misma en que ha-bia tenido lugar en la noche anterior la entrevista de don Pascual con el conde de Mahoni.

En aquella estancia se hallaban ocho ó diez personas, entre las cuales se contaba el alguacil Corchado. Salvador le acometió en el acto preguntándole en qué ocasion podria ver al alcalde.

—En la misma que estos señores,—contestó el alguacil;—todos ellos le están esperando.

El seminarista dirigió una mirada á sus compañeros de espectacion, y palideció ligeramente, no sabemos ni acaso él mismo lo supo, si de temor ó de cólera.

Entre aquellos hombres habia uno en quien Salvador reconoció inme-diatamente á Dick, á pesar de que se envolvía en los pliegues de una capa del país. Como si este reconocimiento por sí solo no tuviera suficiente im-portancia, el estudiante observó que estaban fijos en su persona los garzos ojos del inglés.

En vano Salvador volvió la espalda al breton, recorrió la sala en distintos sentidos, y se hizo eclipsar por otros individuos; en cuantas ocasiones podia divisar de frente ó de perfil al ayuda de cámara de lord Hamilton, siempre se encontraba hecho blanco de la misma insistente visual.

—¡Pardiez!—murmuró el bachi-ller;—me parece que por esta vez yo he sido el espiado.

Pero como á la sazón se abriese la puerta del fondo y apareciese Pero-gordo, el estudiante modificó el curso de sus ideas, limitándose á pensar por entónces.

—Bah... poco afortunado he de ser si no conozco en breve lo que viene á hacer aquí ese pajarraco.

El alcalde se habia dirigido con mesurado paso hácia la mesa sobre la cual yacía la larga vara, símbolo de la autoridad concejil; y Salvador, que como es sabido no pecaba de tímido ni de excesivamente deferente para con el prójimo, se las arregló de ma-nera que llegó al estrado al mismo tiempo que Perogordo.

La salutación del bachiller fué la siguiente:

—Que Dios bendiga con pródiga mano la salud y los bienes de don Lesmes Perogordo, digno alcalde de Hita.

El saludado levantó la cabeza, y la habitual sonrisa de sus lábios cua-duplicó la jovialidad.

—¡Ah!—pronunció;—el buen mo-zo de Zurita en el territorio de mi ju-risdiccion...

—Así es en efecto; el bachiller Zu-rita que en esa jurisdiccion se encuen-tra como el pez en el agua, es quien tiene la viva satisfaccion de ofrecer los más cumplidos respetos á vuestra merced.

—Grata es tambien la que me hace experimentar la visita del último vás-

tago de una honrada familia de antiguos y buenos amigos.

—La visita, señor don Lesmes, no es, sin embargo, de todo punto desinteresada.

—No perderá por ello mi estimación. ¿De qué se trata, pues?

—De una bicoca.

—Tanto mejor... No porque yo no esté dispuesto á servir al señor Zurita en todo aquello á que alcancen mis facultades...

—¡Oh, bondad incomparable!...

—Sino porque en las cosas pequeñas la satisfaccion del deseo suele seguir más inmediatamente á su enunciaci6n.

Para dar á la conferencia mayor carácter de intimidad, Salvador se colocó de espaldas á las demás personas que impetraban audiencia y añadió bajando el tono de la voz:

—Parece que en virtud de providencia de vuestra merced, ha sido detenido anoche el respetable don Pascual Merendon, párroco de la villa de Brihuega.

El alcalde sufrió un ligero acceso de tosecilla seca y contestó:

—Ha sido efectivamente detenido, pero...

—Pero...—repitió Salvador con insinuante acento, viendo que Perogordo no pasaba adelante.

—Pero la detencion no ha tenido lugar, como vuestra merced creia, por disposici6n que proceda de mi autoridad.

—¿De quién procede ent6nces?

—Del general conde de Mahoni.

—¡Tanto mejor!—repuso el bachiller dando una palmada.

—¡Conformes!—continuó Perogordo;—siempre es satisfactorio no ser partícipe de la odiosidad que fatalmente vá unida á ciertos acuerdos.

—El conde de Mahoni se ha alejado; quizá su planta no vuelva á pisar

jamás las calles de Hita; vuestra merced es el único árbitro de la suerte del detenido...

—¿Eh?...

—A vuestra merced acudo, pues, para rogarle que permita al doctor Merendon proseguir su camino.

—Señor bachiller...

—Señor alcalde...

—El asunto es... grave.

—No puedo convenir en la calificaci6n. Toda la falta de don Pascual, consiste en haber hecho de noche una cosa que debió haber hecho de dia.

—No hay en el negocio, señor Zurita, la sencillez que esas palabras parecen formular... El caso es verdaderamente complejo... hasta intrincado... Si estuviéramos en otra ocasi6n, entraria en pormenores que no podrian menos de modificar la opinion de vuestra merced.

—Conozco el incidente en todos sus detalles.

—Y sin embargo...

—No le doy seguramente la importancia que vuestra merced parece concederle.

—Desgraciadamente no es vuestra merced el encargado de apreciar la importancia del delito del doctor... El conde de Mahoni, único juez competente en la materia, ha dictado fallo desfavorable... y todavía...

—Para desestimar la pretension del bachiller Zurita, tiene el señor alcalde una razon poderosa;—pronunció un acento extranjero detrás del seminarista, completando gratuitamente el pensamiento del orador.

Salvador y Perogordo se volvieron hácia el interruptor; el primero con una viveza llena de asombro; el segundo con una gravedad no exenta de extrañeza.

La persona que de aquella manera se permitia exhibirse en escena, era Dick.

El bachiller, cuyos ojos fulminaban chispas, iba á abrir la boca para arrojarse á la vez sapos y culebras, pero un ademán majestuoso de Perogordo le detuvo.

El alcalde dijo al inglés:

—Me parece que vuestra merced podía conocer que no habia llegado su turno en la audiencia.

—Tambien mis palabras han debido hacer comprender al señor alcalde,—contestó Dick;—que la cuestion en que se ocupa está íntimamente relacionada con el asunto que me trae á este sitio.

—Y bien; esa razon á que vuestra merced se ha referido...

—Consiste en que el general lord Hamilton, que avanza en esta direccion al frente de numerosas tropas, ordena por mi conducto al señor alcalde, que retenga en Hita al doctor don Pascual Merendon.

En el rostro de Perogordo no quedaba el más insignificante rastro de sonrisa. En cambio podia observarse en las extremidades de los dedos del alcalde una ligera convulsion nerviosa.

—¿Pero, con qué carácter,—replicó don Lesmes,—viene vuestra merced á intimarme esa disposicion del general?

—Con el carácter de que me revisite el honor de pertenecer á la casa militar de milord.

—Y vuestra merced asegura que lord Hamilton se aproxima...

—A marchas forzadas. La precipitada fuga de las hordas armadas, que acaudilla el rebelde Mahoni, puede ofrecer al señor alcalde la mejor comprobacion.

Salvador no logró reprimirse por más tiempo.

—¡Y consiente el alcalde de Hita, que en pleno salon de su Concejo se califique de hordas á los batallones

del rey don Felipe VI!...—exclamó con un entusiasmo patriótico de que él mismo estaba admirado;—¡y permite que se llame rebeldes á los más leales generales españoles!... ¡Y no ha hecho ya prender á este insolente extranjero!...

—En cuanto á eso,—gritó Dick sin ceder en diapason al estudiante,—se miraria bien el alcalde; su cabeza responderia del atentado... En España no hay más rey que don Carlos III, príncipe designado por la gracia de Dios y de su derecho, reconocido por la Europa, y sostenido por sus ejércitos.

—¡Imposicion inicua!

—¡Faccioso anjevino!—añadió el leopardo inglés, enseñando sus dientes al castellano.

—¡Austriaco intruso!—replicó el leon español, mostrando sus garras al isleño.

—¡Haya paz entre dos... jóvenes exaltados!—pronunció la voz de Perogordo:—Reclamo la observancia de la neutralidad de este sitio.

—En los dominios de su majestad católica no hay terreno neutral para los partidarios del usurpador extranjero;—repuso el estudiante.

—Oígame el señor bachiller... se lo ruego; y si es necesario se lo ordeno... Hita es un lugar abierto... En él buscan alojamiento las fuerzas de ambos bandos, con una frecuencia deplorabile... El triste Concejo se ha visto, con harto sentimiento suyo, en la necesidad de tener hasta aquí dos reyes; porque puedo asegurar á vuestra merced, bajo palabra de honor, que la opinion unánime de los concejales es que con un solo monarca hay más que suficiente... Es necesario, por lo tanto, no extremar los sacrificios del pueblo, no agravar sus calamidades, no exigir lo imposible...

—Señor Perogordo,—dijo Salva-

dor;—estoy temiendo una conclusion desastrosa.

—¿Qué conclusion?

—Que vuestra merced se aviene á deferir á la conminacion del general inglés.

—Aunque así fuera... los preceptos de un general en campaña...

—Y á deferir con complacencia.

—Eso es ya una suposicion.

—Todas las protestas de vuestra merced no evitarán que en adelante se le considere en la comarca como notoriamente adicto al archiduque.

—¿Por qué motivo?... si mantengo el arresto de don Pascual Merendon, es porque el general conde de Mahoni así lo ha dispuesto. No tengo yo la culpa de que por esta vez las prescripciones del general inglés, estén de acuerdo con las del español.

Salvador se mordió los labios; pero no en vano llevaba un apellido aragonés. El acento del estudiante dejó oír estas frases sarcásticas:

—¡Valiente autenticidad tendria para el señor alcalde la disposicion atribuida á lord Hamilton si no sintiera por su causa una especial predileccion!... ¡Valiente crédito le merecerian las palabras de un desconocido!

—Moderacion, señor Zurita;—dijo Perogordo.

—¿Qué significa la palabrota desconocido!—clamó Dick levantando el grito;—el bachiller falta á la verdad á sabiendas, porque harto conocimiento tiene de mi persona.

—Medura, señor desconocido, al ménos para mí;—repuso el alcalde.

—No es inmoderada la protesta que provoca la parcialidad del magistrado;—añadió el bachiller, á quien las últimas frases de Dick acabaron de exasperar.

—Pero, señor Zurita,—pronunció el alcalde:—¿en cuál de mis acuerdos

ha podido vuestra merced encontrar visos de esa parcialidad?... Vuestras mercedes me están acosando como al toro en el circo... Tiempo es de que termine esta enojosa cuestion... Si yo permitiera que se prolongase, acaso llegaria á comprometer la dignidad del cargo que ejerzo, si esto fuera posible... Escuchen, pues, vuestras mercedes mi resolucion irrevocable.

Don Lesmes Perogordo ganó dos pulgadas en estatura, arqueó olímpicamente las cejas, y exclamó con acento sonoro:

—Señor inglés...

—Señor alcalde...

—Para que yo consienta en oír en juicio á vuestra merced, es necesario que ante todo me presente el autógrafo en que lord Hamilton determine la detencion del alcalde de Brihuega.

—¡Perfectamente!—dijo Salvador.

—Con ese documento,—prosiguió Perogordo;—consideraré suficientemente acreditado á vuestra merced como enviado extraordinario cerca de mi persona.

—Tendrá el señor alcalde el escrito que desea;—contestó Dick.

—Muy enhorabuena.

—Pero juguemos limpio...—añadió el inglés.

—¿Qué quiere decir eso!...—pronunció Perogordo con una expresion de príncipe ofendido.

—Que el alcalde de Hita responde al noble lord de la persona del doctor Merendon, durante el tiempo que voy á invertir en traer del cuartel general la órden de arresto.

—No es vuestra merced quien ha de darme á mí lecciones de conducta.

—Hem...—dijo Dick que no tenia pelos en la lengua:—las personales relaciones que al parecer le unen al bachiller, no me inspiran plena confianza...

—¿Qué avilantez!—gritó Salvador.

—¡Señor Zurita!—interrumpió el alcalde.

—Mi exclamacion ha sido en nombre de vuestra merced.

—Mi merced no tiene necesidad alguna de que nadie se tome el trabajo de exclamar por ella... Entiéndalo así el señor bachiller.

—Será entendido.

—Ahora entérese á su vez el señor Zurita de la parte que le concierne.

—Veamos.

—Para que el alcalde de Hita, no don Lesmes Perogordo, pueda tener por presentada la instancia del señor bachiller, es indispensable que impet্রে y obtenga del conde de Mahoni la orden de excarcelacion del doctor Merendon.

—¡Muy bien!—dijo Dick.

—¡Muy mal!...—contestó Salvador dirigiendo al inglés una mirada de reto.

—¡Todavía!...—pronunció el alcalde.

El estudiante prosiguió:

—¿Por ventura el conde de Mahoni es el único árbitro de la suerte de los españoles?

—Nadie lo afirma.

—¿No tiene superiores gerárquicos?

—¡Quién lo duda!... El general Mahoni acaudilla la primera division del ejército, que manda en jefe el conde de Aguilar... Tráigame vuestra merced un despacho autorizado por el conde de Aguilar, y mi responsabilidad queda cubierta.

—Tendrá el señor alcalde ese despacho;—respondió Salvador con el mayor aplomo.

—Perfectamente: entonces hablaremos.

—¡Qué es eso de hablaremos, señor Perogordo!... ¿Habria motivo todavía para vacilaciones?

—Parece que el señor Zurita olvida

que en la Alcarria no hay únicamente españoles. Por mi parte, no puedo olvidarlo: hace dos meses que con más frecuencia que compatriotas, veo ingleses, alemanes, holandeses, italianos y portugueses.

—Lo cual quiere decir, señor alcalde...

—Que yo no puedo ménos de reservarme cierta libertad de accion, señor bachiller.

—¿Para obedecer al lord inglés?... —exclamó Salvador.

—No digo tal cosa.

—¡Cómo! ¿Para cumplir las órdenes del general español?...—vociferó Dick.

—Tampoco lo he asegurado.

—Conviene, sin embargo, descifrar ciertos logogrifos,—repuso el seminarista;—imagínese vuestra merced por un momento, que yo pongo en su diestra el pliego del conde de Aguilar, al mismo tiempo que ese isleño le pone en la siniestra el escrito de lord Hamilton...

—Esa es una hipótesis inverosímil.

—Lo inverosímil es con frecuencia cierto.

—¿A qué infernal rincon del cabaladero vá el señor bachiller á buscar esas extraordinarias coincidencias?

—Al rincon en que nadie se marcha por la tangente.

—Esto es forzarme en mis últimos atrincheramientos...

—Es sencillamente solicitar de vuestra merced una respuesta categórica.

—Pues bien,—pronunció el alcalde, que al verse entre la espada y la pared, pareció experimentar un acceso de energía;—vuestras mercedes obtendrán la contestacion que desean. A mí no me duelen prendas... No es la indecision mi cualidad característica.

—De manera...—insinuó el bachiller.

—Que si vuestras mercedes me trajeran órdenes contradictorias, con respecto á la persona del doctor don Pascual Merendon, yo consideraria el caso muy grave...

—¿Pero adoptaría una resoluzion?..

—Seguramente: resolveria... someter el asunto á la deliberacion del Concejo, para que este discreto cuerpo acordase lo que estimara más conveniente. Han escuchado vuestras mercedes mi última palabra.

—En buen hora;—murmuró el bachiller terciando de un modo brusco su manteo.

—Enterado;—articuló Dick recogiendo su capa.

—El incidente iba siendo tan prolongado como desagradable;—concluyó Perogordo con un mohin de disciplina.

Salvador, abismado en la profunda sima de sus pensamientos, se encaminó á la salida con paso automático.

Dick siguió el mismo camino; pero la preocupacion del breton no era otra que examinar al estudiante con torva expresion.

Ambos antagonistas se encontraron frente á frente en el dintel de la puerta. Las miradas que fulminaban, chocaron como los opuestos fluidos de dos nubes de tempestad. El estampido del trueno era consecuencia inevitable.

La España estaba en presencia de la Inglaterra. La cuestion era, pues, de potencia á potencia.

El inglés, erguido como un roble, dijo á Salvador con la más denigrante de las conmiseraciones:

—Aconsejo al bachiller, que se aleje del pueblo á buen paso; los soldados ingleses suelen fusilar por la espalda á los estudiantes espías...

El español inflexible como una encina, contestó á Dick desde la incommensurable altura del más supremo desprecio:

—Prevengo al extranjero, que le conviene no volver á pisar el territorio de Hita; los campesinos de esta parte de la Alcarria ahorcan por el pescuezo á los lacayos zurcidores de voluntades...

Instantáneamente se vieron enarbolados cuatro puños.

Por fortuna se interpuso entre ellos la respetable vara del alcalde.

—¡Parta en paz el señor inglés!—pronunció el acento de Perogordo en la plenitud de su sonoridad.

El digno alcalde tomó despues por el brazo á Salvador, y le condujo á la puerta opuesta del salón, que era la que comunicaba con la escuela.

La despedida de los dos amigos no pudo ser más fria. Consistió en una ceremoniosa reverencia.

#### XIV.

#### EXCURSION Á USANOS.

Salvador habia tomado su partido al salir de la casa consistorial.

Como se echa de ver, las soluciones buenas ó malas se ofrecian al seminarista con ménos dificultad que al alcalde de Hita.

La plaza estaba solitaria.

—¡Si Dick no hubiera salido!...—murmuró el estudiante.

Y se detuvo en medio de la plaza con apostura tan gentil como la del mismo Suero de Quiñones en su célebre paso honroso.

Pero trascurrieron algunos minutos y Dick no apareció. Era evidente que su tránsito por la plaza habia sido anterior á la llegada del bachiller. Permanecer en aquel sitio equivalía á perder néciamente un tiempo precioso, que el inglés no dejaria de aprovechar.

Por otra parte, el honor del seminarista quedaba á cubierto. Habia acudido á la palestra y no fué buscado en ella.

Después de cuadrarse el tricornio, embozarse en el manto y dirigir en torno la última mirada de reto, Salvador se encaminó á la posada, acelerando progresivamente el paso.

Apenas penetró en el meson, escogió en la cuadra la más robusta de las mulas de don Pascual; la puso el cabezon de serreta y la manta jerezana; se encaramó sobre ella de un salto y salió al zaguan.

Allí encargó al posadero que durante el corto tiempo que iba á estar ausente, cuidase con el mayor esmero del otro animal y de la tartana; y haciendo resonar el látigo, partió como un torbellino por la calle abajo, entre el ladrido de los perros y los silbidos de los muchachos.

Cuando estuvo fuera del lugar, se orientó algunos instantes, y eligió el camino que serpenteaba en la dirección de Guadalajara.

La mula, soberbia bestia digna, no de un párroco sino de un canónigo de metropolitana, repuesta de las fatigas de la noche precedente por el calor del establo, y animada por los alegres rayos del sol, y el ligero peso del jinete que la oprimia los lomos, devoraba el espacio con la misma buena voluntad con que habia devorado el pienso.

Por lo demás, el paso de la acémila era tan cómodo, el trote tan seguro, y el galope tan sentado, que Salvador no comprendia que existiendo semejante raza de animales hubiese nadie que pudiera avenirse á montar caballos.

Con tanto donaire meneó el apreciable bruto sus remos, que al llegar el sol á la tercera parte de su carrera, se encontró Salvador en las alturas de Ortigosa, á la vista del término de Taracena.

A fin de no exponerse á desagradables tropezones con alguna descu-

bierta del ejército aliado, el bachiller rectificó su marcha en sentido occidental, y á costa del rodeo de una legua, pudo continuar el camino, sin pisar los límites de la jurisdicción de Valdenoches.

Al cabo, divisó la extensa comarca de Usanos, objeto de la excursión en aquel día.

El joven volvió á buscar la ruta de Guadalajara, donde en razón al mayor número de transeuntes, le sería ménos difícil hallar los informes que apetecía. En efecto, al cuarto de hora de avanzar por el arrecife, distinguió los pendoncillos morados de algunos ginetes del regimiento de lanzas de Castilla.

Salvador se dirigió al sargento que mandaba la avanzada, y le preguntó por el sitio en que á la sazón estaban los dragones de Vallejo. La respuesta del veterano fué lacónica, pero precisa.

—En el parador de Antrines.

El seminarista nunca habia estado en la venta de que le hablaban; pero sabia que se hallaba situada á mitad de camino entre Taracena y Usanos. Partió, por lo tanto, hácia el punto indicado sin la menor vacilación.

El terreno firme y llano facilitaba el impetuoso trote de la mula, y no tardó mucho tiempo el bachiller en divisar en una encrucijada el conocido vestuario de los dragones.

Únicamente se trataba ya de dar con la persona del coronel; pero las indicaciones no faltaron y los ojos de Salvador eran de un linco.

A quinientos pasos del camino en el fondo de la cañada, Vallejo manejaba su magnífico alazan, seguido de algunos oficiales.

El estudiante hizo crugir su látigo y la mula pasó del trote al galope.

Al llegar Salvador á la distancia de veinte pasos, Vallejo le salió al encuentro no sin cierta curiosidad.

—¡Salud, señor coronel!—pronunció el seminarista.

—¡El señor Zurita!—exclamó Vallejo!—¡el jóven estudiante, que á pesar de su ignorancia, en punto á equitacion, monta á caballo sin estribos y galopa con la firmeza de un gancho!

—Perdone vuestra señoría,—añadió Salvador;—mi cabalgadura es una mula mansa como un cordero, lo cual rebaja mucho el mérito de mi atrevimiento.

—Sin embargo...

—Por otra parte, la urgente necesidad que tenia de recurrir á vuestra señoría ha hecho que me decida á correr el riesgo de romperme cualquier cosa.

—¿Y en qué asunto voy á tener la fortuna de complacer al señor Zurita?

—Hum... ¿no es verdad, señor coronel, que empiezo demasiado pronto á utilizar las ventajas de su conocimiento y de las bondadosas deferencias que le debo?

—No por cierto; fué tanta la honra que usted me hizo asociándome al servicio que prestó á la Nacion, ha dado éste un resultado tan magnifico, y está tan próximo el suceso, que no he podido tener tiempo para olvidarme de él, cosa difícil por otra parte, porque mi memoria, señor Zurita, es excelente.

—Las palabras de vuestra señoría me prestan confianza.

—Enhorabuena.

—Tengo que impetrar una gracia del señor conde de Aguilar, y vengo á suplicar á vuestra señoría que interponga en mi favor toda la influencia que los relevantes merecimientos que le distinguen no pueden ménos de darle cerca del general en jefe.

—Será servido el jóven Zurita.

—¡Gracias mil, señor coronel!

—¿De qué se trata, pues, si en la pregunta no hay indiscrecion?...

—El general Mahoni ha dejado en Hita arrestado al venerable presbítero don Pascual Merendon, alcalde de la villa de Brihuega...

—Y la peticion de usted consiste...

—En que el conde de Aguilar haga cesar la detencion del digno capellan.

—¿Qué razones movieron al general Mahoni para adoptar esa disposicion?

—Don Pascual Merendon ha penetrado por la noche, sin pase, en las posiciones de la division... pero presumo que á este motivo ha podido agregarse otro... el arrestado se ha visto compelido á presidir el Concejo de Brihuega nombrado por los generales del archiduque, hasta que ha encontrado ocasion de evadirse...

—¿Es pariente de usted el presbítero?

—No, señor coronel... Por otro lado, la detencion de don Pascual ha venido á herir de rechazo, con rudo golpe, á dos señoras que le acompañaban, madre é hija...

—¡Ah, muy bien!—dijo Vallejo;—confieso que buscaba la explicacion del interés del señor Zurita por el presbítero, pero ya no tengo que explicarme nada.

Salvador, ligeramente encendido, replicó:

—¿Teme vuestra señoría que el general no acoja con benevolencia mi ruego?

—Espero todo lo contrario;—contestó Vallejo.

—Oh... señor coronel; la esperanza de vuestra señoría me reanima... ¿no es cierto que las faltas de don Pascual Merendon tienen poca gravedad?

—Si he de decir á usted lo que pienso, no es á la gravedad del motivo de la detencion del presbítero á lo que atribuyo la predisposicion favorable que supongo en el conde de Aguilar.

—Entonces...

—Las grandes probabilidades de usted para obtener un fallo absoluto en el tribunal de alzada, estriban en la persona del juez inferior que dictó el auto de prision.

—Ah... murmuró Salvador entornando un ojo;—segun eso... los dos generales...

—Precisamente,—repuso el coronel sonriendo;—basta que la disposicion proceda del conde de Mahoni, para que el conde de Aguilar tenga un placer en invalidarla.

—Me parece, señor coronel, que si los prósperos augurios de vuestra señoría llegan á realizarse, es cosa de felicitarle por esa especie de antagonismo, sea cual fuere la causa que pueda originarle.

—No niego al señor Zurita ese derecho.

Y Vallejo añadió como hablando consigo mismo:

—¡Con tal que la disidencia no redunde en perjuicio de las armas reales!...

—¿Cuándo tendremos ocasion de ver al general?—preguntó Salvador.

—Por mi parte no me será posible hacerlo hasta la postura del sol. Tengo orden de cubrir esta posicion durante el dia. Si la perentoriedad del asunto, sin embargo, no permite que usted aguarde hasta la noche, le daré una carta para el conde y dentro de media hora podrá hablarle en Usanos.

El estudiante reflexionó un instante y contestó:

—Prefiero esperar á que regrese al pueblo vuestra señoría; en mi corta experiencia siempre he visto obtener mejores resultados á las recomendaciones orales que á las escritas.

—En ese caso invito al señor Zurita á tomar un rancho militar. Ha llegado la hora.

Vallejo hizo una señal al clarin de

órdenes, y éste se acercó al coronel en dos saltos del tordo que montaba:

—¡Llamada!—pronunció Vallejo.

El soldado tradujo la palabra del jefe en el aire de ordenanza, y un momento despues era lanzado á los cuatro puntos cardinales, por los veinte clarines del regimiento.

Salvador vió poblarse la cañada de numerosos destacamentos que se alineaban á lo largo de la senda que conducia al parador.

El coronel se colocó en lugar conveniente para presenciar el desfile, y dió la orden de marcha. El movimiento se verificó al pase, cuatro en fondo.

Los ojos de águila de Vallejo dirigieron la escudriñadora mirada á las filas de los dragones.

El caballo de uno de los soldados llevaba una sangrienta rozadura en el brazuelo.

—¿Qué herida es esa?—dijo el coronel.

—Una caricia de las herraduras del Moro del cabo Rodriguez,—contestó el interpelado.

—Cabo Rodriguez,—añadió Vallejo;—tengo dicho á usarced que cuando esté picado su potro, le saque de filas.

—Este endemoniado animal lo está siempre, mi coronel,—respondió el cabo;—agota mis fuerzas en la incesante lucha que me obliga á sostener. La primera vez que vuestra señoría nos ordene cargar á la caballería inglesa, he de cambiar tan indómito bruto por el mejor corcel de los jefes del enemigo.

—No combatiré la resolucion del buen Rodriguez.

La voz de Vallejo no tardó en resonar de nuevo.

—Gufá Sendino,—dijo;—esa cincha vá floja. No desconfio de que ántes de llegar al parador he de ver á usarced apearse por el rabo.

Cuantos oyeron al coronel se rieron de buena gana, aunque era á costa de un camarada; pero Sendino contestó sin desconcertarse:

—¡No lo permita Dios, mi coronel!... Vuestra señoría sabe que por esa parte sólo se apean los portugueses.

Apenas habrían desfilado treinta hombres detrás de Sendino, cuando Vallejo volvió á exclamar:

—Juan Arnedo;—se vá á quedar usarcerd sin un cartucho.

—Lo sentiria, mi coronel,—respondió el dragon.

—Lleva abierta la cartuchera...

—¡Cáspita!... Se enmendará... Por lo demás, si me ocurriera esa desgracia, no me consideraria desarmado. Cuando se trata de apretar los puños, siempre he tenido más afición á la espada que á la carabina.

—Esa preferencia honra los instintos de usarcerd. La espada es el arma del caballero.

El coronel volvió la cabeza hácia Salvador y añadió en voz baja sonriendo:

—Este bravo muchacho ha sido carnicero.

Poco tiempo despues dijo Vallejo todavía:

—¿Qué mancha es esa del costado, seor Godinez?... Nunca habia encontrado en usarcerd el defecto de la sucidad... ¿A qué diablos de líquido ha recurrido, para causarme laprimera sorpresa?...

—La mancha es de agua, mi coronel,—pronunció el soldado.

—¡De agua!... ¡Cuerpo de Dios!... ¡Cualquiera diria que era de vino!—replicó Vallejo.

—Así es como llama al agua el cantinero, pero juro á mi coronel que la calumnia...—repuso el dragon.

Cuando Vallejo hubo visto pasar el último soldado, puso las piernas al

bridon y ganó al gran galope la cabeza del regimiento.

Salvador quiso imitarle á su manera, pero entónces echó de ver, que cualesquiera que fuesen las apreciables cualidades de su montura, no dejaban de existir diferencias de cierta importancia entre una mula alcarreña y un caballo andaluz.

El parador de Antrines sufrió al poco tiempo una invasion de hombres y caballos, como el ventero no la registraba en su memoria. Las cuadras, los cobertizos, los corrales, los patios, los comedores, las cocinas, todos los espacios de la localidad, se vieron instantáneamente poblados de bulliciosos dragones.

Entre tanto que los rancheros colocaban las humeantes calderas de sus escuadras en los sitios que á cada uno correspondian, los soldados colgaron al cuello de sus rocines los sacos de la cebada.

Atendido este primer deber de los ginetes, distribuyóse el pan, se extrajo una respetable porcion de miga con el objeto de procurarse un receptor de tasajos de reserva, se empuñó la cuchara y se dió á las marmitas una vigorosa carga de pretal.

Vallejo, los comandantes de los escuadrones y Salvador se instalaron en una habitacion del piso bajo.

La mesa estaba cubierta de diferentes fiambres, primitivos, pero no despreciables; consistian principalmente en ternera, jamon y embutidos catalanes ó extremeños; todos ellos habian sido extraidos de la despensa militar de los convidados. Sin embargo, segun la costumbre del coronel, el primer plato de la comida fué el rancho del régimiento. Este sistema tenia la ventaja de proporcionarle ocasion de conocer la calidad de los artículos que los asentistas facilitaban, y de juzgar acerca de la confeccion

del pote. Aquel día era un soberbio arroz con patatas y bacalao, al cual ninguno de los jefes manifestó la menor aversión.

En cuanto á Salvador, le recibió con la delicia de un estómago agradecido que no ha absorbido en toda la mañana otro alimento que una pequeña torta de anís.

Durante el refrigerio, Vallejo se informó de Salvador acerca del modo como cumplimentó la misión que le confirió cerca del duque de Vendôme; y al enterarle minuciosamente el estudiante de todos los detalles de su entrevista con el general francés, aprovechó la ocasión para preguntar al coronel si conocía al señor de Molina, jóven de quien tan grata memoria conservaba por su cortesía y cordiales ofrecimientos.

Vallejo coordinó sus recuerdos; pero acabó por contestar negativamente al seminarista.

La colación no fué larga. A los veinte minutos el coronel la dió por terminada, y salió de la habitación.

Poco tiempo después los clarines tocaban bota-silla.

Salvador pareció vacilar con respecto al empleo que podría dar al resto de la tarde; pero nada tenía que hacer en la campiña, la temperatura era fría, se hallaba cansado, acaso la ocupación más conveniente consistiera en ver arder los troncos de la cocina hasta la vuelta de los dragones.

Aceptada esta idea, apenas Salvador vió libre de soldados el importante departamento referido, se acomodó en un poyo de granito, estiró las piernas hácia la lumbre, apoyó la espalda en la pared, entornó los ojos, y en compensación de la diligencia y fatigas de los últimos días, se abandonó momentáneamente al toscano *dolce far niente*.

Afortunadamente ese aforismo no

tiene traducción en la España meridional, país de la actividad y del trabajo, donde ningún poeta ha podido exclamar:

De los placeres, el que más me agrada,  
es el dulce placer de no hacer nada.

Por espacio de dos horas, Salvador en ese estado de sopor que no es el sueño ni la vigilia, vió pasar por el cabiladero como por el reflector de una linterna mágica cuantos sucesos le habian ocurrido desde que don Pascual Merendon abandonó á Brihuega; y partiendo de lo conocido á lo desconocido, según el método escolástico, compuso una dramática serie de aventuras que terminaban como es de suponer en la obligada pacífica posesión de la adorable Elvira, en unión autorizada por los hombres, sancionada por la Iglesia, y lo que es más, bendecida por el cielo.

En el paralelo 40° el crepúsculo vespertino se anuncia pronto en el mes de Diciembre; así fué que los ensueños del bachiller Zurita, precisamente en los momentos en que el color de rosa era más subido, se vieron turbados por cierta agitación que se hizo notar en el parador, y por algunas voces que parecían referirse á los dragones de Vallejo.

Salvador se puso en pié, miró á la ventana por donde penetraba una luz harto amortiguada, y salió á la puerta del parador.

Los dragones, en efecto, se acercaban al trote en cuatro compactas masas por el camino de Taracena.

El estudiante corrió al lugar de la cuadra donde habia dejado la mula, la sacó del meson y saltó sobre la manta.

El regimiento desfiló por delante del parador con el marcial aspecto que le era habitual, y prosiguió la ruta sin arrastrar en pos un solo rezagado.

Salvador puso su mula en el rastro

de los dragones, y los siguió sin gran esfuerzo á lo largo del camino que se extendía en la direccion del Noroeste.

Cuando la escuadra de batidores llegó á las eras de Usanos, pueblo de doscientos vecinos, la luz del dia habia desaparecido.

El bachiller siguió al regimiento hasta el lugar donde debia pasar la noche; y apenas vió echar pié á tierra á los ginetes se apresuró á ganar la cabeza del primer escuadron, con el fin de hacerse presente al coronel.

A poca costa lo consiguió. Al ver Vallejo un hombre á caballo, despues de haber ordenado desmontar, se fijó con atencion en el jinete, y á pesar de la oscuridad, no tardó en reconocer la mula y la persona del seminarista.

—Adelante, señor Zurita, —pronunció;—puede usted entregar su cabalgadura á mi ordenanza.

Y prosiguió comunicando instrucciones á los oficiales que le rodeaban.

Salvador se deslizó en el suelo, puso la brida de la mula en el brazo del soldado, y esperó al coronel.

—Vamos, pues, á entendernos con el general en jefe;—dijo Vallejo, apenas estuvo libre de sus más perentorios deberes.

—¡Y que el cielo nos tenga de su mano!—murmuró Salvador.

—Buen ánimo ¡Cáspita! el general no es un ogro.

La residencia del conde de Aguilar era la casa del cura, inmediata á la iglesia, y una de las mejores del pueblo. En los contornos de la vivienda, en el jardin-corral que la precedía, y en la puerta, no cesó Salvador de tropezar con oficiales de diferentes uniformes, que entraban ó salían.

Al llegar el coronel y su protegido á la estancia donde se hallaba el conde de Aguilar, éste hablaba confiden-

cialmente con el general conde de San Estéban de Gormaz.

Los demás militares que se encontraban en la habitacion, recibieron á Vallejo con el cordial afecto que inspiraba al ejército entero.

El seminarista aprovechó la distraccion del general en jefe para examinarle atentamente.

Aguilar era jóven, quizá demasiado para su cargo en el ejército; pero tan airosamente lo ejercía, que nadie se atrevía á hablar de ese defecto. No se guardaba el mismo silencio con respecto al altivo carácter del general comprobado por su aversion manifiesta á la princesa de los Ursinos, y la inquebrantable resistencia que oponía á la voluntad de la reina, omnipotente en el ánimo de su esposo Felipe V. Es verdad que la fortuna parecia no negar al conde fundamento para sus pretensiones de hombre necesario. En efecto, apenas dejó el mando del ejército, todo fueron desastres para las armas españolas: testigos eran de ello las jornadas de Balaguer y Zaragoza; pero desde que en un arranque de patriotismo y de hidalguía, las desdichas de la nacion le movieron á olvidar palaciegas intrigas, y á desenvainar otra vez la espada, el aspecto de la guerra cambió por completo. Merced al génio organizador de Aguilar los exíguos cuadros veteranos de las unidades tácticas, se habian nutrido de numerosos reclutas como por encanto: España tenia un nuevo ejército; y toda la indisputable pericia de los generales aliados no pudo mantener en Madrid al archiduque Carlos.

Por fin pareció terminar el coloquio de San Estéban, y haciendo Vallejo una seña á Salvador se acercó al general.

El conde acogió al dragon con una franca sonrisa.

—Bien venido, coronel,—pronunció;—¿cómo deja usted el campo de Taracena?

—En la mayor tranquilidad, mi general,—contestó Vallejo;—los ingleses de Stanhope no han manifestado en todo el día intención alguna de abandonar á Tendilla; y según el unánime aserto de la gente del país, no tienen á este lado del Tajuña ni un sólo destacamento de caballería.

—¿Qué ha oído usted con respecto á Staremberg?

—Una ligera variante á nuestras noticias de ayer. El generalísimo se ha vuelto, en efecto, á sus primitivas posiciones de la izquierda del Tajo; pero en vez de residir en Sacedon ha trasladado el cuartel á Córcoles.

—¿Qué significa eso?

—¿No podría significar, que renunciando á formar la retaguardia del ejército aliado, se propusiera guiar la vanguardia?...

—¡Diablo!... ¿si habrá usted acertado, coronel?

—En cuanto á Hamilton parece evidente que en los cortos movimientos que emprende no renuncia á la base de operaciones de Torija...

—Para obligarle á ello sólo espero una palabra de Vendóme. ¿Tiene usted algo más que decirme, coronel?

—Oh sí, mi general; tengo que pedirle una gracia...

—¿En qué consiste?

—En que si le es posible, acceda á los deseos del jóven bachiller Zurita, que tengo la honra de presentarle.

El conde fijó los ojos en el presentado, que se inclinó profundamente.

—Por lo demás,—añadió Vallejo;—no creo que el señor Zurita pueda necesitar mi apoyo, porque como mi general recordará, se trata de la persona que interceptó el pliego de Staremberg, merced al cual el duque

de Vendóme logró salir airoso de una situación comprometida.

—Ciertamente que lo recuerdo... ¿Y qué es lo que pretende el jóven bachiller?

Salvador se adelantó otro paso, y sin abuso de locuacidad, expuso al general en jefe el motivo que le llevaba á Usanos, en los mismos términos que empleó con el coronel.

Aguilar escuchó en silencio la breve peroración del estudiante, y acercándose acto continuo al escritorio donde estaban los ayudantes de campo, dijo á uno de ellos:

—Señor Cárdenas: extienda usted una orden al alcalde de Hita, para que ponga inmediatamente en libertad al presbítero don Pascual Merendon.

Como el despacho tenía pocas más palabras que las empleadas por el general, puede decirse que la redacción fué instantánea. El ayudante estampó en la orden el sello que estaba sobre la mesa, y puso la pluma en la mano de Aguilar.

El conde trazó su firma al pié, y alargó el papel al seminarista.

—Queda servido el señor Zurita;—dijo sencillamente.

—Ah, señor conde,—pronunció Salvador;—no sé cómo expresar á vuecencia mi profundo reconocimiento...

—Era lo ménos que podía hacer por quien tan buena partida ha jugado á los generales del archiduque.

Después despidió afectuosamente al bachiller, y enlazó la última palabra que le dirigió, con la primera que cambió con un brigadier que esperaba á corta distancia.

—Ya ve el señor Zurita, que obtengo á veces el don de profecía;—dijo Vallejo acompañando al bachiller hasta la puerta de la habitación.

—Y más que nada veo,—contestó Salvador,—que la influencia de vues-

tra señoría para con el general es tan decisiva como yo creía.

—¿Qué piensa usted hacer esta noche?

—Meditaba en ello...

—Si me preguntase usted mi opinión, no le aconsejaría que saliese de Usanos. Los viandantes nocturnos son sospechosos para ambos ejércitos; se lo puede probar á usted el mismo suceso de su protegido. No sería imposible que en vez de apresurar usted el feliz resultado de sus gestiones, solo consiguiera comprometerle.

—Tan completamente justifica el éxito las previsiones de vuestra señoría, que no seré yo quien las desoiga.

—En buen hora. Pregunte usted, entonces, por mi alojamiento, y tome en él posesion del lugar que mejor le parezca.

—Vuestra señoría me habrá obligado una vez más; — repuso Salvador.

No ofreció dificultad al estudiante encontrar en la calle quien le indicase la posada del coronel Vallejo, y como quiso la fortuna que la primera persona que viese en el albergue del jefe dragon, fuera el ordenanza que se hizo cargo de la mula, pudo instalarse en el local sin entrar en explicaciones.

Cuando una hora despues volvió el coronel acompañado de otros dos jefes, se sirvió la cena; y siendo un axioma de campaña, que siempre que el servicio deja de imponer actividad no debe desdesharse el reposo, cada cual se procuró recogimiento á los pocos minutos de terminada la colacion.

En cuanto á Salvador pasó la noche en un ancho sofá de paja colocado en el recibimiento, con una manta por abrigo, y un cojinete por almohada.

## XV.

### PARTIDA.

Cuando al astro central de nuestro sistema planetario le plugo al dia siguiente asomarse al hemisferio de que forman honrosamente parte los campos alcarreños, la primera persona que debió divisar en el camino de Usanos, fué Salvador Zurita, á horcadas sobre el cuadrúpedo de don Pascual, y con el rostro radiante de esperanza.

La idea de que iba á presentar á los espantados ojos de don Lesmes Perogordo, el precioso autógrafo del conde de Aguilar, alegraba el corazon del estudiante. El alcalde de Hita podria convencerse de que no habia tratado con un vulgar desvalido.

Por otra parte, la gentil Elvira, le deberia un nuevo favor; la hermosa Amanda le dispensaria su gratitud; y el mismo doctor Merendon, de bueno ó mal grado, habria de quedarle obligado, y en situacion embarazosa para los alardes insoportables de jaectancia superioridad á que parecia tan inclinado.

La risueña série de ideas que animaba el magin de Salvador, acabó por animarle tambien los talones que hirieron los flancos de la cabalgadura.

—¡Anda, anda, animal! — exclamó; — bastante has meneado las quijadas triturando la cebada de los corceles del coronel Vallejo; justo es que ahora menees las pueñas.

La mula, por lo visto, no ponía en duda que fuese perfectamente racional el argumento que se la hacia, porque movía las piernas con un ligero paso de andadura, capaz de avergonzar el trote de muchos caballos.

En dos horas de marcha oblicua en sentido occidental para evitar el territorio de Torija, ganó Salvador el

valle de la Bardera, y se dispuso á escalar las opuestas lomas desde las cuales podia distinguir las campiñas de Tórtola y de Hita.

En el fondo del valle, el seminarista alcanzó un carro tirado por dos mulas, cuyos collares colmados de cascabeles y campanillas acompañaban con su sonoro retintín la salmodia que una voz entonaba en lo interior del vehículo.

Preocupado Salvador con sus pensamientos no miró en el carro otra cosa que su volumen para apreciar el espacio de camino que debería cederle, y picó á la mula con el objeto de pasar de largo; pero de repente le azotaron el tímpano estas palabras pronunciadas por un potente acento juvenil:

—¡Vaya con Dios el bachiller Zurita, ya que parece no aceptar la compañía de antiguos camaradas!...

Salvador volvió la cabeza, y se encontró en presencia de un condiscípulo del seminario, que puesto en pié, contemplaba el accidentado terreno del valle con los brazos apoyados en el listón superior del carro como en el antepecho de un balcón.

—¡Miguel Arenal!—exclamó.

—*Tú dixisti*;—contestó el del carro:—y si no te basta con el Arenal que se interpone en tu camino, aquí tienes también una Laguna.

—¡Quién me llama!—pronunció otra voz.

Y apareció una segunda cabeza.

—¡Ah!... Pedro Laguna...—repuso Salvador.

—Ya ves,—añadió Arenal;—que podrías tener suficiente auditorio si en pleno valle de la Bardera te pluguiese continuar ejerciendo tu honroso cargo de repetidor de las recitaciones del padre Gorostiza.

—Contigo perdería aquí el tiempo ni más ni menos que en el seminario,

distraído sempiterno... ¿Recuerdas la contestación que me distes el día en que te pregunté la tesis trascendental de las perturbaciones que en la familia y en el orden social pueden introducir los diablos *sucubo é incubo*?.. Hé aquí tus palabras: «Beatriz es una dama de alto rango, y Flora es una bolera; pero se ha dicho que las cortesanas únicamente se diferencian de las bailarinas en que las primeras se escotan el traje por arriba hasta donde las segundas se le escotan por abajo... Por lo demás, cualquiera de las dos me conviene.»

—¿Y llamas á eso distracción?... ¡Ah filósofo superficial entre los superficiales filósofos!... Ven con nosotros á Tórtola, y en la tradicional hostería del tío Pajaritón, entre dos vasos de ponche contrabandista, te explicaré satisfactoriamente lo que te parece inexplicable.

—¡A Tórtola!.. ¡libreme Dios!—exclamó Salvador;—no quiero entablar relaciones con los ingleses ni con los portugueses.

—Si no tienes otro inconveniente que el del encuentro de esos pseudo-prógenos, nuestro conductor puede ilustrarte... Hola, maese Samuel... ¿Qué ha dicho á usarced hace un cuarto de hora su compadre Mateo?

El conductor se quitó la pipa de la boca, expulsó una catarata de saliva, y contestó:

—Que al salir de Tórtola esta madrugada, no quedaba en el pueblo ni un soldado extranjero.

—¿Y es hombre de fé el compadre Mateo?—repuso Salvador.

—¡Bah! es todo un cristiano;—añadió Samuel.

—Ya lo oyes, bachiller,—dijo Arenal;—puedes tranquilamente emborracharte en casa de Pajaritón.

—Bien sabes que no tengo ese vicio.

—Si empinar el codo fuera vicio, seguramente que no te faltaria, hipocriton.

—Por otra parte, mis perentorias ocupaciones...

—¿A dónde vas?

—A Hita.

—Perfectamente: Tórtola es camino directo.

—No digo lo contrario; pero mi detencion es imposible.

—¿Ni siquiera has de echar pié á tierra para calentarte el estómago?

—Le he sacado caliente de Usanos.

—¡Cuerpo de tall!... pues ya ha tenido tiempo de enfriarse.

—Además, te confieso que no las tengo todas conmigo.

—No falsifiques la verdad, bachiller; á tí no te inspira temor el mismo Belcebú.

—Pues ahí verás lo que son las cosas; en cuanto tú pruebas el aguardiente, ya estoy temblando... ¿Cuántas veces te ha aporreado, pobre Laguna?

—Que se guarde bien de intentar-lo;—respondió el aludido:—tenga entendido que lo que él regalase en cachetes le sería devuelto en patadas.

—Eso es lo único que tu podrás dar, deslenguado;—replicó Arenal.

En aquel momento Salvador, que debia á la Providencia la más sensible de las retinas, frunció el ceño al distinguir un ginete que avanzaba por el camino de Torija. O el pensamiento dominante le turbaba el seso ó aquel viajero era Dick.

Desde entonces dejó de tener conciencia el bachiller de lo que contestaba á sus dos discípulos. Fijos los ojos y la mente en el ginete, le vió llegar á la encrucijada de las vias, vacilar algunos instantes, y tomar por fin la ruta de Tórtola.

Salvador no tenía necesidad de in-

quirir de dónde venia Dick ni á dónde iba. Lo que se preguntaba con cierta inquietud era la graduacion de eficacia que perderia la órden del conde de Aguilar cuando don Lesmes Perogordo ó el Concejo en pleno la pusieran en paragon con el despacho contradictorio de lord Hamilton.

Atendido el carácter del alcalde de Hita, surgia el no imprevisible, pero amenazador incidente, que habia de ser un nuevo gérmen de dificultades, dilaciones y contrariedades.

¿No habia medio de conjurar la tempestad, ya que por una providencial coincidencia se realizaba aquel encuentro? Hé aqui lo que era preciso examinar. A la volcánica imaginacion de Salvador se ofreció desde luego el embrion de un plan; pero confuso, informe, vago... No habia que desconfiar, sin embargo: el tiempo y las circunstancias harian la luz en aquel caos. Por lo pronto todo consistia en no perder de vista al inglés: cuando la ocasion se presentase se la asiria por su único cabello.

Tan visible era la absoluta preocupacion de Salvador, que Arenal acabó por gritarle como se hace con un sordo:

—Pero atiende, bachiller.; ¿qué mala mosca te ha picado?... tienes ojos y no ves; oidos y no oyes...

—No denigres tu irresistible elocuencia, y tu cordial amistad,—contestó Salvador;—esas son las únicas malas moscas que me han clavado su agujon.

—¡Ahora me propones un problema con dos incógnitas!... ¡desgraciado!... ¿olvidas mi aversion á las matemáticas en general, y al álgebra en particular?

—Las incógnitas están despejadas. Demasiado puedes echar de ver que hemos pasado la bifurcacion del camino, y que conforme á tus deseos

he tomado la direccion de Tórtola.

—¡Ah, muy bien!... ¿De manera que te sumergirás en la misma ponchera que nosotros?

—De eso no puedo darte palabra.

—¡Geroglífico!

—¡Pues!...

—¡Logogrifo!

—¡Bah!

—¡Esfinge!

—¡Pse!...

—¡Ah!... ¿volvemos al lenguaje de los monoslabos? En China podrá ser el usual; pero en España solo es el de los mudos ó el de los inciviles. ¡Levántate, Laguna!... ayúdame á despertar á ese somnábulo... Mas ¡á buen sugeto acudo!... ¡desperézate líron de Atienza!

Laguna bufó más bien que dijo:

—No me muerdas, Miguel; ó cuida-do con mis uñas.

—El mismo cuidado me dan á mi tus uñas, que las barbas de tu prima Rafaela.

—Voy á decirla que te permites hablar de sus barbas...

—Te lo prohíbo.

—Para que te ponga en el arroyo.

—Te exigiria una satisfaccion.

—Bastaba que tu me la exigieses para que yo no te la diese..

—Sabria obligarte á ello.

—¡A que nó... camorrista!

—¡A que sí... provocador!

La nueva disputa dejaba libre á Salvador, que procuraba ajustar el paso de su mula al del caballo de Dick, del mismo modo que el carretero acomodaba el de sus béstias al de la cabalgadura del seminarista.

La distancia que separaba á los viajeros del pueblo, disminuía rápidamente; pero la mayor vegetacion y las cercas dificultaban la vision constante del inglés. Por fortuna su corcel era pío, y apenas desaparecia el obstáculo que por intervalos le ocul-

taba, se dejaba reconocer sin riesgo alguno de ser confundido con otro.

A todo evento, no obstante, convenia á Salvador acortar el espacio que entre él y Dick mediaba. Las primeras casas del lugar iban á ocasionar eclipses más peligrosos, alguno de los cuales pudiera llegar á ser total. Es cierto que el escolar aventuraba el descubrimiento de su persecucion; pero este inconveniente siempre era menor que el de la desaparicion del isleño.

El bachiller Zurita fué acelerando el trote de su mula: y la obligó á levantar el galope, cruzándola las ancas de un latigazo, en el momento en que Dick volvió la esquina de la calle del pueblo que enlazaba con la carretera.

Arenal y Laguna comenzaron á dar gritos á Salvador á que éste contestó con ademanes, que lo mismo podian tender á tranquilizarlos con respecto á las intenciones que determinaban la carrera, que á decirlos que le siguiesen.

El carretero, aunque de mala gana, tuvo que resignarse á ceder á las vivas exigencias de los dos estudiantes, y enarboló tambien el látigo.

La mula de don Pascual penetró en la calle de Tórtola como una pelota de bombarda; pero la mirada de Salvador ya no encontró al inglés.

El bachiller llegó al extremo de la via pública, y torció por la inmediata á la ventura. Idéntica ausencia de Dick. Despues siguió un callejon: más adelante atravesó un corto prado y otra nueva calle. El inglés continuaba invisible. La ira estallaba en el corazon del estudiante. Preguntó á los escasos transeuntes por el gine-te de un caballo pío, lamentándose de no haberlo hecho ántes: nadie supo darle razon del objeto de tan apremiantes investigaciones.

Próximo á darse ya á todos los demonios, Salvador desembocó en la plaza. El rostro del jóven se serenó repentinamente.

Acababa de ver el caballo de Dick atado por la brida á la reja de una casa, sobre la puerta de la cual se leía en gigantescos caracteres la palabra *Hostería*.

—¡Si!—exclamó Salvador con fé profunda:—existe un Dios para los seminaristas.

Y saltando en tierra ató el bridon de la mula en una de las argollas de la puerta de la hostería; y desde el zaguan asomó á la parte interior la fina cabeza.

La sala receptora del establecimiento tenía ocho mesas, en su mayor parte ocupadas por manducantes ó bebedores. En la segunda, del lado derecho, Salvador distinguió inmediatamente á Dick, absorto en la contemplacion de un enorme tazón de leche, donde empapaba anchas rebanadas de pan cubiertas de reluciente manteca.

El estudiante volvió á retirarse pausadamente de la puerta con el índice de la diestra entre los dos ojos. El problema estaba planteado con suficiente número de datos: la resolucion, por lo tanto, no debía ofrecer dificultad.

Alguna circunstancia, sin embargo, faltaba á Salvador para proceder desde luego á la ejecucion de su proyecto; porque tendió por la plaza la impaciente mirada, y más de una vez hirió la tierra con los piés.

Solo al escuchar en la calle inmediata las campanillas del carro de Samuel y de sus compañeros, pareció calmarse la agitacion febril de Salvador.

—¡Por fin!...—murmuró.

Y se lanzó al encuentro del vehiculo.

Cuatro minutos despues, Dick que

con una calma verdaderamente británica, saboreaba sorbo á sorbo la excelente leche de las vacas de la Alcarria, vió llegar dos jóvenes estudiantes y tomar asiento sin cumplimiento alguno á la misma mesa en que él se encontraba.

El inglés arrugó el entrecejo. Convenia en que sobraba espacio para tres personas, pero no le pareció cortés aquella preferencia cuando habia otras dos mesas desocupadas.

—¡Ponche contrabandista hirviendo!—gritó el más alto de los dos estudiantes al dependiente del establecimiento.

—No sé que es eso, Miguel:—dijo el otro escolar.

—¿Sabes lo que es café, inocente Pedro?

—Ya lo creo.

—¿Conoces el azúcar?

—¡Toma!

—¿Has visto huevos alguna vez?

—¡Vaya!

—¿Ha llegado á tu noticia lo que es aguardiente?

—¡Cáspita!

—Pues ya sabes lo que es ponche contrabandista.

—Con tal que me guste...

—Preciso será; porque me gusta á mí.

—Con tu permiso, esa tiránica razon no me convence del todo... Por otra parte el nombre que lleva tu bebida no predispone en su favor á los que tenemos la costumbre de observar los bandos... Dime, Miguel; ¿por qué se llama así?...

—Por la misma razon que tu pueblo se llama Atienza.

—¡Qué cosas tienes!

El mozo de la hostería se acercó conduciendo una descomunal ponchera, del fondo de la cual brotaban llamas y columnas de humo, como de uno de los respiraderos del Etna.

Miguel recibió la bandeja batiendo con ambas manos sobre la mesa una sonora marcha granadera.

Dick, que veía bailar sobre la tabla la jarra y la taza que le habían servido, daba de corazón á todos los diablos al estrepitoso estudiante.

A Miguel le faltó tiempo para llenar de ponche dos vasos, y apurar el suyo de un trago, no obstante la elevada temperatura del líquido que contenía.

En cuanto á Pedro, cuando hubo bebido la mitad del ponche, retiró el vaso de los labios é hizo una mueca. Volvió á la carga, sin embargo, hasta agotar el resto; repitió la mueca, soltó el vaso y acabó por decir:

—Miguel; este brebage no me agrada...

—Eso no obstante, le has apurado,  
—contestó Miguel sirviéndose otro vaso.

—Tenía sed.

—¿La tienes todavía?

—Sí.

—Pues continúa bebiendo.

—¡Hum! preferiría otra cosa...

—¿Qué cosa?

—¡Placer de damas!...

Miguel, que estaba absorbiendo el último tercio de su vaso, experimentó un acceso tal de irresistible y franca hilaridad, que el ponche salió á la vez por la boca y por las narices, saltó sobre la mesa, inundó al inglés, y hasta se introdujo en su taza de leche.

Querer describir la extravagante expresion que tomó el rostro de Dick, sería intentar lo imposible. No hay pluma, acaso ni pincel, que diseñe en la fisonomía humana la síntesis de la sorpresa, la indignacion, el escándalo y la indecision.

Tan sería fué la falta, que el mismo Miguel se creyó en la obligacion de decir al inglés:

—Dispensa, buen mozo; reconozco que mi carcajada no ha sido del todo seca... ¡Pero qué remedio tiene!... Los anteojos de mi compañero son capaces de hacer estornudar á un salmonete.

La familiaridad con que el inglés se vió tratado, le acabó de llenar el costal de guijos. Dick fijó los ojos con altanería en los del estudiante y le contestó con el grado más superlativo de la dignidad británica:

—No sé, señor mio, si hay más inconveniencia en el acto de expulsar los líquidos como un cetáceo sobre las gentes, ó en el de hablar á los desconocidos en segunda persona del singular... sobre todo en modo imperativo.

Miguel se retorció el bozo que empezaba á sombrearle el labio superior, miró á Dick de arriba á abajo y pronunció con la mayor insolencia:

—Oye, mirlo extranjero; cuando un aragonés de mi cuño ofrece una disculpa, siempre cree que ha hecho más de lo que debe. ¿Quién eres tú para darme lecciones de gramática castellana, insoportable pedanton?... Ten entendido que estás hablando con quien es muy capaz de envolverte en las nueve partes de la oracion y despues enviarte á paseo de un punta-pié en el hueso cóxis.

Dick se levantó con la taza en una mano y la jarra en la otra. Por un momento tuvo la intencion de encasquetar ambos cacharros en la cabeza del escolar; pero la prudencia dominó al belicoso instinto y se limitó á contestar con desden supino:

—¡Vaya al diablo el borracho!

Acto continuo volvió la espalda al estudiante y buscó con la vista otra mesa más hospitalaria.

Pero en el instante en que tornó la cabeza, el tricornio de Miguel, lanzado por la mano de éste con pujante gallardía, arrebató al vuelo el de Dick,

y ambos fueron á caer sobre una fuente de callos que acababa de ser servida en la mesa inmediata, no sin derribar al paso con estruendo todas las botellas y vasos que la rodeaban.

Inútil parece añadir que se levantó una tempestad de reclamaciones entre los honrados paisanos que iban á dar principio á su almuerzo, cuando estupefactos le vieron corregido y aumentado por aquellos nuevos manjares, que si bien no podía decirse que estuvieran desprovistos de grasa, no era precisamente la que requería el especial condimento de los callos de vaca.

A continuacion del sombrero llegaron las dos garras de Miguel, que asiendo á Dick por los hombros le obligaron á dar media vuelta á la derecha.

—¡Atrévete á repetirme frente á frente la última palabra que has pronunciado!—dijo el estudiante.

—No es necesario,—contestó Dick; —la está repitiendo vuestro aliento, que parece exhalarse de un tonel de aguardiente.

—¡Ah!... ¿la sostienes?... Está bien, John Bull; vas á experimentar el peso de dos puños españoles. ¡Campo libre!

—No hagas tal cosa, Miguel,—exclamó Laguna;—ese renegado llevará armas ocultas; probablemente será un espía del enemigo...

—¡Un espía!

—Podría jurarse. ¡Al espía!... ¡Al espía!...—gritó la chillona voz de Pedro Laguna.

—Lo averiguarémos...

—¡Al espía!...

—Le registrarémos.

—¡¡Al espía!... ¡¡al espía!—repitió Laguna vociferando como un energúmeno, y arrojándose por encima de la mesa para caer más pronto sobre el breton.

Tres ó cuatro paisanos se habian

levantado al mismo tiempo; pero el primero que saltó al cuello de Dick, fué Salvador Zurita, presentado de repente en la escena como por escotillon.

Antes de que el inglés pudiera darse cuenta de aquella colectiva agresion, se vió sujeto de piés y manos, zarandeado, aporreado, levantado en alto y extendido sobre una mesa.

Los asaltadores no se tomaron el trabajo de desnudarle de la túnica, se la arrancaron por pedazos.

En aquel vandálico botín de girones, Salvador se arregló de manera que vino á sus manos todo el trozo correspondiente al costado izquierdo. Allí encontró un bolsillo, de cuyo fondo extrajo dos objetos; el primero era una bolsa de seda, que por entre sus mallas dejaba ver el brillo de buena porcion de monedas de oro y plata; el segundo consistía en una cartera de cordoban.

Apénas la entreabrió el bachiller, se ofreció á sus ojos la orden suscrita, por Lord Hamilton, para la detencion del alcalde de Brihuega. El documento pasó instantáneamente á ponerse en contacto con el del conde de Aguilar en el campo neutral del jubon de Salvador.

Dick, entre tanto, pateaba en la mesa, rugía, juraba.

—¡Si se realizará el mal agüero del buho de Hita!...—pensó con horror; —¡si estos miserables acabarán por ahorcarme!...

Como si la enunciacion de tan poco satisfactoria idea hubiera evocado al génio siniestro que fulminó la amenaza, los desencajados ojos del inglés vieron surgir sin duda del infierno el fatídico semblante de Salvador entre las cabezas que le rodeaban.

—¡Ah!...—pronunció;—¡estaba aquí Zurita!... ¡todo me lo explico!...

—La explicacion no era difícil,—

contestó Salvador; — ¡jugábamos una empeñada partida y Dick la ha perdido! No hay más ni menos.

Y arrojó al inglés la bolsa y la cartera.

El isleño, que había conseguido desembarazar su mano derecha, cogió al vuelo la bolsa y la oprimió con invencible energía entre los crispados dedos.

El tumulto no se calmaba; los gritos atronaban el espacio; las sillas y bancos yacían en el suelo; los servicios de las mesas volaban en todas direcciones.

En vano el dueño del establecimiento, que veía comprometida su reputación, se esforzaba en restablecer la tranquilidad auxiliado de dos dependientes. A cada momento acudían nuevos espectadores atraídos por el estruendo, muchos de los cuales se convertían en actores, apenas se enteraban de que la causa del movimiento popular era el hallazgo de un espía extranjero.

La hostería del tío Pajariton había llegado á ser un aquelarre en sábado.

De repente, un largo garrote se cernió sobre el grupo de paisanos que cercaba á Dick, y lo que fué más significativo, descendió con cierto vigor sobre diferentes costillas, áun á riesgo de romper alguna.

Nadie, sin embargo, se reveló contra el procedimiento, porque el garrote que le empleaba era la vara de la justicia.

En efecto, el alcalde del pueblo y los alguaciles del municipio estaban al fin en la hostería.

Dick pudo sentarse sobre la mesa, rodeado de cascos de platos y botellas, jadeante, con los cabellos erizados y el rostro magullado.

El alcalde reclamó silencio, interrogó, se enteró.

Unos atribuyeron á dos estudiantes

el origen de la pendencia; otros le hablaron de tres.

La autoridad local exigió que se le presentasen los estudiantes.

Inútil fué buscarlos; ni tres, ni dos siquiera aparecieron por ningun lado.

En la Alcarria, como en algunas otras partes, la autoridad llega siempre tarde.

## XVI.

### REVANCHA.

Al cruzar Salvador como un desencadenado huracan trigos, viñedos y olivares, animando á la mula con la voz, con el látigo y con los talones, difícil le hubiera sido contestar al que le preguntase si le corría más prisa llegar á Hita que alejarse de Tórtola.

La conciencia no remordia al bachiller en lo más mínimo con respecto al atropello personal que acababa de consumir, circunstancia que podría ser un simple efecto de la perversion del sentido moral; pero el pensamiento le decía que había realizado un acto punible, por lo ménos, ante los tribunales ingleses, y urgía sustraerse á su jurisdicción.

Afortunadamente la justicia inglesa en España, tenía el mismo carácter nómada que la de las errantes tribus de los desiertos de la Arabia. Todo, por lo tanto, consistía en evitar el encuentro de una de las carabanas que llevaban consigo esa justicia.

Por espacio de más de hora y media, Salvador avanzó incesantemente oblicuando hácia su izquierda. Sabía que aquella direccion retardaba la llegada á Hita; pero la prudencia había sidó el pié forzado en todo el viaje.

No tuvo por cierto ocasion de arrepentirse. En la llanura del Berrocal, á media legua escasa de la senda que seguía, la vista perspicaz del estudian-

te, distinguió grandes masas de hombres y caballos, que en su inmovilidad acusaban un alto momentáneo. La profusion con que el color rojo reflejaba los rayos solares, hizo comprender á Salvador, que á caminar por la ruta ordinaria, hubiera indefectiblemente dado con una de las precitadas carabanas.

¿A dónde se dirigia lord Hamilton? ¿Tornaba á Tórtola? ¿Se correria á Torija? ¿Marchaba sobre Hita? De las tres hipótesis, acaso la última fuese la más probable, y era preciso no dejarse ganar por la mano.

El adolescente continuó su camino con empuje tan vigoroso, que no tardó en llegar al sitio en que hizo conocimiento con el rondin del brutal sargento Parrondo y del papanatas cabo Botija.

Al cuarto de hora volvia Salvador á entrar en Hita del mismo modo que habia salido el día anterior; esto es, ladrado por los canes y silbado por los rapaces. Tal vez fuese circunstancia peculiar de aquel pueblo.

El bachiller dejó ante todo la mula en la posada, y sin perder despues un momento se encaminó á la casa del Concejo en busca de don Lesmes Perogordo.

En vano recorrió Salvador la sala principal y las oficinas. El alcalde no estaba en ellas.

Para colmo de contrariedad, tampoco hallaba el estudiante persona alguna de quién poder informarse. Por fin le ocurrió penetrar en la escuela, y allí logró encontrar un individuo escualido, vestido, ó cosa parecida, con un raído traje de indiana, lo cual nada tenía de particular, por cuanto corría el mes de Diciembre.

—¿Dónde está la justicia?—preguntó Salvador á aquel personaje.

El maestro, porque no era otro el interpelado, contestó con un acento

tan vago como la extraviada visual que se le caía de los ojos:

—Señor forastero: en este pueblo no hay justicia... Si vuestra merced pregunta por el alcalde, eso es diferente: el sugeto en cuestion, habita en la casa situada enfrente de la iglesia.

Al bachiller no le sobraba el tiempo para entrar en explicaciones. Por otra parte, no eran necesarias; el tipo que tenía delante, parecia ser la personificación del *hambre de un maestro de escuela* retribuido con fondos municipales. El traje del profesor podria tener dos veranos é invierno y medio; luégo hacia diez y siete meses que el propietario no cobraba una paga, circunstancia atenuante para el caso en que fuere acusado de no enseñar á los alumnos otra cosa que las propias carnes en el órden físico, y la virtud de la paciencia en el órden moral.

El estudiante bajó los escalones de dos en dos, y volvió á salir á la plaza, buscando en la torre de la iglesia la estrella polar que le indicase la direccion conveniente.

Una afortunada coincidencia le evitó el trabajo que iba á tomarse. Don Lesmes Perogordo apareció en el ángulo de la calle central.

La fisonomía del digno alcalde tomó la más benévola de las expresiones al distinguir á Salvador.

—Bien venido el señor bachiller:—pronunció.

—Salud y prosperidad para el señor alcalde:—contestó el seminarista.

—Agitado parece su merced.

—Siempre se camina de prisa cuando vá á practicarse una buena obra.

—¿El señor Zurita, segun eso, ha salido airoso en su empeño?

—Creo que se lo aseguré al señor Perogordo.

—Lo reconozco; no es favor, por lo visto, lo que falta á vuestra merced cerca del conde de Aguilar.

—Cuando se trata de que el señor conde adopte una disposicion justa, es innecesario el favor que con él pueda disfrutarse.

—Me complazco en observar las buenas ausencias que al señor bachiller merecen sus amigos; porque como creo contarme en el número de ellos, espero que con nadie trate de malquistarme.

Salvador, que no prestó la mayor atencion á la observacion de Perogordo, le dijo con cierta indolencia:

—¿Quiere el señor alcalde enterarse de los términos en que está la órden de excarcelacion de don Pascual Merendon?

—Podrá exhibirla vuestra merced en la sala de cabildos: el fiel de fechos ha de anotarla en su registro.

Y los dos interlocutores, suspendiendo el breve diálogo que habian tenido en medio de la plaza, se encaminaron á la casa consistorial.

Una vez en el salon del piso principal, Salvador sacó dos pliegos del bolsillo, pasó la vista con una sonrisa irónica por el que suscribia el noble lord Hamilton, volvió á guardarle, y entregó el otro á Perogordo.

El alcalde desdobló el despacho y le deletreó sin perder punto ni coma.

Como más bien que por un español, parecia redactado por un espartano, el deletreo no pudo ser largo.

—¿Parece á vuestra merced que está en regla el documento?—preguntó Salvador.

—En toda regla;—contestó Perogordo.

—Ahora solo me falta rogar al señor alcalde que inmediatamente disponga lo conveniente con el fin de que el doctor Merendon recobre su libertad.

—Tendré la mayor satisfaccion en complacer al señor bachiller Zurita.

—Enhorabuena. ¿Puedo contribuir

en algo por mi parte á que esa satisfaccion tenga lugar en el acto?—añadió el estudiante sin dejar respirar al alcalde.

—El mismo señor Zurita dará la primera noticia á don Pascual, del cambio de su situacion.

Perogordo empezó por llamar al corchete Corchado; pero no haciendo resonar un timbre ni tirando del cordón de una campanilla, ni agitando la que debiera haber en el escritorio; sino de una manera más primitiva, abriendo la puerta, y pronunciando á gritos el nombre del apelado. Este, sin embargo, no contestó, y el buen alcalde hubo de resignarse á continuar su peregrinacion por los pasillos, enfilando en ellos con las manos, á guisa de bocina, el poderoso acento que debia á la naturaleza.

Entre tanto, Salvador creyó advertir movimiento en la plaza, y se acercó á una de las ventanas. Várias personas cruzaban á la carrera por delante de la casa consistorial, y una mujer que con la rueca en la mano habia salido á la puerta del tugurio que habitaba, preguntó á un mozo de los más corredores:

—¿Qué pasa, Nicanor?

—¿Que vienen los monos sábios!...

—contestó el rapaz sin detenerse.

Salvador palideció. Los paisanos llamaban monos sábios á los indígenas del reino unido de la Gran Bretaña é Irlanda, quizás á causa del rojo color del vestuario.

Casi al mismo tiempo dos honorables concejales penetraron en el salon por la puerta que comunicaba con la escuela, con la misma pacifica medida conque hubieran podido penetrar dos cascos de homba.

El alcalde, que por fin habia dado con el alguacil, volvió á presentarse en el salon.

—¡La série de nuestras tribulacio-

nes se reanuda, señor don Lesmes!...  
—se apresuró á decir el que parecia más fogoso de los dos concejales.

—¡Cómo!... —exclamó Perogordo abriendo un palmo de boca.

Iba á continuar el concejal, cuando Salvador, presa de una impaciencia febril, se interpuso sin el menor miramiento entre él y el alcalde, diciendo con volubilidad:

—Me parece que el señor Perogordo obrará cuerdamente ultimando mi asunto, que es el que tiene entre manos, ántes de engolfarse en el conocimiento de otros nuevos. Es sabido que el método facilita el despacho.

—En efecto;—contestó el alcalde:—señor Corchado, acompañe usarced al señor Zurita á la habitacion que ocupa don Pascual Merendon, y...

El interrumpido concejal no pudo contenerse más tiempo, y replicó con impetuosidad:

—Los negocios que los individuos del Concejo vienen á consultar con el señor alcalde, tienen más importancia y más urgencia que las que haber pudieren las cosas del tal señor Zurita.

—¿Con qué derecho,—exclamó indignado Salvador,—se entromete vuestra merced á decidir acerca de los grados de importancia y urgencia de asuntos que no conoce?

—¡Señores!... —pronunció Perogordo extendiendo la mano con dignidad.

—Los alcaldes,—prosiguió el concejal;—deben su atencion preferente á los intereses que afectan al pro-comunal, y jamás como hoy se habrá encontrado el pueblo de Hita en circunstancias...

—Señor Perogordo,—repuso el estudiante;—sírvasse vuestra merced acabar de comunicar al alguacil Corchado la orden que tiene que cumplir.

—Así lo haré, señor bachiller; pe-

ro ¡cáspita! le recomiendo un poco de calma... ¿Qué mal podia haber, despues de todo, en que el señor concejal Berrinche pronunciara algunas palabras?

—Especialmente,—añadió el concejal:—cuando esas palabras tenían por objeto hacer saber al señor alcalde, que acaba de llegar á Hita la vanguardia de una division del ejército aliado.

Salvador dió una patada en el pavimento.

—¡Una division inglesa!—exclamó Perogordo consternado.

—Inglesa ó rusa... ¡quién diablos sabe eso!—respondió Berrinche;—la pobre Alcarria es hoy el refugio donde se han dado cita todos los renegados de las cuatro partes del mundo.

—¡Señor Don Lesmes!...—gritó Salvador exasperado;—¡esa orden!...

—¡Pero no lo oye el señor Zurita!...—dijo el alcalde compungido;—¡tenemos encima á los ingleses!...

—¿Y qué relacion puede haber entre ambas cosas?

—¡Cualquiera diria que el bachiller Zurita descende en este momento de la luna!

El alcalde se acercó á los dos concejales y añadió:

—Refiéranme vuestras mercedes cuanto sepan; ilustren mi entendimiento; sustenten mi voluntad...

Los temores de Salvador se habian realizado; la llegada de las tropas extranjeras volvia la incertidumbre al ánimo de Perogordo. Acaso hasta la incertidumbre era una máscara. Pudiera haber formado el vergonzante propósito de no poner en libertad al doctor Merendon; de esta manera cumplia al mismo tiempo con el conde de Mahoni y con lord Hamilton; para cumplir tambien con el conde de Aguilar, alegando la excepcion de fuerza mayor, solo se trataba

de ganar algunos cuartos de hora... tal vez ménos que eso...

Pero la gramática parda de un alcalde de montera no podia competir con la gramática general de un seminarista de Sigüenza.

Salvador adoptó su resolucíon, recogió todas las fuerzas del espíritu, se dirigió á Perogordo y le dijo poniéndole una mano sobre el hombro:

—¡Una breve explicacion, señor alcalde!...

Don Lesmes, que departia en voz baja con los concejales, se volvió murmurando con indulgencia:

—Y bien, señor Zurita...

—¿Ha recibido vuestra merced órden formal del conde de Aguilar para la excarcelacion de don Pascual Merendon?

—Bien lo sabe el señor bachiller...

—¿Ha recibido tambien vuestra merced, despacho contradictorio suscrito por lord Hamilton?

—Confieso que no...

—Si el general inglés, por consiguiente, inculpa dentro de una hora á vuestra merced por haber puesto en libertad al alcalde de Brihuega, ¿no deberá vuestra merced considerarse exento de responsabilidad al enseñarle la órden anterior del general español, única hasta entónces recibida?...

—Lo reconozco así...

—Pues bien; no aplace un momento más vuestra merced la excarcelacion del doctor.

—Pero...

—Si todavía la resiste, todos sabremos á qué atenernos... Vuestra merced quedará indeleblemente filiado en el ignominioso padron de los súbditos de Carlos III... Yo me habré convertido en el más irreconciliable enemigo de vuestra merced...

—¡Señor Zurita!...

—Y le juro por la salvacion de mi

alma, que el dia harto próximo en que las tropas españolas entren en Hita, ha de ver con espanto don Lesmes Perogordo hasta dónde llegan los enojos del altivo conde de Aguilar, y hasta dónde alcanzan los rencores del vengativo hijo de Gaspar Zurita...

Perogordo estaba tan trémulo como si hubiera sido acometido de un violento acceso de corea. Los argumentos *ad terrorem*, empleados por Salvador, habian producido todo el efecto apetecido.

—Dios no permitirá que llegue ese caso,—balbuceó el alcalde.

Y volviéndose al alguacil continuó:

—Decia á usarsed, señor Corchado, que ponga en libertad á don Pascual Merendon, y le preste cuantos servicios le demande para que pueda trasladarse al punto que estime conveniente... ¿Está satisfecho el señor bachiller?...

—En toda regla;—respondió brevemente el estudiante.

—Hé aquí la mano del obligado antiguo amigo de don Gaspar...

Salvador tocó la mano que se le ofrecia, y corrió detrás del alguacil hasta que pudo correr delante.

En los momentos en que el jóven estudiante salia de la estancia, desembocaba en la plaza un numeroso peloton de ginetes de verdes uniformes.

Los tres miembros de la corporacion municipal, se asomaron á las ventanas para contemplar con lánguidos ojos aquella bulliciosa muchedumbre que la Providencia habia excluido de las plagas de Egipto, para poder sin duda desencadenarla en la plenitud de la integridad sobre la jurisdiccion de Hita.

El ruido que de la plaza se elevaba, motivado por la incesante llegada de nuevos soldados y de nuevos curiosos, no impidió á los concejales escuchar

en la escalera el retintin sonoro de las espuelas y de las espadas.

Perogordo seguido de los concejales se adelantó hácia la puerta, con la cabeza descubierta para recibir á los visitantes.

Tres eran éstos: un jefe superior, un ayudante de campo y un oficial del cuerpo que estaba en la plaza.

El jefe llevaba puestos unos redondos anteojos verdes del diámetro de un peso fuerte; y como no sería imposible que tan extensas vidrieras impidieran al lector reconocer al individuo que detrás de ellas se ocultaba, añadiremos que era el brigadier Folgueira.

—¡El alcalde del pueblo!—pronunció el brigadier con rotunda frase apenas afirmó los robustos piés en la sala del Concejo.

Don Lesmes contestó inclinándose:

—Es la persona que se considera particularmente honrada al ofrecer sus respetos, y al dirigir la palabra á vuestra señoría en este momento.

—Me congratulo de no tener que imponeros pena alguna por no estar en vuestro puesto como me he visto precisado á hacer con el alcalde de Valdenoches.

—Páreceme que vuestra señoría no ha de llevar á mal que yo tambien me congratule por esa feliz circunstancia.

—¡*Congratulámini!*—murmuró entre dientes Berrinche, que por lo visto no ambicionaba sustituir al alcalde en ausencias y enfermedades.

—¡La divisjon necesita etapas!—repuso bruscamente Folgueira.

—Con tal de que no sean muchas...

—Una bicoca.

—Tanto mejor, señor general,—dijo Perogordo, que no entendiendo una palabra en punto á insignias del ejército portugués, no queria quedarse corto.

—Cuatro mil raciones de pan.

—¡Eso es grave!—pronunció el alcalde poniéndose blanco.

—Otras cuatro mil de carne.

—¡Eso es muy grave!—añadió don Lesmes cambiando su anterior color por el rojo.

—Cuatro mil más de vino.

—¡Eso es gravísimo!—replicó Perogordo pasando al tinte cárdeno.

—Y ochocientas de cebada.

—¡Eso no puede ser más grave!—articuló el pobre pedáneo tomando la entonacion lívida.

—Por hoy hago gracia al Concejo de igual número de etapas de tocino, bacalao y legumbres. Tanto es mi deseo de ceñirme á lo estrictamente preciso, y de tratar al pueblo con toda la benignidad compatible con las necesidades más apremiantes de nuestros bravos soldados.

—Pero el señor general ha podido oír que el caso encierra una gravedad incomensurable...

—Sean cuales fueren los grados de gravedad del pedido, no puede menos de ser servido. Repito que le he reducido á su mínima expresion. Los ingleses beben por dos y los portugueses comemos por cuatro.

—Existe, sin embargo, una razon capital para que tan respetables estómagos reduzcan sus habituales aspiraciones, al menos por esta vez.

—¡Qué es eso de reducir! ¡cuerpo de tal!—exclamó Folgueira.

—El señor general debe tener en cuenta, que en la madrugada del dia de ayer salieron de Hita las tropas que acaudilla el conde de Mahoni, y aunque sus soldados no sean capaces de beber ni de comer tanto como los ingleses y los portugueses, puedo asegurar á vuestra señoría que bebieron y comieron lo suficiente para dejarnos exhaustos de provisiones.

El brigadier se apretó los anteojos, colocó en la cadera la diestra mano,

apoyó la siniestra en el pomo de la espada y se adelantó un paso hacia Perogordo, diciendo:

—Tenga entendido el alcalde de Hita, que á mí no se me alucina con alharacas. Desde que al frente de mi irresistible caballería invadí el territorio español, he echado de ver que todos los pueblos de Castilla son ta-caños: que sus moradores guardan los granos y los caldos que poseen ni más ni menos que si ellos fueran los únicos individuos que poblasen la superficie de la tierra; y que en vez de tender la mano al noble soldado á quien deben la proteccion, el buen gobierno y la nacionalidad, le privarian cordialmente hasta del agua y el fuego como á un excomulgado, si encontráran términos hábiles. El Concejo de Hita hará que esas raciones se extraigan de los ocultos silos que él conoce y yo ignoro; pero habrá precisamente de aprontarlas.

—Señor general,—articuló Perogordo bajando la voz á medida que el brigadier la alzaba;—el Concejo de Hita no es taumaturgo.

—No sé lo que es eso.

—*Ad impossibilia nemo tenetur...*

—¡Para latines estamos!

—Juro y perjuro que aunque todos nuestros administrados se quedasen hoy sin el necesario sustento, escasamente llegarían á reunir la tercera parte del número de etapas que vuestra señoría nos exige.

—¿Esa es vuestra última palabra? —preguntó Folgueira con aire de amenaza.

Perogordo vaciló un instante; pero la desesperacion le prestó aliento para contestar rotundamente:

—¡Sí!

—Está bien: oiga ahora el alcalde la mía...

El portugués dió tres pasos hacia una de las ventanas con el aire de un

trágico griego, extendió majestuosamente el brazo en la misma direccion, comunicó una soberbia rigidez al dedo índice, y pronunció con voz fatídica:

—¡Si en el término de dos horas no están expuestas en esa plaza las raciones pedidas... hago fusilar dos concejales!...

Los tres regidores dieron involuntariamente un salto.

El Alcalde, sin embargo, no tardó en erguirse con dignidad.

—Ehorabuena: —respondió. — ¡Tenga vuestra señoría por designados... al señor, y al señor!...

Y despues de haber señalado don Lesmes uno tras otro á sus dos compañeros, se dirigió con gravedad hacia la puerta.

En aquel momento penetraba por ella el fiel de fechos, con su registro debajo del brazo.

Perogordo se detuvo un segundo, y repitiendo el mismo signo indicativo, añadió:

—¡Y tambien al señor!...

A continuacion desapareció.

En la sala hubo un intervalo de silencio. El concejal hasta entonces mudo, temblaba como un azogado. Berrinche miraba con aire de desprecio y de ironía la puerta por donde Perogordo se habia retirado.

En cuanto al fiel de fechos, como ignoraba absolutamente que eran su sentencia de muerte las cuatro palabras que oyó pronunciar al alcalde, no pudo entrarle ni frio ni calor.

Cuando el mismo Folgueira semi-estupefacto se volvió hacia sus dos oficiales, prototipo de la gravedad portuguesa, los encontró pugnando á duras penas por no soltar la carcajada.

El eco de las trompetas de la caballería de Coimbra, que de repente resonó en la plaza, sustrajo á españoles y portugueses á la emocion que les

produjo el cómico final de la escena que habian presenciado.

Todos se agolparon á las ventanas. El general lord Hamilton, á la cabeza de su estado mayor, acababa de llegar al coso y se disponia á echar pié á tierra.

Conviene referir lo que, entre tanto, acontecia á Salvador Zurita.

Existen horas en que parece estar escrito que han de precipitarse los sucesos.

El estudiante, que como hemos dicho, no contento con seguir á Corchado le precedia para estimular su actividad, vió por fin detenerse al corchete en el extremo de un pasadizo, sacar una llave, descorrer un cerrojo, y abrir una puerta.

En el fondo de la habitacion apareció la venerable cabeza de don Pascual entre los dos encantadores bustos de Amanda y Elvira. Sobre la mesa, colocada delante, yacian un libro abierto, una botella mediada de vino generoso y una bandeja de pasteles: de manera que no era posible decidir si el doctor interrumpia una lectura piadosa ó una confortante refeccion.

—Al fin nos es dado mirar el rostro de un amigo,—exclamó.

Salvador no pudo menos de pensar lleno de gozo: *¡quantum mutatus ab illo!* pero solo contestó:

—Siempre es amiga la voz que nos anuncia la libertad.

—¿Será posible!—dijo el doctor incorporándose á medias.

—Sí, mi señor don Pascual: acabo de traer al alcalde de Hita la orden del conde de Aguilar para la excarcelacion de vuestra reverencia.

El presbítero tendió su mano al jóven por encima de la mesa.

—¡Ah! pero este fausto suceso ha tenido lugar en circunstancias pésimas:—se apresuró á añadir Salvador.

—¿Por qué motivo?

—Porque las tropas extranjeras que lord Hamilton guia, están entrando en Hita.

—¡Bondad divina!—gimió don Pascual.

—No desmayemos, sin embargo, hasta el último instante...

—Es cierto: el señor Zurita nos tiene bien probado que es jóven de recursos... ¿Abriga alguna esperanza todavía?

—Una nos queda á no dudar.

—¿En qué consiste?...

—En que vuestra reverencia y estas damas salgan de aquí en el acto, ganen sin ser vistos algun recóndito lugar del arrabal ó de las inmediaciones, y ocultos en él esperen la primera ocasion favorable para abandonar definitivamente á Hita.

—¡Pues manos á la obra!—exclamó don Pascual recogiendo sus utensilios con la mayor energía.

Era de admirar el valor de que el digno doctor daba pruebas cuando se trataba de bajar escaleras y de salir por las puertas, en vez de arrojarle á oscuras por las ventanas y de escalar paredes.

Mientras las damas acababan de empaquetar sus reducidos efectos, repuso el bachiller:

—El señor Corchado pueda acaso indicar á vuestra reverencia el subrubio que necesita.

—En efecto, buen amigo,—dijo el presbítero al alguacil;—¿no tiene noticia de algun albergue seguro?... Reuna los recuerdos... medite... ya sabe usarced que no soy mezuquino...

Corchado, que se habia hecho cargo de las mantas de viaje, murmuró:

—Quizá convenga el pajar de la tía Andróminas...

—¡El pajar!—exclamó don Pascual.

—¿Dónde está eso?—replicó Salvador.

—A doscientos pasos del pueblo: en los alamillos.

—¿En qué dirección?

—En la de Padilla.

—Pues claro es que nos conviene... ¡Adelante!

—Adelante, pues:—replicó el doctor sin más observación.

El alguacil rompió la marcha, le siguieron las dos señoras, y formaron la retaguardia don Pascual y Salvador.

—Supongo que maese Corchado no vá á sacarnos por la calle que desemboca en la plaza: eso equivaldría á salir por la plaza misma:—dijo el seminarista.

—Así es la verdad,—contestó el alguacil;—la puerta que buscamos es la del corral de los toriles.

—Perfectamente.

Los cinco individuos se perdieron en una laberíntica madeja de pasillos, bajaron una angosta escalera de peldaños de media vara de altura, empujaron la puertecilla que encontraron al pié y salieron al corredor que comunicaba con el corral situado en la parte posterior del edificio.

No habian adelantado los fugitivos cuatro pasos por el nuevo tránsito, cuando instantáneamente aparecieron en el extremo del corredor el sargento Copeiro y algunos soldados de su escuadron espada en mano.

—¡Todo el mundo boca abajo!—gritó el sargento portugués con estentórea voz.

Casi al mismo tiempo Salvador vió á su lado á Dick que le dijo:

—Zurita habrá podido ganar la partida, pero ha perdido la revancha...

Salvador dió un pechugon al inglés con cuanta energía pudo imprimir á la acerada musculatura del brazo.

Dick para evitar la reincidencia y ponerse en guardia quiso hacerse un paso á la espalda; pero habia contado sin la huésped, esto es, sin la pierna del bachiller, que preventivamente

estaba colocada detrás de las pantorrillas del inglés. En vano trató de sustraerse á los efectos de la zancadilla escolar el pobre isleño: su cuerpo midió la tierra con violencia, produciéndose en la cabeza el más prominente de los chichones.

El seminarista pasó por encima de Dick, saltó con la agilidad de un gato montés sobre el antepecho de una ventana, atravesó el corral como un meteoro, y desapareció en los callejones de los toriles.

En cuanto á don Pascual se limitó á murmurar dejando caer la cabeza sobre un hombro:

—*Consumatum est!*...

Y se abandonó al sostenimiento de Amanda y Elvira, que habian acudido solícitas al verle vacilar.

## XVII.

### ALCALDE POR FUERZA.

Pocos minutos despues, don Pascual se hallaba instalado en un sitial de la escuela que ya conocia, al lado de las dos damas que afectuosamente procuraban reanimarle, y en presencia de un jóven oficial inglés, que se mantenía con discrecion á cierta distancia.

Por entre el grupo de caballos ligeros de Coimbra que custodiaban la puerta, apareció Copeiro con un vaso de agua en la mano.

El buen doctor debió experimentar algo parecido á presciencia intuitiva de que le amenazaba una abundante ducha; porque al sentir acercarse el sargento abrió un ojo estremeciéndose. Amanda, por su parte, se apresuró á arrebatar el vaso al terrible portugués, y humedeciendo una punta del pañuelo la aplicó á las sienes del presbítero.

Bastó con esto para que don Pascual levantase el párpado del otro ojo,

y diera inequívocas señales de estar en el pleno uso de todo género de facultades.

Sólo entonces se adelantó algunos pasos el jóven oficial, y pronunció con una urbanidad verdaderamente británica:

—¿Está el señor capellan en disposicion de conferenciar con el general lord Hamilton?

—¡Ah! ¿el general quiere hablar-me?—articuló el doctor.

—Me ha encargado que así os lo manifieste.

—No le hagamos, pues, esperar. ¿Dónde se encuentra?

—En la estancia inmediata.

Don Pascual se puso en pié, y replicó:

—Buena Elvira, sírveme de báculo.

—Perdonad,—dijo el oficial;—estas damas no deben pasar con vos...

—¡Cómo!...

—Si os es necesario apoyo, mi brazo está á vuestra disposicion.

El doctor exhaló un suspiro entre resignado, entre impaciente; elevó los ojos al cielo en demanda de fuerzas, y contestó:

—Confío en el vigor de mi espíritu... Entremos.

El oficial franqueó la puerta, y don Pascual volvió á encontrarse en el salon en que tuvo lugar su entrevista con el conde de Mahoni, y que, por lo tanto, no podia ser para él de buen agüero.

En cada uno de los dos extremos de la estancia, habia un grupo de oficiales. En el más próximo, el doctor reconoció desde luego á lord Hamilton, y al insoportable brigadier Folgueira, no obstante el disfraz de sus anteojos verdes.

La frialdad de la fisonomía del general inglés, se mantenía habitualmente en la línea de la congelacion; pero en aquel momento parecia haber

descendido diez centígrados. Don Pascual no pudo explicarse por qué fenómeno psicológico el semblante glacial de lord Hamilton le inspiró mil veces más terror que el rostro del conde de Mahoni, encendido por todos los rayos de su impetuosa fogosidad.

Cuando el general se apercibió de la proximidad del doctor, suspendió el diálogo que mantenía con un jefe de cuerpo, y dijo al reverendo español:

—Sensible es para mí, don Pascual, la ocasion en que volvemos á encontrarnos.

—Milord me hará la justicia de creer que no me parecen ménos penosas las circunstancias;—contestó el doctor.

—Los deberes de mi posicion oficial me imponen una severidad, á que hubiera querido no verme compelido.

—¡Ah! en el caso presente...

—La acritud que está observando en mis palabras, y la que pueda ver en mis decisiones, han sido determinadas única y exclusivamente por la injustificada conducta del señor Merendon.

—Pero... mas... como...—balbuceó el pobre don Pascual bajando la vista.

—El señor doctor ocupaba un puesto de confianza, y le ha abandonado, faltando á la fé jurada...

—Ruego á milord que considere...

—El señor Merendon militaba en las filas del buen partido nacional, y ha desertado de sus banderas como un soldado cobarde...

—Suplico á vuestra excelencia que tenga en cuenta...

—El señor don Pascual estaba encargado de proteger á sus conciudadanos, y subvenir á las necesidades de las milicias estipendiarias de los príncipes aliados del monarca español, y se ha sustraído indignamente á esas dos nobles misiones...

—Imploro de milord que reflexione...

—Puedo aseguráros, que su majestad el rey don Carlos III, que Dios guarde, ha visto con el mayor desagrado vuestro proceder.

—Ignoro cómo su majestad ha podido ver con desagrado mi proceder, no habiéndole presenciado.

—En los días en que todos los súbditos, que de honrados se precian, están sacrificando su vida al soberano en las aras de la más acendrada lealtad, el egoísmo es tan criminal como la traición.

—Por piedad, milord...

El general se retorció el bigote, y sin acentuar en lo más mínimo la inflexión de la voz, emitió esta conclusión:

—El señor alcalde de Brihuega va á partir inmediatamente para continuar ejerciendo las funciones de su empleo en la villa, y para procurar resarcir con el celo futuro los perjuicios ocasionados por la falta pasada.

De todos los propósitos que á lord Hamilton podía atribuir don Pascual, el que acababa de escuchar era el que estaba más lejos de su pensamiento.

—¡Cómo!—exclamó:—vuestra excelencia pretende...

—No pretendo nada. Lo que hago es disponer que la vara de la importante villa de Brihuega, no siga abandonada por un momento más en las críticas circunstancias en que se encuentra la provincia.

—Me resignaré...—murmuró el doctor cabizbajo.

—Preciso será.

—Prepararé mi viaje...

—Ya está preparado.

—Existen, sin embargo, detalles, de los cuales conviene ocuparse personalmente, sobre todo cuando se viaja en compañía de señoras...

—Por esta vez no es necesario que os acompañen señoras.

—¡Cómo que no es necesario!—exclamó don Pascual con el mayor de los sobresaltos que había experimentado en todo aquel adviento de tremendas emociones.—Es más que necesario; es absolutamente indispensable.

—Vuestra opinión, señor doctor, no es decisiva en este asunto.

—¡Milord!...—gritó el alcalde con una entonación gutural, que por empeñarse en que alcanzase el grado de la sublimidad, sólo llegó á ser cómica.

—Calmaos, don Pascual; es inútil todo altercado.

—Lo que es inútil, es recomendar-me la paciencia...

—Siempre está en vuestra mano desatender la recomendación.

—¡Esas damas me seguirán!

—No digo que nó; pero á su tiempo... más adelante...

—Me he expresado con inexactitud: esas señoras me acompañarán.

—Falsa creencia.

—¡Volverán á Brihuega!

—No os proporcionaré esa contrariedad.

—¿Qué quiere decir su excelencia?

—Que cuando sacásteis de Brihuega á esas damas, vuestras razones habreis tenido.

—Es indudable...

—Yo las respeto. Por lo demás, que no os preocupe la permanencia accidental en Hita de doña Amanda y de su hija.

—¡Que no me preocupe!—clamó don Pascual elevando ambos brazos al cielo.

—Os respondo de que serán tratadas con todas las consideraciones que merecen.

—¡Misericordia divina!

Lord Hamilton dió media vuelta, y añadió dirigiéndose á Folgueira.

—Señor brigadier: servíos adoptar las disposiciones convenientes con el fin de que el alcalde de Brihuega, pueda emprender su marcha en el acto.

Y el general se encaminó tranquilamente al extremo opuesto del salon, donde le esperaban varios oficiales, con despachos los unos, con noticias verbales los otros.

Don Pascual no se consideró verdaderamente perdido hasta que se vió entregado á su héstia negra, al más encarnizado de los enemigos que tenía, al ogro lusitano.

—Si el brigadier se ha propuesto mi destruccion,—dijo con tono enfático;—cumplidos están tan fraternales deseos; porque no saldré solo de aquí sino muerto...

—Su reverencia saldrá perfectamente vivo;—contestó el portugués con la más solemne gravedad.

—¡Protexto mil veces que no iré á Brihuega!...

—Su reverencia irá donde le lleven.

—¡No me toque el relapso!...—gritó don Pascual haciendo la señal de la cruz al ver á Folgueira ponerse en movimiento.

—Tranquílcese su reverencia; no me inspira la menor tentacion.

El brigadier cambió algunas palabras con su ayudante Feito, y con un capitán portugués, y ambos oficiales se acercaron al doctor.

El digno presbitero, extendió aterrado uno y otro brazo; los oficiales se pasaron por debajo del suyo el que hallaron más próximo.

Cuando don Pascual se encontró sostenido cerró los ojos, dobló las rodillas, y quedó inerte.

Los portugueses le condujeron hasta la puerta; pero Feito, que sin duda había echado de ver que el doctor no era una pluma, se detuvo en el um-

bral, tomó una silla de brazos, acomodó en ella al alcalde de Brihuega, y llamó á dos robustos soldados.

Estos levantaron silla y doctor, y todos descendieron la escalera.

Dos minutos despues, lord Hamilton abrió la puerta que comunicaba con la escuela.

En los pálidos rostros de Amanda y Elvira, brilló un ténue rayo de esperanza al ver acercarse al general.

—¡Ah milord!—exclamó Amanda juntando las manos:—¿cuándo vuelve el buen don Pascual?...

—El señor Merendon no volverá por ahora, mi señora doña Amanda;—contestó el general con la más cumplida cortesania.

—¡Que no volverá!...

—Perentorios asuntos del cargo que nunca ha debido dejar de ejercer, le han obligado á salir apresuradamente para Brihuega.

—¡Cómo!... ¡su reverencia ha partido!...

—Hace un instante.

—¡Sin despedirse de nosotras!...

—Deber es ese que cumplió en nombre del señor alcalde.

Amanda fijó sus irresistibles ojos en las pupilas del inglés, y pronunció sollozando:

—No trate milord de engañar á dos pobres mujeres... Si una estrecha prision ó pena más rigurosa todavía, aflige á don Pascual, no nos oculte esa nueva desdicha bajo el disfraz de un viaje á Brihuega para atender á urgentes negocios de la alcaldía...

—¿Cree doña Amanda en la fé de caballero de lord Hamilton?

—Oh, sí...

—Pues con mi honor os garantizo la exactitud de la ausencia del alcalde de Brihuega y de la causa que la ha determinado.

La bella viuda bajó su mirada.

—¿Y durará mucho esa ausencia,

milord?—preguntó tímidamente Elvira.

—Espero que nó, señorita.

—¡Quiera el cielo que se realice esa esperanza!

—El cielo no puede ménos de atender el ruego del más adorable de los ángeles:—contestó el inglés contemplando á la jóven extasiado.

—Sobre todo si milord pone algo de parte suya;—replicó Elvira con una sonrisa semi-dolorosa semi-suplicante.

—Por mi parte se pondrá todo aquello que el cumplimiento de mi deber permita.

—¡Ah... guerra cruel que limita el impulso de los generosos sentimientos de milord!... ¿Será posible que esta lucha no termine pronto?...

—Hé ahí un asunto en que los generales no saben mucho más que las niñas:—respondió lord Hamilton sonriendo á su vez.

—¿Me será permitido dirigir una pregunta á milord?—volvieron á pronunciar los rosados lábios de Amanda.

—Nada será más grato para mí.

—¿Cuál vá á ser nuestra suerte durante el período de tiempo en que hemos de estar abandonadas?

—Ante todo os suplico, señora, que no os valgais de una palabra evidentemente impropia. El abandono á que os referís, no existe en modo alguno; á la proteccion de don Pascual, sustituye la mía desde este momento: y en las circunstancias en que el país se encuentra, me lisongeo en creer que puede ser más eficaz.

—Agradecemos con alma y vida la bondad de milord.

—Vuestra libertad, por otra parte, no tiene más límites que los que á todos nos impone la guerra...

—Reiteramos á milord nuestro reconocimiento.

—Ahora, si la pregunta que me

h abeis hecho, equivale á la peticion de un consejo con respecto al retiro que os convenga elegir, entonces es muy diferente.

—Puede milord, si á bien lo tiene, no dar otro sentido á mis palabras.

—Perfectamente: ¿dónde fuisteis á residir al dejar á Brihuega?

—A la Faisanera.

—¿Es algun pueblo?

—Es una casa de campo de la propiedad de don Pascual.

—¿En qué punto está situada?

—En el valle de Fuentes.

—¿Os encontrábais mal en esa morada?

—¡Ah, nó!...

—¿Os contrariaría, por ventura, volver á ella?

—De ninguna manera;—contestó Amanda vivamente.

—Pues bien: mi opinion es que no hay inconveniente en que os instaleis de nuevo en la Faisanera. Esa residencia tiene para vos otra ventaja...

—¿Cuál, milord?...

—Que os aproxima á Brihuega, y puede facilitar vuestra reunion con don Pascual, apenas los acontecimientos lo permitan.

—¡Ah, milord, cuan deferente es vuestra gracia!—halbuceó Elvira.

—Mucho ménos que vos sois encantadora.

—De manera...—insinuó Amanda.

—Que esta tarde podreis comer en vuestra quinta,—repuso el general:—voy á disponer que se os prepare al punto carruaje... La division, por lo demás, tampoco debe permanecer en Hita mucho tiempo...

—¡Milord: que premie Dios vuestra benevolencia, si de premio fuere digna!—añadió la bella viuda.

—Permitid que no me despida; confio en que mi buena suerte me ha de proporcionar ocasion de veros hoy todavía.

Pronunciadas estas palabras, lord Halmilton volvió á entrar en la sala del Concejo.

Las disposiciones del general inglés se ejecutaban como por ensalmo.

Pocos minutos despues se hallaba en la plaza de Hita la tartana de lo Faisanera con sus dos robustas mulas enganchadas, y un conductor del país en el pescante.

Amanda y Elvira, guiadas por Dick, subieron al vehículo, la portezuela se cerró, y las caballerías se pusieron en movimiento.

El ayuda de cámara de lord Hamilton, tomó entonces su rocín, y saltó sobre la silla. El sargento Copeiro y cuatro caballos ligeros del regimiento de Coimbra, destinados á escoltar la tartana, imitaron la accion de Dick.

El cortejo tomó á buen paso la direccion del valle de Fuentes.

Si al llegar al enlace de los caminos de Grajanejos y Brihuega, las viajeras hubiesen sacado la cabeza por la portezuela, seguramente distinguieran á larga distancia otra tartana, tambien escoltada por algunos ginetes, que avanzaba con rapidez por la ruta del segundo de los citados pueblos.

Aquel carruaje era la mazmorra en que se debatía la desesperada humanidad de don Pascual Merendon, el antro de sus visiones apocalípticas.

Comenzaba el sol á descender hácia su ocaso, cuando los ojos de Amanda y de su hija reconocieron la campiña de la Faisanera.

Ambas la contemplaron con delicia á pesar de la desnudez en que el mes de Diciembre la tenía: Amanda por que veía en ella uno de los asilos que más contribuyeron á la conversion del entibiado espíritu á las prácticas religiosas: Elvira, porque aquel lugar le recordaba las primaveras de los primeros años de la vida, tan ricas en flores, en pájaros y en mariposas,

No tardó en penetrar la tartana por el zarzo del gran vallado de la quinta.

Las viajeras fueron recibidas, al estribo, por el diligente Dick; en la puerta, por los honrados Juan Fernandez y Josefá Perez.

Amanda y Elvira saludaron con una inclinacion de cabeza al ayuda de cámara de lord Hamilton, y correspondieron con efusion á las entusiastas manifestaciones de afecto de los sencillos hortelanos.

En cuanto al sargento Copeiro y sus cuatro carabineros, condujeron sus caballos á un cobertizo de ganados, situado á cien pasos de la construccion principal.

Las damas pasaron á un gabinete del piso bajo, miéntras Juan conducía á las habitaciones del principal los efectos que contenía la tartana.

Cuando las dos viajeras se hallaron solas se dejaron caer sobre un sofá de mimbre en brazos la una de la otra.

—¡Ah, madre mia!—murmuró Elvira:—nos faltaria derecho para quejarnos de las atenciones de lord Hamilton, y sin embargo... tengo miedo...

Amanda besó á su hija en la frente, y la contestó con dulzura:

—Confiemos en el Todopoderoso, querida mia: nunca se acude en vano á los tesoros de su inagotable caridad. No dejará hoy de deparar á estas humildes siervas el apoyo de una mano amiga...

Apenas habia acabado Amanda de formular su protestacion de fé, cuando se entreabrió la puerta del gabinete que comunicaba con los tránsitos del departamento de la cocina y las leñeras, y apareció la inteligente cabeza de Salvador Zurita, destellando amor en la mirada, astucia en la plegada frente, y fria decision en el mate color de todo el semblante.

—¡El señor Zurita!—exclamó Amanda.

— ¡Salvador! — pronunció Elvirá casi á la vez.

— En efecto, — dijo el estudiante: — Salvador Zurita, que siempre tenderá sus dos manos leales á vuestras mercedes, miéntras sienta latir el corazón...

Y uniendo la accion á las palabras, ofreció ambas manos á las damas, que las estrecharon con efusion.

Amanda se apresuró á cerrar el pestillo de las dos puertas del gabinete.

— Ah, señor Zurita, — repuso volviendo al lado de Elvira: — el cielo ha querido valerse de la adhesion sin límites de vuestra merced para dispensarnos la gracia que con más fervor impetráramos...

— Espero los preceptos de mi señora doña Amanda.

— El señor bachiller conoce todas las cualidades del carácter de don Pascual...

— Algunas por lo ménos.

— Debe imaginar, por lo tanto, la cruel afliccion que en estos momentos estará torturando el ánimo del buen doctor...

— ¡Quién puede dudar!o!

— Su delirante espíritu se forjará toda suerte de fantasmas con respecto á nuestros infortunios... ideará lo imposible... supondrá lo más irrealizable...

— Así es de temer.

— Pues bien, señor Zurita; cuantas amarguras puedan acibarar nuestra situacion palidecen ante el deseo, absoluto en nuestra alma, de tranquilizar á don Pascual. Sea vuestra merced bastante bueno para correr á Brihuega... para decir al doctor que nos encontramos en la Faisanera... para asegurarle que aunque estamos vigiladas, nadie nos molesta... para jurarle mil veces, que ni lord Hamilton ni el brigadier Folgueira se hallan á

nuestro lado... ¿No es verdad que vuestra merced vá á prestarnos este nuevo é inapreciable servicio?

— ¿Tengo yo, por ventura, voluntad, cuandose trata de hacer algo que pueda ser agradable á vuestras mercedes? — contestó Salvador con dulce inflexion de voz, pero no exenta de tristeza.

— Oh, señor Zurita; vuestra merced está siendo nuestra providencia, — exclamó Amanda.

Salvador reflexionaba con la vista fija en Elvira.

— Los azores, sin embargo, no pierden de vista á las palomas, — murmuró; — ¡Quién sabe lo que en la Faisanera puede ocurrir durante mi ausencia!

— Brihuega se halla cerca; la permanencia del señor bachiller en la villa, no será larga; obrando, por otra parte, de acuerdo en todo con don Pascual, el solícito auxilio con que vuestra merced nos favorece, ganará en eficacia.

— Partiré sin demora.

— Oh sí; nada me aterra tanto como la consideracion de las consecuencias que en la salud de nuestro amigo es capaz de producir su desesperacion... Querida Elvira; dí al hortelano que conduzca la mejor mula de la quinta al encinar de la viña; el señor Zurita irá á buscarle á ese sitio recóndito.

La jóven desapareció inmediatamente por la misma puerta por donde habia entrado el estudiante.

Amanda, en tanto, sin dejar de reiterar á Salvador todo género de recomendaciones para que derramase en el alma del euitado doctor el balsamo consolador de la confianza, escudriñaba la campiña con la mirada desde las ventanas del gabinete.

Nada, por fortuna, encontró que pudiera inspirar desconfianza.

La tarde, aunque fría en intenso grado, no era desapacible; las desnudas ramas de los numerosos árboles que rodeaban la Faisanera, no se agitaban al soplo de la menor brisa; no se oía un ruido en los cornos; no se dibujaba una forma humana en el valle.

Y no obstante, aquel sol que con tan plácida calma parecía prepararse á desaparecer de la region serena de los campos de la Alcarria, era el sol del 7 de Diciembre, día de enconada contienda en ellos y precursor de otro de más enconado empeño todavía.

Si la fé mística no animase con su vívida llama el corazón de las humanas criaturas, sería profundamente desconsolador, para su dignidad, el espectáculo de la suprema indiferencia con que las grandes obras de la creación asisten á los pequeños acontecimientos que deciden de la vida y la muerte de los hombres.

Elvira volvió al fin con la noticia de que Fernandez acababa de ejecutar el encargo que le comunicó.

La despedida fué inmediata.

—Que Dios proteja,—dijo Amanda,—al que es hoy nuestro amparo.

El seminarista tranquilizó á las damas con una sonrisa y se deslizó como una sombra por el corredor de las leñeras.

## XVIII.

### REFECCION INTERRUMPIDA.

Después de la partida de Salvador, las castellanas de la Faisanera subieron al piso principal, y se instalaron en las habitaciones que ordinariamente ocupaban durante las frecuentes temporadas en que residían en la quinta.

Atendidas las exigencias de tocador de que jamás precinden las mujeres, sobre todo si son bonitas, por más

gravedad que las circunstancias ofrezcan, Elvira se acercó á una ventana y tendió instintivamente la mirada en la dirección de Brihuega.

Como la quinta estaba edificada sobre una meseta de cierta elevación, y el terreno del valle es poco accidentado, desde aquella ventana se alcanzaba á ver una extensa llanura. Los ojos de la jóven no hallaron, sin embargo, rastro alguno de seres semovientes por las sendas, que partiendo del encinar de la viña, se perdían en la lejana comarca de la insula del doctor Merendon.

Pero sabido es que en el mundo siempre ha sido frecuente encontrar una cosa buscando otra; desde el alquimista que inquiriendo la composición del oro dió con el fósforo, hasta el náuta genovés que investigando la ruta de Cipango, tropezó con San Salvador.

En vez del punto aislado que Elvira esperaba divisar al Sudeste, lo que vió al poco tiempo fué una innumerable colectividad de puntos, que avanzaba por el Sudoeste. Llamada Amanda por su hija, ámbas se abandonaron á la contemplación del nuevo acontecimiento.

La indicada colectividad, semejante á una serpiente gigantesca, movía sus ondulantes anillos en una extensión de media legua. A medida que se adelantaba por el valle, parecía multiplicarse la muchedumbre. Verdadero Proteo, cambiaba de aspecto á cada instante, se extendía, se fraccionaba. Las subdivisiones de aquel conjunto, reproducidas hasta lo infinito, envolvían por todas partes la Faisanera.

Llegó un instante en que el movimiento progresivo fué suspendido. Los diferentes cuerpos se concentraron, y al silencio de la marcha, no tardó en suceder el confuso rumor de un alto militar.

Amanda y Elvira habían sospechado desde el primer momento cuáles eran las tropas que pululaban en la llanura; pero la hipótesis se cambió en certidumbre cuando vieron acercarse á la granja algunos ginetes y reconocieron entre ellos á lord Hamilton y al brigadier Folgueira.

Los caballeros echaron pié á tierra en la puerta de la Faisanera, y los dos jefes desaparecieron bajo el emparra-do del zaguán.

Las dos damas, ligeramente pálidas, soltaron la cortina de la ventana, y se adelantaron á recibir á los extranjeros en el instante en que éstos se dejaron ver en la meseta superior de la escalera.

El inglés pronunció con acento melifluo:

—¿Concede doña Amanda hospitalidad en la quinta á estos errantes peregrinos de Belona?

La bella viuda contestó, procurando imprimir á sus lábios una vaga sonrisa:

—En el período histórico que atraviesa la España, los peregrinos que militan en la religion de milord son los únicos que están siempre en su casa, cualquiera que fuere el lugar que visiten.

—No es eso darnos una libérrima respuesta.

—Sírvanse pasar adelante sus señorías, ya que por esta vez quieren bondadosamente abdicar sus derechos.

—Procurarémos molestar en el mínimo grado á nuestras amables castellanias; un rincón en su hogar donde dar descanso á nuestros fatigados cuerpos, y un ángulo en su mesa donde restaurar nuestras desfallecidas fuerzas; hé ahí el límite de nuestras aspiraciones.

—¡Ah milord!... ¡Cuán indignamente van á ser tratados vuestras señorías!...

—¿Por ventura podrá faltarnos una taza de leche?—dijo lord Hamilton.

—¿O un vaso de vino?—añadió Folgueira.

—Tan modestos se manifiestan vuestras señorías en sus deseos,—contestó Amanda;—que mitigan en parte mi abatimiento. Permitame milord que salga un instante para adoptar algunas disposiciones...

No habia acabado Amanda de proferir sus últimas frases, cuando Dick dijo desde la puerta:

—Los señores están servidos en el comedor del piso bajo.

—Ya veis, repuso el general;—como no es necesario que os tomeis esa pena por nosotros.

Y recogiendo el sombrero que yacía sobre una silla, continuó:

—Ruego á nuestras hospitalarias patronas, que nos enseñen el camino de su comedor.

El inglés ofreció su mano á Elvira, y se dirigió á la escalera; el portugués imitó con Amanda la accion del general.

La mesa preparada por Dick, auxiliado de Thom, en el piso bajo, aparecia espléndidamente adornada con la preciosa argentería de lord Hamilton; los postres, vinos y fiambres que con profusion la cubrian eran esquisitos, y en sendos jarrones cincelados de dobles asas, se elevaban dos ramos de yerbas aromáticas y flores, por más que ofreciera dificultad averiguar en qué terreno habian podido formarlos los lacayos del general, cualquiera que fuese el grado de habilidad herborizadora que poseyesen.

Deslumbrada por el centelleo de tan rica vajilla, Elvira, fijó en su madre una mirada de sorpresa.

Amanda, dijo al inglés:

—Sabía que vuestra gracia era un hábil general, pero ignoraba que fuese un mágico eminente.

—Si aquí hay algún mágico, señora mia,—contestó el inglés sonriendo:—será en todo caso el truhan que cuida de mi repostería de campaña; porque puedo aseguraros que, por mi parte, jamás me he ocupado de lo que han de servirme á la mesa.

—Hecho exactísimo,—repuso Folgueira;—pero cualidad poco envidiable sobre la cual más de una vez me he permitido llamar la atención de milord.

—Qué quereis, señor brigadier; el estómago no ha sido nunca en mí la víscera predominante.

El portugués se encogió ligeramente de hombros con aire de compasión, y se consoló del absurdo que acababa de oír, contemplando las botellas alineadas sobre la mesa.

Los caballeros acercaron sillas á las damas, y tomaron asiento uno enfrente del otro, de manera, que cada cual de ellos hubo por necesidad de encontrarse colocado entre Amanda y su hija.

En el acto se sirvió una humeante sopa, que no por haber sido improvisada, dejaba de reunir la doble cualidad de apetitosa y succulenta, merced á los tarros de extractos de carne y de legumbres contenidos en la despensa móvil de Dick.

Las señoras apenas tomaron cuatro medias cucharadas; pero Folgueira halló tan delicioso aquel puré á la temperatura de setenta y cinco centígrados, despues de recorrido un largo trayecto respirando una atmósfera glacial, que no pudo ménos de volver á llenar el plato sin otro intervalo que el necesario para apurar un vaso de Borgoña, favorito vino de lord Hamilton.

—La señorita Elvira no parece aquejada de excesivo apetito;—dijo el general sirviendo á la jóven un escogido trozo de solomillo de ternera.

—La falta de la habitual presencia del buen don Pascual, nos tiene vivamente impresionadas;—profirió Elvira.

—Entónces, hé aquí un brindis á que la señorita se asociará sin duda alguna;—repuso el brigadier.

Y despues de poner un dedo de Borgoña en la copa de la jóven, y de llenar el vaso propio hasta el borde, añadió:

—¡Al próximo regreso del doctor Merendon!

—¡Oh, sí!—contestó Elvira tocando el vino con los lábios.

—¿Ha recibido milord alguna nueva referente al doctor con posterioridad á nuestra partida de Hita?—preguntó Amanda.

—Absolutamente ninguna,—contestó el inglés:—y como enseña la experiencia que cuando se carece de noticias es porque todo sigue el curso normal, podemos suponer fundadamente que en estos momentos el señor alcalde dá en Brihuega á cada uno su derecho en nombre de su majestad el rey don Carlos III.

—¡Brindo, pues, porque en España siempre se administre justicia en el nombre del mismo monarca!—replicó el brigadier cambiando el Borgoña por el Málaga.

—¡Ah, milord!—prosiguió Amanda:—no respondo de la tranquilidad de espíritu del concejal para ejercer dignamente en la actualidad las funciones de su empleo.

—La ciencia y la virtud de don Pascual,—respondió el inglés;—rectificarán los ligeros errores en que pudieran hacerle incurrir pasajeras preocupaciones.

—¡Por las virtudes del señor alcalde de Brihuega!—pronunció Folgueira insistiendo en la absorcion del Málaga.

—Me parece, señor brigadier,—

dijo lord Hamilton;—que os encontráis dispuesto á brindar por todo lo que existe; y no sé hasta qué punto puede eso contribuir á la rápida y radical curacion de vuestra oftalmia.

—Perded cuidado, milord; los vinos de España y de Francia no son otra cosa para mí que simples refrescos.

—Muy enhorabuena.

—Y como en concepto de tisanas atemperantes, no pueden ménos de convenirme; acudo con frecuencia á vuestra excitante y por otra parte excelente mortadela hamburguesa para tratar de despertar mi sed.

—Cosa era esa que no consideraba necesaria.

—No dejó de inclinarme hácia la opinion de milord; pero si el especiado embutido no es absolutamente preciso, en todo caso puede ser conveniente.

Como sobre el plato de Elvira yacía intacta una lonja de jamón de Westfalia, lord Hamilton, que no apartaba de su jóven vecina la mirada, repuso con acento acariciador:

—Ya que miss Elvira no hace honor alguno á los exóticos manjares que la sirvo, voy á ver si tengo más fortuna con un don que es producto de los prados del país donde ha nacido.

Y tomando un pequeño ramillete de violetas del más próximo de los jarrones, le ofreció á la bella adolescente.

—Acepto con gratitud esas flores, —contestó Elvira;—en recuerdo de los más venturosos días en que milord, bondadoso conmigo hasta lo sumo, cuidaba de que no me faltasen nunca otras iguales.

—¡Oporto! —exclamó de repente Folgueira:—¡acabo de descubrir á Oporto!... Sensible es para las violetas de la señorita Elvira; pero el delicado perfume de esas flores vá á de-

saparecer en breve ante el incomparable aroma del príncipe de los vinos lusitanos.

El brigadier destapó la botella, vertió en un vaso la mitad del contenido, y le agotó pausadamente entornando los ojos con la más beatífica de las expresiones.

—Señor Folgueira, —pronunció lord Hamilton;—estoy temiendo que si de sobremesa mi señora doña Amanda os dirige alguna pregunta, no se halle vuestra cabeza en estado de darla una respuesta.

—No conoce milord á los portugueses, —replicó el brigadier;— cuando una dama hermosa interroga á un lusitano, siempre encuentra éste recursos en su galantería para ofrecerla cumplida contestacion, cualquiera que sea la condensacion de los vapores que se le hayan podido acumular en el cerebro.

Dick, que acababa de acercarse al general, articuló á media voz:

—Milord: un oficial austriaco pretende ver á vuestra gracia para entregarle un pliego urgente.

El general, sin manifestar el menor signo de impaciencia, dirigió á las damas algunas frases de escusa, y salió del comedor.

Cuando dos minutos despues volvió el inglés á presentarse con un papel en la mano, tenfa las cejas fruncidas, los ojos extraviados y los labios pálidos. En el semblante del lord se revelaba todo un mundo de proyectos contrariados, y de esperanzas frustradas.

El portugués, que paladeaba la última gota de la botella de Oporto, al ver que el general no se sentaba, preguntó con cierta inquietud:

—¿Ocurre algo grave, por ventura?

—Gravísimo para vos, brigadier;—contestó el inglés.

—¿En qué consiste?

—En que teneis que suspender vuestras libaciones.

Folgueira se puso en pié, pero en el mismo instante experimentó algo parecido á un vértigo, y volvió á sentarse inmediatamente.

Hamilton, entre tanto, abrió una ventana, y gritó inclinándose á la parte exterior:

—¡Mac Ferlane! ¡Shelby!

—Pero en fin, milord, ese pliego... —repuso el portugués.

—Es un despacho en que el conde de Staremberg me previene que en el acto nos pongamos en movimiento, y á marchas forzadas avancemos hasta Cifuentes.

—¡Mil demonios!

—Aunque por esta vez vais á formar la retaguardia con vuestra brigada de caballería, bueno es que tengais entendido, que particularmente se me encarga evitar el camino de Brihuega, con el fin de que le quede expedito al general Stanhope.

Los dos edecanes á quienes el general llamó desde la ventana, entraron entónces en el comedor.

Hamilton se acercó á los oficiales, y con el laconismo que le era habitual, les comunicó metódicamente las más claras y precisas instrucciones con respecto al órden de la marcha.

El brigadier insistió en ponerse en pié, y lo consiguió sin gran esfuerzo; pero con el objeto de no comprometer por un exceso de impaciencia las evoluciones ulteriores, permaneció apoyado en el respaldo de la silla con soberbio continente. En aquella posición le ocurrió dirigir una mirada á lord Hamilton. ¡Oh sorpresa!... ¡El general y sus ayudantes estaban bailando una zarabanda!... La idea, sin embargo, era tan absurda, que el portugués hubo de convenir en que semejante excentricidad no podia ser otra cosa que una ilusion de óptica,

acaso producida por los malditos anteojos verdes.

Indescriptible fué la animacion que reinó en los contornos de la Faisanera cuando Shelby y Mac Ferlane salieron de la estancia.

Por todas partes se escucharon galopes de caballos, voces de mando, redobles de tambores, ecos de clarines.

Lord Hamilton, que se habia adelantado hasta el zaguán, cambiaba breves frases con oficiales superiores que acudian sin cesar y volvian á alejarse rápidamente.

O era llegado el caso de que el brigadier portugués pusiera en actividad sus miembros locomotores, ó no llegaba nunca. Con mesurado paso abandonó el comedor, cruzó maquinalmente algunas habitaciones, y se encontró en el recibimiento. El aire puro y picante del valle que libremente penetraba por la puerta abierta de par en par, hizo un bien indecible á Folgueira. Los objetos que le rodeaban comenzaron á manifestar tendencia al equilibrio.

Aprovechando una oportunidad favorable, se acercó al general.

—Milord,—dijo:—no quiero ocultaros que estoy desesperado.

—No teneis que esforzaros mucho para hacérmelo comprender;—contestó el inglés.

—Pasar á caballo en la fria campiña la noche que esperábamos consagrar á tan peregrinas bellezas!...

—Ahí vereis, brigadier, lo que son los propósitos humanos.

—¡Aplazar todavia la declaracion de nuestros atrevidos pensamientos cuando la ocasion parecia ofrecernos su único cabello!...

—¡Si sólo se tratase de un aplazamiento!...

—¡Cómo, milord!... ¿pues de qué otra cosa pudiera tratarse?...

—¡Lo creéis así?

—Seguramente...

—Envidia vuestro optimismo.

—Abrigo la convicción profunda de que apenas administremos á Vendóme una buena zurra, volverémos sobre nuestros pasos.

—Mi opinion difiere de la vuestra, y en su consecuencia, voy á adoptar mis medidas.

—Tendria que ver, milord, que los reclutas castellanos opusieran una resistencia sería á nuestros veteranos! Si hasta ahora no han sido bati-dos en la Alcarria, esos campesinos con uniforme, que no lo atribuyan á sus condiciones tácticas, sino á la estrategia más ó ménos inhábil de los caudillos que los guian.

—Está bien, brigadier; pero tened presente que dentro de cinco minutos debeis montar á caballo... Aprovechad ese tiempo para obrar por vuestra cuenta como os plazca.

Hamilton llamó á Dick y le habló en voz baja durante un corto espacio de tiempo; terminada la conferencia, se encaminó al lugar que ocupaban los ordenanzas.

En cuanto á Folgueira, aunque á la sazón se hallaba solo, pronunció con ronco acento:

—Volverémos; ¡cuerpo de Dios!... y es de confiar que para entónces no necesite ya anteojos opacos y por lo ménos vea más claro que hoy el sitio donde pongo los piés...

Al bajar el único escalon de la puerta dió tan extraordinario tropezon, que sólo pudo conservar la vertical, merced á media docena de traspies indicados en distintas direcciones.

—¡Ayudante Feito!—gritó.

El oficial se apresuró á acudir.

—¿Se siente indispuerto mi brigadier?—preguntó.

—No hay dolencia alguna que pueda prevalecer contra mi esfuerzo;

pero acabo de sufrir un calambre en las barrigas de las piernas... ¡Mi caballo!...

—Aquí está dispuesto.

—En buen hora; servíos, señor ayudante, tenerme el estribo, y prestarme el apoyo de vuestro hombro... Una vez en la silla, pese á todos los calambres posibles é imposibles, sólo será capaz de derribarme un terremoto.

Por el procedimiento indicado, Folgueira se encontró á caballo, y seguido de Feito partió en busca de los escuadrones que mandaba.

Amanda y Elvira habian visto desarrollarse toda aquella escena de movimiento febril con tan evidente sorpresa, como encubierto contento.

Mientras las damas corriendo de una ventana á otra dirigian los ojos á la campiña, los lacayos del general se ocuparon en descubrir la mesa y empacar la vajilla.

Hacia algunos segundos que Elvira, sola en el comedor, por accidente, contemplaba los prodigios de equilibrio ejecutados por el brigadier Folgueira al salir de la Faisanera, sin poder sustraerse á un acceso de juvenil hilaridad á pesar de la gravedad de la situacion, cuando oyó la voz de Dick que pronunciaba desde el dintel de la puerta:

—La señora doña Amanda llama, y parece esperar con impaciencia á la señorita Elvira.

La jóven se precipitó fuera de la estancia por toda respuesta; pero apenas estuvo en el pasillo contíguo, vaciló con respecto á la direccion que debia seguir.

—Este es el camino...—insinuó Dick, poniéndose en marcha delante de la jóven.

El inglés avanzó por los mismos tránsitos que pocas horas ántes habia recorrido Salvador, y llegó á la puer-

ta escusada de la quinta que comunicaba con la huerta.

Cuando la única hoja de aquella puerta giró sobre sus goznes, Elvira vió, unida al umbral, la parte posterior de una tartana abierta.

—¿Aquí está mi madre?...—articuló la jóven, dirigiéndola su mirada al interior del carruaje.

—Estará dentro de un momento,—contestó Dick;—sírvase subir la señora...

Pero Elvira acababa de ser asaltada por un pensamiento de desconfianza; y en vez de poner el pié en el estribo, dió un paso atrás.

No repitió, sin embargo, el movimiento de retroceso; de repente se sintió asir por la cintura, se vió sin tierra bajo las plantas y se halló sentada en el banco de la tartana.

Al resonar el violento golpe que la portezuela produjo al cerrarse, el vehículo partió al galope.

Dick se frotó entonces aquellas manos que acababan de oprimir el talle más flexible, gentil y vaporoso que nunca oprimieran, y montando en el rocín pío, siguió las huellas de la tartana.

Puesto que los personajes de nuestra historia parecen abandonar la Faisanera, siquiera sea de mal grado, separemos de ella la mirada, y con el mágico poder del sueño magnético, volvamos á fijarla en Salvador Zurita.

El jóven seminarista, en el momento en que le encontramos á la caída de la tarde, salía de la casa que ocupaba en Brihuega don Pascual Merendon.

Seguramente no dejaba tranquilo, ni mucho ménos que eso, al buen doctor; pero la solícita prevencion de Amanda no habia sido estéril; don Pascual ya no rugía como un león, ni golpeaba el suelo con los piés como un bisonte, ni descargaba pu-

ñadas sobre todo lo que le rodeaba como un gorillo.

Por fortuna, la recomendación más apremiante del presbítero estaba en perfecto acuerdo con los deseos del seminarista. Consistía en que éste tornase inmediatamente á la Faisanera y velára con alma y vida por aquellas ovejas abandonadas y en inminente riesgo de extravío, hasta tanto que pudiera volver á ampararlas el cayado del natural pastor. Una carta escrita á la carrera para Amanda, una bolsa repleta de oro con el mismo destino, y mil pequeñas instrucciones verbales, fueron los demás encargos que el doctor confió al bachiller.

Con el fin de no diferir la salida de la villa, Salvador, cuyos nervios y músculos de acero parecían forjados por los cíclopes de Vulcano, no quiso hacer partícipe á la tía Marta del regreso á Brihuega y se dirigió desde luego al meson, donde dejó la acémila que usufructuaba.

Al llegar el estudiante á la calle que desembocaba en la plazuela en que estaba situada la posada, creyó escuchar en la atmósfera el sordo rumor de un trueno lejano.

La estacion no parecia la más indicada para tormentas; pero como el *Dios sobre todo* de los almanaques es la suprema ley de la naturaleza, y el bachiller, por otra parte, tenía negocio de mayor interés en qué pensar, continuó el camino sin volver á ocuparse del suceso.

El seminarista avanzó hasta la plaza, y se acercó á la puerta del meson, donde un veterano que tenía una pierna de palo, se calentaba las manos en un colosal brasero colmado de astillas que ardian con viva llama al aire libre.

La sonora conmocion de las capas atmosféricas se reprodujo en aquel instante con tanta intensidad y tan

prolongado estruendo, que Salvador no pudo ménos de dirigir los ojos al firmamento. Divisó algunos extratos inmóviles; pero no encontró ningún cúmulo.

—Parece, sin embargo,—pensó en alta voz,—que tenemos tempestad de granizo.

—Mejor pudiera decir vuestra merced, que tenemos tempestad de sangre;—contestó el inválido:—en una tormenta como esta perdí yo mi remo en Lombardía.

—¿Cómo, amigo mio!...—pronunció el jóven pensativo:—¿cree usarced, que ese eco terrible?...

—No le produce el rayo forjado por el brazo de Dios, sino la pólvora fabricada por la mano de los hombres.

El nuevo orden de ideas que asaltó la imaginación de Salvador, le indujo á proseguir su marcha hácia la salida de la villa para tratar de adquirir noticias, en vez de recoger en el acto la cabalgadura.

A medida que se acercaba al muro, veía crecer la animación en las calles. Los paisanos hablaban en corrillos de un combate empeñado en las inmediaciones; y con referencia á personas procedentes del lugar de la lucha, se aseguraba que las tropas inglesas se batian en retirada.

Salvador, preguntando en unos casos, limitándose á escuchar en otros, se adelantó hasta la puerta de la villa. El destacamento de highlanders que la ocupaba permitía la entrada, pero no la salida.

Por lo ménos nuestro estudiante comenzaba á saber á qué atenerse.

En aquel sitio le sorprendió un triste espectáculo: un convoy de heridos que el ejército aliado evacuaba á su retaguardia.

Todos aquellos desgraciados, conducidos por sus compañeros en cami-

llas de campaña, eran ingleses. Sus rostros pálidos los unos, sangrientos los otros, desencajados los más por el sufrimiento, impresionaron profundamente á Salvador.

El entendimiento del estudiante hacia mucho tiempo que se hallaba familiarizado con las miserias de la guerra; pero los ojos no lo estaban todavía.

Por lo demas, ninguno de los pobres heridos exhalaba una queja. Inmolados por la fatalidad en extranjería tierra, paseados exámenes por las calles de una población enemiga, ¿qué otra cosa podian prometerse que odios ó indiferencia! Buscaban fuerzas en el orgullo británico, y las encontraban para morir resignados.

Por fortuna el patriotismo de los vecinos de Brihuega no excluía la virtud de la caridad; y en las casas públicas y particulares en que aquellos desventurados extranjeros eran distribuidos, pródigamente recibían los mismos solícitos cuidados que se hubieran podido dispensar á soldados españoles.

Diez minutos despues de la llegada de los heridos, invadieron la puerta con precipitación algunas compañías de infantería. Los individuos que las componian llevaban los vestuarios en desorden, los equipos incompletos, las armas, las manos y los rostros ennegrecidos por la pólvora. No faltaban entre ellos brazos en cabestrillo, y enrojecidos lienzos restañando la sangre de heridas poco graves.

Se echaba de ver que aquella fuerza no habia estado en reserva.

La noche que empezaba á cerrar, prestaba á la escena que contemplaba Salvador los misterios de las sombras, de lo fantástico, de lo desconocido.

¿Qué habia ocurrido en la campaña; qué estaba sucediendo; y qué acontecimientos iban á sobrevenir?

Vamos á referirlo en el capítulo siguiente.

### XIX.

#### EL COMBATE DE BRIHUEGA.

La série de movimientos combinados que ejecutó el ejército español, habia producido el resultado de que el conde de Staremberg iniciase una marcha al parecer decidida, hácia las provincias del Este.

El primero que sospechó este formal proyecto fué el conde de Aguilar; pero tanto habia habituado el hábil jefe alemán á sus enemigos á evoluciones extratatégicas en abierta oposición con el verdadero objeto que se proponia, que el general español perdió algunas horas en deducir de diversas coincidencias la confirmacion de las hipótesis que el instinto militar le inspiraba. Con adversarios como Staremberg, ántes de ocuparse en destruirlos, es preciso pensar en rechazarlos.

Cuando Aguilar adquirió plena evidencia del propósito del caudillo imperial, envió un emisario al cuartel real, levantó el campo, concentró las fuerzas que mandaba, y siguió las huellas de los aliados, en una direccion que al mismo tiempo le permitiera ponerse en contacto con el duque de Vendôme. No contento con ésto, apenas tuvo conocimiento del lugar en que estaban el rey y el generalísimo se adelantó á su encuentro seguido de algunos caballos.

La llegada del conde de Aguilar, promovió un consejo de generales presidido por el monarca.

La decision fué unánime. Consistió en emprender una persecucion inmediata, y en cortar si posible fuese la retaguardia del ejército aliado, formada, segun las noticias de Aguilar, por la division inglesa del general Stanhope.

Como las tropas más próximas al enemigo eran las pertenecientes al cuerpo de ejército que mandaba el conde, éste quedó encargado de facilitar las fuerzas necesarias al marqués de Valdecañas, designado por el duque de Vendôme, para dirigir una expedicion en que la celeridad no importaba ménos que el arrojo.

La eleccion, no podia ser más acertada; con la actividad del marqués, solo rivalizaba la del conde de Mahoni.

Disuelto el consejo, todos los generales acudieron á sus puestos, y el ejército entero se movió con la energía moral que á las masas armadas presta la intuicion de la superioridad.

El conde de Aguilar puso á las órdenes del marqués de Valdecañas los batallones de granaderos, el regimiento de dragones que mandaba Vallejo, toda la caballería ligera de que pudo disponer y dos piezas de artillería volante. El marqués dió las gracias al conde por los escogidos cuerpos que le concedía, y se apresuró á poner la caballería en la pista de Stanhope, como se pone en la del oso una jauría de lebreles.

Los granaderos por su parte hicieron cuanto humanamente es posible por seguir á los ginetes.

La fortuna coronó la penosa marcha de aquellos valientes. A la caída de la tarde, Valdecañas divisó á los ingleses en la jurisdiccion de Brihuega, y pudo enviarlos algunas balas de los falconetes en señal de reto.

A Stanhope no le plugo recoger aquel guante de hierro, y prosiguió la ruta, fluctuando entre el pensamiento de pasar la noche en Brihuega y el de no interrumpir la retirada. Pero como las tropas necesitaban racionarse, y urgía además retirar el material de guerra acumulado en la villa, el general inglés acabó por de-

cidirse á pernoctar en ella algunas horas.

No era hombre Valdecañas á quien tan fácilmente se obligaba á cambiar de propósito. Ante todo se dirigió al marqués de Toy que mandaba la caballería ligera, y le dió instrucciones para que dividiendo la fuerza en dos columnas, partiera á rienda suelta á amenazar los flancos del enemigo. Despues voló al terreno que ocupaban los dragones.

—¡Señor coronel!—gritó á Vallejo; —es indispensable que fuerce usted á Stanhope á combatir.

Acto continuo volvió la brida á retaguardia, y corrió á dar calor personalmente al avance de los granaderos.

Vallejo dispuso en batalla sus dos primeros escuadrones, colocó los dos últimos en columnas de reserva á los costados, y emprendió el movimiento al paso en un principio, al trote despues, y al galope por último.

Aunque los ingleses recibieron una granizada de balas, apenas estuvieron al alcance de las largas carabinas de los dragones, no dejaron de continuar el camino.

En breve, sin embargo, no fueron los proyectiles de los ginetes de Vallejo, sino sus tajantes aceros toledanos, los que cayeron en las filas de los hijos de Albion.

Entonces hubo algunos momentos de confusion. El general inglés corrió á la retaguardia, y dió la orden de alto.

El marqués de Valdecañas, estaba satisfecho: Stanhope se decidia á pelear.

Las fuerzas que mandaba el caudillo inglés consistian en ocho batallones y otros tantos escuadrones. Es cierto que los accidentes de una larga campaña en que no era fácil reponer las bajas, habian considerablemente reducido el personal de los cuerpos;

pero sus cuadros eran aguerridos, y la calidad podia suplir á la cantidad.

A medida que los batallones rojos se desplegaron en la llanura, rompieron el fuego sobre los dragones y las cabezas de columna, de los granaderos que avanzaban por la carretera.

Una vez generalizado el combate, Valdecañas envió orden al coronel Vallejo, para replegarse á los flancos de la infantería.

No entraba, sin embargo, en las ideas de Stanhope sostener una lucha porfiada; á pocas horas que ésta se prolongase podria echarse encima todo el ejército hispano-francés. Por otra parte, el caudillo inglés no veia franqueza en el combate á que le provocaba Valdecañas. En virtud de esta doble consideracion, apenas se halló desembarazado del incómodo contacto con los dragones, dispuso continuar la retirada sobre Brihuega, apoyándola en el fuego de los escalonados batallones.

Valdecañas, á la cabeza de sus granaderos organizados en columnas de ataque, persiguió al inglés con encarnizamiento.

Stanhope llegó apresuradamente á la villa con la noche del 7 de Diciembre; y aunque se proponia abandonarla en la primera ocasion favorable que pudiera ofrecérsele, no omitió precaucion alguna para ponerla desde luego en estado de defensa.

La ocasion que Stanhope pensaba aprovechar, era precisamente la que Valdecañas queria á todo trance impedir.

El marqués, por lo tanto, no bien adquirió la evidencia de que la division inglesa habia penetrado en el amurallado recinto de Brihuega, se consagró, con la energía que le caracterizaba, á cerrar al enemigo cuantas salidas le fuera dado utilizar.

Granaderos, artilleros, dragones y

igeros, manejaron durante la noche entera el pico y la pala. La carretera, los caminos vecinales, las sendas, todas las avenidas practicables en las inmediaciones de la villa se erizaron de trincheras; las casas próximas se aspilleraron; las eminencias se coronaron de reductos.

Antes de que se anunciase el nuevo día, Valdecañas había terminado su obra, y colmado las esperanzas del rey Felipe, del duque de Vendôme y del conde de Aguilar.

Stanhope estaba encerrado en un círculo de hierro.

El crepúsculo matinal reveló á los ingleses su comprometida situación. Stanhope recorrió la muralla examinando la campiña; y aunque no se hizo ilusion alguna, afectó la mayor confianza al expedir las órdenes de marcha, y al disponer que el general Hyl, al frente de su mejor batallon, saliese en vanguardia de la plaza por el sitio ménos defendido al parecer, y forzase las líneas españolas.

Hyl montó á caballo, se puso á la cabeza de la columna, dió un viva á la reina Ana, repetido con entusiasmo por el batallon, y emprendió el movimiento al ruido de los tambores que batian paso de ataque.

Las posiciones de los granaderos se cubrieron de humo, y el estruendo de la fusilería apagó el eco de los tambores. El caballo de Hyl cayó atravesado de dos balazos; cuando auxiliado por algunos soldados pudo ponerse en pié, el general se halló cerrado el paso por una mole de cuerpos palpitantes. La primera compañía estaba deshecha; las demás, se arremolinaban indecisas; el avance se había suspendido.

El brayo Hyl agitó la espada con brío, lanzó algunos gritos ininteligibles en medio de las incesantes detonaciones, y se impulsó adelante; va-

rios oficiales le siguieron arrastrando detrás al batallon.

El fuego arreciaba por momentos; era evidente que las trincheras recibían refuerzos. Hyl se hallaba á treinta pasos de la cortadura; la mostró á los soldados con la punta del acero y todos partieron á la carrera en la direccion indicada por el general.

Inútil heroísmo; apenas los ingleses cruzaron sus bayonetas con los granaderos que guarnecían la trinchera, decididos á no ceder un palmo de terreno, un rediente inmediato comenzó á vomitar metralla sobre el flanco de los primeros. Sus filas, ya hartó claras, se deshicieron; el desorden llegó á su colmo y la retirada fué instintiva. Hyl, casi abandonado, tenía que optar entre hacerse matar, rendirse prisionero, ó seguir á sus soldados; tomó el tercer partido y se replegó á la plaza dejando cubierto de víctimas todo el trayecto recorrido.

Desde aquel momento, Stanhope no pensó en intentar un nuevo ataque; hizo llamar las fuerzas enviadas para apoyar á Hyl y distraer la atencion del enemigo y sólo se ocupó en poner la villa en estado de defensa.

La posicion en que se encontraba, podia ser peligrosa hasta lo sumo; pero no era desesperada. Staremberg no le abandonaría aunque dentro de veinticuatro horas estuviesen en torno de Brihuega, Aguilar y Vendôme.

Todo, por consiguiente, consistía en prolongar la resistencia, hasta tanto que el general austriaco pudiera volver en auxilio de la cortada division inglesa.

Stanhope hizo construir baluartes en las puertas, atrincheró las calles, almenó las casas y se dispuso á sostener la honra británica y un sitio en toda regla.

El marqués de Valdecañas, entre tanto, había enviado un ayudante al

cuartel real dando conocimiento al monarca de la situación en que tenía á Stanhope, y pidiendo artillería para batir la muralla.

Vendôme dispuso en el acto que las baterías de reserva se adelantasen al galope hasta Brihuega, y siguió la misma dirección con el ejército entero.

Apenas Valdecañas recibió las piezas, dispuso la construcción de parapetos móviles, formados con haces de ramaje, suficientes para proteger á los artilleros de la mosquetería de la plaza, y rompió inmediatamente el fuego.

Desde los primeros disparos desconfió el marqués de la eficacia de su artillería.

El muro era de ladrillo, pero de bastante solidez para resistir los proyectiles de los cañones de campaña. En vano se empujaron adelante las baterías, y se las hizo jugar toda la mañana; los desperfectos que en la muralla produjeron, no llegaron á constituir una verdadera brecha.

Al medio día, Felipe V, más impaciente que ninguno, llegó á la vista de Brihuega seguido á rienda suelta por los guardias de Corps y por el regimiento de caballería de la Estrella, que mandaba el conde del Real.

La presencia del joven monarca, produjo un entusiasmo indescriptible en las tropas de Valdecañas. Fuera los que quisiesen los esfuerzos del ejército aliado, nadie temió ya entre los españoles que pudiera escapárseles su presa.

Una hora después se presentaron en el teatro de los sucesos el duque de Vendôme por la parte septentrional de la villa, y el conde de Aguilar por la occidental.

En la conferencia celebrada con asistencia de Valdecañas, se adoptaron dos acuerdos importantes. Fué el primero, que Aguilar partiera con to-

da la caballería á detener al conde de Staremberg; consistió el segundo, en minar la puerta más próxima de la plaza, vista la ineficacia de la artillería de campaña para batir el muro.

La preocupación dominante en el ánimo del duque de Vendôme, era la conducta del generalísimo austriaco en presencia de los sucesos. Así fué, que se decidió á acompañar á Aguilar. Los célebres guerrilleros don José Vallejo y don Feliciano Bracamonte, cuya noble emulación tantos días de gloria proporcionó á España, marcharon en vanguardia.

El rey Felipe permaneció al frente de la villa activando los trabajos del sitio durante toda la tarde, al lado de Valdecañas, al cual acompañó hasta el emplazamiento de las piezas, no obstante el nutrido fuego de los ingleses, cuando se trató de que los ingenieros reconociesen el terreno en que había de abrirse la proyectada mina.

No bien llegó la noche se dió principio á la obra de zapa, y con tanto vigor se prosiguió, que en las primeras horas de la madrugada quedó cargado el terrible hornillo.

Al anunciar la diana de las bandas militares la alborada del día nueve, Felipe montó á caballo, y recorrió los diversos cuarteles del campamento, inspirando en todos los espíritus la fé en la victoria que animaba el suyo.

Después se avistó con los comandantes de las divisiones, y se trató de los preparativos del asalto. Como no había jefe que no pretendiese dirigirle, ni cuerpo que no aspirase á formar la primera columna de ataque, se dejó á la suerte la elección. Designó la fortuna al conde de las Torres para mandar la peligrosa operación, y para reemplazarle si faltase, al marqués de Toy, en concepto de segundo cabo. La dirección de las tres columnas que habrían de organizarse, cupo,

por el mismo procedimiento, á los tenientes generales don Pedro de Zúñiga, el conde de Merodi y el de San Estéban de Gormaz. En cuanto á los tres cuerpos que resultaron favorecidos fueron los guardias walones, el regimiento de Eciija y los granaderos.

Felipe no quiso omitir un paso pródigo. Hizo intimar la rendicion al general Stanhope, advirtiéndole que si dentro de una hora no habia anunciado la intencion de deponer las armas, se volaria la mina preparada, y las tropas que mandaba serian tratadas con todo el rigor que las leyes de la guerra autorizan en las poblaciones tomadas por asalto.

La contestacion de Stanhope, fué la que cumplia á un valeroso soldado.

—Decid al duque de Anjou,—respondió al emisario;—que no pierda en realizar su amenaza el tiempo que me concede, porque dentro de una hora mi decision de rechazarle será tan inquebrantable como en este momento.

Valdecañas irritado, propuso al rey que aceptase el consejo del altivo inglés; pero Felipe apreció el denuedo militar de Stanhope, en tanto como desdeñó el ultraje que le inferia en el título que le daba, y determinó no privar á la Providencia de aquellos sesenta minutos para evitar el derramamiento de sangre, si así convenia, por alguno de esos mil medios de que siempre dispone, y que al hombre no le es dado prever.

Mientras corria el indicado plazo, circuló por todo el campamento una noticia de viva sensacion.

Don Feliciano Bracamonte participó al cuartel real por conducto de un edecan, que habia cortado y hecho prisionero al regimiento de infanteria alemana número 11, cuya bandera remitia al monarca.

Nada era más á propósito que este

suceso para preparar los ánimos á un esfuerzo brioso en el próximo ataque.

La artilleria habia cesado en sus disparos. El conde de las Torres y las tropas que debia acaudillar, esperaban ocultos en los pliegues del terreno más inmediatos á la plaza. El momento era solemne.

Los ojos del ejército entero contemplaban con ansiedad el bastion amenazado.

Felipe V, reloj en mano, agitó por fin un pañuelo blanco.

De repente, se elevaron en la atmósfera una columna de humo y una nube de polvo, á través de las cuales brilló una llama rojiza; la detonacion que siguió á aquel volcan, conmovió la villa en sus cimientos.

Cuando los innumerables objetos, lanzados al espacio, permitieron que recobrase el aire su transparencia, el efecto de la explosion fué recibido en el campo español por un inmenso grito de júbilo, seguido de un aplauso á los zapadores.

La puerta de la villa y su baluarte yacian en tierra, y una considerable parte de la muralla estaba en ruinas.

Poblaron el viento las cornetas con su vertiginoso paso de carga, crugió el parche, y los guardias walones avanzaron rápidamente, con el fusil al hombro, llevando á pié en las filas á un grande de España, á un nobilísimo general castellano y á un mariscal de Francia.

Al llegar á medio tiro de mosquete, del recinto de la plaza, fueron recibidos con una espesa rociada de balas: el plomo silbaba en los oidos de los guardias como un huracan desencadenado.

Todavía faltaban doscientos pasos para poder escalar las ruinas, y ya quedaba rezagada la mitad de la fuerza; á las numerosas bajas causadas por los proyectiles, habia que agre-

gar las producidas por los muchos soldados que se ocupaban en socorrer á sus compañeros heridos, y en retirarlos del fuego.

El conde de las Torres continuaba ganando terreno al lado del general Zúñiga, y siempre que volvía la cabeza, observaba con satisfacción que era seguido por los bravos walones; pero también veía que su número disminuía á cada momento; porque la brecha y los contiguos lienzos del muro, parecían ser un cráter de fogonazos.

Llegó un instante en que el conde comprendió lo infructuoso de su empeño, aún en el caso de que los pocos hombres que le quedaban consiguieran pisar los escombros de la muralla. Dió en su consecuencia por rechazada la primera tentativa de asalto; ordenó á Zúñiga que rehiciera sus fuerzas á retaguardia, se resguardó como mejor pudo, aprovechando los accidentes del terreno, y dispuso que precipitase la marcha la segunda columna del regimiento de Ecija, mandada por el conde de Merodi, que había comenzado á moverse lentamente.

Las nuevas tropas redoblaron el paso, despreciando los siniestros zumbidos de la atmósfera que respiraban, poblada por la muerte; llegaron al lugar en que esperaban el conde de las Torres, el mariscal marqués de Toy y algunos oficiales, todos los cuales se unieron á las filas de los de Ecija; y haciendo el último esfuerzo se lanzaron en la carrera sobre el boquete del muro.

El foso colmado de escombros, la puerta derribada, el bastion destruido, todo á la vez se vió cubierto por aquellos impetuosos soldados. Entonces contestaron al fuego con el fuego, á la bayoneta con la bayoneta, á los golpes de catapulta de las rocas, con los golpes de ariete de las culatas.

— Cuanto aquellos valientes tropeza-

ron delante, cedió á su empuje; y saltando sobre las ruinas sembradas de cadáveres blancos y rojos, se esparcieron por la ronda interior del muro y por la calle que conducía á la puerta.

Allí, sin embargo, la situación se hizo insostenible: los terrados y ventanas de las casas, así como las cortaduras de las calles vomitaban llamas, y el enemigo que las fulminaba era tan inabordable como invisible.

El conde de las Torres, no quiso comprometer el éxito de su empresa por una temeraria imprudencia: ordenó á los cornetas requerir llamada repetidas veces, y emprendiendo la retirada hasta la brecha, se estableció sólidamente en ella.

La vecindad era demasiado peligrosa para que Stanhope se resignara á consentirla. Algunas compañías escocesas, acaudilladas por el general Carpentier, se adelantaron por las dos aceras de la calle, con el encargo de desalojar á los españoles de su posición.

Los soldados del conde de Merodi, que apenas habían tenido tiempo de parapetarse, recibieron á los de Carpentier con el denuedo que les inspiraba la certidumbre de que estaban fijos en ellos las miradas del rey Felipe y de todo el ejército.

Los escoceses que no podían ménos de combatir á pecho descubierto, sufrieron grandes pérdidas, y á su vez fueron rechazados.

La tercera masa de granaderos, mandada por el conde de San Estéban de Gormaz, iba, entretanto, acercándose al portillo de la muralla sin encontrar sería hostilidad, por el mismo trayecto que tanta sangre costó á las dos columnas que la precedieron.

A quinientos pasos detrás de los granaderos acudian de nuevo los wa-

iones de Zúñiga ávidos de su revancha.

El de las Torres confió las posiciones más avanzadas de la brecha á las tropas de refresco de San Estéban de Gormaz; y se ocupó en comunicar instrucciones á todos los jefes para iniciar el ataque en lo interior de la villa.

San Simon, el infatigable colector de los sucesos y rasgos notables del tiempo en que vivió, refiere la anécdota siguiente:

El conde de San Estéban de Gormaz, capitán general de Andalucía, fué á colocarse entre los granaderos en el puesto más avanzado y peligroso: las balas inglesas rebotaban á cada momento en torno del caudillo.

El capitán que mandaba la compañía que ocupaba aquél lugar no pudo ménos de manifestar con sorpresa al general cuán inferior á su elevada gerarquía militar era el sitio que elegía.

El conde contestó friamente al oficial, que con respecto á semejante asunto sabía todo cuanto pudiera decirsele, pero que era hijo del duque de Escalona, virey de Nápoles, el cual hecho prisionero en Gaeta por los imperiales, yacía en Pizzzygitone infamemente tratado, con esposas en los piés, sin poder obtener rescate á ningun precio; y que estaba decidido á morir aquél dia en la demanda, ó por mano propia apoderarse de alguno de los muy distinguidos generales enemigos que encerraba Brihuega, para tratar de cangearle por el ilustre cautivo.

Las cornetas no tardaron en hacer la señal que anhelaba el capitán general de Andalucía.

Los granaderos impulsaron de frente su rudo ataque; los de Ecija y los guardias walones le dirigieron de flanco.

Fué tan continuado el fuego granadeado que los ingleses rompieron sobre los sitiadores, que toda aquella parte de la población pareció presa de un incendio. Nada, no obstante, bastó á contener la ciega embestida de las tres columnas castellanas. Los soldados que las componían sabían perfectamente que no sólo la victoria, sino la propia salvación, consistían en internarse en la villa cuanto fuera posible.

El marqués de Valdecañas, en efecto, únicamente esperaba á que el conde de las Torres le dejara suficiente espacio libre á retaguardia para inundar la plaza de batallones.

La división Mahoni, que con este objeto se había adelantado hasta la brecha en masas concentradas, dió principio á la invasión, guiada por el impetuoso conde.

La desesperada resistencia que los ingleses oponían, comenzó á imprimir á la lucha un estigma de salvaje ensañamiento.

Los zapadores derribaban las puertas de las casas con las achas y las palancas; precipitábanse por ellas los soldados frenéticos; y cuantos enemigos encontraban eran, muertos ó vivos, arrojados por los balcones. Jamás olvidará Brihuega las terribles escenas de destrucción ocurridas el 9 de Diciembre, en el seno de la mayor parte de las familias de la villa.

Convertida en un baluarte cada casa, se hacía necesario formalizar un sitio para cada paso adelante que se daba; y si bien los triunfos no se interrumpían, era á costa de un tiempo precioso y de sangre más preciosa todavía.

A la una de la tarde, las fuerzas y las municiones de sitiados y sitiadores estaban agotadas. Sin órdenes de nadie, por un acuerdo tácito, el fuego languideció en muchos puntos,

y cesó por completo en algunos. Los jefes aprovecharon aquella tregua para retirar los heridos, repartir pan, y distribuir cartuchos.

A la hora indicada los ingleses habian cesado de dominar en la mitad de la poblacion, y estaban cercados por triple número de tropas.

Stanhope, á la vez que dictaba las más enérgicas órdenes de resistencia, no dejaba de asestar el catalejo cada cinco minutos á la parte oriental de la campiña. Inútil impaciencia; Starremberg no parecia.

Un expreso del duque de Vendôme, sin embargo, hizo saber al rey Felipe, con referencia á las observaciones de Bracamonte, que el generalísimo imperial, terminada la concentracion de sus fuerzas, venía sobre Brihuega con todo el ejército.

La noticia fué un espolazo para cuantos oficiales generales rodeaban al príncipe, y especialmente para Valdecañas. Era menester hacer el último esfuerzo y forzar á Stanhope á rendir las armas.

Comunicáronse disposiciones apremiantes á todos los jefes, y en breve volvió á estallar en el recinto de la villa el estruendo de la fusilería con más intensidad que nunca.

Las distancias se estrechaban, las pérdidas crecian, y á pesar de todo, no cedía en un ápice la fria entereza de Stanhope.

Como éste oyese que arreciaba el fuego en una de las calles que desembocaban en la plaza que á la sazón ocupaba; y se enterase de que la asaltaban los granaderos españoles, dispuso que el general Carpentier, á quien siempre favorecia con la eleccion en las grandes ocasiones, marchase á rechazar al enemigo al frente del único batallon de reserva que tenia á mano.

Carpentier partió sin demora; re-

cibió una descarga, contestó con otra, y como ambas habian sido hechas á quema-ropa, un momento despues se cruzaron las bayonetas.

En la confusion del combate el general inglés se sintió herido, y dobló en tierra una rodilla. Dos granaderos se lanzaron sobre él para rendirle ó rematarle; pero ántes que los soldados, llegó el conde de San Estéban de Gormaz, el cual dijo al inglés poniéndole la siniestra mano en el hombro:

—¡General, sois mi prisionero!

Entregado Carpentier á un oficial, el conde prosiguió su avance para buscar sin duda nuevas presas, por si la privilegiada que acababa de hacer no bastase al cange del marqués de Villena, duque de Escalona.

La falta del caudillo precipitó la retirada de los ingleses hasta la cortadura abierta en la calle en su punto de enlace con la plaza.

Quizá la pérdida del bravo Carpentier, fuese la más sensible para Stanhope; pero no era la única que experimentaba en su estado mayor y en el personal que mandaba los tuerpos. Cuantas veces preguntaba por un general, por un brigadier, por un coronel, se le contestaba que habia muerto, que estaba herido, ó que se ignoraba la causa de su desaparicion.

El vacío se hacia por momentos en torno del comandante general inglés en aquella tremenda tarde de amargura y de sangre.

Los subordinados del tenaz Stanhope, mudos ante el cumplimiento del deber militar, parecian preguntarle con las miradas llenas de desaliento hasta cuándo deberían prodigar el estéril sacrificio de la vida en aras de la honra del pabellon británico en semejante lucha sin cuartel, tregua ni esperanza.

La noche vino á aumentar los horrores de la carnicería, y á concluir con las postreras ilusiones de Stanhope, impidiéndole tender sus mendicantes ojos por la llanura.

A las siete volvió á Brihuega el duque de Vendôme, dejando apostada toda la caballería bajo el mando del conde de Aguilar, á media legua de la plaza, en el camino que Staremberg debía recorrer.

El vivo fuego que el general en jefe escuchaba, y el siniestro resplandor rojizo que sobre la villa se cernía, le hicieron comprender la firmeza con que todavía se sostenían los ingleses.

Pálido de ira, galopó hácia el sitio donde le indicaron hallarse el rey; se enteró del curso y del estado del combate, y no siendo posible aglomerar más fuerzas en el teatro de la contienda, decidióse que penetrara en la plaza el rey Felipe para que su presencia comunicara á las tropas mayor empuje.

Las nutridas detonaciones de la mosquetería que desesperaron á Vendôme durante todo el trayecto recorrido al regresar á Brihuega, habían sido, sin embargo, la última erupción del volcan.

Al ponerse en movimiento la brillante escolta real con direccion á la puerta practicable de la plaza, se presentó un oficial del conde de las Torres, manifestando que el general Stanhope pedia capitulación.

Urgía demasiado terminar el combate, para que se dudase en otorgarla.

A las ocho y media de la noche el duque de Vendôme y el general Stanhope firmaron la capitulación, bajo las bases de entrega á discrecion, salvo el respeto á la vida y á la propiedad particular.

En virtud del pacto, rindieron las

armas desde Stanhope hasta el último soldado de la division inglesa, disminuida en mil quinientos hombres que yacían tendidos en los muros, las plazas, las calles y las casas de la poblacion.

¡Sangrienta hecatombe, que unida á la de las tropas españolas, tanto hablaba de la rudeza del ataque como del brío de la defensa!

## XX.

### EL SEÑOR DE MOLINA.

Narrada la parte heroica del drama de Brihuega, preciso es que nos ocupemos en la exposicion de asuntos ménos serios.

No nos referimos á don Pascual Merendon al decir esto, por más que acaso pudiera no faltarnos algun motivo. El buen doctor, en efecto, en el momento en que oyó estallar las primeras descargas de la fusilería, se sintió aquejado de tan extraordinaria descomposicion en el organismo entero, que se desnudó sin saber lo que hacía, y se metió en la cama, donde permaneció postrado para todos cuantos preguntaron por él, si no atravesado por una bala como tantos otros, herido al ménos por una violenta indisposicion del tubo digestivo.

En quien por lo pronto debemos fijar la atencion es en Salvador Zurita, el cual á las nueve de la noche, hora en que ya era posible asomar sin peligro la cabeza á la calle, entreabrió la puerta de la casa de la señora Marta, y cambió con el vecino de enfrente una de esas miradas interrogadoras que parecen decir:

—¿Estamos seguros?...

En aquél momento se ordenaba á los habitantes de la poblacion que iluminasen los balcones y ventanas, abriesen las puertas y prestasen auxilios á las brigadas sanitarias, cuyos

recursos se habian agotado en todos los hospitales de sangre, ántes de terminar la curacion del considerable número de heridos á que era urgente socorrer.

Las calles aparecieron al poco tiempo alumbradas por una claridad ménos siniestra que la que dos horas ántes las incendiaba; y como empezaban á estar transitadas por el vecindario, el impaciente Salvador se puso de un salto en el arroyo; y se confundió con los soldados, camilleros, operarios y curiosos que por todas partes se cruzaban, se entorpecían los movimientos y se atropellaban.

El estudiante se encaminó instintivamente á la casa de ayuntamiento: cualquier acontecimiento notable que á la sazón ocurriera en la villa, en aquel sitio debia realizarse: por otra parte, no era imposible que allí encontrase á don Pascual.

El espectáculo que algunas calles del tránsito ofrecian, llenó de espanto á Salvador: sus ojos se separaban con horror de los rincones en que numerosas masas inertes yacían amontonadas; los mismos que durante el dia se habian degollado sin piedad, dormian tranquilamente por la noche en fraternal abrazo. Sin las resinosas teas que por donde quiera brillaban, y la animacion, el contacto y la algazara de los transeuntes, hubiera sido probable que el seminarista retrocediese.

La filosofía, sin embargo, no tardó en acudir en apoyo del ánimo del jóven.

—Después de todo,—se dijo,—la muerte es en el mundo tan natural como la vida.

Y prosiguió el camino.

La casa de la villa, iluminada con profusion tanto exterior como interiormente, presentaba un aspecto lleno de animacion.

Frente á la fachada estaba situado un fuerte piquete de caballería, y una multitud de militares y paisanos se agolpaba en la puerta principal, custodiada por centinelas dobles.

El seminarista conocia demasiado el terreno que pisaba para intentar forzar aquel disputado paso. Se dirigió á un extraviado postigo lateral y no encontró dificultad para penetrar en el edificio.

Una de las personas con quienes primero tropezó, en la sala llamada de Ministriles, fué el acaudalado pañero Martinete, persona á quien de antiguo conocia.

—Pláceme ver al señor Martinete, sin desperfecto en su persona,—dijo Salvador.

—Se agradece al señor Zurita su satisfaccion,—contestó el pañero;—á Dios gracias, efectivamente he salido incólume de este dia de prueba. ¡Ojalá me fuera dado decir otro tanto de mi almacen del barrio de nuestra señora de la Peña!

—¿El edificio, segun eso, ha sufrido algo?...

—Y aún algos, por desdicha; partes existen que solo se sostienen por un milagro de equilibrio. No parece sino que los artilleros de don Felipe, formaron el especial propósito de dirigir las balas de los cañones á la casa del más leal de los súbditos que tiene ese amado monarca.

—Ya se indemnizará algun dia á vuestra merced.

—No lo digo precisamente por eso; mi adhesion á la dinastía borbónica, acepta todo género de sacrificios... pero en fin, mejor hubiera sido que las piezas de artillería apuntasen á otra parte.

—¿Ha visto por aquí, vuestra merced, al doctor Merendon?

—El doctor, segun dicen, está gravemente indispuerto.

— ¡Indispuesto! — exclamó Salvador.

— ¿Qué tiene eso de admirable?...

— A decir verdad, — contestó el bachiller como hablando consigo mismo; — lo que hubiera debido parecerme maravilloso, sería que don Pascual se encontrase en buen estado de salud en semejante día.

— Además, la presencia del doctor en el Concejo era innecesaria; hay novedades...

— ¿Novedades?... á ver, á ver, señor Martinete; ya sabe vuestra merced que la curiosidad es el más incorregible de mis defectos.

— Don Pascual Merendon ha dejado de ser alcalde; el ayuntamiento de la villa nombrado por los caudillos del intruso austriaco, ha sido en masa exhonorado.

— ¡Exhonorado!

— Esa es la palabra.

— Ni la palabra ni la cosa se me antojan irracionales.

— Tampoco merecerá ese concepto al señor Zurita, la acordada reposición de los concejales depuestos por los aliados.

— Muy al contrario; me merece el concepto de la más lógica de las medidas... Y á propósito, señor Martinete; vuestra merced pertenecía al número de aquellos nuestros dignos regidores...

— Así es la verdad.

— De modo que vuestra merced se encuentra aquí en el ejercicio de sus funciones... ¡Mil enhorabuena, señor Martinete!

— Las circunstancias son difíciles ¡oh jóven entusiasta!... no hay motivo para tantas felicitaciones.

El movimiento que á la sazón se hizo notar en el salon de honor, condujo hácia su puerta á los dos interlocutores.

La larga estancia se hallaba inun-

dada de gente entre la cual predominaba el elemento militar.

El lector, que ya debe estar familiarizado con el carácter de Salvador, no extrañará en manera alguna, que al poco tiempo de su entrada en el salon se encontrase al lado de las personas más adelantadas.

En los semblantes de aquella escogida pleyada de oficiales de diferentes graduaciones, se reflejaba el júbilo de la victoria. Madrid, la España entera, la Francia y el gran rey, iban en breve á conocer el fausto suceso, á escuchar palpitanes de emoción las relaciones del combate y á llenarse de orgullo por el denuedo de los caros hijos á quienes ambas naciones confiaron sus gloriosas enseñas.

El jóven estudiante buscó con los ojos á su amigo el coronel de dragones entre los concurrentes; pero Vallejo tenía otra cosa que hacer en aquel momento que descansar, aunque solo fuera algunos cuartos de hora sobre los laureles de un triunfo á que por lo demás no había contribuido.

La representación que los cuerpos de caballería tenían en la sala concejil, era por otro lado insignificante. En cuanto al estado mayor general, la reunion no podía ser más brillante; allí se encontraban todos los héroes de la jornada, Valdecañas, Las Torres, Mahoni, Toy, Zúñiga, Merodi, San Estéban de Gormaz y otros muchos generales y brigadieres.

Escasamente había tenido tiempo Salvador, para tomar posesion con la mirada, del nuevo escenario, cuando por una puerta lateral vió aparecer al duque de Vendôme, al deferente jóven conocido en la Cruz del Robledal señor de Molina, y á varios personajes de lujosos trajes y espléndidas condecoraciones no obstante la ruda faena del día.

En el mismo instante el marqués de Valdecañas gritó levantando su tricorno:

—¡Viva el rey!

Todos los circunstantes repitieron la aclamación y el saludo.

Los militares volvieron á cubrirse; los paisanos permanecieron con el sombrero en la mano. El estudiante, sin darse cuenta del suceso, hizo lo que observaba en los demás, como por costumbre tenía.

El jóven señor de Molina, con el rostro animado por el general contento, avanzó algunos pasos hacia el marqués de Valdecañas y los demás oficiales superiores, y pronunció pausadamente:

—Señores: quiero haceros partícipes de una satisfactoria noticia.

Hubo un segundo de sensación; todas las cabezas se adelantaron para escuchar mejor; el silencio fué completo.

El de Molina prosiguió:

—Acaba de asegurarme repetidas veces el general Stanhope, que los ocho batallones y otros tantos escuadrones que esta noche han rendido las armas, merced á vuestro heroico esfuerzo, serán las últimas tropas inglesas que pisen el territorio español.

—Plegue al cielo,—contestó el de Valdecañas;—que la voluntad de la reina Ana confirme las palabras de su general, para la más pronta pacificación de los nobles pueblos que tienen la fortuna de ser regidos por el glorioso cetro de vuestra majestad.

Salvador se estremeció de pies á cabeza al oír dar á Molina el tratamiento de majestad... El jóven que solícito le buscó, pocos días ántes, en el valle de Fuentes, para conocerle y honrarle con una cordial felicitación, había sido Felipe V en persona...

El aturdimiento que se apoderó de

los sentidos del estudiante, le hizo perder el curso de la escena por algun tiempo. Cuando volvió en sí, el rey acababa de articular estas palabras:

—¡El alcalde de Brihuega!

Un hombre como de cincuenta años, de respetable peso, puesto que pasaba de nueve arrobas, y de rostro encendido por la emoción que le producía el especial llamamiento del monarca, dió algunos pasos al frente, no con todo el desembarazo que hubiera sido de desear.

Felipe recogió de la mesa una bandera decorada con el águila de dos cabezas y repuso:

—Uno de nuestros más intrépidos soldados se ha apoderado en la llanura de esta enseña de las tropas imperiales; consérvela el Concejo de la villa como presente de mi mano, en conmemoración de la victoria obtenida dentro y fuera de los muros por las armas españolas en tan señalado día.

Mientras un aplauso unánime acogía las frases del rey, el alcalde murmurando algunas sílabas de respetuosa gratitud, que por acaso no le fué imposible encontrar, se hacía cargo de la bandera alemana remitida por Bracamonte.

En dos distintas ocasiones había creído observar Salvador que se fijaron en su persona los ojos de Felipe. ¿Habría sido reconocido? El tiempo transcurrido desde la entrevista del Robledal, no parecía suficiente para que pudiera borrarse el recuerdo de una fisonomía, sobre todo si tenía el grado de acentuación que el bachiller concedía á la suya; pero joyó referir tantas anécdotas de la poca memoria de los reyes!...

El filosófico-excéntrico monólogo de Salvador, fué interrumpido por el encuentro de la tercera mirada del mo-

narca, el cual en esta ocasion dijo sonriendo:

—Señor Zurita...

El estudiante se apresuró á acercarse al rey, pronunciando:

—Vuestra majestad me proporciona la satisfaccion más viva de mi vida, y no sé si me llena del más inmodesto orgullo al recordar mi humilde nombre...

—Me parece que el señor de Molina expresó en la última semana al de Zurita, lo obligado que le quedaba. ¡Qué deudor olvida tan presto el apellido de su acreedor!

—Es muy exacto... pero ¿cómo podía imaginar este oscuro estudiante, que el apuesto jóven que en el valle de Fuentes le dirigió tan lisongeras frases, fuese el augustó príncipe vestido con la régia púrpura de la majestad católica...

—Tampoco Felipe de Borbon sospechaba en aquel día que para sacarle de un mal paso, la Providencia eligiera la mano de un seminarista de Sigüenza. ¿No es verdad, señor duque, que el jóven Zurita nos prestó un inapreciable servicio?—añadió el rey volviéndose hácia Vendóme.

—Me complazco en reconocerlo así,—contestó el duque.

—¿Teme el señor Zurita todavía,—replicó el rey acentuando su sonrisa,—que mi favor no alcance á hacerle obtener la sacristía que ambiciona?

—¡La sacristía de San Torcuato!...

—No se ha extinguido en mi memoria el ligero tono de incredulidad que al oír mi promesa pareció adquirir el semblante del buen seminarista.

Salvador, con el lábio plegado á su vez por la sonrisa, contestó inclinándola cabeza:

—¡Ah, señor! desde entonces no es mucho lo que ha aumentado la fé en mis merecimientos...

Felipe volvió á dirigirse al generalísimo, y repuso:

—Imagino, duque, que nuestro protegido podrá ser un servidor de los más oportunos; pero no es un súbdito de los más adaladores.

—Si vuestra majestad estuviese en su palacio de Madrid,—dijo el francés,—el acontecimiento podría parecerle por lo ménos extraño; pero en el seno del ejército la costumbre debe hacer que le considere la cosa más natural del mundo.

El rey prosiguió hablando con Salvador.

—No es el señor Zurita quien ha de justipreciar sus propios méritos; en la ocasion presente quiero tomar á mi cargo ese cuidado.

—Anhelaría,—replicó Salvador,—que la Providencia me deparase un día en que pudiera dar mi vida por por vuestra majestad, para probarle la sincera efusion de mi reconocimiento.

—La adhesion del leal bachiller á mi persona no necesita nuevas demostraciones.

Y tendiendo la mano al seminarista, añadió Felipe:

—Puede, pues, el señor sacristan de San Torcuato, despedirse de su príncipe con la primera de las virtudes teologales en toda su integridad.

Salvador tomó la mano del monarca, y posó en ella el extremo de los labios inclinándose profundamente.

Felipe, seguido del duque de Vendóme, se dirigió á la puerta del fondo; y distribuyendo corteses saludos, breves frases y francas sonrisas, pasó á la habitacion inmediata.

El estudiante era objeto de las miradas de toda la concurrencia. Entre los militares no obtuvo el hecho ni considerable ni prolongada atencion; pero los vecinos de Brihuega no aca-

ban de volver de su asombro. El rey había particularmente distinguido al mozalvete, sobrino de la señora Marta, reconoció serle deudor de un importante servicio, y pareció ofrecerle una recompensa; y en cuanto á Salvador, no contento sin duda con hablar á su príncipe con un desembarazo, firme voz y natural continente increíbles, sobre todo para el alcalde, hasta se permitió una respuesta que el bondadoso monarca llamó falta de adulacion, y muchos consideraron insolencia.

Existía motivo suficiente para que las altas clases de la villa allí constituidas, y su regimiento en pleno, hicieran al seminarista una interminable série de cumplidos, y para que el concejal Martinete le acompañase hasta la puerta del edificio, reiterándole las seguridades de la antigua y nunca desmentida amistad que los unía.

La admiracion de los extraños no causó en Salvador la menor sorpresa, porque el más admirado de todos era él mismo. La extraordinaria aventura que acababa de sucederle, de tal modo le embargaba los sentidos y facultades mentales, que se encontró en la calle y echó á andar por ella maquinalmente, sin detenerse á dar las gracias al regidor que contan solícito afan le había abierto camino por entre la multitud, prodigándole todo género de atenciones.

—¡Oh embriaguez del favor de la fortuna! — murmuró filosóficamente Martinete, tornando algo amostazado al salon: —hé aquí un imberbe rapaz, ayer oscurecido, que al verse hoy poseedor de la gracia del soberano, se considera tan digno de respirar en la atmósfera creada por el humo del incienso quemado en honor de los dioses, que ni siquiera tiene á bien dirigir una mirada de complacencia á los

simples mortales que manejan el incensario.

Salvador se encaminó á la parroquia de Santa María; pero con pre-ocupacion tan absoluta, que por aquella vez ni oyó ruido en las calles, ni supo si había transeuntes, ni vió rastro alguno del reciente combate.

La casa de don Pascual Merendon, aunque tenía la puerta abierta, y las ventanas y balcones espléndidamente iluminados, ofrecia un triste aspecto de silencio y de soledad.

Desde luego se echaba de ver que era una mera fórmula en observancia del pregon el franqueo de la puerta de la calle, porque la interior del zaguán estaba herméticamente cerrada.

Los oídos de los habitantes de la casa no parecian estar mucho más abiertos que su segunda puerta. El estudiante, en efecto, había llamado tres veces, imprimiendo en las dos últimas creciente intensidad á los golpes, sin obtener resultado alguno. No eran susceptibles los nudillos del escolar de un choque más enérgico sin peligro para la piel que los cubria; pero los tacones de los zapatos que calzaba poseian una acreditada solidez, y volviéndose de espaldas, comenzó á utilizarlos en los llamamientos ni más ni menos que hubiera podido hacerlo la excelente mula del doctor que le condujo á Usanos.

Por fin una cascada voz femenina articuló algunas ininteligibles palabras detrás de la puerta.

—Abra la buena Dorotea, — dijo Salvador.

—¿A quién he de abrir? — pronunció la doméstica.

—El seminarista comprendió que era llegado el caso de sacar su partida de bautismo.

—Soy Salvador Zurita, — contestó; — si usarced no quiere aceptar la

responsabilidad de abrirme la puerta, vaya á consultar al señor don Pascual.

Dorotea, por lo visto, adoptó el segundo partido propuesto por el estudiante, porque se alejó pausadamente. A los dos minutos volvieron á resonar los pasos de la doméstica, se recorrió el cerrojo, crugió el picaporte, y la puerta giró sobre sus goznes.

—¿Dónde está don Pascual?—preguntó el jóven.

—Postrado en cama,—respondió Dorotea;—pero su reverencia consiente en que el señor Zurita penetre en la alcoba.

—Enhorabuena!

La sirvienta condujo á Salvador á un gabinete de estudio, cubierto de estanterías y agradablemente templado por la abundante leña que ardía en la chimenea. Este aposento comunicaba por medio de una puerta vidriera con el dormitorio del doctor.

Era tan espaciosa la alcoba del presbítero, y tan ténue la luz de la lamparilla colocada dentro de un lucero azul sobre una apartada rincónera, que el estudiante sólo merced á sus privilegiados ojos, pudo distinguir el lecho, y en él las mórbidas formas del doctor Merendon.

—¿Reposa mi señor don Pascual?... —preguntó Salvador con tono melifluido y afectada timidez.

—¡Ay!—suspiró una voz apagada, semejante á la de un ventrílocuo;—hace veinte días que ignoro lo que es el reposo.

—Dios querrá mejorar sus horas.

—Muchas son mis culpas para que me atreva á esperarlas.

—Animo, señor doctor; he oído decir á vuestra reverencia mismo, en uno de sus incomparables sermones, que el mayor de los pecados á los

ojos del Altísimo, consiste en deses- perar de su divina misericordia.

—Jóven; entre la desconfianza de mi intranquila conciencia y la desesperación, media todavía un abismo.

—Entonces nada tengo que objetar. Por mi parte, como conozco las virtudes de vuestra reverencia, y estoy persuadido de que únicamente su piadosa imaginación presta á leves faltas tan abultado volúmen, abrigo ideas más lisonjeras, y me complazco en creer que los acontecimientos de este día han de contribuir á modificar en sentido favorable las dolencias físicas que aquejan al señor doctor, sostenidas, más que por nada, acaso por sus padecimientos morales.

—¡Los acontecimientos de este día!... ¡Horror... mil veces horror!...

—balbuceó don Pascual cubriéndose la cabeza con la sábana;—no trate de referírmelos vuestrá merced: mi gravísimo estado no me permitirá escuchar tan sangrienta narración. He repetido más de una vez, que cualquiera que venga á hablarme de asuntos que puedan relacionarse con esas escenas de bárbara destrucción, será responsable de mi fallecimiento.

—¡Que Dios liberte mi conciencia de semejante cargo!—exclamó Salvador lleno de sobresalto;—no seré yo, seguramente, quien ose herir fibra tan delicada. Las palabras que mi lábio pronuncie, sólo harán referencia á la quinta de la Faisanera.

—¿Ha recibido alguna nueva de esa localidad el señor bachiller?—preguntó don Pascual volviendo á exhibir su busto.

—No, ciertamente: vuestra reverencia sabe que desde anteanoche estamos de todo punto incomunicados con la parte exterior de la villa. Es de suponer, sin embargo, que la incomunicación termine en la próxima madrugada; porque como vuestra

reverencia quizá no ignore, á pesar del deplorable estado de su salud, las tropas del rey don Felipe han dado una soberbia zurra á los ingleses.

—Algo ha llegado á mis amortiguados oídos acerca del particular.

—No puede formarse idea vuestra reverencia de toda la extension del varapalo.

—¿Sabe el señor bachiller si la tal zurra ha alcanzado á los portugueses?

—Nadie me lo ha asegurado.

—¡Es muy sensible!...—articuló don Pascual con quejumbroso acento.

—Participo de la opinion de vuestra reverencia.

—Pero, en fin, ¿si no tiene su merced noticias de la quinta, á qué cosa ha podido referirse?

—A un acontecimiento que personalmente afecta á vuestra reverencia.

—¡A mí!...—exclamó el doctor temiendo ver sobrevenir una nueva calamidad como todos los que se consideran objeto del rigor de las desdichas.

—Como imagino que vuestra reverencia no experimenta demasiado apego hácia su cargo municipal, me aventuro á manifestarle sin ambages ni rodeos, que ha sido exonerado de la alcaldía por una régia disposicion.

Don Pascual se sentó en la cama como movido por un resorte mágico.

—¡Cómo! ¿su majestad tiene á bien relevarme?...—pronunció con una voz que comenzaba á adquirir firmeza.

—Sin duda alguna.

—¿Su majestad se sirve devolverme la libertad?

—De todo punto.

—¡Loor eterno al nobilísimo vencedor de Brihuega!

—Eterno loor.

—¡Honra y prez al ilustre nieto del gran Luis XIV!

—Prez y honra.

—¡Gloria inmarcesible al augusto príncipe que sustrae al clero al ejercicio de los cargos profanos, y le reintegra en la santa mision del sacerdocio!

—Inmarcesible gloria.

—¡Viva el rey don Felipe!—gritó por conclusion el doctor,—arrojando al aire su gorro de dormir y recogién-dole al vuelo.

Terminado este rapto de entusiasmo, don Pascual se colgó del cordon de la campanilla con tanta fuerza, que cordon, alambre y torniquete cayeron con infernal estrépito sobre la cabecera de la cama.

El doctor cerró los ojos, hundió la cabeza entre los hombros, y dejó pasar la tempestad. Cuando hubo sentido desprenderse el último pedazo de yeso, y pasándose repetidas veces la mano por el cráneo se encontró sin lesion alguna, dijo á Dorotea, que habia acudido presurosa:

—Que venga Tomason.

El apelado, presente en la alcaoba un momento despues, era un robusto moceton de diez y ocho años, campanero titular de la parroquia, el cual, como todo el dia no tenia que estar tocando las campanas, ganaba la retribucion mensual que devengaba, ocupándose en los quehaceres del servicio doméstico del párroco.

—Tomás,—repuso el doctor;—vás á encargar á Pablo Ramos, que á las siete en punto de la mañana tenga en mi puerta el coche de colleras.

Acto continuo se volvió hácia Salvador y añadió:

—Supongo que el señor bachiller, no dejará de acompañarme á la Faisanera.

En vez de dar el jóven una contestacion directa al doctor, pronunció con la más cariñosa de las solicitudes filiales:

—Pero... ¿tan aliviados siente vuestra reverencia sus padecimientos, que se decide á arrostrar los rigores atmosféricos en esa expedición?...

Don Pascual exhaló algunos suspiros, se tendió de nuevo en el lecho y respondió con resignada compuncion:

—Buscaré fuerzas en la oracion con la mente fija en el texto evangélico que dice: *Quere et invenies*.

## XXI.

### LA SACRISTÍA DE SAN TORCUATO.

La habitacion donde Felipe V y el duque de Vendôme entraron al abandonar el salon principal del Concejo, estaba ocupada por tres individuos.

Dos de ellos, oficiales del Estado mayor, se ocupaban en desplegar planos sobre una ancha mesa. El tercero, vestido con negro traje civil, escribia con rapidez en un pequeño bufete colocado en el extremo opuesto de la estancia.

Unos y otro se pusieron en pié al ver aparecer á los dos Borbones.

El duque se acercó desde luego á los oficiales; en cuanto al rey, se dirigió al paisano.

El sugeto á quien iba á hablar Felipe, era uno de sus secretarios, hombre de instruccion vastisima, de laboriosidad infatigable y de capacidad reconocida hasta por aquellos que más enemistad le demostraban. De nadie son ignorados los escritos históricos, jurídicos y económicos del redactor del traje negro.

Cuando el cronista encuentra en su camino ciertos personajes, le dispensa de bosquejarlos la enunciacion de su nombre. El del secretario á quien ahora nos referimos, era don Melchor Macanaz.

Felipe apoyó la mano en el bufete, y dijo con la benevolencia que le era habitual:

—Mi buen Macanaz; tengo que haceros un encargo.

—Enhorabuena,—contestó el secretario inclinándose.

—Enojoso quizá, trivial, inoportuno...

—Mi tiempo, mi inteligencia, mi celo, todo está al servicio de vuestra majestad.

—He empeñado una formal promesa.

—Vuestra majestad la cumplirá.

—Pero es el caso, que de varias frases equívocas, de ciertas reticencias, he creído deducir que el asunto pudiera ofrecer alguna dificultad... Para vencerla, pues, si existiera, es para lo que cuento con vuestra eficaz cooperacion.

El secretario no titubeó en pronunciar sonriendo las palabras mil veces repetidas á los reyes, desde que las inventó un funcionario complaciente.

—Señor, si lo que vuestra majestad desea es posible, está hecho; si es imposible, se hará.

—No creais, sin embargo, que se trata de una plaza en el Consejo de Castilla,—añadió el rey con cierta jovialidad.

—Tanto mejor.

—Ni en la Cámara...

—Más vale así.

—Ni en la Suprema.

—Perfectamente.

—Tampoco deben preocuparos los empleos en el ejército.

—Muy bien.

—Ni en la Armada.

—Admirable.

—Ni en palacio.

—Nada más satisfactorio. El círculo se reduce... no es imposible que el asunto afecte á los cleros secular ó regular...

—Poneis el dedo cerca de la llaga.

—Algun beneficio...

—No estoy seguro de ello; la ofer-

ta, en cuestion, se refiere á una sacristía.

—Bah... eso es una bicoca.

—Tal he supuesto.

—¿Puede decirme vuestra majestad á qué jurisdiccion pertenece el templo?

—Mis informes en ese punto no son mejores, que en el relativo al discernimiento de si el empleo constituye una pieza eclesiástica.

—¿Sabe al ménos la iglesia titular?

—Sé que la sacristía es la de San Torcuato.

Macanaz dió un paso atrás fijando en el rostro del monarca una mirada de sorpresa.

—¿Cómo!... —exclamó;— ¿vuestra majestad ha ofrecido la colacion de la sacristía de San Torcuato?

—Solemnemente; ¿existe en ello algun inconveniente?

—Señor... existe por lo pronto el de que el cargo no está vacante...

—Muy bien; ascenderemos á la persona que en la actualidad le desempeña.

—La libertad de los reyes de Castilla no es absoluta en ese punto... Por otra parte, siempre es difícil ascender en una escala al que ha recorrido todos sus peldaños...

—¿De quién se trata, pues?

—Del muy reverendo arzobispo de Toledo, señor... La sacristía de San Torcuato es beneficio anexo á la silla primada de las Españas.

El rey permaneció estupefacto durante un segundo.

—¡Pardiez!—prunció;—voy creyendo que el perillan del seminarista se ha burlado de mí como de un chino.

El secretario se inclinó con respeto sin contestar una palabra; pero aquel silencio parecia decir elocuentemente.

—Hum... mucho me lo temo en verdad...

—No tardó en volver la sonrisa á los labios de Felipe.

—De todos modos,—repuso,—el daño está ya hecho; en lo único en que hay que pensar es en el remedio. No creí, amigo mío, que la empresa que os encomendaba fuese tan árdua, pero preciso será que pongais en prensa vuestra fecunda imaginacion, para sacar airoso á vuestro príncipe de la falsa posicion en que le ha colocado su ignorancia.

—Buscaré, señor.

—Me tranquilizo; para vuestro talento, buscar es encontrar.

—Vuestra majestad hace demasiado honor á mi inventiva.

—Recojo á mi vez vuestra palabra; «si es imposible, se hará,» me habeis dicho ántes.

—No lo he olvidado,—contestó Macanaz sonriendo.

—¿Cómo diablos podía yo calcular!...

—Convengo en ello.

—Esto no es disculparme en manera alguna... Un rey debe preveerlo todo.

El duque de Vendôme se acercó á Felipe en aquel momento diciendo:

—¿Me será lícito presentar á vuestra majestad uno de sus más bravos oficiales?

El rey dirigió la vista á la puerta, practicada en el extremo de la estancia, y exclamó adelantándose hácia el recién llegado:

—¡El coronel Vallejo!

—Leal soldado de vuestra majestad;—contestó el dragon saludando.

—¿Habeis observado los movimientos de Staremborg?

—Todo el día le he flanqueado.

—¿Burlando constantemente á sus lanceros con vuestros dragones?

—A decir verdad, nunca ha manifestado formal propósito de darme caza. El conde austriaco ha concentra-

do hábilmente sus fuerzas, y las ha conducido por los desfiladeros de la sierra con una lentitud quizá excesiva, atendido el objeto de su marcha, pero sin incurrir en la menor imprudencia.

—¿Qué impresion personal os han producido las maniobras de Staremberg?... ¿Buscaba únicamente el medio de salvar á Stanhope distrayendo nuestra atención?... ¿Venía, por el contrario, decidido á provocar una batalla?

—Mi opinion es que el conde acudia á Brihuega con la inquebrantable voluntad de jugar el todo por el todo ántes de la capitulacion de los ingleses... En estos momentos la decision del caudillo imperial ha debido perder muchos grados.

—¿Segun eso, suponéis á Staremberg enterado de la rendicion de la plaza?

—No puedo ponerlo en duda. Desde las tres de la tarde en que saltó el viento al Oeste, sus ráfagas impetuosas nos condujeron sin cesar por las gargantas de las montañas, los ecos de las detonaciones del combate. Staremberg parecia procurar sostener la resistencia de los sitiados, indicándoles la proximidad del ejército aliado por cuantos medios le era dado utilizar. Mientras duró la luz del dia, aprovechó todas las alturas del tránsito para desplegar largas banderolas con los colores imperiales; y cuando cerró la noche hizo encender hogueras y disparar cohetes. A las ocho, sin embargo, cesó por completo el estruendo del fuego, á pesar de que el aire no habia cambiado de direccion. Del mismo modo que desde entonces la capitulacion de Stanhope fué segura para nosotros, debió tambien adivinarla el generalísimo alemán.

—¿Dónde habeis dejado á los aliados?

—A una legua de la villa.

—¿Hacia qué parte?

—En las inmediaciones de la pequeña aldea de Villaviciosa.

—¿Cuando os adelantásteis hasta Brihuega, proseguia la marcha Staremberg?

—No, señor; todas las columnas al menos, que estaban al alcance de mi vista, habian hecho alto.

—¿Emprendieron obras de campaña al suspender el movimiento de avance?

—En ningun punto removieron una paletada de tierra.

—¿Parecian cansadas las tropas enemigas?

—Ni en lo más mínimo. No hemos podido ver un rezagado. Durante el dia entero todas las brigadas se han encontrado dispuestas á aceptar el combate á la primera indicacion.

—¡Ah! la leccion de Bracamonte ha hecho cauto al austriaco.

—Así lo creo.

—¿Habeis calculado las fuerzas de que próximamente puede componerse el ejército aliado?

—Las he contado batallon por batallon, escuadron por escuadron.

—Coronel, sois la perla de los guerrilleros españoles... Habladnos de la infantería.

—Staremberg cuenta con veintinueve batallones: de los cuales catorce son imperiales, dos palatinos, cinco catalanes y valencianos, cuatro ingleses y otros cuatro portugueses.

—Perfectamente; conozcamos la caballería.

—Se compone de veintisiete escuadrones, á saber: cuatro imperiales, dos españoles, uno inglés, diez portugueses, seis holandeses y cuatro palatinos.

A medida que Vallejo enumeraba las huestes aliadas, el duque de Vendôme rectificaba con el lapicero los apuntes que llevaba en la cartera.

El rey fijó los ojos en el general, y repuso:

—¿Os suministran, señor duque, suficientes datos las noticias del coronel para apreciar la situación?

—Sin duda alguna;—contestó el francés.

—¿Qué opináis con respecto á Staremberg?

—Que en este momento celebra consejo de generales.

—Y suponéis...

—Que de esa junta lo mismo puede salir la decisión de aceptar mañana la batalla, que la de proseguir la retirada al reino de Aragón, en vista de que es un asunto completamente perdido el que hizo volver al ejército sobre Brihuega.

—¿A qué extremo de la disyuntiva consideráis inclinado al generalísimo de mi competidor?

—Imagino que á poco apoyo que Staremberg encuentre en el Consejo, opta por no insistir en afrontarnos.

—Muy bien; veamos ahora lo que mi general en jefe piensa hacer por su parte.

Vallejo dió dos pasos atrás.

—No os retireis, coronel;—dijo vivamente Felipe:—tanto confío en vuestra discreción como en vuestro heroísmo.

Vendóme repuso:

—Mi opinión consiste en aconsejar á vuestra majestad el combate.

—¿A todo trance?

—A todo trance. Si Staremberg acepta al amanecer la batalla, le atacaremos en las posiciones que elija; si procura esquivarla le perseguiremos tan de cerca, que habrá por fin de detenerse á pelear, á menos que prefiera, lo que no es probable, que la retirada emprendida tenga cuantas desventajas produce una derrota, sin llegar al caso de probar la suerte de las armas.

—En efecto...

—Indignos seríamos de la victoria hoy obtenida si priváramos á vuestra majestad de la honra de recoger mañana más valiosos laureles.

—¿Os proponéis obrar sin consulta en consejo de guerra?

—Tan profunda es mi convicción que no quisiera verla discutida. Si ese fuere, no obstante, el deseo de vuestra majestad...

—En manera alguna, señor duque: coartar en ese punto la libertad á que teneis derecho, equivaldría á sustraeros á la gloria y á la responsabilidad. Disponed cuanto tengais por conveniente.

—Ante todo, para evitar azarosas contingencias, es necesario que la prisionera división inglesa sea internada en Castilla con buena escolta apenas despunte el día.

—La precaución no me parece ociosa. En cuanto á la custodia de los ingleses, creo que con dificultad podríamos confiarla á manos más seguras que las del coronel Vallejo y sus dragones.

Vallejo se inclinó. Vendóme añadió después de un instante:

—¿Me permite vuestra majestad exponer una observación?

—Hablad, duque.

—El regimiento de dragones que manda don José Vallejo, es uno de los mejores del ejército de vuestra majestad.

—Convenido.

—Si le encargásemos la conducción de los prisioneros, es muy posible que en la jornada de mañana llegase un momento en que le echásemos de menos.

—Teneis razón. Hé ahí, coronel, el resultado de la reputación que habeis hecho adquirir á vuestros soldados; quisiéramos utilizarlos para todo. No hablemos más de los bravos

dragones para ese servicio por importancia que entrañe: designad el cuerpo, duque.

—El regimiento de la Estrella se ha remontado de potros hace ocho días; la forzada marcha de ayer me ha revelado la poca aptitud que tienen todavía para resistir las fatigas de algunas ó de muchas horas de combate...

—Es cierto.

—Podemos, pues, encargar al coronel conde del Real, el convoy de los ingleses.

—Enhorabuena.

—¿Satisface la sustitucion al señor Vallejo?—replicó el general volviendo la cabeza hácia el dragon.

—Nunca agradeceré bastante al señor duque, la indicacion que ha tenido la bondad de hacer, para que no me vea privado de la honra de combatir mañana en presencia de su majestad;—contestó Vallejo.

—Lo adivinaba.

—Proseguid, querido duque.

—A las cinco de la madrugada nos pondremos en marcha con la infantería y la artillería; avanzaremos hasta el sitio que ocupa esta noche la caballería; y si Staremberg nos espera, en cuanto la alborada nos haga conocer las posiciones enemigas, daremos al ejército, sobre el terreno, la organizacion más conveniente para comenzar el ataque. ¿Merece mi pensamiento la aprobacion de vuestra majestad?

—Nada me ocurre que objetar.

—¡Plegue al cielo que al volver á alumbrar el sol los campos de Brihuega, no contemple ménos esfuerzo en el ejército de vuestra majestad que el que ha admirado al abandonarlos!

Felipe dejó escapar una profunda espiracion, y replicó:

—Duque; la noche que precedió á

la funesta batalla de Zaragoza, sentia sobre mi corazon el peso de una montaña; hoy late dilatado, libre, sereno... Confiemos en mis presentimientos.

—Son demasiado halagüeños para que no me apresure á acogerlos con gozo.

—Brihuega ha sido la compensacion de Almenara: que la llanura donde mañana peleemos sea la revanche de Zaragoza.

El joven monarca habia pronunciado estas palabras, con la vista extraviada y el tono de una plegaria.

Vendóme, que apreciaba el valor del tiempo en la ocasion presente, no tardó en añadir:

—¿Me concede permiso vuestra majestad, para expedir varias órdenes preparatorias?

—Ocupaos libremente, caro duque, en cuanto consideréis oportuno.

—Quisiera, sin embargo, dirigir previamente á vuestra majestad una respetuosa súplica.

—¿A qué os referís?

—A la conveniencia de que vuestra majestad trate de descansar algunas horas para que mañana pueda montar á caballo en la plenitud del vigor... La faena que le espera vá á ser ruda y larga...

—Procuraré complaceros,—dijo Felipe.

Y fijando los ojos en Vallejo, añadió:

—Coronel; quedo obligado á vuestros servicios. Partid con Dios y buena suerte en la próxima contienda.

—Oh, confío en que el deseo de vuestra majestad será para mí un talisman de invulnerabilidad,—contestó Vallejo, sonriendo con la tranquilidad del soldado ileso en cien combates, que solo cree en la muerte de los prójimos.

El dragon se quitó rápidamente el guante de gamuza que le cubria la

diestra, para tomar la mano que el rey le alargaba, y la llevó á los labios.

Poco tiempo despues, Felipe pasaba á la habitacion donde se le habia dispuesto el lecho de campaña, y el coronel montaba á caballo para volver á reunirse con el regimiento que mandaba, procurando conservar en los archivos de la memoria, las instrucciones verbales que el duque de Vendôme acababa de darle para el conde de Aguilar.

En cuanto al generalísimo, se quedaba firmando las órdenes que con el laconismo militar dictaba á la carrera á los ayudantes, y éstos consignaban con no menor velocidad en el papel timbrado del duque.

## XXII.

### LA BATALLA DE VILLAVICIOSA.

Imponente y magnífico era el espectáculo que al despuntar el dia presentaba la llanura de Villaviciosa, pequeña aldea de cuarenta vecinos.

Dos ejércitos, sobre cuyas huestes flotaban las banderas de las más importantes naciones del viejo continente, iban á cortar con la espada, acaso definitivamente por esta vez, el nudo gordiano de la sucesion española, que era á la sazón la cuestion de las cuestiones europeas.

Los temores del duque de Vendôme no se habian realizado. El conde Guido de Staremborg, esperaba á los Borbones en una posicion defensiva perfectamente elegida, apoyando en dos colinas las alas de las fuerzas con que contaba, enumeradas con la mayor exactitud en la noche anterior por el coronel Vallejo.

El extremo derecho del ejército aliado estaba mandado por el mariscal de Wittemberg y los generales holandeses Belcastel, Wetzels y Saint Aman; dirigia el ala izquierda en per-

sona el conde de Staremborg á la cabeza de la division que acaudillaba el general lord Hamilton; y gobernaba el centro, el bizarrísimo teniente general don Antonio Villaroel.

Cómo se encontraba en las filas del archiduque Carlos uno de los más bravos y entendidos generales del ejército español, era uno de los misteriosos azares del destino segun unos, de los inexcrutables designios de la Providencia segun otros, que parecen envolver á los hombres en el torbellino de los acontecimientos, y los arrastran sin conciencia, norte ni albedrío, á los abismos en que ménos pensaron, á la manera que el huracán arrebató los átomos del polvo.

Villaroel habia servido á Felipe con un celo notorio; pero la mala estrella del general quiso ponerle en contacto con el duque de Orleans, cuando este príncipe vino á la Península ibérica á esgrimir la espada en defensa del nieto de Luis XIV. Felipe de Orleans quedó deslumbrado por el cielo de España, embriagado por el aroma de sus vinos, seducido por la lealtad de los castellanos, fascinado por la belleza de las andaluzas. Como todavía no pensaba en la regencia de Francia, le ocurrió soñar con el trono de San Fernando. Despues de todo, no habia improbabilidad de que quedase vacante, porque no era imposible que Felipe V pasase á ocupar el sòlio de San Luis.

Entre los amigos que para este hipotético caso procuró el duque ganarse, se contó al general Villaroel. Y lo consiguió completamente; porque la gracia del francés, su ilustre cuna, los frescos laureles militares que le ceñian la frente y el inagotable tesoro de mercedes que prodigaba con espléndida mano, cautivaron sin reservas al español.

Felipe de Orleans, como todos los

principes, tenía servidores que le exageraban los instintos, que le espolocaban los deseos, y que marchaban delante de las aspiraciones que en él creían adivinar. A este número de servidores, capaces de comprometer la causa ménos comprometida, pertenecian Laflotte y Regnault.

El último, sobre todo, puso de su parte tanta intemperancia, intrigas y actividad, que consiguió despertar la desconfianza de la córte de Madrid, córte suspicaz como ninguna, por la sencilla razon de que predominaban en ella las mujeres. El agente Regnault fué preso, y entre sus papeles, se encontraron algunos que acreditaban el gran precio en que estimaba la amistad del general.

La primera vez que Villaroel se presentó en palacio, fué recibido por María Luisa de Saboya con una frialdad glacial; y como si este desaire fuera poco para el alma altiva del general, todavía tuvo que devorar la ofensa inferida por las impertinentes interrogaciones de la princesa de los Ursinos, que con esa candidez de las damas que se consideran hábiles en política, pareció proponerse arrancarle declaraciones contrarias al honor con respecto á los proyectos de Felipe de Orleans.

Don Antonio Villaroel abandonó la córte y se retiró á Galicia. En aquel voluntario destierro tuvo noticia de los desastres de las tropas reales en Cataluña y Aragon, de la marcha del ejército aliado sobre Madrid y de la precipitada fuga de la familia del monarca.

Las desgracias de Felipe V conmovieron el ánimo del general; y animado por el noble ejemplo del conde de Aguilar, quiso compartirlas, ya que no pudiera remediarlas, y corrió á Valladolid á ofrecer al rey vida y hacienda.

Villaroel, sin embargo, no habia contado con que todavía sangraba la profunda herida que habia abierto en la vanidad de una mujer omnipotente. No contenta la princesa de los Ursinos con hacer que el ofrecimiento fuera mal recibido por Felipe, intentó prender al general la misma noche de su llegada. Por fortuna, un amigo diligente, logró avisarle bastante á tiempo para que pudiera evitarlo.

No tuvo límites el vértigo de indignacion suscitado por el demonio del orgullo en el corazon de Villaroel en presencia de semejante injusticia.

El general habia desnudado el acero; Felipe, desdeñó aceptarle; Villaroel, en vez de volverle á la vaina, le ofreció al archiduque.

Al frente de la línea de batalla de Staremberg, se hallaba distribuida en convenientes posiciones, una artillería formidable; y á su retaguardia, fuertes reservas de infantería y caballería esperaban en compactas masas la ocasion en qué ser ventajosamente utilizadas.

El ejército del rey Felipe se componia de treinta y dos batallones y ochenta escuadrones.

El duque de Vendôme habia distribuido estos cuerpos en dos líneas, colocando en el centro de ambas la infantería y en los costados la caballería.

Mandaba el ala izquierda de la primera línea el conde de Aguilar con el mariscal de campo don José de Amézaga, y el conde de Mahón; gobernaba el centro el marqués de Toy, secundado por el teniente general marqués de Laver, y el mariscal conde de Harcelles; y guiaba el extremo derecho el marqués de Valdecañas, con el teniente general don José Armandariz y los mariscales de campo don Pedró Ronquillo y conde de Montemar.

El costado izquierdo de la segunda línea estaba confiado al marqués de Navalmoreuende, con el mariscal don Diego de Cárdenas; regian el centro don Pedro de Zúñiga, y el mariscal Enrique Crafton; y mandaba el ala derecha el conde de Merodi, con el mariscal don Tomás de Idiazquez.

La artillería había sido colocada en los intervalos de los cuerpos, cubierta con cortinas de tiradores.

El rey, seguido del duque de Vendôme y del numeroso Estado mayor, recorrió las dos líneas de un extremo á otro, inflamando el valor de los soldados.

En tal estado resonó en la llanura el estampido del primer cañonazo, partiendo del ejército aliado.

Era el reto de Staremberg.

Todos los corazones parecieron experimentar una conmoción eléctrica.

Felipe V, que á la sazón cruzaba por delante del centro de la primera línea, se quitó el sombrero, le elevó en la punta de la espada, y gritó con seguro acento:

—¡Viva España!

—¡Viva el rey!—contestaron todos los batallones que le contemplaban.

La artillería imperial comenzó á menudear sus disparos: el combate iba á empeñarse.

Algunos cortesanos, porque hasta en el ejército no faltan, instaron á Felipe para que no expusiera su augusta persona.

El monarca no contestó, pero sus ojos consultaron al generalísimo francés.

El duque de Vendôme, pronunció extendiendo el brazo hácia la infantería española:

—Para que esos valientes soldados sean invencibles, sólo necesitan veros combatir á su frente.

Felipe vaciló un instante con respecto á la elección de puesto; pero

como la fortuna tiene una seducción instintiva, se decidió á proseguir la carrera hasta llegar al ala derecha, que mandaba el vencedor de Brihuega, el valeroso marqués de Valdecañas.

Aquel lugar tenía otro aliciente; era el afrontado por el conde de Staremberg.

El marqués y sus soldados recibieron con júbilo el honor que Felipe los hacía.

La llegada del rey coincidió, no obstante, con un triste suceso. Una bala de cañon derribó muerto del caballo al general don Pedro Ronquillo, antes de que se hubiera movido un batallón en ninguno de ambos ejércitos.

El joven monarca no pudo sustraerse á una penosa impresión. Felipe poseía una fé demasiado ferviente para que diera crédito á paganos agüeros; pero recordaba que Ronquillo, la primera víctima inmolada en los campos de Villaviciosa, fué la persona que tres años antes se apresuró á llevarle la agradable nueva de la gloriosa batalla de Almansa, obteniendo por albricias el ascenso de brigadier á mariscal de campo, empleo que, por otra parte, había ganado bien en la jornada.

El cañoneo aumentaba por momentos. El duque de Vendôme había descubierto todas sus baterías y contestaba con vigor á las de los aliados.

Un cuarto de hora despues de haberse hecho el primer disparo, las capas atmosféricas desgarradas por un huracán de hierro, llevaban á todos los aterrados pueblos de la comarca, el incessante estruendo de ochenta piezas de artillería.

Staremberg recibía los gruesos proyectiles con la imperturbable inmovilidad á que sólo saben resignarse los soldados alemanes, ingleses y ho-

landeses. Vendóme comprendía que no sería ciertamente la artillería el arma que sacase al austriaco de sus posiciones; por otro lado, observaba en todos los cuerpos hispano-franceses, inequívocas muestras de impaciencia por llegar á las manos con el enemigo. La anhelada orden de avance salió de los lábios del generalísimo.

Los artilleros empujaron las piezas y los carros, los escuadrones se agitaron, los batallones ondularon sobre el terreno.

Las tropas de Valdecañas, animadas por la presencia del rey Felipe, fueron las que más acentuaron el movimiento, y las que recibieron la primera descarga de mosquetería. La contestación fué instantánea.

No tardó en generalizarse el fuego por toda la línea.

El consejo del duque de Vendóme se armonizaba demasiado con el carácter del joven rey, para que éste no le siguiera puntualmente.

No en vano era llamado Felipe *el Animoso*. Después de ponerse de acuerdo con Valdecañas, corrió á tomar el mando de los quince escuadrones, que formaban el extremo del ala derecha. En cuanto al marqués, dirigió en persona la evolución de formar los batallones en columnas de ataque.

Los regimientos de guardias y los granaderos practicaron el movimiento, bajo un fuego abrasador á medio tiro del enemigo, con la precisión táctica con que hubieran podido hacerlo en un campo de maniobras.

Staremborg multiplicaba sus disposiciones para quebrantar las fuerzas de tan osados adversarios. La línea de la infantería imperial ardía en viva llama: la artillería holandesa vomitaba metralla.

Los escuadrones, acaudillados por

Felipe aceleraron progresivamente la embestida. Staremborg les opuso cuanta caballería tenía á mano; pero apenas se cruzaron los aceros fué evidente la ventaja de los españoles.

Arrollados los ginetes imperiales, se lanzaron á la desbandada hácia el terreno que ocupaban los escuadrones de reserva. Estos, por orden de Staremborg, se replegaron rápidamente para no verse envueltos en tan desastrosa confusión.

La infantería, entretanto, asaltaba la posición de los aliados; y los guardias walones, conducidos por el marqués de Valdecañas, destrozando cuanto hallaron al paso, penetraron hasta la retaguardia del ejército enemigo.

El principio de la batalla no podía ser más satisfactorio para las armas del rey Felipe, en la derecha de su línea de combate.

El ala izquierda había iniciado al mismo tiempo su ataque á las órdenes de Aguilar. El terreno, sin embargo, que tocó en suerte á los soldados del conde, era ménos practicable que el que recorrieron los de Valdecañas; la infantería que encontraron enfrente, fué más sólida; la artillería más numerosa y mortífera.

Sin la pericia táctica del conde de Aguilar y el proverbial denuedo de Amézaga y de Mahoni, el primer ataque infructuoso de las tropas del extremo izquierdo se hubiera podido convertir en un verdadero descalabro.

Aguilar rehizo sus columnas á quinientos pasos de los aliados, las arengó brevemente, y volvió á conducir las á las posiciones enemigas. La sangre corrió en abundancia de una y otra parte; pero los imperiales no cedieron un palmo de terreno. Preciso fué que le cedieran los españoles; porque la artillería de grueso

calibre del mariscal de Wittemberg causaba en las compactas filas terribles estragos en aquella avanzada posición.

Por tercera vez tornó á la carga el conde con desesperado encarnizamiento, y por tercera vez las bayonetas hispano-francesas se estrellaron en la tenacidad anglo-sajona.

Wittemberg quiso aprovechar el primer momento de abatimiento que observó en los adversarios para lanzar sobre ellos los batallones que acaudillaba; pero Aguilar acudió á tiempo. A pesar de lo poco propósito del terreno, el conde hizo avanzar sus dragones y lanceros; y los coroneles Vallejo y Almazan, cargando hábilmente de flanco á los aliados con los irresistibles mil caballos que regian, restablecieron el combate, hicieron retroceder la infantería alemana, y permitieron al conde de Mahoni reformar la española.

En esta parte, las fuerzas de ambos ejércitos quedaban rudamente quebrantadas; pero Wittemberg podía jactarse de haber tres veces demostrado que las tropas españolas que tenia delante eran impotentes para forzar la línea que defendía.

El marqués de Toy, Laver y Harcelles, conducían en tanto á las laderas, ocupadas por los aliados, los regimientos que formaban el centro. El adversario que iban á encontrar era don Antonio Villaroel, que aseguran haberse felicitado por no tener que medirse sino con generales franceses.

Acaso por la circunstancia que alegraba el corazón de Villaroel fué iniciado el ataque con la más vigorosa impetuosidad.

El general del archiduque, que veía ganar terreno á los soldados de Felipe con tan inquebrantable decisión, temió por la seguridad de la artille-

ría, y avanzó con todos los batallones que mandaba. El choque fué terrible. La encarnizada lucha del centro sólo pudo apreciarse al día siguiente: cuando se recogieron los cadáveres.

Generales, jefes y oficiales de ambos bandos rivalizaron en esfuerzo. El honor de la jornada, sin embargo, fué para Villaroel. Afirma el marqués de San Felipe que si el denuedo y habilidad de este general hubieran podido borrar la nota de desleal á su príncipe, se habría cubierto de gloria en aquella sangrienta contienda.

En lo más recio de la pelea se puso al frente de los dos regimientos catalanes, que le debían su organización; destruyó el cuerpo que halló delante; separó las tropas del marqués de Laver de las del conde de Harcelles, y envió un ayudante á Staremburg, pidiéndole la caballería de reserva para acabar de decidir la victoria sobre el marqués de Toy.

El generalísimo alemán tenía demasiado instinto militar para no comprender la importancia de la ventaja que obtenía en el centro. Los diez escuadrones portugueses, principal núcleo de la caballería del ejército aliado, recibieron la orden de cargar á la división del marqués de Laver.

Los portugueses se desplegaron en la llanura, alzaron el trote, y cayeron como una avalancha sobre los infantes franco-españoles.

Los dos primeros batallones que sorprendidos no tuvieron tiempo para formar el cuadro, se arrojaron en tierra, y dejaron pasar por encima aquel turbión de centauros. La confusión que en la línea española se introdujo fué extraordinaria.

El duque de Vendôme, que desde una eminencia no lejana contemplaba el suceso, comprendió entonces el error en que había incurrido no dotando al centro con caballería: error

imperdonable por lo mismo que fue cometido por el duque de Berwick en la batalla de Almansa, con tan desastroso resultado que pudo haber comprometido aquella memorable victoria.

Para remediar el daño, Vendôme hizo avanzar su segunda línea. Zúñiga y Crafton guiaron sus batallones hácia el sitio donde los portugueses revolvan sus caballos, y las bayonetas catalanas de Villaroel continuaban sus extragos.

Durante el avance de don Pedro de Zúñiga, pasó á la desbandada el regimiento que todo el ejército llamaba *de la Muerte*, porque poco tiempo antes habia sido el terror de los portugueses que mandaba el marqués de las Minas.

Uno de los oficiales de las nuevas tropas que acudían al combate, dijo á los soldados que gobernaba:

— ¡Ea, muchachos, ánimo!... cuando *la Muerte* huye, nuestra es la victoria.

Urgente era la llegada de refuerzos, porque Villaroel no interrumpía sus progresos; la caballería seguía dispersando cuantas masas de infantes trataban de afrontarla, y el marqués de Toy, que para restablecer el orden cargó bizarramente á la cabeza de un batallón, acababa de ser herido y hecho prisionero por los portugueses del brigadier Folgueira.

El avance de la segunda línea española trajo, como indeclinable consecuencia, el empleo de las últimas reservas imperiales. Rehízose el combate en una extension de media legua con enconado empeño. Para los españoles la victoria podia significar la terminacion de aquella larga serie de campañas, que agotaban todas las fuerzas vivas de la nacion; para los aliados era trance de vencer ó morir.

La lucha se prolongaba, las horas

traseurrían con rapidez, los campos se empapaban en generosa sangre vertida en aras de la independencia patria y del honor militar, y el triunfo, no obstante, permanecía indeciso.

El rey Felipe habia acudido al lado del duque de Vendôme, y ambos consagraban al centro su atencion preferente. En aquel reducido paelenque el juicio de Dios decidía acerca de la definitiva posesion de la corona de Carlos V, enriquecida con las diademas de Motezuma y Atahuallpa. Más de una vez propuso el jóven príncipe intentar un esfuerzo decisivo al frente de sus guardias y de los escuadrones, que con mayor facilidad pudieran ser llamados; pero Vendôme se opuso siempre formalmente.

Donde la victoria parecia no haber dejado de sonreír un momento á las armas reales era en la derecha. El intrépido Valdecañas, apoyando su infantería en los numerosos escuadrones de la division que dirigia, y en los de reserva que se le agregaron á las órdenes de Bracamonte, habia envuelto el ala izquierda de Staremberg, rodeado su retaguardia y hecho llegar algunos ligeros flanqueadores hasta las posiciones del conde de Aguilar.

Las ventajas obtenidas por el marqués enardecieron la emulacion del conde. Acordóse Aguilar de que militaban bajo su mando los dos generales más impetuosos del ejército: confió al conde de Mahoni la primera brigada de caballería, encomendó la segunda á don José de Amézaga, y dispuso que á toda costa rompiesen la línea enemiga, y en combinacion con Valdecañas cayesen sobre la retaguardia del centro de Staremberg, clave de la batalla.

Los dos caudillos españoles eligieron como objetivo los ribazos menos

defendidos al parecer, y dieron la órden y el ejemplo de la carga. La tierra se conmovió bajo los cascos de diez y seis nutridos escuadrones impulsados por el vértigo del gran galope.

Hubo un instante en que las laderas se inflamaron con viva llama, en que rugió la artillería, en que volaron hombres y caballos; pero la terrible tromba no fué conjurada. Los batallones imperiales atropellados, derribados, pisoteados; se levantaron por todas partes empuñando de nuevo los fusiles, estrechando las filas, y contemplando con asombro á la espalda, á la distancia ya de mil pasos, la nube de tempestad en que habian estado envueltos.

En aquella prodigiosa carga tuvo lugar un hecho que el marqués de Santa Cruz cita en sus *Reflexiones militares* como digno de estudio. No pudiendo el conde de Mahoni apoderarse de la artillería del mariscal de Wittemberg, ó no proponiéndose intentarlo, se llevó todos los caballos del servicio de las piezas, para inutilizarlas por este medio en caso de un cambio forzado de posicion.

El duque de Vendôme veía su centro roto y sin un núcleo de fuerzas suficiente para contrarrestar á los imperiales; contemplaba la infantería de la izquierda enmascarando bajo un fuego ineficaz la impotencia para adelantar un paso; observaba en cuadro todos los cuerpos, sembrados de víctimas todos los campos, y llenos de heridos todos los lugares convertidos en hospitales de sangre; miraba agotados el vigor físico y la energía moral de los soldados, por una titánica pelea de nueve horas; temía á cada instante por la seguridad de la persona del rey... Creyó que era llegada la ocasion de sustraer el ejército á una destruccion completa.

A la caída de la tarde, el conde de Aguilar recibió órden escrita del generalísimo para que, apenas apuntara la noche, pusiera á salvo la infantería, emprendiendo la retirada á Torija.

Aguilar arrugó el papel, y si no le arrojó al suelo, fué porque estaba en presencia del mensajero y del estado mayor.

La órden no podia llegar en circunstancias más anormales. El conde tenia comprometida toda su caballería en la retaguardia del ejército enemigo: ¿debía abandonar absolutamente tan bravos escuadrones al instinto de sus jefes, y á los recursos del propio denuedo y de los piés de los brídones que montaban?

Los elevados cargos que ejercia le imponian, ante todo, la obligacion de dar ejemplo de disciplina: adoptó, pues, las disposiciones preparatorias para que los batallones se replegasen á las eminencias que dominaban el camino de Brihuega; pero tanto estos preceptos como los movimientos emprendidos, llevaban el sello de una lentitud calculada. No omitió al mismo tiempo poner en conocimiento del duque de Vendôme los progresos del marqués de Valdecañas, y la empresa en que estaban empeñados Amézaga y Mahoni, merced á su soberbio arranque.

Cuando el generalísimo recibió la noticia, sacudió la cabeza y se limitó á decir con la fría sonrisa del descreimiento:

—De temer es que el arrojó de esos valientes soldados no cambie el curso de los sucesos.

Y prosiguió dirigiendo la retirada de los mermados regimientos del centro hasta las posiciones que ocuparon en las primeras horas de la mañana.

Volvamos la vista á los acontecimientos que entre tanto ocurrían en el ala izquierda de Staremborg, tan

considerablemente empujada por el enérgico ataque de Valdecañas, que habia venido á constituir la retaguardia del ejército aliado.

Haciendo prodigios de serenidad y de esfuerzo, lord Hamilton condujo sus acosadas brigadas á una colina de suave pendiente, y tomó en ella nuevas posiciones, aprovechando un breve espacio de tiempo en que la persecucion fué ménos viva.

En la forzada evolucion, habia perdido la cuarta parte de la fuerza; pero no dejó en poder de los españoles ni una pieza de artillería, ni un armon, ni una bandera.

Estaba separado del resto del ejército por más distancia de la conveniente; y como las tropas que le envolvian pertenecian casi en su totalidad al arma de caballería, dispuso en cuadro todos los batallones.

Un edecan de Staremberg, que logró exceder en velocidad á los caballos ligeros de Bracamonte, trajo la órden al general inglés de sostenerse vigorosamente en la posicion elegida, y le participó la firmeza de Wittemberg en la derecha, y las ventajas de Villaroel en el centro.

Valdecañas habia dejado demasiado atrás su artillería para poder contar con ella para batir el cuadro enemigo; pero tenia á la mano treinta escuadrones de caballería. Decidido á impedir que los imperiales recobrasen aliento, dispuso que inmediatamente principiase el ataque, encarando su direccion á Bracamonte.

La enorme masa de caballos comenzó las evoluciones que habian de concluir por hacerla caer sobre las filas de los aliados.

La carga escalonada por escuadrones, tuvo lugar con ardorosa decision, no obstante la granizada de balas de fusil y de hotes de metralla con que fué recibida á quema-ropa. Los ginetes

de Bracamonte, empujándose en los estribos, acuchillaban á los infantes imperiales, hervian por todas partes, se renovaban sin cesar, y en tal desórden ponian los batallones, que en cada nuevo empuje del escuadron á que tocaba el turno, estaba lord Hamilton, temiendo que se abriese una brecha en las murallas del animado reducto, y se precipitase por ella aquel embravecido torrente de furiosos corceles.

Los veteranos del general inglés comprendian, sin embargo, la vital importancia que entrañaba la compacta cohesion de las cuádruples hileras; y en pié ó en tierra, siempre se apresuraban á llenar con las puntas de las bayonetas los claros peligrosos que la confusion ó la muerte momentáneamente abrian. Si por acaso algun caballo ciego ó desbocado conseguia introducirse en el cuadro, era en el acto sujeto por el freno ó desjarretado, y hecho prisionero el ginete.

La infantería aliada salió con gloria de la primera prueba.

El tiempo que invirtió Bracamonte en preparar los escalones de la segunda division, fué utilizado por el general inglés en hacer desfilar de flanco los batallones que habian sufrido el choque, descubriendo los que préviamente tenia organizados á retaguardia.

A pesar de que la luz del dia comenzaba á amortiguarse, la mirada de águila de Valdecañas descubrió numerosas fuerzas de caballería destacadas de las líneas enemigas, que se dirigian al teatro del combate.

Por fortuna, el marqués contaba con suficientes regimientos y con sobrados bríos para hacer frente á los nuevos adversarios, sin dejar de combatir á los antiguos. Se puso á la cabeza de la division que mandaba el

conde de Montemar, compuesta de doce escuadrones, y salió al encuentro de la caballería imperial.

Cuando las distancias se acortaron, Valdecañas estupefacto, y dudando de sus ojos, pasó el catalejo á las manos de Montemar, preguntándole si el regimiento que avanzaba en vanguardia no era el de los dragones de Vallejo. La contestación del conde fué afirmativa.

Comprobado por los exploradores tan inexperado suceso, Valdecañas prosiguió su camino, y pronto estuvo en presencia de Amézaga y de Mahoni. Breve fué la entrevista de los tres generales, y unánime su decisión. Consistió en aplastar la división de lord Hamilton bajó los cascos de los cuarenta y seis escuadrones que reunian.

La actividad que en la parte opuesta recobraba el fuego, hizo comprender á los caudillos españoles que Bracamonte iniciaba de nuevo su embestida. Era la ocasion de secundarle.

Cada general se encargó de batir uno de los tres ángulos del cuadro, á los cuales no se extendia hasta entonces la acción de Bracamonte; y las cargas fueron dadas y sostenidas simultáneamente con el arrojo que era de esperar en los jefes que las dirigian.

La meseta de la colina ardía como una inmensa hoguera, y su rojiza llama, aumentada por las primeras sombras de la noche, iluminaba la campiña entera con siniestros reflejos.

Los batallones de lord Hamilton jugaban la última partida. La desesperación prestaba á aquellos infantes la tenacidad del instinto de conservación, las fuerzas de la rigidez tetánica y el encono de la embriaguez de la sangre.

Los peones de la primera fila, con

la rodilla plegada, apoyaban en tierra las culatas de los fusiles; y si el caballo que se clavaba en aquella estacada erizada de bayonetas los sofocaba con el enorme peso del cuerpo, ó el gine-te que le montaba los hendía el cráneo con su cuchilla, recibian la muerte en silencio como los soldados de buena raza; pero no retrocedian un paso.

Valdecañas no logró derribar á los imperiales; Mahoni se retiró despues de ensangrentar su espada; Bracamonte se volvió en demanda de sus escuadrones de reserva; el honor de aquella série de gloriosas cargas estaba reservado á Amézaga.

Este general creyó observar que por las cañadas que conducian al centro de Staremberg avanzaban gruesas columnas; y apreciandó el valor del tiempo, quiso arriesgar el todo por el todo. Formó en compacta masa por escuadrones el regimiento de la Reina, y poniéndose á su cabeza, se lanzó sobre el cuadro con la más resuelta carga de pretal que nunca diera caballería alguna.

Por esta vez los batallones imperiales se vieron arrollados. Siempre es incontrastable un alud de quinientos caballos que parten desbocados con la firme decisión de no interrumpir la carrera hasta encontrar la muerte en el plomo, el acero ó los accidentes del terreno.

La irrupcion de Amézaga en el centro del cuadro fué la señal del desastre para las tropas aliadas. La confusion se propagó por todas partes.

Comprometida la retaguardia de los cuerpos, se debilitó la resistencia en el frente; los nuevos choques apenas fueron sostenidos; al desorden sucedió el pánico y al pánico la dispersion.

Lord Hamilton acudió á la escasa caballería que conservaba, y para

protejer la fuga de los deshechos batallones, se precipitó sobre los ginetes de la Reina, invocando el nombre de la vieja Inglaterra.

No había avanzado cuatro pasos cuando el general soltó la espada, se llevó la mano al pecho y se deslizó del caballo.

Un húsar que le seguía á corta distancia, arrojó al suelo una pistola humeante, murmurando con expresión sombría:

—¡Al fin, milord, hemos liquidado nuestras cuentas!... ¡Los soldados no se baten con sus jefes, pero se vengán!...

William Smith se lanzó en pós de sus compatriotas por el paso que la exasperación les abría á través de la caballería española.

Shelby y Mac Ferlane que habían visto caer á lord Hamilton, acudieron á prestarle auxilio; y al hallarle con vida, prefirieron ser hechos prisioneros, á dejarle abandonado en la oscuridad en un terreno recorrido en todas direcciones por tantos millares de caballos embriagados con el triunfo.

El primer cuidado del marqués de Valdecañas fué participar al duque de Vendôme que el ala izquierda del ejército aliado había sido completamente batida, y que se prometía abundante cosecha de prisioneros, porque los dispersos restos de las tropas imperiales eran por donde quiera acuchillados por la caballería. Amézaga comunicó igual noticia al conde de Aguilar.

*En vista de tan agradables nuevas, candorosas frases empleadas por el rey Felipe en la carta en que dá cuenta á Luis XIV de la jornada, el generalísimo se avino á rectificar la opinión, hasta entóces para él incontestable, de que la batalla estaba perdida.*

Se expidieron las órdenes para in-

terrumpir el movimiento sobre Torija, y todos los cuerpos acamparon en el lugar en que á la sazón se encontraban.

¿Quién era el vencedor en la sangrienta contienda que tuvo lugar en los campos de Villaviciosa? Los aliados se han atribuido la victoria; los españoles no han dejado de hacer lo mismo.

El axioma militar de que en los combates indecisos debe considerarse que corresponde el triunfo al ejército que duerme sobre el campo de batalla, no podía por esta vez tener aplicación, porque ambas huestes enemigas pasaron la noche en el terreno en que combatieron.

Veamos si el curso de los sucesos en las horas siguientes, facilitan nuevos datos que puedan contribuir á la resolución del problema.

Las fuerzas que, apenas la retirada de Vendôme pareció adquirir carácter definitivo, envió Staremberg en auxilio de lord Hamilton, pudieron amparar á gran número de fugitivos; pero el estado de desorganización en que éstos llegaban, la circunstancia de pertenecer á todos los cuerpos, y la casi total ausencia de oficiales, hizo comprender al generalísimo alemán la inmensa gravedad del descalabro.

La infausta noticia de la destrucción del extremo izquierdo de la línea, se había difundido con pasmosa rapidez por todo el ejército aliado. Las ventajosas obtenidas en el centro palidecieron ante la enormidad de la catástrofe. Los semblantes revelaban consternación; las palabras, desaliento.

Hay instantes siniestros.

En aquella ocasión de general abatimiento, se manifestó al conde de Staremberg que don Juan Morfi, sargento mayor del ejército español, solicitaba hablarle en nombre de los

generales Valdecañas, Amézaga y Mahoni.

Staremberg recibió al emisario al frente del estado mayor.

Segun Morfi, los generales españoles exponian al alemán, que estaba asediado por vanguardia y retaguardia entre treinta batallones y cincuenta escuadrones; y, puesto que habia hecho por la gloria y el honor de las armas aliadas cuanto cumplia á un gran capitán, no diera lugar á que se derramára más sangre prolongando una lucha que no podia conducir á otro resultado que el de la completa destruccion del ejército que le obedecia.

El generalísimo rogó al español que esperase algunos minutos, y consultó al consejo de guerra cuarenta pasos más léjos.

Todos los jefes aliados opinaron por la capitulacion, excepto Villaroel. El intrépido general español combatió el parecer de sus compañeros de armas con la vehemencia que inspira una conviccion profunda. Hizo presente que no era cuerdo decidirse de noche en asunto tan grave; que el mejor consejero sería el aspecto del campo de batalla cuando rayase el nuevo dia; y que si entónces se reconocia la imposibilidad de sostener las actuales posiciones, no podian existir los peligros que se temian para proseguir la retirada por el seguro camino de Aragon, porque él, por su parte, habia arrollado á la infanteria enemiga, y la caballeria debió quedar seriamente quebrantada en el empeñado encuentro que sostuvo con la division de lord Hamilton.

El conde de Staremberg oyó con atencion á todos los generales; y dando por terminado el acto, sin hacer observacion alguna, volvió al lado de Morfi.

La contestacion del austriaco fué,

que estimaba mucho el favor que los caudillos españoles le hacian, y que si al reconocer el campo en la alborada resultaba cierto que estaba cercado por las fuerzas que el sargento mayor habia dicho, rendiria las armas con las tropas que le quedaban. Al efecto, empeñaba su palabra de no hacer más fuego en lo que restaba de noche, si no era hostilizado.

Morfi llevó al marqués de Valdecañas la respuesta de Staremberg, y en el acto fué comunicada al cuartel real.

Aunque la noche trascurrió sin que se disparase un tiro, no dejó de ser para todos tan interminable como cruel. Faltaban el pan, el abrigo y hasta el combustible, nunca como entónces necesario, porque la densa niebla que cubrió la campiña era tan glacial, que los vestuarios y los sombreros aparecieron blancos por la mañana, cual si hubiera caído una nevada. El rey, sin tienda ni cena, descansó de las fatigas del dia, dando á cada momento precipitados paseos para evitar que los piés se le quedaran yertos.

En punto á lumbre, eran más afortunados los aliados. Sus líneas aparecian determinadas en toda su extension por una multitud de hogueras.

A las dos de la madrugada Staremberg hizo levantar el campo, mandó á Villaroel clavar su artilleria y la que habia tomado al marqués de Toy, y merced á una silenciosa marcha de flanco, favorecida por la oscuridad de la noche, abandonó aquella llanura, para siempre memorable, dejando encendidos sus fuegos.

El primero que ántes de despuntar la aurora participó al rey Felipe y á Vendôme la retirada de los aliados, fué don Rodrigo Macanaz; poco tiempo despues llegaron apresurados al cuartel real el marqués de Crevecoeur

y el conde de Mahoni corroborando la noticia.

Mahoni manifestó al duque de Vendôme que abrigaba la fundada esperanza de poder cortar todavía á los imperiales, si se le daban en el acto tres mil caballos. Antes de resolver en el asunto, quiso el duque conocer la opinión del conde de Aguilar. Sabido es que entre éste y Mahoni no existía la mejor inteligencia; los tres mil caballos no fueron concedidos.

El general Mahoni se encogió de hombros y volvió á retirarse mordiéndose el mostacho.

Los caudillos que recibieron orden de partir inmediatamente en persecucion de Staremborg, fueron Bracamonte y Vallejo.

Cuando el sol apareció en el horizonte, el rey montó á caballo y recorrió todas las posiciones que el enemigo habia ocupado. Todo en ellas hablaba de la titánica lucha sostenida. El número de víctimas que cubria los campos pasaba de cuatro mil, cifra aterradora que si no quebrantaba la fé en el ánimo del monarca, fuerte en Dios y en su derecho, contristaba el corazon del hombre.

Quedaron en poder del ejército español veinte cañones, dos morteros, multitud de armas, carros, tiendas y equipajes, y todos los estandartes y banderas de la division de lord Hamilton.

Tan glorioso triunfo no fué alcanzado sin sacrificios. El ejército castellano perdió tres mil hombres, figurando los oficiales en una proporcion extraordinaria. Puede comprobarlo el número de jefes; además del general Ronquillo, murieron seis brigadieres, diez y nueve coroneles, cinco tenientes coroneles, y treinta y ocho comandantes. Quedaron heridos los generales Toy prisionero, Armendariz y Amézaga, el héroe de la jorna-

da, cuatro brigadieres, trece coroneles y más de cuarenta tenientes coroneles. Como se echa de ver, ninguno se habia escudado con el cuerpo de los soldados que mandaba.

La batalla de Villaviciosa debia ser la última que enrojeara las tierras de Castilla; y al afirmar al primer Borbon en el trono de los cinco Austriacos, decidia moralmente la encarnizada lucha de diez años que el águila imperial y el gallo francés habian propagado al resto de la Europa.

### XXIII.

#### EL ÚLTIMO PESAR DE UN SOLDADO INGLÉS.

A las ocho de la mañana del dia diez, antes de que tronara el cañon de Villaviciosa, el magnifico coche de colleras de Pablo Ramos habia salido de Brihuega, conduciendo en los blandos cogines al párroco de Santa María y al seminarista de Si-güenza.

Maravillosa parecia la transformacion que en el digno doctor se verificaba á cada paso que el carruaje se alejaba del amurallado recinto de la villa. Hubiérase dicho que el aire de la muerte que se respiraba en Brihuega, vasta necrópolis, á la sazón, de tantos valientes insepultos, carecia de las condiciones necesarias para oxigenar la sangre en los pulmones de don Pascual, y que el ambiente fresco y puro de la campiña le despertaba en todo el sér las fuerzas vitales, penetrando con la facilidad del más perfecto estado fisiológico hasta las últimas ramificaciones de los bronquios.

El ánimo, por otra parte, del pastor se levantaba ante la grata perspectiva de que al fin le era permitido volver á amparar con el cayado á las tímidas ovejas que las atrevidas aspiraciones de un inglés y los inmoder-

tos deseos de un Iusitano le habían obligado á abandonar á las peligrosas seducciones del mundo, del demonio y de la carne.

Cuando los viajeros se aproximaron al valle de Fuentes, todavía vino á aumentar la animacion del rostro del doctor Merendon, y la energia de sus extremidades, un nuevo factor, la impaciencia. El camino no podia ser más llano: era inconcebible la lentitud con que el mayoral conducia el vehículo.

Salvador no anhelaba ménos llegar al término de la excursion; pero inspirándose en la educacion del seminario, envolvía las impresiones del alma en los pliegues del manteo, y afectaba calmar el ardor del presbítero, empleando palabras unguadas en el santo óleo de la paciencia.

Por fin, la Faisanera apareció en el valle á los ojos de los viajeros; destacándose como un copo de nieve en el fondo del verde eterno, pero sombrío de las coníferas que la rodeaban.

Desde que las ventanas del edificio fueron perceptibles, las devoraron con insistencia las miradas del doctor y del estudiante. Persianas, vidrieras y cortinas permanecian inmóviles; y como el coche avanzaba rápidamente, con ruidoso compás de campanillas y cascabeles, por un terreno descubiertó, aquella inerte frialdad de la quinta tenia algo de anormal, que suscitó en el corazon de los viajeros un siniestro presentimiento.

El carruaje se habia detenido á la puerta del zaguan, sin que nadie se hiciera presente. Don Pascual y Salvador, mirándose en silencio, saltaron en tierra. Entonces se abrió la puerta por mano de Juan Fernandez, y el doctor se desembarazó del peso que le gravitaba sobre el pecho, dejando escapar una intensa expiration:

en el fondo del recibimiento acababa de divisar á Amanda.

Un momento despues de entrar en la quinta, don Pascual hizo una observacion, que ya habia efectuado Salvador antes de pasar el umbral. Elvira no estaba presente.

Por primera vez se fijó el doctor en el pálido rostro de Amanda, en el brillo febril de sus ojos, en el poco habitual desaliño que acusaban el tocado y el prendido.

—¿Dónde está Elvira?—pronunció,

Amanda se cubrió el rostro con el pañuelo, y prorumpió en sollozos.

—¡Cómo!—añadió don Pascual vacilante:—¡habria acaecido una desgracia! ¡Hable vuestra merced, doña Amanda!... Apíadese de mi ansiedad!...

—¡Mi hija ha sido robada!—balbuceó la viuda con un acento en que se apuntaba la indignacion, era mil veces excedida por el dolor.

—¡Por quién!...

Salvador no tenia necesidad de oír la respuesta; el pensamiento del jóven le habia anticipado estas palabras de Amanda:

—¡Por lord Hamilton!

El doctor se dirigió titubeando á un sillón, y se desplomó sobre él exánime.

—Hubiera sido demasiada dicha,—murmuró,—hallar la Faisanera como en los tiempos en que la ira de Dios no pesaba sobre nosotros.

Trascurridos los primeros momentos de estupor, don Pascual añadió con voz ménos balbuciente:

—¿Cuándo ha tenido lugar el rapto?

—Al cerrar la noche del dia en que nos separaron en Hita,—contestó Amanda.

—¿Tiene vuestra merced noticia ó presunciones del sitio á donde Elvira ha podido ser conducida?

—En manera alguna; todas mis investigaciones han sido inútiles.

—Refiéranos vuestra merced las circunstancias del suceso.

Amanda, con aliento entrecortado, hizo una detallada narración de la visita de los extranjeros.

El penoso silencio que siguió á la exposicion de los hechos, no tardó en ser interrumpido por el seguro acento de Salvador.

—Yo averiguaré la residencia de Elvira,—dijo,—por recóndita ó lejana que sea.

—¡Ah, señor Zurita! — exclamó Amanda, juntando las manos en ademán de gratitud por la promesa, de súplica por su realizacion.

—Si las fuerzas humanas alcanzasen á volver á vuestra merced su incomparable hija, confie en mi fiel adhesion...

Y el jóven estudiante repuso mentalmente con amarga sonrisa:

—¡Plugiera á Dios que á mí tambien pudiera serme devuelta!

—De todos los servicios que vuestra merced nos ha prestado,—pronunció el doctor,—ese seria el más inapreciable.

—¿Habrà en la Faisanera una cabalgadura disponible?

—No puede ménos; pero si no la hubiese, se llevaría vuestra merced la mejor de las mulas del coche de maese Ramos.

No fué necesario hacer uso del expediente indicado por don Pascual. En la cuadra de la quinta habia dos excelentes mulas, de las cuales eligió Salvador la que le pareció de cuartos más sólidos, aparejándola por sí mismo.

La despedida se limitó á un apretón de manos, acompañado de los suspiros del cuitado doctor, y regado por las lágrimas de la desolada Amanda.

Salvador volvió á tomar á buen paso el camino de Brihuega, con el ceño fruncido, palidez mate en el semblante y la muerte en el corazon.

La esperanza eterniza el tiempo, la desesperacion le suprime.

El jóven estudiante se encontró á la vista de Brihuega, observando, no sin cierta sorpresa, que no conservaba el menor recuerdo del trayecto recorrido. La maga que le habia trasportado desde la Faisanera se llamaba *desilusion*; ¡nombre tristísimo para un corazon de diez y ocho años, que muchas veces es sinónimo de suicidio!

Salvador no entró en la villa; siguió la ronda de la muralla, y avanzó en la misma direccion que tomó el ejército en la madrugada.

Desde que emprendió la ruta del Este, llegó á los oídos del bachiller el rugido de la artillería.

El semblante del jóven adquirió una expresion sarcástica. La tempestad de sangre que asolaba los campos de Villaviciosa, no era más cruel que la tormenta de hiel que le envenenaba las entrañas.

A medida que ganaba terreno apreciaba el estruendo del combate. Pronto presentó la llanura el imponente aspecto de un campo de batalla: ginetes aislados la cruzaban al galope en todas direcciones; pululaban grupos de soldados, los unos conduciendo municiones, los otros escoltando carros de heridos; y en una extension, al parecer sin limites, densas y prolongadas nubes de humo cubrian la tierra, con la tenacidad de la bruma que envuelve el curso de los rios en los días de absoluta calma.

Si el espectáculo que contemplaba Salvador, despertaba en su ánimo algun sentimiento, era el de la contrariedad. Lejos de interrumpir un instante el camino, se dirigió resuel-

tamente á la aldea de Villaviciosa, no obstante la oposicion de la mula, que careciendo del helicoso instinto de la línea materna de la raza á que pertenecía, parecia sentir una aversion invencible hácia el olor de la pólvora.

Hasta llegar á las inmediaciones del pueblo, todo marchó perfectamente; pero una vez en la esplanada de las eras, el tránsito se hizo imposible.

Una larga cortina de tiradores que cubria la aldea, enlazando las fuerzas del marqués de Laver con las del conde de Mahoni, cerraba de todo punto el paso hácia las posiciones del ejército aliado.

Salvador hubo, pues, de resignarse á esperar el resultado del juicio de Dios; y penetrando en el pueblo, dejó la cabalgadura en la posada, y se encaminó á la iglesia. La torre se hallaba invadida por el vecindario; pero todavía pudo el seminarista proporcionar espacio á su individuo, por otra parte no muy voluminoso, entre las dos campanas del mediodía.

Contemplando desde aquel observatorio las vicisitudes de la lucha, Salvador tuvo el tiempo que quiso para maldecir con toda la efusion del alma, la interminable guerra de la sucesion de Carlos II; pero no precisamente porque fuera ocasion para que se derramáran torrentes de sangre y se cubriera de ruinas la España, sino porque á él le impedía ocuparse en el único asunto en que á la sazón tenia un interés capital. ¡Tan absolutamente absorbente ha sido, es y será siempre el egoísmo de la personalidad humana, hasta tanto que el Todopoderoso, por un efecto de su infinita misericordia, tenga á bien disponer de otro modo la organizacion física y moral de los seres que pueblan la enlodada superficie del ménos bello de los planetas que giran alrededor del sol!

El bachiller Zurita dejó vagar los ojos durante más de cuatro horas por todos los puntos del horizonte donde se desarrollaba algun dramático episodio que conseguia despertarle la curiosidad; y sólo dió por terminado el espectáculo cuando la noche, como un telon sombrío, descendió lentamente sobre el vasto escenario.

Salvador abandonó la torre con la impresion de que si hasta entonces la victoria parecia indecisa, al fin serian los españoles los que cedieran el campo de batalla.

¿Qué clase de influencia podria ejercer este suceso en el asunto que le preocupaba? La contestacion no era fácil; pero el estudiante se sentia inclinado á creer que el triunfo del ejército enemigo no debia perjudicarle; porque si lord Hamilton no se alejaba por lo pronto de los contornos, tampoco Elvira los abandonaria; y él, por su parte, en ninguna otra comarca contaría con el conocimiento y los medios de accion de que en la Alcarria disponia.

La mision de los ojos de Salvador habia concluido, pero persistia la de sus oidos, y éstos le proporcionaron un nuevo dato á los diez minutos de haber bajado del campanario.

En la direccion del Sud-Este resonó de repente un fuego de cañon y mosquetería tan vivo y continuado, que era evidente que las tropas del rey Felipe habian vuelto á la carga, empeñando el combate con más energía que nunca.

Desde entonces las calles y la plaza hirvieron en noticias por espacio de dos horas; pero tan incompletas las unas, tan absurdas las otras, tan contradictorias todas, que Salvador acabó por no dar crédito á ninguna, y dejó al tiempo el cuidado de hacerle conocer los acontecimientos.

Por fin, á las nueve de la noche,

un destacamento del regimiento de caballería de la Reina, cubierto de sangre propia y enemiga, y del júbilo de la gloria, llevó á Villaviciosa una nueva concreta, extraordinaria, auténtica.

Salvador trémulo y palpitante oyó en los lábios del sargento comandante del piquete, que la division de lord Hamilton habia sido completamente destrozada, y que el general inglés, prisionero y herido de muerte, acababa de ser conducido á la aldea.

La atonía que parecia afectar al bachiller desde que salió de la Faisanera, desapareció como por encanto.

Poco tiempo despues de escuchar al sargento, Salvador habia comprobado el hecho, conocia la morada de lord Hamilton, estaba en relaciones con la patrona, y ofrecia todo género de inteligentes servicios al ayudante Shelby, colocado á la puerta de la estancia donde yacía el general. En el seminarista, como se echa de ver, la actividad febril habia renacido de sus cenizas.

Dos cirujanos, uno inglés y otro español, salieron de la habitacion del herido acompañados de Mac-Ferlane. El inglés volvió al estuche la sonda de plata que llevaba en la mano, y reservó el pronóstico: el español anunció, desde luego, que le consideraba funesto, pero uno y otro estuvieron de acuerdo en establecer que urgía sobremanera proceder á la extraccion del proyectil.

El atribulado Thom se ocupó en los preparativos de la operacion, con arreglo á las instrucciones de los cirujanos.

No se perdió un momento.

Durante el cuarto de hora que los operadores invirtieron en su árdua empresa, la puerta de la sala del general permaneció cerrada para todo

el mundo; pero Salvador, que con el oído atento no perdía un incidente de los que tenían lugar al otro lado de la poco sólida tabla, supo que la operacion fué hábilmente conducida, y que habia obtenido el resultado apetecido.

Las palabras que la débil voz de lord Hamilton pronunció en distintas ocasiones, probaron al estudiante que el general conservaba el uso de la razon y de los sentidos.

Los cirujanos se alejaron recomendando tranquilidad y vigilancia, y Shelby los siguió hasta el zaguan.

El instante no podia ser más oportuno. Salvador empujó la puerta y se encontró en presencia de lord Hamilton.

El general estaba reclinado en el lecho en posicion supina, merced á varias almohadas que respetaban, sin embargo, la parte central del dorso. En las desencajadas facciones del bregon comenzaban á aparecer esas manchas lívidas que sólo se ven en el semblante de los cadáveres.

Mac-Ferlane acercaba una copa á los arderosos lábios del general con respetuosa solicitud.

Salvador se adelantó hasta los piés del lecho y pronunció con acento solemne:

—Milord; una madre desolada aguarda de rodillas la reparacion de vuestra gracia, á que tiene derecho.

Hamilton hizo un esfuerzo para volver los apagados ojos hácia Salvador, y articuló con voz apenas perceptible:

—¿De quién me habláis?...

—Vuestra gracia no ha podido olvidar á la jóven Elvira.

El rostro del general se descompuso á impulso de una contraccion dolorosa.

Mac-Ferlane quiso cortar la escena, obligando á Salvador á salir de la ha-

bitacion; pero un ademán de lord Hamilton le contuvo.

—¿Quién sois?...—preguntó el general al estudiante.

—Era el prometido de Elvira...—contestó Salvador con amarga expresión.

—Podeis serlo todavía...

—¡Ah... milord!...

—Si esa jóven no fuera digna de vos, la ofrecería mi mano en este instante supremo...

—¿Sería posible?...

—Confíad en la leal palabra de un caballero... ¡No se miente entre Dios y el sepulcro!... Os devuelvo á Elvira sin mancilla...

—¡Bondad del cielo!... ¿Dónde, milord, dónde podré encontrarla?...

Hamilton trató de coordinar sus ideas. El empeño era tan visiblemente penoso que, Mac-Ferlane, exclamó desesperado:

—Milord;—el diálogo que vuestra gracia quiere sostener está aniquilando sus fuerzas.

—La Torre...—balbuceó el general;—media legua de Carrascosa de Tajo...

—¡La Torre!...—repitió Salvador meditando.

—Casa aislada en el bosque... á orillas del rio...

—¡La granja de la Torre!... No necesito más indicaciones, milord.

—Necesitais una credencial... escribid, Mac-Ferlane.

El oficial rasgó resignado una hoja de su escritorio de viaje y tomó la pluma.

El general dictó:

—«Fiel Dick; confía miss Elvira al portador de este escrito señor...» ¿vuestro nombre?...

—Salvador Zurita.

—«Señor Zurita, y apresúrate á reunirme conmigo en Villaviciosa. Si cuando llegues he dejado de existir,

Mac-Ferlane te comunicará mis últimas instrucciones.»

Hamilton se detuvo sin aliento, y repuso despues de algunos segundos:

—La pluma.

El ayudante colocó el papel sobre la cartera, acercó una bujía, y puso la pluma en la mano del general; pero los dedos de éste se crisparon, su brazo colgó inerte y sobrevino un síncope.

Salvador temió que no volviese á la vida.

La aspiracion de los vapores del amoniaco líquido devolvieron, sin embargo, al herido, el débil hálito que aún le animaba.

Lord Hamilton volvió á recibir la pluma, y con tantos largos intervalos como letras, trazó la firma en caracteres punto ménos que ininteligibles.

—Poned mi sello, Mac-Ferlane,—articuló;—más autenticidad dará al escrito que mi nombre.

Mientras el oficial extraía del dedo de su jefe el anillo timbrado, y le estampaba en la cera al pié del documento, Hamilton murmuró:

—Mis instrucciones son breves, Mac-Ferlane... por si no me fuere lícito disponer de otro tiempo... tened entendido que se reducen á decir á Dick que lleve á mi hermana los objetos que me pertenecen, y manifieste á mis tíos que mi testamento obra en la notaría de Driver, Montmouth-Street...

Salvador recibió el pliego que Mac-Ferlane le tendía, exclamando, conmovido:

—¡Milord; que el Omnipotente tenga en cuenta el bien que hace vuestra gracia en descargo del mal que ha hecho!...

El general ofrecía tres síntomas terribles: se le vidriaban los ojos, le palidecían las orejas hasta rivalizar con la nieve y se le afilaba la nariz.

Hubiérase dicho que el esfuerzo que Hamilton acababa de hacer, había agotado el resto de la vitalidad que le animaba.

Mac-Ferlane lo observaba con dolor sombrío; Salvador, con profunda conmiseración.

—Milord... milord...—dijo el oficial, sintiendo rodar una lágrima por su mejilla;—¿pesará á vuestra gracia haber contravenido tan abiertamente á las prescripciones de los cirujanos?...

Lord Hamilton contestó recogiendo su postrer aliento:

—No, Mac-Ferlane... mi último pesar consiste en haber recibido en el dorso la herida que me dá la muerte... ¡Pudiera creerse que he vuelto la espalda al enemigo!...

La cabeza del herido cayó sobre sus hombros. La mirada que lanzaba, quedó fija. Mac-Ferlane acercó una bujía á los labios sin color del general; la llama no experimentó la menor oscilación.

Todo había concluido para lord Hamilton.

Mac-Ferlane dió tres pasos atrás maquinalmente.

Salvador salió de la habitación.

Por natural que sea la muerte, por familiarizado que con su idea esté el hombre, por evidencia que tenga para la razon que no es un mal el ineludible ósculo de paz de ese esqueleto que representa la destruccion, siempre habrá en el corazon un pliegue recóndito que guardará el secreto del horror que inspiran los misterios del no sér.

Por un momento Salvador olvidó á Elvira para pensar en el sueño eterno.

La reaccion, no obstante, no se hizo esperar. Mientras la vida anima al individuo, tiene que resignarse á las miserias de la materia, á las borrascas de la pasion, al trabajo, á la lucha. Tiempo le queda para el des-

canso; ¡le queda una eternidad!...

Los pensamientos de Salvador habían vuelto á su curso normal cuando penetró en la posada; y la perspectiva de los sucesos que el nuevo sol alumbraría en la Torre y en la Faisanera, le distrajeron gratamente el ánimo de las penosas impresiones del día que acababa de transcurrir.

La noche se deslizó perezosa sin que el sueño entornára los párpados del estudiante. Como si en sus propias ideas no hubiera suficientes motivos de desvelo, las desentonadas voces del exterior, el ruido de los caballos y las señales de los instrumentos bélicos, fueron incesantes.

Con el primer albor del dia llegó la nueva de que los aliados habían abandonado sus posiciones.

Salvador hizo sus abluciones matinales, se desayunó con lo que más á mano tuvo, sacó á la calle la cabalgadura y partió de la aldea en la direccion de Carrascosa.

La campiña se despertaba con la alegría de la victoria.

Por todas partes acudian destacamentos cargados de banderas y estandartes arrebatados al enemigo. Un oficial de dragones conducia al obispo auxiliar de Toledo, hecho prisionero en la retaguardia de los imperiales. Un cuartel-maestre custodiaba numerosos cálices y vasos sagrados sustraídos por los austriacos de los templos de Castilla la Nueva. Algunos acemileros escoltaban radiantes de gozo un pesado furgon que contenia las joyas y equipajes del arzobispo de Valencia, uno de los más decididos partidarios del archiduque Carlos.

En cuantas sendas surcaban la llanura, damas y magnates, que por su edad ó carácter no podian desenvainar la espada, pero que de buen grado seguian á los aliados, eran detenidos por los soldados vencedores, y

compelidos á retroceder para implorar la clemencia del rey Felipe.

El seminarista vió al jóven monarca, seguido de una brillante escolta, dirigirse á la próxima villa de Fuentes, en cuya iglesia asistió al solemne *Te Deum* que se elevó al Dios de los ejércitos en accion de gracias por tan memorable jornada.

La distancia que separa á Villaviciosa de Carrascosa de Tajo, no excederá de cuatro léguas y media; y sin embargo, ántes de recorrer las dos terceras partes de ese trayecto relativamente corto, llegó á noticia de Salvador que el coronel Vallejo habia hecho tres mil prisioneros á las tropas imperiales.

Desde entónces no podia haber duda en que la retirada del conde de Staremborg se habia convertido en un verdadero desastre.

El estudiante taloneó concienzudamente en los hijares de su mula, y á las once de la mañana la vió trotar por la vega del Tajo en la jurisdiccion de Carrascosa.

Comenzó entónces á pedir informes á cuantos paisanos encontró, acerca de la situacion topográfica de la granja de la Torre; y de indicacion en indicacion llegó al bosque de olmos y de falsos-plátanos que la rodeaba.

En el fondo de aquella secular arboleda, robustecida por el rio de las arenas de oro, se elevaba una modesta casa de labor, domicilio de una familia de leñadores.

El seminarista echó pié á tierra, ató al tronco de un espino el bridon de la acémila, y se dirigió á un muchacho de doce años, único sér viviente visible perteneciente al reino animal, que en el umbral de la puerta, se ocupaba en trenzar tomizas.

—¿Dónde está el señor Dick?—preguntó Salvador.

El trenzador miró al estudiante co-

mo hubiera podido mirar á una esfinge.

—¡Dick!—pronunció con extrañeza despues de un momento.

—Sí.

—No sé que es eso.

—¡Imbécil! eso es un jóven extranjero más rubio y blanco que tú.

—¡Ah!...

—¿Caes en la cuenta?...

—Yo no la tengo con nadie, porque no entiendo de números.

—Pues me parece que la vés á tener conmigo, si no cambias de tono.

—¡Que si quieres!... ¿y cómo?

—Vas á verlo;—contestó el estudiante tomando una vara de fresno que halló á mano.

Dick, que oía el altercado y que comprendió la inutilidad de mantenerse al paño, se presentó en el portal.

—¿Qué busca aquí el señor Zurita?—exclamó.

—Antójaseme,—respondió Salvador,—que el señor Dick lo sabe tan bien como yo mismo. Puede enterarse, sin embargo, en este escrito de lord Hamilton.

Y alargó al inglés el papel á que aludia.

Dick lo recorrió con la vista y cambió de color.

—¿Milord está gravemente herido?...—murmuró el inglés.

Salvador se limitó á hacer un signo de aquiescencia. El rencoroso estudiante no parecia dispuesto á sostener con Dick un diálogo expansivo. Por otra parte, calculaba que se veria más pronto desembarazado de la antipática presencia del ayuda de cámara, dejándole ignorar que ya no le esperaba el general.

Dick pagó la mímica, un si es no es desdeñosa del seminarista, con un ademan no mucho más deferente, en que le indicaba uno de los corredores laterales del portal.

Salvador se lanzó inmediatamente por el pasadizo señalado.

Al fin del tránsito halló una puerta entornada, la empujó con el pié, cruzó una sala espaciosa, se introdujo en el gabinete contiguo, y se encontró en presencia de Elvira.

Los jóvenes corrieron el uno hácia el otro, enlazando sus manos. Los labios de ambos pronunciaron al mismo tiempo:

—¡Elvira... vida mia!...

—¡Salvador!...

Elvira estaba pálida y ojerosa; pero había tanta serenidad en su frente, con tal firmeza sostenía la intensa mirada de Salvador, que este, indignado consigo mismo, se apresuró á arrancar de su corazón la última espina de la duda.

—¡Y mi madre!...

—Anhelante por estrechar entre sus brazos á la divina Elvira, mil veces buscada... mil veces llamada... mil veces llorada... ¡Ah, por fortuna no esperará ya muchas horas!...

—¿Será eso posible?

—De todo punto.

—Ese perdurable Dick...

—No es ya un obstáculo.

—¡Oh!... corramos entonces, Salvador...

Poco tiempo despues, Zurita había revuelto la granja de arriba á abajo; sacado del tinglado del corral la tartana de la Faisanera; enganchado las dos mulas, en una de las cuales reconoció la que le condujo tan gallardamente á Usanos; colocado en guía la que trajo de Villaviciosa, y empuñado el látigo de mayoral.

El estudiante, con una ardorosa frase de amor y una apasionada presión de mano, ayudó á Elvira á instalarse en el vehiculo; y montando en el pescante, no desconocido para él, se alejó de la Torre, ébrio de felicidad.

Incesante fué el diálogo entablado á través del ventanillo que ponía en comunicacion el interior de la tartana con el asiento del conductor.

Del mismo modo que es evidente que hay un dios para los borrachos, debe tambien haberle para los amantes. En otro caso, el carruaje, abandonado al instinto de los cuadrúpedos, hubiera volcado cincuenta veces durante el viaje. Pero, ¡cómo prescindir de la conversacion!... ¡tenian tantas cosas que decirse!... ¡cómo ocuparse en examinar los accidentes del terreno!... ¡tenian tan pocos ojos para mirarse!...

No obstante la premura de Elvira por colmar de caricias á su madre, y el anhelo de Salvador por tranquilizar á don Pascual, el viaje pudo ser más rápido. Las distracciones del conductor, por necesidad habian de ejercer trascendental influencia en el paso de las mulas.

Esto no impidió para que los viajeros se sorprendieran al verse en la Olmeda, se admirasen al hallarse en Malacuera, y se pasasen al encontrarse en Brihuega.

¶ Cuando las ruedas de la tartana imprimieron su huella en la cañada del valle de Fuentes, el sol tocaba á su ocaso; y al llegar el vehiculo al pinar de la Faisanera, comenzaba á cerrar la noche.

Don Pascual, que estaba sepultando el último picatoste en la jicara del chocolate vespertino, oyó un ruido insólito en el piso bajo de la quinta. A los pocos segundos de prestar atencion, latió con violencia el corazón del buen doctor: le había parecido escuchar el argentino timbre del acento de Elvira.

Trémulo y palpitante tomó un sorbo de agua, se enjugó los labios, y se dirigió á la puerta.

El espectáculo que se ofreció á los

ojos del excelente párroco, no pudo ser más grato. Amanda y Elvira llegaban abrazadas dos pasos delante de Salvador.

Preciso será renunciar á la descripción de las expansiones de aquel cuadro doméstico.

Pasado el primer momento de vértigo, el digno doctor echó solemnemente su pastoral bendición sobre Amanda y Elvira, sin tener en cuenta que una parte de ella podía alcanzar á Salvador.

El jóven estudiante, en efecto, al ver el acto de que se trataba, se habia aproximado todo lo posible á las bendecidas, para no dejar de disfrutar del beneficio.

#### XXIV.

##### LA REAL PALABRA.

Dos dias despues, los ministriles del concejo de Brihuega dejaban á la misma hora de la mañana sendas citaciones, firmadas por el alcalde, en el presbiterio del reverendo párroco de Santa María, y en casa de la señora Marta, domicilio accidental de Salvador Zurita, para que uno y otro acudiesen al Ayuntamiento.

En la cita del doctor Merendon se expresaba el objeto: consistia en ofrecer explicaciones acerca de puntos graves que aparecian confusos en la gestion municipal, durante el ominoso período de la dominacion de las tropas del archiduque Carlos. En el documento de Salvador no se hacia la menor indicacion con respecto al motivo del llamamiento.

Cuando el jóven estudiante pisó el salon de los cabildos, don Pascual, á solas con su sucesor en el cargo concejil, resolvía con rotunda frase, al parecer satisfactoriamente, las dudas que le consultaba el alcalde, porque éste movía de arriba á abajo la cabeza

en señal de inteligencia y de asentimiento, al mismo tiempo que tomaba notas y coordinaba apuntes.

El bachiller fué recibido por la primera autoridad local con atencion tan preferente, que se apresuró á decir á don Pascual:

—Si vuestra reverencia me dá su permiso, voy á interrumpir un instante nuestra conferencia, por otra parte punto ménos que terminada.

Don Pascual inclinó la cabeza, y el alcalde salió de la estancia por una de las puertas laterales.

El doctor y el estudiante apenas tuvieron tiempo para cambiar algunas frases de cordial saludo. El alcalde volvió á aparecer inmediatamente acompañado de otro personaje.

—Señor don Melchor,—dijo respetuosamente;—presento á vuestra señoría á don Salvador Zurita.

Y dirigiéndose al seminarista añadió:

—Señor Zurita: el señor Macanaz, secretario de su majestad el rey, que Dios guarde.

Salvador utilizó la flexibilidad de su espinazo, para hacer una profunda reverencia.

El secretario fijó con insistencia los ojos en el bachiller, y pronunció en un tono semi-sério, semi-jovial:

—El señor Zurita es dueño de una promesa de su majestad.

—Su majestad, en efecto,—contestó Salvador sonriendo,—tuvo la bondad, hará quince dias, de ofrecerme coadyuvar á la realizacion del que pudiera ser el más ardiente de mis deseos...

—En la expresion de ese deseo, vuestra merced se valió de un artificio retórico...

—¡Ah!...

—De un equivoco... de buen humor...

—Vuestra señoría se refiere á la sacristía de San Torcuato.

—Precisamente.

—Ruego á vuestra señoría que considere, haciendo justicia á mi respeto, que en la ocasion en que tuve la alta honra de departir con su majestad, me era completamente desconocida su persona. Nuestro diálogo, por otra parte, abundaba en frases figuradas.

—¿Qué entiende por eso vuestra merced?

—Que su majestad se sirvió decirme que era el señor de Molina.

—La expresion nada tiene de figurada: su propiedad aparece perfecta. Los reyes de España son señores de Vizcaya y de Molina.

Salvador no se permitió la observacion más leve.

Macanaz prosiguió:

—Su majestad hubiera, en rigor, podido considerarse eximido de todo compromiso, atendido el insidioso lazo que se tendia á la buena fé que le animaba.

—Aseguro á vuestra señoría, y su majestad lo sabe perfectamente, que jamás acepté en sério su formal promesa.

—Esa circunstancia habla en favor del buen sentido de vuestra merced.

—Pura bondad por parte de vuestra señoría...

—Su majestad, sin embargo, parece sentir hácia el señor Zurita una benévola predisposicion particular.

—Que pago con la más reconocida, la más leal y la más entusiasta de las adhesiones.

—El rey, por lo tanto, ha querido no tener presente otra cosa sino que ha llamado á vuestra merced sacristan de San Torcuato...

—Es verdad...

—Y ha cumplido el empeño que la real palabra encerraba.

—¡Cómo!... —exclamó Salvador estupefacto, y no sabemos si más com-

pungido que gozoso:—¡su majestad ha tenido á bien presentarme para la sede primada de las Españas!...

Don Pascual Merendon se pellizcaba las orejas para persuadirse de que el diálogo que escuchaban no era una alucinacion fantástica.

Los lábios del secretario, plegados por una fina sonrisa, pronunciaron:

—Bien puede el señor bachiller Zurita ser sacristan sin ser arzobispo.

—Pero... ¿de San Torcuato?

—De San Torcuato.

—Exacto será, toda vez que vuestra señoría lo asegura.

—¿Conoce vuestra merced la abadía años hace comenzada á erigir en el valle de Fuentes por la piedad de nuestra reina doña María Luisa de Saboya?

—Sin duda alguna, pero...

—Concluya vuestra merced.

—Era pública voz en el país que la construccion á que vuestra señoría se refiere estaba dedicada á la Madre del Redentor...

—Aunque fuese cierto, ¿vé el señor seminarista inconveniente canónico en que su majestad haya cambiado la advocacion del templo que fundaba?

—En verdad que no.

—Pues bien; esa abadía queda consagrada al culto de San Torcuato...

—¡Ya!...

—Vuestra merced obtiene el nombramiento de sacristan mayor...

—¡Yo!...

—Se le confiere al mismo tiempo el cargo de superintendente de las obras de fábrica que van á recibir nuevo impulso.

—¡Ah!...

—Y disfruta desde ayer la cóngrua anual de tres mil ducados, con que su majestad dota la sacristía.

—¡Qué escucho!...

Macanaz sacó un pliego del bolsillo y repuso entregándole á Salvador:

—Hé aquí la Real cédula en forma.

Por espacio de algunos segundos el joven estudiante solo acertó á articular palabras incoherentes, fenómeno en él sin ejemplo.

El secretario del rey dió por terminada la entrevista diciendo:

—Reciba el señor Zurita mi cordial felicitacion; y permitame que haga votos, si sigue la carrera eclesiástica, para que me sea dado verle trocar la nueva sacristía de San Torcuato por la tradicional de los Tavera y los Cisneros.

—Puede creer vuestra señoría,—contestó Salvador,—que la realizacion de su deseo no me maravillaría más que el cambio inesperado que acaba de tener lugar en mi suerte:

Macanaz saludó desde la puerta, y volvió á ocupar el bufete de la estancia contigua donde por primera vez le encontramos.

Salvador se acercó á don Pascual con el rostro radiante de ventura, pero con la más respetuosa de las actitudes.

—El señor doctor,—dijo,—ha debido escucharlo todo...

—En efecto,—contestó el presbítero;—pero aseguro al señor bachiller que no he comprendido nada.

—¿Ha comprendido al ménos vuestra reverencia que esta real cédula me confiere una pingüe sacristía?

—Así lo he oído en los lábios del señor secretario de su majestad.

—Basta para mi objeto. ¿Recuerda el señor doctor nuestra primera conferencia en la quinta de la Faisanera?

—Con todos los detalles.

—Reconocerá vuestra reverencia, por lo tanto, que la Providencia parece haber elegido para modificar mi posicion, precisamente el mismo empleo que el señor doctor presentó como ejemplo para que me fuera licito atreverme á reiterar la expresion de ciertas aspiraciones...

—Es exacto.

—Pues bien, mi respetable señor don Pascual; ¿cree vuestra reverencia que habría falta de oportunidad en las actuales circunstancias para que el sacristan de San Torcuato reprodujese la manifestacion de los deseos del bachiller Zurita?

—A decir verdad, no me parecería existir esa falta de oportunidad... si doña Amánda estuviese presente...

No habia concluido el doctor de pronunciar la última sílaba, y ya estaba añadiendo Salvador:

—¿Me permitirá entónces vuestra reverencia acompañarle á su domicilio para formalizar mi pretension?

—¡Oh actividad de la primera juventud!... Partiremos cuando al señor Zurita plazca.

—En el acto;—respondió Salvador, recogiendo el sombrero.

—¡*Ab uno disce omnes!*... A la edad de este mancebo era yo lo mismo,—dijo con paternal benevolencia don Pascual, dirigiéndose á su sucesor.

—Vuestra reverencia ha cambiado bastante,—contestó el alcalde.

El buen concejal no sabía todo el alcance de su equívoco.

—Si con tanta premura insto á vuestra reverencia,—repuso Salvador, es porque el corazon me dice que en esta hora, crítica para mí, nada adverso puede acaecerme.

—Tranquilícese el señor bachiller; me complazco en esperar que su pretension encuentre en doña Amánda la favorable acogida que merecen los inapreciables servicios que todos le debemos.

—¡Ah, señor doctor! Habrá hecho de mí el más afortunado de los sacristanes.

—¡Permitalo así el Omnipotente!

—Todavía me quedará una gracia que impetrar de vuestra reverencia.

—¿En qué consiste?

—En que se sirva interponer su valiosa influencia para la supresion de ciertos plazos dispensables...

—¡Señor Zurita... señor Zurita!...

Salvador humilló candorosamente los ojos.

—Suplico á vuestra reverencia,—pronunció,—que conceda su bondadosa tolerancia á mi anhelo por el descanso, en consideracion á los quince dias que llevó de agitacion febril no interrumpida.

Don Pascual pensó que la razon alegada no era perfectamente aplicable á una luna de miel; pero transigió con la perturbacion que los sucesos habian debido introducir en la lógica del estudiante, y guardándose la observacion, modificó el curso del diálogo.

—¿Habría indiscrecion de parte mia,—dijo,—en solicitar del señor bachiller la explicacion del extraordinario misterio que se envuelve en los pliegues de la real cédula que tiene en la mano?

—En manera alguna; afortunadamente no se trata de un secreto de Estado,—contestó Salvador.

—Tanto mejor, porque la curiosidad me devora.

—Pero, señor doctor, esa explicacion es toda una historia...

—Y bien...

—Vuestra reverencia podria escucharla, recorriendo el trayecto que nos separa de la parroquia de Santa María.

El presbítero se volvió hácia el concejal, añadiendo con paciente sonrisa:

—Ya observa el señor alcalde, que no hay medio de resistir un momento más. ¿Me es permitido retirarme?

—Sin duda,—contestó el funcionario.

—Vamos pues, ¡oh jóven inflamable! ya que el señor alcalde concede su vénia.

—Dispuesto estoy á seguir á vuestra reverencia.

—Más dispuesto me parece vuestra merced á precederme.

Salvador, que en efecto, habia tomado la delantera, se detuvo al oír las últimas palabras del doctor y le cedió modestamente el paso.

Don Pascual hizo una cumplida reverencia al alcalde, recogió con dignidad el manteo, y se dirigió pausadamente hácia la puerta.

De repente, el buen presbítero titubeó; sus ojos se petrificaron con espanto, y dió algunos traspiés inciertos extendiendo los brazos como para rechazar un fantasma.

¡Qué apocalíptica vision, qué monstruo terrorífico, qué evocacion satánica causaba semejante pánico en el doctor Merendon!

Salvador no tardó en encontrar la explicacion.

En el dintel de la puerta acababa de aparecer el brigadier Folgueira á la cabeza de un grupo de oficiales portugueses.

El continente del brigadier nunca habia sido más olímpico, su mirada más torva, y más resonante el tacaneo de las ferradas botas donde ocultaba aquellos piés sólidos forjados por los cíclopes para tormento de la tierra.

No pudo pasar desapercibido para el lusitano el efecto que su presencia habia producido en la persona de don Pascual; y adelantándose hácia él como la estatua del comendador se acercó al protagonista del *Convidado de Piedra*, pronunció con expresion entèrè satisfecha y burlona, però que conservaba el sello de gravedad característico en el brigadier aún en sus mayores accesos de jovialidad.

—Parece que el reverendo doctor Merendon tiene cierta predisposicion á experimentar vivas emociones cuando encuentra á un antiguo amigo.

—No trato de negarlo,—contestó don Pascual con acento trémulo,—especialmente si la última entrevista celebrada con ese amigo, se asemeja á la que vuestra señoría tuvo á bien concederme en el pueblo de Hita.

—Observo que el señor presbítero no conserva demasiado grato recuerdo de nuestra despedida.

—Falta, á mi ver, suficiente motivo para otra cosa.

—Su reverencia puede respirar por ahora con plena libertad. Tengo la satisfaccion de anunciarle que ha dejado de estar sujeto á mi jurisdiccion.

—¿La abdica vuestra señoría?...

—De todo punto. Mi permanencia en Brihuega vá á ser de pocas horas... ¡Me encuentro prisionero!...

—¡Prisionero!...—exclamó don Pascual dirigiendo instintivamente la mirada á la formidable espada en que el brigadier apoyaba con indolencia la siniestra mano.

Los demás oficiales tambien ceñían sus aceros.

Folgueira contestó á la interrogadora visual del doctor añadiendo:

—La circunstancia que llama la atencion de su reverencia, es un acto de bizarra hidalguía del coronel Vallejo, que el conde de Aguilar ha tenido la condescendencia de respetar.

—¡Cómo!... ¿ha sido al coronel Vallejo á quien hemos debido?...

—Precisamente; á ese bravo soldado le ha cabido la honra de privar de mi brazo al ejército aliado.

—¡Qué gloria para él, y qué satisfaccion para... los súbditos del rey don Felipe!

—Por otra parte, los dragones que manda el coronel son más que hombres. Si á los ojos de águila y á las garras de tigre que poseen, consiguieran unir algun dia los corazones de leon de los portugueses, merced á nuestras lecciones, casi podrian llegar á competir con nosotros.

El brigadier prosiguió su camino en la direccion del lugar que ocupaba el alcalde, y el doctor se apresuró á buscar apoyo en el brazo de Salvador.

La maléfica aparicion del portugués habia reproducido los desfallecimientos del presbítero.

La situacion sufrió un cambio radical. Ahora era el doctor quien arastraba al bachiller hácia la escalera.

—Mi querido señor Zurita,—murmuró don Pascual, deslizándose por los peldaños;—jamás he fulminado sobre cabeza humana alguna, la excomunion de los réprobos; pero puedo asegurar á vuestra merced en confianza, que más de una vez he estado á punto de decidirme á que fuese mi primera víctima ese ogro lusitano.

FIN.

# ÍNDICE.

---

<u>CAPÍTULOS.</u>	<u>PÁGINAS.</u>
I.—Un húsar de buen caballo. . . . .	3
II.—Dos carreras de baquetas. . . . .	7
III.—Los dragones de Vallejo. . . . .	13
IV.—La quinta de la Faisanera. . . . .	20
V.—Un consejero de experiencia y virtud. X. . . . .	25
VI.—La Cruz del Robledal. . . . .	31
VII.—La odisea de un doctor. . . . .	37
VIII.—Los dos sabuesos. . . . .	44
IX.—En la boca del lobo. . . . .	49
X.—La alarma. . . . .	58
XI.—El camino de Hita. . . . .	68
XII.—De Herodes á Pilatos. . . . .	75
XIII.—De potencia á potencia. . . . .	83
XIV.—Excursion á Usanos. . . . .	89
XV.—Partida. . . . .	97
XVI.—Revancha. . . . .	104
XVII.—Alcalde por fuerza. . . . .	112
XVIII.—Refecion interrumpida. . . . .	119
XIX.—El combate de Brihuega. . . . .	127
XX.—El señor de Molina. . . . .	135
XXI.—La sacristía de San Torcuato. . . . .	143
XXII.—La batalla de Villaviciosa. . . . .	148
XXIII.—El último pesar de un soldado inglés. . . . .	159
XXIV.—La Real palabra. . . . .	168















